

Nota al lector

El viaje de José Martí y su esposa Carmen Zayas-Bazán desde la ciudad de Guatemala hasta el puerto hondureño de Trujillo fue un hecho histórico prácticamente desconocido durante más de ciento treinta años.

El descubrimiento del tránsito por territorio hondureño se produjo gracias a las informaciones reveladas por el doctor cubano Antonio Díaz Machado, que prestaba servicios internacionalistas en ese país. Él informó que el abuelo de uno de sus pacientes fue alumno de Martí en dicha ciudad y lo guio hasta la hacienda de sus padres llamada La Herradura, en San Marcos de Ocotepeque, relativamente cerca de la frontera de Honduras con Guatemala.

Después de las coordinaciones correspondientes nos dirigimos hacia ese remoto lugar y a partir de entonces comenzó una apasionada investigación donde indagamos cómo eran los caminos reales desde la capital guatemalteca hasta San Marcos de Ocotepeque, y desde allí hasta la costa atlántica de Honduras.

En La Habana verificamos con reconocidos estudiosos y especialistas de la vida de José Martí y su esposa, su paso por Guatemala y Honduras. Todos confirmaron que fue realizado por tierra, pero no existían datos precisos sobre la ruta seguida.

La doctora Aracelis García Carranza, trabajadora de la Biblioteca Nacional José Martí, realizó una búsqueda rigurosa sobre los antecedentes y tránsito por esos territorios y confirmó que en los fondos de esa institución no existía información al respecto. Tampoco en las recopilaciones que desde 1968 venía realizando personalmente.

Con estos datos comenzamos un recorrido en diferentes etapas y momentos, hasta realizarlo completamente. En el libro se pre-

sentan testimonios inéditos, documentos, cartas, notas de los periódicos y datos aportados por historiadores, periodistas, escritores, profesores, estudiantes, campesinos, maestros y otras personas residentes en los pueblos y ciudades de México, Guatemala y Honduras, por donde en 1877 y 1878 transitó José Martí junto a su esposa.

Los apuntes de viajes permiten sentir a Martí por aquellos caminos, donde varios tramos conservan la virginidad histórica y selvática. Se aborda la salida de Ciudad de México el 26 de diciembre de 1877, su paso por Acapulco, la llegada a la ciudad de Guatemala, la partida el 27 de julio de 1878, su tránsito por territorio guatemalteco y hondureño hasta el puerto de Trujillo, donde tomaron el vapor *Nuevo Barcelona* el 28 de agosto de ese año con destino a La Habana.

Entre los antecedentes están la llegada a Guatemala a principios de 1877, el regreso a México en diciembre de ese año para contraer matrimonio con Carmen Zayas-Bazán, perteneciente a una familia cubana aristocrática, económicamente poderosa y con vínculos familiares e ideológicos con los representantes del colonialismo español.

Quienes conocieron a Carmen la caracterizaron como una mujer sensible, inteligente, culta, delicada y tierna, con modales propios de la alta sociedad y de gran belleza física. Afrontó el sacrificio que le correspondió vivir al lado de su marido. Viajó junto a él desde Ciudad de México hasta Acapulco, unos cuatrocientos kilómetros, en ocasiones en diligencia y otras a lomo de mulas o caballos, cruzando ríos y durmiendo en chozas o en el suelo bajo las estrellas, azotada por los vientos y alumbrada por antorchas fúnebres de ocote. Él ya no hablaría del valor romano, diría valor de Carmen.

Se refirió a su luna de miel como la de una pareja de errantes, vagabundos, peregrinos dentro de la gran peregrinación.

En Acapulco tomaron un barco hasta el puerto de San José en el Pacífico guatemalteco, para trasladarse en una diligencia hasta la

capital, distante unos ciento doce kilómetros. En esa ciudad formaron un nido de amor y concibieron a su hijo.

Reconstruir el viaje resultó difícil, casi todos los datos se basaban en leyendas. No encontramos cartas de José Martí referidas a los treinta y un días que transitaron entre montañas, ríos caudalosos, zonas áridas, lugares inhóspitos y peligrosos o navegando por la costa atlántica hondureña. Tal vez por viajar con destino a Cuba carecía de sentido escribir a sus familiares y amigos. Además, es conocido que muchos documentos de esa etapa de su vida se extraviaron o no se han localizado.

En el tomo 1 de sus *Obras completas* consta una carta dirigida a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, fechada el 1ro. de abril de 1895, poco antes de partir para continuar la lucha por la independencia de Cuba, donde planteó que tenía mucha obra perdida en periódicos en México de los años 1875 a 1877, en la *Revista Venezolana* y en diarios de Honduras, Uruguay y Chile, además no pudo precisar cuántos prólogos de libros había firmado. Es lamentable la desaparición de las cartas a su madre, quien ante la posibilidad de que fueran a parar a manos extrañas determinó romperlas.

El libro destaca las circunstancias que condicionaron el regreso a La Habana, la elección de ese complicado y agreste camino y el intenso amor entre la pareja, pleno de ternuras, pasiones, incomprendiones y alegrías, hasta llegar a la ruptura matrimonial.

Resultaron valiosas las conversaciones sostenidas en la ciudad española de Valencia con los familiares de José Martí, los encuentros en La Habana con los descendientes de su hermana Rita Amelia, la localización y entrevistas en México con los de Antonia Bruna y con el nieto de un primo hermano.

El encuentro y confidencias de la cubano-mexicana Caridad Proenza, conocida como Cachita, las conversaciones con el doctor Alfonso Herrera Franyutti, los descendientes de Pedro Santacilia Palacios y las colaboraciones de René Ortiz y Edna Aldama en la obtención de documentos históricos fueron de inestimable valor.

Para reconstruir la ruta se acudió a viejos libros, mapas, consulta a las *Obras completas* de José Martí y a la ayuda permanente de estudiosos cubanos, mexicanos, hondureños y guatemaltecos, quienes contribuyeron a rectificar nombres, distancias, características de la ruta y aspectos históricos.

Visitamos el pueblo de Livingstone, sitio por donde en 1877 Martí desembarcó en su primer viaje a Guatemala, Izabal, el río Dulce, Gualán y Zacapa, descritos en sus notas de viaje, el puerto de San José, Masagua, Escuintla, Palín, Amatitlán, Antigua, la ciudad de Guatemala, San José del Golfo, Sanarate, Guastatoya, Zacapa, Chiquimula, Quezaltepeque y Esquipulas, este último situado a diez kilómetros de la frontera con Honduras.

Sostuvimos entrevistas con personalidades sobresalientes del país centroamericano, acudimos a los archivos, instituciones y a la Biblioteca Nacional. En cada encuentro comprobamos que la memoria era guardada como un tesoro.

En San Marcos de Ocotepeque el nieto de Cándido Mejía —alumno de Martí que lo guio hasta la hacienda de sus padres— aportó nuevos datos y copias de documentos históricos, además visitamos las ruinas de esta hacienda.

Hicimos el recorrido desde San Marcos de Ocotepeque a Sensenti, Corquín, Santa Rosa de Copán, Nueva Arcadia, Sula, Quimistán, Cofradía y San Pedro Sula que, según diferentes informaciones, fue la ruta seguida por José Martí y su esposa. Visitamos Puerto Cortés, donde el matrimonio tomó una embarcación para navegar hasta La Ceiba y desde allí al puerto de Trujillo, lugar en el que subieron al barco *Nuevo Barcelona* rumbo a Cuba.

En la ciudad de La Ceiba conocimos que varios cubanos residentes en ese puerto invitaron a Martí a una cena. Precisar datos sobre ellos requirió una intensa investigación con la ayuda de estudiosos cubanos, miembros de la Unión Nacional de Historiadores y de la Sociedad Cultural José Martí.

El último punto de la geografía hondureña donde estuvo la pareja fue el puerto de Trujillo.

Para conocer las características del barco *Nuevo Barcelona* donde viajaron José Martí y Carmen Zayas-Bazán, solicitamos a la argentina Lucía Álvarez de Toledo la búsqueda en los archivos británicos y españoles. En Cuba se indagó en la lista de viajeros que partían o llegaban desde Cuba a Honduras.

A través de la historia contada oralmente, la cual ha sido un medio para perpetuar la cultura y tradición de innumerables pueblos, conocimos del paso del Apóstol y su esposa por suelo centroamericano. Los testimonios orales han servido para conservar la memoria histórica por los caminos donde muchos habitantes son analfabetos, y por los que cada año transitan miles de peregrinos hasta el Santuario del Cristo Negro de Esquipulas.

El escritor Julio César Macías Mayora cuenta historias y leyendas que los nativos hacían llegar a los ladinos. Relató que por las noches escuchaba, en su casa o alrededor de las hogueras junto a niños indígenas, narraciones que parecían mágicas sobre la vida real de los ancestros, sus sufrimientos y luchas. La tradición de estos habitantes se preservaba a través de relatos transmitidos oralmente en miles y miles de hogares, y cuando no estaban los ladinos las contaban en su propio idioma. Las empleadas domésticas y ancianas originarias de Samayac explicaban algunas historias de sus antepasados como si fueran cuentos o leyendas, y de esa manera los mestizos, sin saberlo, se convertían en portadores y reproductores de dicha cultura.

El periodista y profesor Guillermo Alvarado relató que en Centroamérica, y especialmente en Guatemala, casi toda la historia se ha salvado gracias a la tradición oral, pues pasajes importantes no están recogidos en los libros de estudios. Explicó cómo Miguel Ángel Asturias, premio nobel de literatura, escribió su importante libro *Leyendas de Guatemala* tomando como fuentes, entre otras, los relatos de una nana o nodriza indígena que, para entretenerlo, se las narraba desde que tenía cinco años de edad. Se vive en estas tierras un mundo mágico de leyendas y anécdotas, algunas de ellas recogidas por Asturias en su libro *Historia del maíz*.

Sobre el escritor Virgilio Rodríguez Macal aclaró que, en sus novelas *La mansión del pájaro serpiente* y *El mundo del misterio verde*, describe la vida animal del Petén sin haber visitado nunca esa región. Gracias a la tradición oral se habían salvado la música y las canciones, sin contar con partituras.

La idea de publicar de forma íntegra el resultado de nuestra investigación se hizo con el propósito de que sirviera de estímulo para indagaciones por esos caminos y que fuera un tema de invitación para reflexionar, verificar, analizar y contribuir con nuevas informaciones a la ampliación del paso por esas tierras de José Martí y Carmen, quien llevaba en sus entrañas un hijo. Esos propósitos fueron analizados con el doctor Armando Hart Dávalos, director del Programa de Estudios Martianos, para que los especialistas de la vida de José Martí hicieran las sugerencias, rectificaciones y señalamientos que estimaran necesarios.

Los resultados de esta investigación histórica se publicaron en Ciudad de México en enero de 2010 y se presentaron en el Centro Cultural José Martí el 10 de febrero, al cumplirse el aniversario 135 de su llegada por primera vez a tierras mexicanas y en ocasión del Bicentenario de la Independencia de este país, del cual José Martí se sintió como hijo. También se presentó en las ciudades de Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, en varias instituciones del Distrito Federal y en la embajada de Cuba en el país hermano.

Las experiencias vividas por Martí y Carmen durante su viaje por el camino real seguido en Guatemala y Honduras son totalmente novedosas e inéditas. Incluso hay estudiosos que señalaron la salida de la ciudad de Guatemala en mulas por la ruta de Zacapa, río Dulce, en barco hasta Livingstone y desde allí en canoa hasta Belice y el puerto hondureño de Trujillo. Esta ruta es cuestionada dado que el recorrido hasta Livingstone es de ocho días desde dicha ciudad y no tendría explicación lógica lo que sucedió en los veintitrés restantes.

Otras versiones aseguran que viajaron en tren y narran historias de cómo hicieron el viaje. Tales afirmaciones nos llevaron al Museo de los Ferrocarriles de la capital guatemalteca. En los mapas y

documentos consta que el primer tramo de esas vías fue inaugurado el 19 de julio de 1884, seis años después de la partida de José Martí.

En la investigación encontramos tanto verdades inobjetables como leyendas, mitos, hechos y circunstancias que no corresponden a la realidad histórica, pero hemos decidido no eliminar ni modificar esos recuerdos, pues forman parte de la cultura de los pobladores centroamericanos. Otras requieren de mayores estudios y precisiones.

Por esa razón hemos acudido a varios especialistas, entre ellos Carlos Manuel Marchante, Zenaida Gómez Taño, Ramón Guerra, Mercedes Córdoba, Esteban Llorach, José Luis de la Tejera, Martha Fuentes, Jesús Dueñas, Armando López, Homero Saker, Ramiro Bouzón y María Ruane.

En una visita realizada a Caracas en el mes de septiembre de 2011 y en ocasión de presentar el libro en el Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual, del Ministerio del Poder Popular para las Relaciones Exteriores, conocimos a la funcionaria Graciela Aveledo, bisnieta del director fundador del colegio de Santa María, donde trabajó José Martí, la cual aportó nuevos elementos. En ese viaje compartimos con la académica y estudiosa del maestro, Mirla Alcibiades, autora del libro *Venezuela en José Martí*, quien precisó la fecha exacta del arribo a Caracas.

A través del presente texto conocerán aspectos importantes de la vida y costumbres de los pueblos de México, Guatemala y Honduras, de sus historias, cultura y vinculaciones con Cuba, en el caso de Honduras, muchas desconocidas para los lectores cubanos.

Es nuestro deseo que esta obra contribuya a que nuestro Héroe Nacional mantenga vivo su paso por esos lugares y los pobladores se acerquen a su pensamiento y acción en la lucha por alcanzar una América Latina unida y verdaderamente independiente.

Adys Cupull y Froilán González

Cuba-España-México

El Héroe Nacional de Cuba, José Martí, nació el 28 de enero de 1853 en la calle de Paula número 41, en la ciudad de La Habana. Su padre, Mariano Martí Navarro, era militar español y su madre, Leonor Pérez Cabrera, hija de otro militar de ese país destacado en La Habana. Dos tías maternas estaban casadas con militares. Después del nacimiento de su hijo, Mariano Martí pasó a trabajar en la policía.

En septiembre de 1857 la familia partió para España y se instaló en Valencia, donde nació una nueva hija, la tercera de las niñas de la pareja. A fines de 1858 o principio de 1859 Mariano regresó a La Habana y volvió a su puesto de policía. Posteriormente lo hizo Leonor con sus cuatros hijos. En 1862 Mariano fue designado como sustituto de un jefe corrupto implicado en el contrabando de esclavos en un pequeño pueblo de la provincia de Matanzas. Partió para ese lugar junto a su hijo de nueve años de edad.

En 1864 fue despedido de su empleo y tratando de buscar una salida económica viajó, acompañado por su hijo, a Belice, conocida como Honduras Británica. La estancia fue breve y al retornar a La Habana, en junio de ese año, solicitó su restitución en el puesto de policía.

José Martí matriculó en la Escuela Superior Municipal de Varones, y con solo trece años de edad devoró la vasta biblioteca de su maestro Rafael María de Mendive. El 17 de septiembre de 1866 aprobó el examen de admisión en el Instituto de Segunda Enseñanza.

El 10 de octubre de 1868 estalló la Guerra de Independencia y el 19 de enero de 1869 Martí divulgó un escrito político en el

periódico *El Diablo Cojuelo*. Se produjeron varios incidentes entre patriotas y españoles, y el 23 de enero fue publicado el poema «Abdala», donde hacía un llamado a defender la patria, y por el que se desató una gran represión.

José Martí, de dieciséis años de edad, fue acusado de infidencia, llevado a prisión, juzgado en Consejo de Guerra y condenado a seis años de cárcel. Lo trasladaron al presidio, le asignaron el número 113, le cortaron el pelo, le fijaron en el tobillo derecho un grillete unido a una cadena hasta la cintura y lo destinaron a trabajar picando piedras. Él narró la terrible experiencia en el relato «El presidio político en Cuba».

Fue destinado al departamento de cigarrería del penal, a la prisión de La Cabaña, a Isla de Pinos y el 15 de enero de 1871 deportado a España. En Madrid matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad y el 17 de mayo de 1873 solicitó su traslado para la de Zaragoza.

El 22 de abril de 1874 Mariano y Leonor, con sus hijas, embarcaron hacia el puerto de Veracruz, donde tomaron el tren para la capital mexicana.

Después de terminar su carrera universitaria, el Apóstol viajó a París. En el puerto El Havre embarcó para Inglaterra y en Liverpool recibió el nuevo año de 1875. Desde allí abordó el trasatlántico *Celtic* rumbo a Estados Unidos. El 5 de enero de 1875, a los dieciocho años de edad, murió su hermana Ana de una afección del corazón. En Nueva York, José Martí partió en el vapor *City of Mérida* al puerto de Veracruz, adonde llegó el 8 de febrero y tomó el tren hasta Ciudad de México. El día 10 en la estación de ferrocarril, Mariano, de sesenta años de edad, vestido de negro, lo esperaba en compañía de su amigo Manuel Mercado; el encuentro fue intenso y emotivo, igual sucedería con su madre y hermanas.

José Martí, con solo veintidós años, visitó varias veces la tumba de Ana y escribió un poema titulado «Mis padres duermen. Mi hermana ha muerto», que fue publicado el 7 de marzo en la revista *Universal de México*. Ya se hablaba del poeta y periodista.

En Cuba la guerra por la independencia continuaba, el presidente de Guatemala, general Justo Rufino Barrios, firmó un decreto reconociendo esa lucha que fue publicado el 6 de abril de 1875. Esa aceptación diplomática propició la llegada de cubanos eminentes como el educador José María Izaguirre, el poeta José Joaquín Palma y el pedagogo Hidelbrando Martí, iniciador del Instituto Nacional Central para Varones y sobrino del padre de José Martí.

En esa etapa llegó a México el violinista cubano José White, autor de famosas composiciones, entre ellas *La bella cubana*, y José Martí asistió a uno de los conciertos, lo cual lo motivó a escribir que White no tocaba, subyugaba, las notas resbalaban en sus cuerdas, se quejaban, se deslizaban, lloraban, sonaban una tras otra como sonarían perlas cayendo. El violín entusiasmaba, regañaba, lloraba y gemía con un dolor tan hondo que desesperaba y estremecía.

El concierto lo llenó de patria y escribió que era su alma, en ella las palmas besaban las brisas, y el aire sabía la manera de conmovirse y de llorar, las cañas contaban amores a las orillas mansas de los ríos, amaban las vírgenes cubanas trémulas de castísima pasión. La patria era su vida y sabía cómo palpitaba la armonía en sus campos de oro de maíz, cómo murmuraba en sus naranjos el crepúsculo bullicioso y sonriente, cómo se extendía sobre sus ceibas la tarde meditabunda y quejumbrosa. La patria era su amor; bendita a través del alejamiento y la amargura, le mandaba amores y promesas en el alma y un canto de esperanza en una inspirada criatura, engendrada entre sus suspiros y sus lágrimas, calentada al fuego de su sol.

El 19 de diciembre de 1875 se estrenó el drama de José Martí «Amor con amor se paga», en el Teatro Principal de Ciudad de México. Asistieron sus padres, hermanas, las hijas del expresidente Benito Juárez, entre ellas Manuela, acompañada de su esposo el poeta cubano Pedro Santacilia, Manuel Mercado, varios amigos, Francisco Zayas-Bazán con sus hijas Isabel, Carmen, Rosa y el esposo de esta última, el mexicano Ramón G. Guzmán, conside-

rado como uno de los hombres más acaudalados de México en aquella época.

Carmen llamó poderosamente la atención de José Martí y se estableció una mutua simpatía. Su hermana Amalia estaba casada con Leopoldo Barrios Carrión, jefe del estado mayor español en la ciudad de Camagüey.

En 1871 Zayas-Bazán se estableció en México con sus tres hijas solteras, con la finalidad de evitar las penalidades de la guerra y alejarse del conflicto bélico. Para esa fecha su esposa Isabel Hidalgo y Cabanillas, natural de Cienfuegos, había fallecido.

Entre Carmen y Martí se estableció un apasionado romance y un intenso noviazgo, rápidamente rechazado por el esposo de su hermana Rosa. Según diferentes testimonios, la bella y encantadora Carmen tenía varios enamorados, especialmente un íntimo amigo del señor Guzmán. Sin embargo, el padre de la muchacha disfrutaba de las conversaciones con el brillante joven cubano, discrepaban políticamente pero con respeto y acostumbraban a jugar ajedrez en las tardes.

Su hija Carmen nació el 29 de mayo de 1853 en la ciudad de Puerto Príncipe, hoy Camagüey, y por su destacada inteligencia y sensibilidad fue muy mimada por él, a quien le unía mucha afinidad. Era de refinado gusto, cantaba con melodiosa voz y tenía un fuerte carácter.

El escritor cubano Carlos Ripoll publicó en Estados Unidos el libro *La vida íntima y secreta de José Martí* y de este hemos tomado como referencias las cartas de Carmen Zayas-Bazán, publicadas en Cuba en las obras del investigador Luis García Pascual. En la primera misiva a Martí se puede leer:

Pepe:

Esta es la primera vez que tomo la pluma para decirte lo mucho que te amo, y tiemblo solamente al considerar que

quizás es insuficiente para poder interpretar la nobleza de mis sentimientos. Mucho tiempo hace que te amo, pero en silencio, mucho ha que mi corazón te pertenece.

Es muy cierto que desde que te vi te amé, desde ese momento sentí nacer en mi corazón inextinguible llama del primer amor, pero también es cierto que desde que te conozco no he tenido un día de calma, pues los celos me mataban, era horrible mi situación: constantemente he luchado con las dificultades que en su egoísmo el mundo pone siempre a la felicidad de los seres que se aman, pero si es cierto que mucho hacen sufrir, y mucho nos queda por sufrir, no lo es menos que algún día seremos en extremo felices. ¿Deseas olvidar? ¿A quién? ¡Dímelo! Que si tengo el alma pequeña, la tengo muy grande para ciertas cosas y pequeña para otras, pero para escribirte y pintarte mi amor como debe ser, inmensa es. Escríbeme seguido y no me culpes si no puedo hablarte algunas veces. Carmen significa verso en latín, y en otra trigo, vergel, nombre sonoro y armonioso. Tuya,

Carmen

[Luis García Pascual: *Destinatario José Martí*, p. 31].

José Martí le contestó, pues aparece otra carta de Carmen donde expresa:

Pepe:

Yo no tengo sólo tu carta en el corazón, tengo tu imagen grabada en mi mente, tu voz y tus miradas me queman, pues te adoro con el delirio de un corazón puro!!! Ámame como yo te amo. Yo juro adorarte hasta la muerte. Dime, ¿qué cosa no crees de mi carta? ¿Crees que yo te engañase? ¿A ti que te quiero tanto? Eso ni por un

momento, pues creo que asuntos tan sagrados como el amor se deben tratar con entera franqueza.

A pesar de mi poca experiencia y edad tengo la desgracia de dudar de todo, pues he visto tantos corazones marchitos muy temprano por los desengaños. Tanto vi que tengo temores, más cuando me dices que quizás, tal vez, me quieras firmemente, esto es terrible. Cuando entusiasta esperaba leer en tu carta frases amorosas sólo encontré duda y frialdad. Te ruego seas más amoroso en otra [...] Tuya,

Carmen

[Ibídem, pp. 31 y 32].

A pesar de la oposición de su hermana Rosa y su esposo, las relaciones con José Martí se formalizaron y el 23 de mayo de 1876 el joven enamorado publicó en el periódico *Eco de Ambos Mundos* un poema dedicado a ella, titulado «Carmen»:

El infeliz que la manera ignore
De alzarse bien y caminar con brío,
De una virgen celeste se enamore
Y arda en su pecho el esplendor del mío.

Beso, trabajo, entre sus brazos sueño
Su hogar alzado por mi mano; envidia
Su fuerza a Dios, y, vivo en él, desdeño
El torpe amor de Tíbulo y de Ovidio.

Es tan bella mi Carmen, es tan bella,
Que si el cielo la atmósfera vacía
Dejase de su luz, dice una estrella
Que en el alma de Carmen la hallaría.

Y se acerca lo humano a lo divino
Con semejanza tal cuando me besa
Que en brazos de un espacio me reclino
Que en los confines de otro mundo cesa.

Tiene este amor las lánguidas blancuras
De un lirio de San Juan, y una insensata
Potencia de creación, que en las alturas
Mi fuerza mide y mi poder dilata.

Robusto amor, en sus entrañas lleva
El germen de la fuerza y el del fuego,
Y griego en la beldad, odia y reprueba
La veste indigna del amor del griego.

Señora el alma de la ley terrena,
Despierta, rima en noche solitaria
Estos versos de amor; versos de pena
Rimó otra vez, se irguió la pasionaria.

De amor al fin: aunque la noche llegue
A cerrar en sus pétalos la vida,
No hay miedo ya de que en la sombra plegue
Su tallo audaz la pasionaria erguida!

[José Martí: *En mi pecho bravo*,
compilación, introducción y notas de
Esteban Llorach Ramos, pp. 63 y 64].

Esas relaciones no fueron aceptadas por los familiares de José Martí, especialmente por la madre, quien opinaba que Carmen era demasiado aristócrata y no estaba formada para las limitaciones económicas y las pobreza. El 22 de junio *La Revista Universal* de

México publicó otro poema de José Martí dedicado a su novia, titulado «Aves inquietas»:

La voz se oyó de la mujer amada,
Habló de amor con sus acentos suaves,
Y las rebeldes aves
En trémula bandada,
Las alas que su cárcel fatigaron
En mi cráneo y mi pecho reposaron,
Cual Rojo mar en los ardientes brazos.

[**Alfonso Herrera Franyutti**: *Martí en México. Recuerdos de una época*, p. 183].

Martí sufrió una recaída del padecimiento en uno de sus testículos provocado por los grilletes usados durante su presidio político. Fue atendido por el doctor Francisco Montes de Oca, quien diagnosticó infartos ganglionares y lo operó con precisión y gran éxito. El 13 de julio Martí agradeció desde las páginas de *La Revista Universal* las atenciones del eminente galeno mexicano.

Durante el restablecimiento, junto a las atenciones de la familia, acudían a visitarlo Manuel Mercado y su esposa Lola. Martí recordaría varios años después las caricias del perfume de unas flores que le enviaba Lola a su cuarto de enfermo.

Su novia fue a visitarlo y, al despedirse, el joven notó la ausencia de un pequeño paquete que contenía cartas, recuerdos de sus amistades y afectos femeninos. Atemorizado de que esto pudiera influir en sus relaciones corrió tras Carmen, quien aceptó devolverlas y olvidar el pasado, a cambio de que su cariño fuera solo para ella.

En otra epístola de Carmen a José Martí se puede leer:

Martí:

Creo que debemos comunicarnos por escrito pues de otra manera es imposible; si te parece, escíbeme puesto que me ves como tuya.

Ma. del Carmen

[**Luis García Pascual**: *Destinatario José Martí*, p. 32].

José Martí preparaba el regreso de su familia a La Habana para dejarla establecida y luego viajar a Guatemala, donde le ofrecieron empleo como profesor. Tenía el propósito de crear las condiciones materiales indispensables en ese país y volver a México, casarse y trasladarse a la capital guatemalteca con su esposa. Ese proyectado viaje obtuvo la oposición de Francisco Zayas-Bazán y muy firmemente de Rosa y su esposo Ramón G. Guzmán, pero la muchacha mostró tenacidad, resistencia, fuerte carácter y firme disposición de defender su amor.

Los amigos de Martí le ofrecieron ayuda para el viaje, entre ellos Nicolás Domínguez Cowan y Pablo Macedo, quien le entregó documentos y cartas de recomendación para algunos amigos en aquella capital; de igual modo Juan Ramón Uriarte escribió a intelectuales, al ministro de Relaciones Exteriores Joaquín Macal y al de Instrucción Pública Lorenzo Montúfar.

Francisco Zayas-Bazán le ofreció el dinero necesario para enviar a la familia a Cuba sin que corriera riesgos de ninguna naturaleza y se quedara a residir en México o se trasladara a Guatemala como eran sus deseos, pero Martí no aceptó la propuesta bajo ninguna circunstancia, a pesar de los ruegos de su novia. Fuentes familiares relataron que el ofrecimiento de Zayas-Bazán era sincero y con sentido paternal.

El 30 de diciembre de 1876 Martí partió en tren de la capital mexicana hacia Veracruz, para luego viajar a La Habana. Poco antes dejó una nota a su amigo Nicolás Domínguez Cowan donde le explicaba por qué no aceptó la propuesta de ayuda de Francisco:

Lo he pensado con gratitud y con prudencia; lo he pensado con calma largo tiempo. Mi indecisión es más patente que su nobleza, con ser ésta tanta: no debo hacerlo —creería ese hombre generoso que le compro su favor: esto me daña [...].

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, p. 256].

El viaje en tren le permitió apreciar el paisaje y escribir que, de pronto, como artesa de siglos, de edades, la tierra se abrió a los pies, honda, verdeada a cuartones, a fajas verdes, verdeoscuro, amarillo de oro, con su verdor cespino en la tierra negruzca, con su hilo de techos y árboles por lo largo del camino, y los montes alrededor, prendida la sombra de un pico a otro, o cogida de un hombro, como si de cada uno fuese a asomarse al valle la naturaleza, y una india, de rebozo azul, ofrecía por la ventanilla un cesto de granados. Describió cómo la locomotora, con sus vagones, pasaba las Cumbres de Maltrata, la iglesia que lucía blanca, rodeada de tejados entre arboledas negras y al salir de los túneles el sol tenía color de llama y las laderas eran como arrugas de viaje.

El 1.º de enero de 1877 le escribió a Mercado:

[...] —Vd. sabe sin duda, porque V. tiene derecho a saber todo lo mío, cuánto se luchó la última noche para lograr que desistiese yo de mi viaje.—Me ofreció Zayas el dinero necesario para que mi familia fuese a la Habana:—este dinero era inútil, puesto que era de Zayas: a V. no tengo que hacer mayor explicación.— Con el alma lo hubiera recibido: con las manos, no.— Nicolás Domínguez, afligido porque no tenía el mismo dinero que ofrecerme, quería que yo pagase a Zayas con un bono de Cuba, de valor real de 250\$.—La mejor manera de agradecer y honrar algunos favores, es aceptarlos,—y cuando no se aceptan, no se compran. Ni dudé un instante lo que debí hacer [...].

[...]

Parece que Guatemala me tiende los brazos: el alma es leal, y la mía me anuncia ventura. Voy lleno de Car-

men, que es ir lleno de fuerza; de las cariñosas cartas de Macedo, a quien V. sabe como estimo, espero bien; las que me ha dado aquí Uriarte son tales que me abrirán fácil camino, a mí que las ayudaré rápidamente. Me asegura, me promete Uriarte que tendré desde el primer momento en Guatemala la situación holgada que procuro. Las cátedras son fáciles, y las privadas abundan. La reválida es sencilla, y la haré en una semana [...]. Parece que comienza una época digna y varonil;—pero de esta Guatemala que me llama, llamaré yo a México a que amo [...].

[...]

[...] Carmen no me querría si yo fuera impaciente o ambicioso: ella y yo confiamos en que el tiempo de la obra ha de venir. En tanto, la mereceré calladamente [...] volveré a rogarle que vea a Carmen, y que halle medio natural de que se conozcan ella y Lola; la he dejado con la serenidad tranquila del esposo que confía mucho en su mujer [...] son ahora las 3 de la mañana, y a las 7 embarcamos; digo adiós a este México a que vine con el espíritu aterrado, y del que me alejo con esperanza y con amor, como si se extendiera por toda la tierra el cariño de los que en ella me han querido [...].

[Ibidem, pp. 16 y 18].

Ese mismo día le escribió a Nicolás Domínguez Cowan:

[...] No rechacé el favor directo de V. —e inolvidable, mi noble amigo— sino porque era una manera de aceptar indirectamente la generosa oferta de Zayas. Hay voces íntimas que dicen lo que se debe hacer, y

yo las obedezco siempre. Yo hubiera llamado aquella noche a la puerta de Zayas, para darle un estrechísimo abrazo, y encaminarme después, satisfecho y contento, al ferrocarril. No era sólo quedarme, Nicolás, ni enviar a mi familia. Mi situación era insostenible un día más. Mi viaje propio,—del que todo me augura fortuna,— como al venir a México todo me presagió desgracia,—es costoso, necesario y largo [...] la que ha de ser mi esposa ha comenzado ya a sufrir: y voy a la Habana. Julián Pérez me llamo, mi segundo nombre y apellido, que hasta yéndome en ello mi vida, no he querido ser más que lo necesariamente hipócrita [...]. Un supremo encargo le hago, que de V. para mí sería una orden: vele por mi familia. No acepté su favor, porque era preciso aceptar el de Zayas: condición imposible [...].

[Ibídem, pp. 257 y 258].

En Veracruz, el 2 de enero de 1877 tomó el vapor *Ebro*, y el día 6 llegó a la capital cubana. Se reunió con su madre, su hermana Antonia y Manuel García, esposo de su hermana Leonor, conocida cariñosamente como la Chata, donde ellas vivían. Le escribió a Manuel Mercado el 22 de enero:

[...] —No me oculto a mí mismo que para emprender e imaginar, para alentar con fe y obrar con brío, la presencia de Carmen me es indispensable. —Ejerce ella en mi espíritu una suave influencia fortificante, a tal punto que creo ahora que bien pudiera ponerse por encima de la misma nostalgia de la patria, la nostalgia del amor. No es pasión frenética, a menos que en la calma haya frenesí; pero es como atadura y vertimiento de todo su espíritu

en mi espíritu. —¿Debo correr aventuras que repugno? ¿Podré yo tener todo el aliento que necesito lejos de aquella para quien lo quiero? ¿Me es lícito imponerme a mí mismo un sacrificio torturador e innecesario?—¿Para qué, sino para ser oídos, hay en mí estos poderosos clamores de mi alma? Estas ideas peso y agito, sin que por ninguna de ellas me decida. Por fortuna, en mí el cumplimiento del deber ni aun es meritorio, porque es hábito: sé que al cabo he de decidirme por lo que la más escrupulosa conciencia deba hacer.—

[...]

[...] —Un espíritu celeste, el de mi amorosa criatura, me ha dado brío secreto para quebrantar en bien de todas estas, para nadie útiles, ligaduras: ¿qué habrá erróneo que nazca en su espíritu altísimo y perfecto?—

Y ¡cómo quiero yo que mi Carmen conozca y ame a Lola, si es que estos dos movimientos de espíritu han de ser en las dos, cosas distintas! Necesitan los buenos crearse aisladamente una pura atmósfera especial,—y si hubiera aún un ejemplo que mi Carmen debiese aprovechar, el de Lola, la más casta y virtuosa mujer que he conocido, el de Lola sería ése. U. sabe que de tiempo ha tengo yo, con tenacidad creciente, este empeño. Es don harto caro una gran alma para que se pierda, una vez hallada, el beneficio consolador de su contacto.—

[Ibidem, pp. 20 y 22].

Se afirma que el padre de su amigo Fermín, José Mariano Domínguez y Salvajarregui, era guatemalteco y le dio cartas de recomendación para varias personas, entre ellas para el presidente

Justo Rufino Barrios, quien fue su discípulo. El 3 de febrero Martí le comunicó a Mercado:

[...]

Escribo a Carmen mis vacilaciones sobre viaje a Guatemala o vuelta a México:—más fe tengo en esto que en aquello, pero tengo reparos secretos, que yo mismo no juzgo claramente, y nada he de decidir hasta que mis ideas y razones no estén bien definidas en mi espíritu.

Pudiera pensarse que me llevaba a México una debilidad: preveo en mi viaje a Guatemala, ahora que lo veo de cerca, un sacrificio inútil; pero yo gusto del placer del sacrificio.—Sólo que esto es a veces un sibaritismo para sí y para los otros criminal. —No dudo de que hallaré trabajo en Guatemala; pero sé que no hallaré la milagrosa suma de trabajo necesaria para que, una vez tranquila aquí mi familia, pudiera yo acumular lo preciso para mi unión con Carmen, cuyo poder suave en mi alma no he conocido bien hasta que no he arrancado—que no alejado—mis ojos de ella. Y ese era precisamente el objeto de mi aislamiento.—Pero creada en su ánimo una esperanza, siquiera la vea yo inútil, no he de defraudarla.—Se creería tal vez que sólo me llevaba a México la falta de grandeza de alma necesaria para estar separado de la mujer a quien entrañablemente amo;—y por los que no conocen mi amor a lo pleno y lo absoluto, y como yo no gozo sino con los aplausos de mi conciencia, se creería que me arrastraba la seducción del goce perezoso de un placer.—¡Como si pudiera serme agradable, ni soportable siquiera, ver a Carmen, y no verla mía!—Y yo sé que, en tiempo breve, alcanzaría lo necesario en México: de mi nueva vida allí lo fío.—Pero haré con gusto a la esperanza de Carmen este sencillo sacrificio: ¡qué no merecen de mí las raras excelencias de su alma!

[Ibidem, pp. 23 y 24].

En la despedida le pide que vea a Carmen, porque le resulta dulce que los suyos se junten. El 11 de febrero de 1877 le volvió a escribir:

Mi muy querido amigo:

Cuando se va por el mundo, se va haciendo familia:—aquí se halla una esposa, allí un hermano;—dígame U. cómo no ha de volver el alma los ojos a donde ha hallado esposa y hermano juntamente [...].

No he cedido, sin embargo, al impulso de doliente amor que me llevaba a México: hay en la esencia del alma una voz solemne e imperiosa, que se oye en son de inexplicable alegría cuando bien se obra, y en penetrante palabra acusadora cuando se ha obrado poco cuerdamente. Estas voces secretas serán siempre, a despecho de las utilidades humanas, las únicas razones justas a la larga, y poderosas. Más fuerte que mi deseo, que ni a mis labios hubiera llegado sin la unánime—y equivocada—excitación de cuantos me quieren, ha sido mi propósito de seguir viaje a Guatemala. Mi fe se ha enardecido por mi desconfianza momentánea de ella:—como todo lo noble, mi fe me devuelve mi injuria haciéndome un bien.—Voy a esa tierra humilde con el alma regocijada, clara y entera. No pronto a esperar, sino decidido a obrar. Yo, tengo en mí algo de caballo árabe y de águila:—con la inquietud fogosa de uno, volaré con las alas de la otra.—Si la concepción de mi pensamiento de volver a México no hubiere en mí nacido de mi absoluta certeza de que mi vida está entrañada en la de Carmen, tendría vergüenza de este—en apariencia—acobardado pensamiento.

[*Ibidem*, pp. 24 y 25].

El 24 de febrero partió hacia México en el vapor *City of Havana*. José Martí llegó a Progreso el 28 de febrero de 1877, desde donde le escribió a Manuel Mercado:

[...] Venía yo de la Habana, herido de fiebre y de cansancio; aquí cobro pulmones nuevos, pienso virilmente y ando firme. De aquí en canoa a Isla de Mujeres; luego, en cayuco, a Belice; en lancha a Izabal; a caballo, a Guatemala. Hago lo que debo, y amo a una mujer;—luego soy fuerte.

Adivino durezas entre el alma alta de Carmen y el susceptible carácter de mi hermana Leonor; a esto atribuyo una frase de su carta, y otra de la de ella.—Creer sin fe, es una grave desventura; y otra mayor, amar sin creer.—Creo en mi Carmen absolutamente. La creo capaz de error, pero de errores muy pequeños; no de desamor que yo no tenga merecido. Véala V.; véala V. entre las 3 y 5 de la tarde; investigue en su espíritu las causas, que han de ser nobles, de esta pena. Ese amor me guía, y de él cuido escrupulosamente.

[Ibídem, p. 26].

Ese mismo día también le escribió a su futuro suegro Francisco Zayas-Bazán:

Las grandes acciones deciden pronto de los grandes parentescos;—ya sé como debo comenzar a usted mis cartas:—padre mío. Me da usted mi mayor riqueza, y mejor gloria; me da usted a mi Carmen de mi vida.—Merecida la tengo con mi alma, y aún más la mereceré con mis trabajos; pero los nuevos años de mi existencia, ya flori-

da, serán para consolar las soledades de quien con tan noble facilidad la envía de sus brazos a los míos.

Parece carta de mi Carmen la de usted, por lo que me la alabo, aplaudo y leo. La tengo por arras de mis bodas, y la estimo en todo el valer que le dan la entereza y hábitos de justa reserva de su espíritu.—Quiérame vivamente, que con esto gozaremos usted y yo.

Debo a usted cuenta de una vacilación de mi cariño. Tan poderoso es mi amor a Carmen, que logró desconcertar un instante la común virilidad de mis ideas, y hacerme concebir mi vuelta a México, como si yo tuviera el derecho de volver hasta después de haber empleado cuanta intrepidez y fuerza de acción hay en mi alma. No hay para mí más ley que la satisfacción de mi conciencia: bien pagué con mis tormentos íntimos la culpable idea de volver antes de batallar. A batallar iba a México también; pero no se es digno de satisfacer sus pasiones sino cuando se es capaz de dominarlas.

El dolor con que la imaginación enérgica de Carmen leyó la carta en que confiaba, a ella y a usted mis pensamientos,—de tal manera que ni ella ni usted hubieran debido dudar del resultado final de ello,—le hizo ver en mí intentos ni pensados ni escritos.—No luchó un sólo instante entre las atenciones a que debo yo dar la preferencia: ya tengo bien madurado y decidido lo que debo hacer. He ayudado a mi familia con más que humanas fuerzas, entre martirios increíbles y silenciosos de horror no comprendidos.—Mi hermana vivirá con su marido; el resto de mi casa vivirá ahora como antes vivía, y tal vez mejor que antes, porque mi padre será colocado holgadamente.—Yo, que a Carmen debo la resurrección de mis fuerzas y mi sacudimiento de tan injustas trabas y tan mortales agonías, a Carmen me consagro ahora por

completo: sé lo que quieren las realidades de la vida, y el respeto que debo a su ventura. Si mis padres no pudieran vivir sin mí, volvería a mis padres;—pero esto no ha de ser ahora, por fortuna. Mi familia misma debe agradecer esta libertad en que me deja;—porque en ella robustezco mi experiencia, educo mis hábitos con trabajos nuevos, y con el cariño ejemplar de Carmen rejuvenezco y hermosteo mi corazón.

En tanto, soy de la que me anima y me comprende.—Ayudaré siempre a mi casa; que mi fortuna sería criminal si no amparase su pobreza, y no es a un hijo a quien toca condenar la buena o errada conducta de sus padres. Los ayudaré cordialmente, cuando, abastecida mi alma del hermoso cariño de mi esposa, nos sonría juntos la ventura que siempre compensa al que obra bien.—Mientras,—más trabajaré para la que más y mejor me ame.—Ya no me queda un solo reproche en mi conciencia.

Hablaría a usted largamente de mis esperanzas y firmezas, y de los pintorescos y peligrosos accidentes de mi viaje; pero esperan por mí para cerrar la valija del correo. No creo en los éxitos fantásticos; pero sí creo en las honradeces productivas. Tengo fe en el cariño que me impulsa, y en la tenacidad de mi carácter;—téngala usted en mi palabra ardiente, en la sinceridad que me capta amigos, en la solidez de mi conducta, en esta fuerza extraña con que suelo conmover y entusiasmar;—riquezas que suelen ser tardías, sin ser por eso menos valiosas y reales, pero que en un solo día de fortuna hacen el camino que una inteligencia común tarda toda una vida en recorrer. Dondequiera que he estado, he tenido, aun a pesar mío, halagador renombre;—y éste siempre me lo he conquistado en un día solo. Así logré a mi Carmen.

Así haré mi fortuna. Nada en mí sigue hasta ahora la vía de las existencias ordinarias.

Descontento termino esta carta, que gozo enseñando mi alma a usted.—Conozco ya la suya, y es uno de mis más vivos deseos el de devolverle con las solicitudes de mi afecto la calma, la juventud y la alegría.

Tengo perpetuo día de fiesta con su amorosa y respetable carta. Su hijo me llama en ella; crezca cada día el amor que le inspiro, como en mí crece la veneración cariñosa con que a mi alma hablo de usted.—Abraze a sus hijas,—todas ellas excelentes criaturas, y estime y quiera a su hijo nuevo.

[Ibídem, pp. 258-260].

El 1ro. de marzo viajó a Mérida, donde conoció a miembros de la colonia cubana y del círculo literario yucateco. Regresó alrededor del día 4 para poder reunirse con su padre y hermanas, que habían tomado el vapor en Veracruz, con escala en Progreso. La despedida fue de gran intimidad y Mariano Martí le dio un beso que él recordaría entre los momentos supremos de su vida. Partieron para Cuba mientras él salía rumbo a Guatemala.

En su diario de viaje escribió que viniendo de Progreso a Islas Mujeres se pasaba muy cerca de Contoy. Expresó que Jolbós era un pueblecillo de pescadores, frecuentado solamente por cayucos o canoas pequeñas. Este pueblos no solo vivía de la pesca, también había milpas, pobres haciendas y los frutos y pescados eran vendidos en los pueblos de la costa. Describió a Contoy como un islote de una a dos leguas de extensión, habitado exclusivamente por gran cantidad de pájaros, entre ellos alcatraces, garzas, zaramagullones y, en el aire, las blancas gaviotas.

La siguiente escala fue en Islas Mujeres, donde se pescaban caguamas y tortugas, y la riqueza consistía en un cayuco danzarín que cogía y vertía sal, llevaba carey y traía maíz. Describió la bahía

como linda, la cual si no daba alcance a buques de mucho calado, ofrecía a las embarcaciones menores muy seguro y cómodo abrigo. Al aguardiente de caña le decían habanero y hablaban del boniato importado de Cuba, más dulce y más grande que el camote; de las naranjas refrescantes, del menudo plátano, de la guanábana aromosa, de la negra tierra, fácil para el cultivo del tabaco, del café, de la caña, todo esto se cultivaba en abundancia y confusión pasmosa, y lo producía la isla dócil.

Durmió en una hamaca y la hotelera tendió un grueso y limpio mantel sobre la mesa de amarillo pino, donde humeaba una taza de chocolate preparada con frescos y gruesos granos de cacao.

Llegada a Guatemala

José Martí llegó a Guatemala por el pequeño puerto de Livingstone, al que describió como encantador. El primer contacto del Apóstol al llegar a esa tierra fue con miembros de la comunidad garífuna, que poblaron la zona atlántica de Guatemala, Honduras y Nicaragua.

Martí se preguntó qué hombres eran esos que andaban a pie sobre las aguas y movían una paleta, y cortaban como flechas las ondas; eran los hombres de los cayucos. Por el camino rudamente inclinado, más que bajar, rodaban puntos negros, eran las madres hacendosas, que a orilla de la mar blanqueaban su ropa.

Señaló que en la canoa tripulada por dos jóvenes se movían flexibles los remos hacia la costa y no se veía una cara blanca, pero el negro de la raza pura alegraba los ojos, no era el negro corrompido, bronceado y mezclado de Belice, sino ese otro luciente, claro y limpio, que no tenía nunca canas.

También relató sobre el trabajo común y solidario para construir sus viviendas, cómo el marinero era saludado por todo el mundo, hablaban su caribe primitivo, su dialecto puro, no mezclado. Eran locuaces con la lengua, con los ojos, con las caderas, con las manos, tenían para cada letra una transición de ojos diferentes, cultivaban la yuca y fabricaban casabe, de eso vivían junto con el coco, el plátano y la caña.

Dijo que eran admirables la vivacidad, generosidad, fraternidad y limpieza; las miradas llenas de benevolencias y franqueza acusaban por su centelleo, que en el momento de la ira debían ser rayos y relámpagos. Era un pueblo moral, puro y trabajador.

Martí describió el río Dulce y las bandadas de pájaros blancos y relató cómo el viajero asombrado, trasponiendo la entrada del río, veía el más solemne espectáculo, la más grandiosa tarde, el más majestuoso río que pudo un hombre ver. Había otros más caudalosos como el Amazonas, o más claros que el Almendares, pero ninguno tan severo, de tan altas montañas por ribera, de tan mansa laguna por corriente, de tan menudas ondas, de tantas palomas, de tan soberbios cortinajes de verdura del cielo prendidos, y orlados y basados luego por la espuma azulosa de las aguas. Islas como cestos, palmas que se adelantaban para abrazar, sibilíticas inscripciones en extrañas piedras, abundantísimas aves de eco sonoro, donde escuchaba algo de lo eterno y lo asombroso.

En la noche de luna del 25 de marzo de 1877 llegó al puerto de Izabal, donde muy cerca mueve sus olas, no ondas, el gran golfo Dulce, laguna amplísima por geógrafos descrita, loada por poetas, por viajeros discretos admirada, es vasta como un mar, encadenada ruge e irritada es bella, se encrespa y juega con los buques. Desde allí partió en una mula que catalogó de pequeña, innoble, rebelde y malintencionada. Le acompañaba un arriero, su mujer, cuatro mulas más y un revólver para protegerse.

Sobre Gualán escribió el 28 de marzo, diciendo que crecían el huachipilin suave y rojizo, el veteado granadillo, el ébano lustroso, el duro ronrón de vetas negras, el inflexible guayacán y el maqueado brasilete.

Durmió en una buena choza con techo de palma de manaca; partió en las primeras horas de la mañana y por la noche llegó a El Roblar, donde comió y descansó.

El profesor guatemalteco Israel Pérez Posadas relató que, de acuerdo con lo conversado con vecinos de este lugar, cree que cuando Martí habla de El Roblar hace referencia al caserío El Roble, pero que en realidad no pasó por ese lugar por estar fuera de la ruta.

José Martí se refiere a un grupo de pequeños monos, al ruido que hacían al escaparse para la selva y al sonido de las cotorras.

Describe los caminos estrechos y solo aptos para águilas o caballos. Ya habían pasado tres días desde que salió de Izabal.

Su novia Carmen le arranca los más ardientes, arrebatados y centelleantes cantos a su espíritu, lleva luz de estrella sobre alas de fuego y desea buen viaje a su misterio celestial, aprieta sobre su corazón a la que ama y con los labios junto a sus labios, duerme de amores.

El 29 estaba en San Pedro; después de transitar por un camino de arenas infernales, arroyos secos y yerba quemada, escribe que el pueblo es bonito, se tiende sobre una meseta de la loma y hay una buena cantidad de casas blancas mezclándose con las de palma. A media noche se encontraba en Zacapa, pueblo de pita y mangos, del comercio y de quesos, con cuartel, juzgado, plaza, violín, violón, iglesia, rebozos de seda, camisetas de Cambray o ancho y alto monte y grandes ríos; describe una procesión religiosa.

Escribió que en vía a Guatemala venía por entre empalizadas y calles tupidísimas, tomando de los árboles vecinos un mamey, una ciruela, una almendra, un marañón silvestre, espontáneo y veía como corrían flotantes islas de mangos por el río que se dispuso a cruzar valerosamente; puso a una viajera enamorada, en su lindo sombrero, las florecillas rojas acabadas de recoger en el camino.

Invita a escuchar en la iglesia el tamboril con que llamaban al culto y hacían fiestas, a comer de su queso, gozar de los chistes de su gente y anota en su diario la vivacidad de sus mujeres. Se lamenta de que sus grandes tiendas, repletas antes, ese día estaban desiertas y saluda su iglesia y su plaza.

Escribió que en Zacapa vivían principalmente del tabaco y de los sombreros de petate. El comercio era casi imperceptible al extranjero por sus escasas formas exteriores, sin embargo, era activo y las personas venían de los valles cercanos a surtirse de mercancías. Casi todas las casas eran depósitos de azúcar, licores, telas, hierro, loza y artículos primitivos indispensables para la vida pobre de los campos. Se hospedó en un hotelucho, con almohada de

paja y catre de saco. Cortó un jazmín de noche, cuyo perfume envió con un beso a su novia.

Narró que en una aldehuela llamada El Jícaro, ubicada a noventa y ocho kilómetros de la ciudad de Guatemala, vio pasar en brillante cabalgata el cortejo de dos risueños novios, echó pie a tierra en casa de un ladino, al que describe como decididor, fanfarrón, letrado, tuerto y, mientras le freían dos huevos, comenzó aquel a recitar, mal que bien, una buena fábula. La primera redondilla lo hizo alzar la cabeza, con la segunda fijó mucho la atención y describió la gracia y animación, la rima tan nueva, a veces brusca, pero siempre atinada y original.

Después de ocho días de viaje José Martí llegó a la capital guatemalteca, a la cual describió como una gran ciudad blanca, majestuosa, soberbia y envuelta en la niebla; los campanarios irguiéndose por doquiera, semejantes a los grandes mástiles de un puñado de navíos clavados en la tierra seca. Al acercarse se perciben las calles rectas, como si fueran las simétricas líneas de un tablero de damas y al disiparse la niebla se adivina en la clara atmósfera que la rodea una ciudad tranquila, donde grupos de árboles brillan entre las blancas casas, como esmeraldas entre ópalos, y cuando al fin se pisan las calles mal pavimentadas, se ve que se está en uno de los lugares más primitivos y tranquilos del mundo.

En los primeros días de abril de 1877 José Martí visitó al director de la Escuela Normal para Maestros, dirigida por el cubano José María Izaguirre, quien lo hospedó en su casa situada en la Cuarta Avenida Sur, número 52, entre 13 y 14. Compartió con el poeta cubano José Joaquín Palma y se entrevistó con Joaquín Macal, ministro de Relaciones Exteriores, a quien entregó la carta enviada por Juan Ramón Uriarte y le solicitó un ejemplar de los Códigos Nuevos con el propósito de estudiarlos.

Días después le escribió a Manuel Mercado y le comunicó que su nombre andaba en boca de la gente, susurraban que escribía y hacía versos, hablaba, investigaba, pedía el Código y lo juzgaba en un instante.

El embajador de Guatemala en México también le escribió al general Miguel García Granados, expresidente de la República y quien, junto a Justo Rufino Barrios, encabezó la revolución de 1871.

La amplia casa de Miguel estaba abierta para personalidades de variadas posiciones políticas y culturales.

Máximo Soto-Hall, hermano de Marco Aurelio, presidente de Honduras, en su libro de memorias describió la residencia como moderna en su exterior y en el interior con las características propias de los viejos caserones coloniales, pesados muros, piezas amplias de alto techo, extensos patios, anchos corredores, mucho aire, sol, luz y adecuada para una numerosa familia. Ocupaba un cuarto de manzana en la parte más céntrica de la ciudad; la gran puerta de entrada era de caoba primorosamente tallada y poseía un aldabón semejante a un tigre de bronce en acecho, que aprisionaba entre sus patas delanteras una bolita que servía para golpear en el llamador. Era costumbre en la ciudad que las grandes mansiones permanecieran con las puertas y ventanas regularmente cerradas, sin embargo, las de los García Granados estaban abiertas, reflejando el espíritu hospitalario y acogedor de las personas que en ella habitaban.

En el ala izquierda se encontraban dos grandes salones con muebles lujosos, ligeramente deteriorados, a continuación el dormitorio de los dueños de la casa y las alcobas de las hijas, en el fondo, la cocina y el cuarto de sirvientas. El ala derecha estaba destinada a los hijos y a dos sobrinos que vivieron siempre al lado del general. En la parte delantera de la casa había un gran jardín y una frondosa parra que ofrecía fresca y tupida sombra. Detrás de ese emparrado se encontraba el comedor, tan grande como todo el frente de la residencia y la amplitud de la mesa correspondía al recinto. Lo demandaba la numerosa familia y los muchos invitados regularmente asistentes a aquella pródiga y obsequiosa familia.

En esa casa se veían a los últimos diplomáticos acreditados ante el Gobierno de la nación, hombres de ciencia, escritores, poetas,

emigrados políticos, actores, artistas, altos funcionarios del Gobierno y exfuncionarios, sacerdotes, libres pensadores y bailarines. También la visitaban José María Izaguirre, su hermano José Manuel, conocido por Don Lico, destacado dibujante y calígrafo, Margarita Izaguirre, a quien familiarmente le llamaban Matica, su hermana Clara, José Joaquín Palma y muchos otros.

Martí fue recibido afectuosamente por la familia García Granados. Soto-Hall escribió que, aparte de los atractivos de su talento, poseía una gran seducción física para las mujeres que recaía, sobre todo, en sus soberbios ojos, fuertemente impresionantes. Describió al mexicano G. Urbina, quien caracterizó a José Martí como pálido, nervioso, de cabello oscuro y ondeado, bigote espeso bajo la nariz apolínea, frente muy ancha, pequeños y hundidos ojos muy fulgurantes, de fulgor sideral.

La presencia de Martí impresionó a María García Granados, la hija mayor del general, quien acababa de cumplir quince años. Máximo Soto la refiere como adorable física y moralmente, alta, superando su estatura las proporciones de su edad, delgada y flexible; dos trenzas opulentas rodaban por su espalda hasta más abajo de la cintura, partido en bandas el cabello, brillante, negro y ligeramente ondeado; el cutis de palidez transparente le imprimía una misteriosa espiritualidad; los ojos grandes, oscuros, pese a su languidez soñadora, dejaban adivinar la llama de romántica pasión en que ardía aquel ser sensitivo y vibrante.

En una comparación hecha con una tía de María afirmó que el rostro de esta última era ovalado, la boca delineada con perfección y ligeramente provocativa, nariz fina y recta, ojos de sorprendente atracción y belleza, la palidez transparente se adivinaba en una blancura mate, el cabello renegrido y lustroso, el cuello torneado y alto, y la distinción jerárquica del busto; todos sus rasgos eran artísticamente distintivos del conjunto.

El periodista guatemalteco David Vela Salvatierra señaló que la amistad con José María Izaguirre le permitió a María García

Granados figurar en las veladas lírico-literarias de la Escuela Normal. En una crónica de *El Progreso* de diciembre de 1875 sobre una función literaria, se puede leer que las simpáticas señoritas Emilia y María Luisa Rosemberg, Paulina Zeceña y María García Granados fueron muy aplaudidas por sus números de canto y piano.

Sobre Miguel García Granados dijo que era culto y que estableció buenas relaciones con José Martí, con quien mantenía amistosos diálogos sobre literatura, política y en ocasiones jugaban ajedrez, mientras su hija María, con sus finas manos como desmayadas sobre el teclado, llamaba a Martí con dulces notas, más desde lo recóndito de su alma enamorada que desde el piano.

María, quien tocaba muy bien este instrumento y cantaba, le pidió a Martí un poema para su álbum y este escribió:

Siento una luz que me parece estrella,
Oigo una voz que suena a melodía,
Y alzarse miro a una gentil doncella,
Tan púdica, tan bella
¡Que se llama ¡María!
[...]
Desempolvo el laúd, beso tu mano
Y a ti va alegre mi canción de hermano
¡Cuán otro el canto fuera
Si en hebras de tu trenza se tañera!

[**Alfonso Herrera Franyutti**: *Martí en México. Recuerdos de una época*, pp. 238 y 239].

José Martí visitó a Lorenzo Montúfar y Rivera, ministro de Instrucción Pública, quien fue muy amable y le entregó varios libros de carácter histórico y literario, también le propuso prescindir del

examen correspondiente y revalidarle el título, pero Martí insistió en realizarlo.

El Apóstol, en compañía de José Joaquín Palma, visitaba frecuentemente a la madre de Marco Aurelio Soto, una mujer culta e inteligente, rodeada de intelectuales y políticos. Según los recuerdos de Soto-Hall, Martí vestía de negro y aparentaba tener más de veinticuatro años solo con verlo, no necesitaba hablar ni poner en evidencia sus dotes.

De la ciudad de Guatemala José Martí describió las dos colinas situadas en sus extremos, el Cerro del Carmen coronado por una ermita de cúpula hemisférica y El Calvario, cortado desde la base hasta la cima por una amplia escalera que llevaba a una pequeña iglesia rectangular. Las mujeres iban peinadas con mucha sencillez, con las dos trenzas de su abundante cabellera ondeando sobre la espalda, donde ocultaban graciosamente sus robustas formas bajo aquellos cuadrados de seda azul, blanca y carmesí. Los graves indios se veían en fila, con el huacal, un gran fardo a cuestras, los pies descalzos, moviendo regularmente sus piernas secas y nerviosas, apoyándose en un grueso bastón rústico.

Describió el parque de La Victoria, a las muchachas de andar perezoso, de miradas castas, vestidas como las mujeres del pueblo, con el pelo en trenzas sobre el mantón que ellas llamaban pañolón; la mano ociosa contando a los flecos flotantes del mantón los goces infantiles o las primeras penas de su dueña. Afirmó que era la tierra de las mujeres bonitas. Habló de las anchas casas particulares con los patios llenos de rosales, el zaguán pavimentado con huesos y las pesadas puertas cargadas de gruesos cerrojos.

Todos los ministerios estaban en el Palacio y le extrañó que en la puerta de entrada se encontrara una numerosa guardia de jóvenes soldados descalzos, entre los cuales, cuando estaban en fila, el fusil del cabo se distinguía por un gajo de guayabo dispuesto a caer por la más mínima falta cometida sobre el lomo de los pobres mozos. Catalogó como verdaderas bestias de carga a esos desdi-

chados soldados y planteó que el que degradaba a los demás se degradaba a sí mismo.

Afirmó que los estudiantes, una vez graduados de Derecho o de Medicina, se iban a criar puercos, sembrar zacate, cultivar el café y estudiar con los americanos y cubanos residentes en el país el cultivo de la caña de azúcar.

El guatemalteco Marco Vinicio Mejía, estudioso de la obra martiana, escribió que cuando José Martí llegó a ese país eran los tiempos de la marejada liberal en Centroamérica y el Gobierno estaba a cargo de una nueva generación caracterizada por el pragmatismo y los ideales positivistas. En 1871 había triunfado el liberalismo acaudillado por Justo Rufino Barrios, un poderoso y rico plantador de café, propietario de varias haciendas.

Barrios implantó un programa educativo con el desarrollo de escuelas primarias, institutos de enseñanza media en las más importantes ciudades del país, la modernización de la Universidad de San Carlos, la única de Centroamérica, y abogaba por el control de la educación pública por parte del Estado.

Según Mejía, la educación desempeñó un papel cardinal durante un período en el cual José Martí se convirtió en el docente idóneo para ese ambiente reformador. Empezó a conformar su concepción sobre la identidad americana, y se propuso llevar este fenómeno a su expresión más alta; en la conciencia de los gobernantes se encontraba el papel de los maestros. La impronta de ambos la llevaría Martí en sí mismo.

El 19 de abril de 1877 este le escribió a Manuel Mercado contándole que había venido lleno de amor a esa tierra y a esas gentes, y si no desbordaba cuánto las amaba era para que no lo tuvieran como servilismo y lisonja. Afirmó que en Guatemala, como en México, todo el mundo tenía talento; se hablaba bien el castellano, se vivía honradamente, se amaba lo nuevo y cundía entre los hombres jóvenes el salvador espíritu de examen. Le señaló que esa nación se encontraba sin círculo literario, sin hábito de altas cosas, sin prensa y sin grandes motivos naturales.

Esas condiciones lo obligaban a que sus soberbias fueran muy prudentes para no parecer presuntuoso y su fuego íntimo contenido por sus urbanidades y temores, pero esas precauciones no bastaron para evitar que su nombre estuviera en boca de la gente, a quienes en modo alguno se había exhibido. Era loado por algunos, y hasta vivamente, había sido repetido con curiosidad por muchos y a la vez tenido como obstáculo por unos pocos. Le confiesa que se susurraba que escribía y hacía versos, hablaba, investigaba, inquería tradiciones; sabían que le estaba destinada una cátedra, y alguna más en la Universidad y lo veían rodeado y directamente protegido, con más afecto en ellos que solicitado por él.

Le expresa que su situación no era muy práctica, pues no buscaba empleo, sino un trabajo más digno y propio, pensaba en la enseñanza primero y en la abogacía después, y si salía airoosamente del examen, su situación modesta, auxiliada por las más pequeñas cosas, le bastaría a sus necesidades, y añade:

[...] —Como reflejo a mi Carmen, gano voluntades.— Tengo un contento íntimo, una seguridad casi absoluta, que a grandes voces me dicen, con más fuerza cada día, que lo lograré cuanto necesito.—Yo iré honrando mi nombre, y ella vivirá a mi lado: suyos son esta obra y nacimiento.—U. lo sabía un poco, pero aún no lo sabía bien:—yo me moría. Soy de la que me salva, y la venero. Reiría U. si le contara cosas risueñas: ¡como si pudiera apartar yo voluntad, adoración y pensamiento de mi Carmen! La llevo conmigo, y delante de mí; me digo a todos obligado a ella; y cuando hablan de mí, de ella se habla.—Todos lo saben.— Por cierto que me aflige que Lola y Carmen no se conozcan todavía: ¿por qué no han de conocerse las que se quieren tanto de antemano?—Y que es buena la liga de los buenos.

Por el vapor de Panamá, que lleva estas cartas, espero hoy las de mi familia. Lucho porque me sean un remordimiento, y no me lo pueden ser. Mortifico e increpo a mi conciencia, y no me hallo tachable. ¿Qué deber ha de estorbarme mi Carmen, ella que vive de mi misma clase de pasiones? Este parcial abandono, fortificando mi vida, servirá luego para que yo ayude mejor a la de todos. —Así creo.

[...]

Iba a escribir a U. sobre mis libros, pero dos cartas desgarradoras de Carmen aterran mi espíritu. Hábleme de ella!—

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, pp. 29 y 30].

En la Escuela Normal para Maestros José Martí pasó a formar parte del claustro de profesores. Con José María Izaguirre estableció sólidos lazos de hermandad, estrechó una profunda amistad con José Joaquín Palma, donde los afanes por la patria y las letras los unieron sólidamente.

A solicitud del Gobierno, Martí escribió la obra teatral «Patria y Libertad», y el 21 de abril de 1877 expresó su saludo a Guatemala en un discurso pronunciado durante una actividad en la Escuela Normal. Sus palabras fueron recibidas con fuertes aplausos.

El 24 de ese mismo mes, desde el despacho de Instrucción Pública, se reconoció la validez de su certificado de estudios de Derecho Civil y Canónico y cuatro días después ofreció una conferencia en la actividad sabatina organizada por la Escuela Normal, donde elogió a los poetas, escritores e historiadores guatemaltecos. Por esos días conoció personalmente al presidente Justo Rufino Barrios.

El 26 de mayo pronunció el discurso central en la velada literaria de la Escuela Normal dedicada a los jefes políticos de los de-

partamentos de ese país. Escribió un extenso comentario acerca de los informes presentados por esas autoridades. Se refirió a unas animadas reuniones de hogar organizadas por José María Izaguirre, donde los educandos se familiarizaban con la vida social, hacían buena música, decían discursos, cantaban correctamente bellas piezas y leían a menudo buenos versos. Las catalogó como cosa de familia, con buena voluntad y con perfume. Se sentía feliz de que recogiera sus frutos de apostolado un cubano amigo de los hombres, director de la Escuela Normal.

El 26 de mayo le escribió a Manuel Mercado y en un fragmento de la carta expresa:

[...]

Carmen no me ha escrito en estas dos últimas semanas. En mis entrañas vive, y creo en su alteza. La he visto siempre excelsa y abnegada; pero, preparado a todo mal, no me sorprendería su mismo olvido. No sé yo cómo es mi cerebro que elabora en un átomo un mundo. Fuerza es no oírme, cuando me doy a prepararme desventuras [...]. Escribame seguidamente, porque, a romperse el suave encanto que liga ahora mi vida, dentro de tres meses cualquiera que sea en ella mi posición, saldré de Guatemala. O mártir, o esposo, o batallador.—Aunque no otra cosa tuviera yo que hacer en México, me desviaría de toda ruta por dar a V. un abrazo.

[Ibídem, p. 51].

El 29 de mayo fue nombrado por el presidente de la República, catedrático de Literatura Francesa, Inglesa, Italiana, Alemana y de Historia de la Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guatemala, con una dotación de sesenta pesos mensuales. Conoció a importantes maestros y profesores.

Celebró a los jóvenes que se animaban, discutían al maestro, al texto, al libro de consulta, rechazaban la magistral imposición y anhelaban saber para creer.

Afirmó que saber leer era saber andar, saber escribir era saber ascender; pies, brazos y alas ponían al hombre esos primeros y humildísimos libros de la escuela y luego, aderezado, iba al espacio. Veía el mejor modo de sembrar, la reforma útil que hacer, el descubrimiento aplicable, la receta innovadora, la manera de hacer buena la tierra mala; enseñaba la historia de los héroes, los fútiles motivos de las guerras y los grandes resultados de la paz. Para Martí, sembrando química y agricultura se cosecharían grandeza y riqueza. Según él, una escuela era una fragua de espíritus y la educación era como un árbol: se sembraba una semilla y se abría en muchas ramas. Tenga gratitud el pueblo que se educó árbol protector, en las tempestades y las lluvias, que hombres recogerá quien siembre escuelas.

Ese mismo mes de junio fue admitido como miembro de la sociedad literaria *El Porvenir*, la cual agrupaba a destacados intelectuales del país, entre ellos jóvenes que se compenetraron con Martí, como Rafael Segura, quien escribió un poema para su amigo, con admiración y simpatía, donde le dice que quiere inspirarse en su palabra fácil, comprender su alma y pensamiento, admirar su talento y escuchar su voz en la tribuna. En el poema le pide que siga alentando con su voz potente el amor, el saber y la virtud, que continúe en la tribuna altivo y que nada apague nunca el fuego de la ardiente juventud.

El 17 de junio la prensa dio a conocer que impartiría clases gratuitas de composición en la Academia de Niñas de Centroamérica, institución dirigida por Margarita Izaguirre, hermana de su amigo José María. Entre las alumnas se encontraba María García Granados. El 24 de julio, con motivo del cumpleaños de María Cristina, la esposa del general Miguel García Granados, José Martí

le regaló el libro *Galería de mujeres célebres*, del académico francés M. Sainte-Beuve, con la siguiente dedicatoria:

Cristina.—

Las mujeres célebres
no son las que lo han sido,
sino las que merecen serlo.

Yo reparo la
injusticia de este libro,
y pongo a su cabeza
el nombre que le falta.

Su amigo respetuoso

José Martí

[*Anuario del Centro de Estudios
Martianos*, año 1988, p. 8].

El 25 de julio el Apóstol pronunció un discurso en la velada solemne por la conmemoración de la fundación de la ciudad de Guatemala. El éxito de sus palabras contribuyó a que lo elevaran al cargo de vicepresidente de la sociedad literaria El Porvenir.

Martí escribió que esa bella ciudad no había tenido un solo siglo de descanso desde su fundación, la levantaron al pie de un volcán apagado y al despertar un buen día, inundó con agua hirviendo el campo y la ciudad, y ahogó al pobre soldado y a la encopetada dama. En esa tierra tan bella la naturaleza parecía haber querido hacer la vida más atractiva allí, donde la muerte está más cercana. A los pies de dos grandes volcanes, el de Fuego y el de Agua, los manantiales deslumbrantes cual collares de brillantes al reflejo del sol, murmuraban entre las flores; el cielo era tan puro como frescas las aguas y respirar allí era vivir; los pulmones dañados por los excesos, el corazón mordido por el dolor y la cabeza destrozada

por los esfuerzos de la mente se fortificaban junto a esas terribles montañas.

Describió la erupción como el trueno que retumbó bajo la tierra y esta abrió sus bocas de par en par, mostrando por anchas heridas sus entrañas de oro; la montaña sacudió sus potentes caderas, y las iglesias, casas y los más bellos edificios cayeron, los hierros se quebraron, los techos se hundieron sobre los hombres. De las viviendas solo quedaron las paredes, las cúpulas rajadas de las iglesias vacías y algunos millares de supervivientes extraviados en la ciudad, que se paseaban por ella como ánimas en pena entre las ruinas. Cuando la naturaleza gruñe y sus fuegos internos tratan de salir, y la tierra, al igual que un mar ondula, y las casas cual las olas bailan en el aire, se bambolean y tambalean, la más pesada de ellas es la más segura.

Durante años los temblores continuaron y el 1.º de enero de 1776 se decretó el traslado de la capital a un valle a veinticinco millas de distancia. En 1823 la nación de Guatemala declaró su independencia y después de una corta unión con México se constituyó en República. Pasó a formar parte de los Estados Unidos de Centroamérica, integrados por San Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica; Chiapas podía entrar a formar parte de la Federación pero nunca lo hizo, Quetzaltenango fue convertido en estado separado y agregado a la Federación.

En septiembre José Martí escribió un drama sobre la independencia de Guatemala, dramatizado por sus alumnos en la Escuela Normal. Anunció el proyecto de preparar un periódico donde intentaría hablar de Europa y de esa región de los guatemaltecos. El 21 de septiembre de 1877 envió una carta a Manuel Mercado, donde le informó sobre el viaje a México y le manifestó que iría para nacer de nuevo, necesitaba preparativos humanos, papeles y peticiones, de manera que cuando llegara pudiera estar todo concluido. Había solicitado su humilde casa y la construcción de los muebles, latía de alegría y de temor su corazón y no veía la manera de colo-

car en México lo estrictamente necesario para hacer verdad su venturosa boda. Le pregunta si Lola no había querido ser bastante amiga de su Carmen.

Anteriormente, el 11 de agosto, Martí le había escrito:

[...]

Descuido tal vez el escribirle; pero a Carmen ha de hacer U. reclamo: desde que envió el primer beso a mi corazón lo tiene perturbado y estremecido. Sólo a ella, a mi madre, a U. y Fermín escribo. La familia unida por la semejanza de las almas es más sólida, y me es más querida, que la familia unida por las comunidades de la sangre. A más, mi carta para U. sería mi espíritu: así es que las de U. están escritas en las cartas de mi Carmen [...].

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, pp. 30 y 31].

Analizó las Fiestas Patria, donde los verdaderos actores eran el Gobierno y los literatos. Tenían lugar el 16 de septiembre, celebrando el aniversario de la declaración de independencia o el 30 de junio, por la entrada triunfal de los revolucionarios liberales. El pueblo asistía como curioso, las fiestas tradicionales eran las religiosas y los días en que se compraban y vendían animales en la feria de Jocotenango.

El 29 de septiembre le escribió que Carmen, al llegar a su alma, respetó y amó la parte vasta que ocupaba en ella su amigo. La carta expresa:

[...]

Continúo preparando mi viaje.—Casándome con una mujer, haría una locura. Casándome con Carmen, aseguro nuestra más querida paz,—la que a menudo no se

entiende,—la de nuestras pasiones espirituales. Afortunadamente, viviré poco, y tendré pocos hijos:—no la haré sufrir.—

Tal vez no el 10, tal vez el 6 de noviembre salgo del Puerto de San José. De modo, que bien puede ser que para el 20 de noviembre llegue a sus puertas un jinete polvoroso.—Alas pide para llegar: la una, el amor se la pone; la otra, amor de amigo.—No hice a U. justicia en un poemita que envié a Carmen: “Las alas del poeta”.—Ese libro será un reflejo de mi vida: tendrá U. en él su canto.

[*Ibíd.*, pp. 33 y 34].

El 12 de octubre le escribió a Mercado que el día 8 saldría el vapor de San José y que con él irían sus atrevidos amores y sus salvadoras esperanzas, si no trajera a Carmen a su lado literalmente moriría, esa pasión tenía de indomable lo justo y se medía por lo que la inspiraba, y expresó:

[...] —Si yo no me casara ahora con Carmen, no tendría que preguntar a los cuervos para qué tienen las alas negras:—las extenderían sobre mí, y yo lo sabría.—Es cosa extraordinaria.—

De los de la Habana, no me olvido.—Ellos sufren menos, en tanto que me da Carmen más fuerzas.—Olvidarlos hoy es la manera de salvarlos luego.—Si no, U. sabe qué camino—¡por ellos no entendido!—llevaban mi salud y mi razón.—

[*Ibíd.*, p. 34].

El 21 de octubre le afirmó que, vivo o muerto, en noviembre o diciembre estaría en México, hacía los últimos preparativos y le

rogaba le anticipara cuanta diligencia pudiera hacer más lenta su ventura. Señaló:

[...] —Me asombra que la suerte se haya dejado sorprender. ¡Ay!—y a veces tengo miedo de que se venga. La venceré, sacuda como quiera sus alas de ira, si tengo a Carmen a mi lado:—sin ella ¿para qué quiera yo vencer?—O Carmen ha sido perezosa—bien merece disculpa de los que tan bien saben amar; o lo ha sido Lola melancólica; pero no me dicen que se hayan visto con la íntima frecuencia que, por egoísta amor a Carmen, yo deseo. Ansío cuanto le pueda dar placer.—

Pongo aquí punto, porque se va el correo.—Mi Carmen no ha recibido cartas: ¡extrañísima cosa que me inquieta! Véala, y dígame la manera de hender el aire.—Nunca, como en mi viaje de ida, me habrán parecido imbéciles los pies que sujetan a la tierra.

[Ibidem, pp. 35 y 36].

En una carta fechada el 28 de octubre le expresó su intención de someterse a reválida, a fin de tener la posibilidad de ejercer como abogado. Ese día le volvió a escribir:

Amigo queridísimo:

No tengo más que unos cuantos minutos para contarle una inmensa ventura. El día 8 salgo para México.—La ventura, para venir a mí, tiene ruedas de piedra;—sólo cuando Carmen me la ha traído, ha tenido alas, si no el 8, el 29;—pero, ¡gran rareza, y gran dolor sería, que no fuese el 8!—He vencido! He vencido! Sin indignidad, entre gentes indiferentes o indignas; con el resplandor

de mi alma, con la fuerza de mi palabra, con el aroma de su amor.—Luego yo tengo fuerzas, ¡y podré hacer que las gentes no se olviden de mi nombre! Ha sido un triunfo oscuro, sumamente honrado:—es mi única manera de vencer.—Qué seré, lo sabré luego:—lo que yo sé ahora es que la tengo.

Agénciémelo todo: papeles, firmas, espinas. Un folletín para publicar un libro sobre Guatemala. Un cubierto en su mesa [...].

Véame a mi Carmen; llévele a Lola; cuéntele a ella los días que yo no sé contarle. Los caminos son caprichosos, y nada sé de éstos. Tal vez llegue el 21, tal vez el 24.—Los de La Habana, conmigo viven. Aún son fuertes, y yo ya me moría.—Vendrá el día de todos: pero ¿cómo sin su luz?—¡Si me abrieran el pecho! ¡Debo tener ahora hermoso el corazón!

Nada sé decir, ni hacer; más que besar el aire y abrazarlo.—Yo odio el ejercicio del Derecho. Es tan grande en esencia cuanto pequeño en forma. Por ella, y para que mis hijos no sufran lo que yo he sufrido, y en cuanto viva he de padecer, antes de irme, haré reválida. La huyo, pero la aprovecharé.—

[*Ibíd.*, pp. 36 y 37].

El 3 de noviembre le llaman Doctor Torrente; reiterándose la forma de burla por sus cualidades oratorias, elementos reaccionarios distribuyeron unas hojas impresas intentando desprestigiarlo. Entre el 4 y 5 de ese mes fue descubierta una conspiración con el objetivo de tomar el poder y asesinar al presidente Justo Rufino Barrios, a sus colaboradores más cercanos y familiares.

Al día siguiente Martí firmó junto con el director y demás profesores de la Escuela Normal un manifiesto dirigido al presidente,

condenando la intentona golpista. Entre los que firmaron se encontraban dos personas que tendrían mucha importancia con la historia del Apóstol en Guatemala y Honduras, Fulgencio Mejía y su sobrino Cándido Mejía. El Gobierno reaccionó con suma violencia y extrema dureza, los diecisiete conspiradores fueron ejecutados en la plaza pública.

El 17 de noviembre aparecen dos nuevas hojas sueltas con la misma intención de difamarlo. Los reaccionarios habían descubierto que era un adversario en potencia. Sus ideas quedaban expuestas en cada carta familiar o enviada a otras personas como la dirigida al señor Valero Pujol, donde reflejó el ambiente polémico creado en torno suyo y las críticas y pasiones desatadas.

José Martí sentía gran aprecio y consideración hacia Pujol, un reconocido maestro y periodista de profundo pensamiento y ágil expresión. Era aragonés, de ideas republicanas, quien emigró a Guatemala y se estableció. En su casa organizaban importantes tertulias literarias a las que asistía Martí. Pujol le formuló algunas críticas que fueron respondidas a través de una carta fechada el 27 de noviembre de 1877, en la cual, entre otras cosas, le dice que rechazaba absolutamente no el consejo de su amigo, sino el injusto rumor del que se había hecho eco, analizaba sus pequeños actos y estaba contento de ellos.

Se pregunta qué había hecho para merecer tanta atención; amar la prensa, la polémica viva, la juventud naciente, los esfuerzos literarios, la tribuna ardientemente, no como expresión presuntuosa de una locuacidad inútil, sino como una especie de apostolado, tenaz, humilde y amoroso.

En la carta se interroga qué había hecho en la tribuna, y se responde que una vez, conmovido por la voz de un bardo joven, saludó a Guatemala, que le daba abrigo, encomió unos versos de Lainfiesta, habló sobre el influjo de la oratoria, ensalzó a la próspera Guatemala, alentó a los jóvenes, se refirió a la necesidad de la energía individual, censuró el respeto ciego, el continente sumiso,

la mano floja, la mirada opaca y el habla humilde. Dice que le cantó a la Guatemala laboriosa, alba de limpieza, virgen robustísima, pletórica de gérmenes; cantó una estrofa del canto americano, que es preciso que se entone como gran canto patriótico, desde el brillante México hasta el activo Chile.

Le siguió relatando que el 16 de septiembre, invitado por su amigo Izaguirre, volvió los ojos hacia los pobres indios tan aptos para todo y tan destituidos de todo, y que la manera de celebrar la independencia no era, a su juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla. Enumeró las fuerzas de Guatemala y las incitó al movimiento y al trabajo, su oscura campaña era amar a un pueblo americano, y, por tanto, suyo, como tan suyo era el Cauto, celebró una nueva época, censuró a un ministro que reñía ásperamente a un maestro porque enseñaba francés a sus discípulos. Expresó que nació en Cuba, y estaría en tierra de Cuba aun cuando pisara los no domados llanos del Arauco, el alma de Bolívar lo alentaba; el pensamiento americano lo transportaba, le irritaba que no se anduviera pronto y temía que no se quisiera llegar.

Añade que los que lo pintaban soberbio, se equivocaban, que estaba orgulloso de su amor a los hombres, de su apasionado afecto a todas estas tierras, preparadas a común destino por iguales y cruentos dolores.

Las intrigas, celos y calumnias eran constantes. Sin embargo, recibía afectos. María García Granados le regaló una almohadilla para que la usara en la montura del caballo o en el asiento de la diligencia. Habla de la partida y del ruido de los carruajes tirados lujosamente por inquietos corceles, dice que los labios sonreían, y con ellos el alma; se estaba tranquilo, se sentía placer dulce, había amor, cultura, aseo de espíritu y familia.

Partida para México

De la ciudad de Guatemala José Martí partió, a fines de noviembre de 1877, para el puerto de San José en la costa del Pacífico, aproximadamente a unos ciento doce kilómetros de distancia.

Narró que a las seis de la mañana salían las diligencias y atrás quedaban el Castillo de San José, la Plaza de Toros y pueblecillos nacientes y crecientes, hijos risueños del exuberante calor de la ciudad. Llegó a Antigua, distante unos cuarenta kilómetros. Describió el camino rico en manantiales, lleno de colores, como el azul quiebrataje, pintada guacamaya, morada campanilla; sobre un tronco agrietado una blanca enredadera, sobre una oscura piedra una parásita.

En el recorrido continuó para Palín y Escuintla, ciudad situada a treinta kilómetros, sobre la cual se ven campos tupidos de legumbres y cañaverales. Es añeja y derruida, y va valiendo más por lo que la rodea que por ella misma.

Refirió que a la par de las humildes casas se alzan con premura otras nuevas, vastas y elegantes, y sopla el trabajo y corre como el viento la riqueza, se siente crecer la vida por aquellos contornos y mientras se come una dulcísima piña, se auguran años hermosos a la que es aún pueblo de tránsito. Describió los vastos zacatales, las risueñas haciendas, las jugosas frutas, el bravo novillo y el necio cerdo; todo es en Escuintla olvidado germen.

Se lamentó de no haberse detenido a almorzar frutas en Palín, cañas en Escuintla y nopales en Amatitlán. Señaló que era tibia el agua, como brotada de la tierra presa del vivo ardor del turbulento volcán Pacaya, y cómo humildes iban muriendo los tristes nopales olvidados, pero arrogantes se alzaban sobre ellos la dulce caña criolla y el oloroso café con flores de jazmín.

Sobre Escuintla el escritor y periodista guatemalteco Bernardo Solares Revolorio logró descifrar la etimología y el significado del nombre de la que fue la capital de los pipiles. Según sus estudios, significa lugar de los hombres que viven junto al agua, cerca de ella o junto a un río.

Le sigue Masagua, a doce kilómetros, y el puerto de San José a treinta. Relató cómo crujía la fusta y que en la diligencia tirada por briosos frisones salían camino a San José. Señaló la existencia de holgadas rancherías y vastas haciendas en las cercanías de la carretera, y por rápido que cruzara el carruaje, se veían los macizos de verdor, donde las florecillas eran menudas, opulentas y mucho más numerosas que las hojas.

Con la partida de Martí, María García Granados enfermaba de tristeza. Según las memorias de Máximo Soto, el viaje a México para contraer matrimonio con Carmen Zayas-Bazán fue para aquella como un despertar violento y atribulado, la caída rotunda en el abismo de la realidad; la torre frágil de sus ensueños se desplomó de golpe, y eternamente sola, se encontró en medio de sus escombros, no se le vio en las tertulias bulliciosas y alegres que hacían el encanto de los salones de sus padres, ni sus manos finas buscaron con cariño las teclas del piano, ni de sus labios fluyó la voz con que entonaba amorosas canciones. La parra no la vio más. Había comenzado la agonía.

Sus compañeros vieron como languidecía a ojos vistas, no fue nunca un bullicioso cascabel, pero sí una campanita de cristal sonora. Ahora había cambiado por completo; la campanita ya no tañía. La colegiala estaba callada y triste. Soto-Hall la vio una vez, por aquel tiempo, al borde de una fuente con una ramita de rosal, agitando el agua y sus grandes ojos fijos tenían una expresión indefinida.

Máximo siguió relatando que, como toda mujer enamorada y en este caso, locamente, aun conociendo el peligro amenazante del derrumbe de sus ilusiones, cerró los ojos y dejó abierta su alma

a la esperanza, aunque solo fuera remota y mortecina. Señaló que el verdadero amor es confiado, se engaña a sí mismo, se empeña en creer factible todo cuanto halaga sus aspiraciones, siempre que responda a sus anhelos.

En ese sentido, el periodista David Vela Salvatierra retomó las valoraciones de Isidro Méndez, quien afirmó que Martí, abocado a casarse, encontró a una joven culta con quien simpatizó, pero la eludió, fiel a su compromiso esponsales.

El 29 de noviembre de 1877 José Martí partió para México desde el puerto de San José. Desembarcó en Acapulco, poblada desde tiempos antiguos por los náhuatl. Existía un camino entre esta ciudad y Tenochtitlán, de unos cuatrocientos kilómetros aproximadamente. Martí, sin reparar en las dificultades del camino ni en los bellos paisajes, tomó la ruta de Chilpancingo e Iguala hasta la capital mexicana. Se hospedó en la casa de su amigo Manuel Mercado y le entregó la parte fundamental de los manuscritos de su libro sobre Guatemala para que trabajara en la edición. El 14 de diciembre el periódico *El Federalista* saludó su regreso a México.

En el expediente matrimonial de la parroquia del Sagrario de la Catedral de México, con un total de ocho folios y con una carátula o portada que tiene el número 174 y dice Información Matrimonial de D. José Martí y Pérez y Doña Carmen Zayas-Bazán, recibida en la Parroquia del Sagrario de la Santa Iglesia Metropolitana de México el día 14 de diciembre de 1877, se certifica que:

En la ciudad de México a catorce de Diciembre de mil ochocientos setenta y siete ante mi el infrascrito Cura del Sagrario de esta Santa Iglesia Metropolitana, compareció el señor D. Francisco Zayas Bazán expresando ser padre lego de la Señorita Carmen Zayas Bazán y dijo: que usando de la autoridad que en este caso le corresponde, daba y ratificaba su consentimiento para que la expresada su hija pueda contraer el matrimonio que pretende con el Sr. D. José Martí y

Pérez y lo firmó conmigo de que doy fe. F. Dor. Juan María Hernández.¹

[Archivo de los autores].

En los documentos se recoge que Carmen Zayas se confesó el 10 de diciembre de 1877 con el padre Mario Cavalieri y José Martí con José C. García. Hay un certificado que expresa que para contraer matrimonio se presentó José Martí Pérez, soltero de veinticuatro años de edad, natural de La Habana y vecino de esta ciudad, hijo legítimo de Mariano Martí Navarro y Leonor Pérez Cabrera, con la señorita Carmen Zayas-Bazán, doncella de veintiún años de edad, natural de Puerto Príncipe y vecina de esta ciudad, hija legítima de Francisco Zayas-Bazán y de Isabel Hidalgo, difunta.

El matrimonio religioso consta en la parroquia del Sagrario de la Catedral de México, en el libro de su clase que comienza el 1.º de enero de 1876 y termina el 30 de marzo de 1879, documento marcado con el número 27, folio 87, partida 158 que está en segundo lugar. Fueron padrinos Francisco Zayas-Bazán y Rosa Zayas de Guzmán, y los testigos Manuel A. Mercado y Manuel Ocaranza.

El matrimonio civil consta en la Ciudad de México, juzgado segundo del Estado Civil, folio 31 y número 592:

EN LA CIUDAD DE MÉXICO A LAS SEIS DE LA TARDE DEL DÍA VEINTE DE DICIEMBRE DE MIL OCHOCIENTOS SETENTA Y SIETE 1877, ANTE MI, JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ JUEZ SEGUNDO DEL ESTADO CIVIL COMPARECIERON CON EL OBJETO DE CELEBRAR SU MATRIMONIO EL SEÑOR JOSÉ MARTÍ Y PÉREZ Y LA SEÑORITA CARMEN ZAYAS BAZANO É HIDALGO Y ESPUSIERON SER DE LA HABANA EL PRIMERO, DE VEINTICUATRO AÑOS, SOLTERO, ABOGADO, VIVE EN LA PRIMERA CALLE

1 Cotejado por los autores.

DE MESONES NÚMERO ONCE (11); HIJO DEL SEÑOR MARIANO MARTÍ Y NAVARRO Y DE LA SEÑORA LEONOR PÉREZ CABRERA, CASADOS, VIVEN EN LA HABANA; EL PRIMERO DE VALENCIA ESPAÑA, LA SEGUNDA DE SANTA CRUZ TENERIFE. LA SEÑORITA DE VEINTIDÓS AÑOS, DONCELLA, VIVE EN LA CALLE PRIMERA DE SAN FRANCISCO NÚMERO DOCE (12) HIJA DEL SEÑOR FRANCISCO SAYAS BAZANO, DE CUBA, VIUDO, ABOGADO, VIVE CON SU HIJA Y DE LA FINADA ISABEL HIDALGO. AGREGARON QUE HABIENDO OBTENIDO DISPENSA DE PUBLICACIONES POR EL CIUDADANO GOBERNADOR DEL DISTRITO Y LLENADOS LOS DEMÁS REQUISITOS LEGALES SIN QUE SE HAYA INTERPUESTO IMPEDIMENTO ALGUNO PIDEN AL PRESENTE JUEZ AUTORICE SU UNIÓN. EN VIRTUD DE SER CIERTO LO EXPUESTO POR LOS CONTRAYENTES LES INTERROGUÉ SI ES SU VOLUNTAD UNIRSE EN MATRIMONIO Y HABIENDO CONTESTADO AFIRMATIVAMENTE [...].

[Archivo del museo Casa natal de José Martí].

El juez dio lectura al documento de matrimonio, firmado por los testigos Francisco Zayas-Bazán, Manuel Mercado, Manuel Ocaranza y Ramón Guzmán, de los cuales se incluyen los datos generales. De esta información se desprende que, si Carmen tenía veintidós años de edad el día del matrimonio, nació en el año 1855 y no en 1853. Ese dato provocó dudas en cuanto a la fecha de su nacimiento y se procedió a investigarlo de nuevo.

El historiador de Camagüey Fernando Crespo Baró informó que en el libro de bautismo, folio 173 vuelto y número 645 consta:

“En veinticinco de Julio del año del Sor. de mil ochocientos cincuenta y tres. Yo el infrasquipto S. José Manuel Rivera Cura Rector por S.M. de la Iglesia Parroquial mayor de esta Ciudad de Puerto Príncipe, con residencia en la de la Soledad, suplí las ceremonias de bautizo solemne á una niña

que en caso de necesidad fué bautizada en casa. Nació el día veintinueve de Mayo próximo pasado. Le puse por nombre María del Carmen, es hija legítima de D. Franco. de Zayas Bazán y de Doña Isabel Hidalgo, naturales de esta ciudad. Abuelos paternos D. Ramón de Zayas Bazán y Da. Rosa de Varona. Maternos D. Juan Hidalgo y Da. María del Carmen Cabanillas. Fueron sus Padrinos D. Ramón de Zayas Bazán, y Da. Manuela del mismo apellido á quienes advertí no haber contraído parentesco espiritual, y para que conste la firmo en dho día, mes y año. José Manuel Rivera”.²

A las seis de la tarde se realizó la boda civil en la casa de Manuel Mercado. Carmen preparó un álbum para tomar la firma de sus amigos. Juan Ramón Uriarte le reiteró la amistad, ayuda moral, económica y que escribiría la nota introductoria para el folleto sobre Guatemala como regalo de bodas. Manuel Mercado escribió:

Carmen:

Son ya ciertos los sueños de ventura. Alcánzala V. hoy tan cumplida como merece, uniendo para siempre su suerte á la del elegido de su alma, ese ser privilegiado en quien admirablemente concurren las más hermosas y brillantes dotes de la inteligencia y del sentimiento. El también va á ser muy feliz, él, que en las miradas de Ud. hallará amplia compensación á sus dolores terribles de otros tiempos, y á las amarguras que todavía puedan estarle reservadas; él para quien la inefable ternura de Ud.; sus sólidas virtudes, su belleza ideal y su talento distinguido serán dulce y poderoso estímulo en la realización de los altos y nobles pensamientos que se abrigan en ese espíritu gigante.

2 Cotejado por los autores.

¡Felices, muy felices ambos! ¡Envidiable pareja que por doquier vá sembrando profundas simpatías y fecundísimos ejemplos, y por doquier recogiendo himnos sinceros y entusiastas de alabansa y de amor...!

Adiós, Cármen, adiós, Pepe: haya siempre en Uds. un recuerdo para los que aquí gozan con su dicha, y que no la turben las lágrimas cariñosas de los corazones amigos que aquí dejan. Manuel A. Mercado.

[*Álbum de bodas*, publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad. La Habana, p. 101].

Por su parte, Lola escribió en el álbum:

Carmen y Pepe adiós! Con el alma rota de pena os lo digo; adiós otra vez. Que el amor sea siempre el consuelo de vuestro hogar; él solo formará vuestra eterna dicha. Dolores García Parra de Mercado.

[*Ibíd*em, p. 100].

Al parecer esa noche cenaron en familia, pues en el libro, Ramón G. Guzmán escribió:

A Carmen:

Al cerrarse este Album cuyas hojas han regado con las galas de su inteligencia, los poetas y los literatos de la patria adoptiva que vas mañana á abandonar; tócale á tu hermano, escribir en este tu tesoro de memorias, la última y más pálida de las fráses con que en México se han cantado tus amores, celebrado tu himeneo y llorado tu partida.

Y pues que así lo quieres tu esposo, excúsame Carmen, sí en tan bello ramillete, de tulipanes, azahares y violetas

que te ha dedicado la amistad; coloco como exótica flor sin belleza y sin aroma, una hoja de siempreviva, que simboliza bien poco para los demás; pero que sin duda, algo valdrá para tí, por que ella es, la expresión sincera de un elevado sentimiento de cariño fraternal consagrado en estos renglones á la hermana siempre querida.

Pero noto que á la vez, lloras y ríes,

Lloras, por que dejas tus juguetes de niña, el nido de tus amores, la sombra del techo paterno y á tantas gentes que te aman y á quienes amas....? Pues lloras sin cuidado, por que en la amargura de la ausencia, las lágrimas son el consuelo de las almas que aprendieron á sentir y no saben olvidar.

Ríes por que eres ya esposa, eres feliz y has realizado la más bella ilusión de tu juventud....?

¡Pues que el Cielo para siempre te conceda dicha igual!

Adiós a los dos.

[*Ibíd.*, p. 98].

El 25 de diciembre José Martí, Carmen Zayas-Bazán, Manuel Mercado y su esposa Dolores García Parra almorzaron en el restaurante Tívoli de San Cosme, encuentro que Martí recordaría como perfumado.

Martí y Carmen partieron el 26 de diciembre de 1877 desde Ciudad de México, siguiendo el camino de Tlalpan, Cuernavaca, Iguala, Chilpancingo y Acapulco. Según las investigaciones del doctor Alfonso Herrera Franyutti y los datos aportados por los licenciados René Ortiz y Edna Aldama, se ha podido reconstruir el recorrido de los recién casados.

En las primeras horas de la madrugada del día 26 se escuchaba la voz del cochero, las cadenas de los tiros, el zumbido del látigo fustigando a las mulas, el chirrido de las ruedas y del carruaje al

desplazarse con ensordecedor estruendo sobre el empedrado de las calles, mientras se encaminaba hacia la garita de San Antonio Abad para salir por el camino de Tlalpan.

Cruzaron varios poblados hasta la posta de Tepepan, donde los viajeros descansaban y tomaban café. Luego iniciaron el difícil ascenso, por un camino pedregoso, a las montañas del Ajusco hasta Xalpa y Topilejo. Llegaron a El Guarda, segunda posta donde cambiaron las bestias y por la Cruz del Marqués entraron al estado de Morelos. Por la tarde llegaron a Zacapexco, luego Huitzilac y comenzaron el descenso para pasar por Tlaltenango.

Después de catorce leguas y fatigoso camino llegaron de noche a Cuernavaca, capital del estado de Morelos. Es probable que se hospedaran en el mesón de San Pedro, convertido en hotel, o en la casa de las diligencias. Fueron atendidos por el señor Medina, amigo de Pablo Macedo, quien le había solicitado que los ayudara. Medina les proporcionó escoltas hasta la siguiente etapa. Se encontraban a ciento diez kilómetros de la capital mexicana.

Martí y Carmen abandonaron la ciudad por el barrio de Chipitán. El camino también era pedregoso y difícil; pasaron por la hacienda de Temixco y observaron recuas de mulas cargadas de caña de azúcar para los ingenios. Por aquellos parajes solitarios existían asaltadores y resultaba necesario acompañarse y protegerse. Era común en las caravanas la presencia de hombres rústicos, campesinos, arrieros, mujeres y niños pobres, y hacendados acompañados de su escolta personal, armados con rifles, pistolas y machetes. Constituía una necesidad llevar pan, queso, chocolate y carne, porque en los pueblitos de tránsito no se encontraba fácilmente comida. Avanzaban en medio de extensos cañaverales.

Pasaron por Acatlipa hasta llegar a un paisaje casi desértico, continuaron por el pueblito de Xochiltepec, cruzaron el río del mismo nombre hasta Alpuyecá y por la tarde retomaron el camino hasta la hacienda de San Gabriel, convertida en una gran plantación azucarera donde era permanente el tránsito de grandes cara-

vanas de mulas. José Martí le escribió a Manuel Mercado en la madrugada del 28 de diciembre de 1877:

[...]

Desde Iguala; desde Chilpancingo le escribiré con más calma y espacio. Ahora, tenemos prisa por salir de la Hacienda, donde el olor del azúcar y el ruido del trapiche nos oprime el corazón.

Carmen va muy bella, y muy conversadora de Uds.— Nos querrían aún más si nos oyeran. Esta noche se propone ella bravamente llegar hasta Iguala. Allí renovaremos la numerosa escolta que nos sigue merced a la bondad de Medina, el solícito amigo de Macedo.—

De veras está ya muy alto el sol.—Otro hay más vivo, para su amigo amoroso, en el alma de José Martí.

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, pp. 38 y 39].

Después del desayuno siguieron la ruta con un sol abrasador; cruzaron el río Chalma y de allí se dirigieron a Casahuatlán, en el estado de Guerrero. Continuaron por Tepetlapa, Zacapalco, Asuchiles y los Amates, donde subieron por una escarpada a Platanillo e iniciaron el descenso a Pueblo Nuevo, Tuxpan, y desde allí hasta Iguala, adonde los recién casados llegaron de noche, habiendo recorrido hasta aquí ciento noventa kilómetros.

Al día siguiente continuaron la ruta después de renovar la escolta. Narró Herrera Franyutti que a las tres de la madrugada se encendían las fogatas, los arrieros gritaban a los animales y se escuchaba el chirrido de las carretas mientras preparaban la marcha.

José Martí y Carmen tomaron el camino de Tepecoacuilco, Venta de Paula, Estola y Zacacayuca, cruzaron en canoa el río Balsa, conocido en esa zona como Mezcala.

La pareja acampó después de cruzarlo y el 31 de diciembre, en horas de la madrugada, partieron para Milpillas y Venta de Zopilote, donde descansaron varias horas.

El doctor Alfonso Herrera Franyutti relata que los viajeros debían desmontarse de los caballos, avanzar por un paso estrecho y caminar al borde de profundos precipicios. Pasaron por Zumpango, Tierra Prieta y llegaron a Chilpancingo, que adquirió el rango de capital del estado de Guerrero el 9 de octubre de 1870.

Los recién casados fueron atendidos por José Manuel Empanan, jefe de Hacienda del Estado, quien les entregó una carta de Manuel Mercado. Se encontraban a doscientos setenta y ocho kilómetros de la capital de México. Desde Chilpancingo José Martí le escribió el 1.º de enero de 1878 a su amigo mexicano, lo felicita por el nuevo año y le expresa:

[...]

Aquí estamos, Carmen con aureola, yo con amor y penas. Me oprime el corazón su nobilísima tranquilidad. Cada uno de sus días vale uno de mis años. Esta luna de miel, errantes, vagabundos, era conveniente a nuestras bodas: peregrinos dentro de la gran peregrinación.—Duerme entre salvajes y bajo el cielo, azotada por los vientos, alumbrada por antorchas fúnebres de ocote: ¡y me sonrío!—Ya no hablaré de valor romano. Diré: valor de Carmen.—

Aquí hallé su amorosa carta; esta mía iría con papeles guatemaltecos. Tuve—toda esta tarde—las penas son perezosas para dejarme—un pequeño ataque—suficiente a robarme el tiempo y el sentido: aunque corto, fue del género de aquel que me curó Peón.—

[...]

Sepa Macedo que Alfaro me sirvió con solicitud.—Y el buen Empanan, con halago. Inventa detalles en que ser-me útil.—

[...]

A Acapulco llegamos el 5, y de allí le escribo con el resto de los originales. Vamos con escolta de rurales de la Federación—Del 8vo.—

Adiós ahora, que Carmen me llama, y la madrugada está cerca. Quiérame mucho, que ella y yo le pagamos. Ella envía un abrazo a Lola; yo un beso para sus hijos [...].

[Ibídem, pp. 39 y 40].

Habían recorrido trescientos sesenta y siete kilómetros. Desde Chilpancingo solo era posible viajar a lomo de mulas o a caballo. Carmen iba del lado del cerro y Martí del de la barranca, cuidando el caballo de su esposa también a la hora de cruzar los ríos de lechos pedregosos.

Pasaron Petaquillas, Chicote, Palo Blanco, La Imagen y Cajones para continuar por Acahuizotla y llegar a Tierra Colorada, convertida en un sitio de paso y descanso de los arrieros. El lugar se encuentra aproximadamente a una altura de doscientos sesenta metros sobre el nivel del mar y en la actualidad los árboles son de troncos cortos, robustos y torcidos, allí crecen los guajes, pochotes, cazaguates, tepehuajes, robles, espinos, mangos, limones, almendros, caobas, robles, cedros rojos, perotes y otras especies de la zona tropical.

La fauna está compuesta por diferentes especies, entre ellas pericos, garzas, gavilanes, zopilotes, conejos, tlacuaches, iguanas, tigrillos, venados, coyotes, ardillas, culebras, víboras, zorrillos, liebres, mapaches, alacranes, tejones y pájaros de diversas variedades. Preparan como comida la iguana en diferentes formas, en caldo, mole rojo o verde y al mojo de ajo; la birria es preparada con carne de res y agua de coco en combinación con ginebra, y es servida en jarras de barro.

Al amanecer partieron de Tierra Colorada para dirigirse al río Papagayo, el que cruzaron en canoa. Continuaron hasta Altos del

Camarón, Dos Arroyos y El Ejido, donde pasaron la última noche en la sierra. Desde allí Martí escribió:

Noche solitaria—¡aciaga!—¡De cuán distinta manera, cuando—acostada en el mismo lecho, le hablé del libro comenzado, de unión de pueblos, de ideas no entendidas, de mi dolor por la miseria ajena;—de cómo aumenta el bienestar, de cómo el bienestar peligra, bien seguro. De que a riquezas y a pobrezas ríe!

Y abrazándose a mí me ciñe y me ama.

Y así, dormidos en la negra tierra

¡Irá la Aurora a sorprenderme al cielo!

[Alfonso Herrera Franyutti: *Martí en México. Recuerdos de una época*, p. 269].

De El Ejido partieron muy temprano, descendieron por una amplia llanura hasta Aguacatillo, Venta Vieja, Las Cruces, El Atajo y al anochecer llegaron a Acapulco, donde Martí encontró cartas de Manuel Mercado. El 7 de enero 1878 le escribió a su amigo:

[...]

Del camino ¿qué le diré que no imagine? Cuando fui, las alas que llevaba me cubrían los ojos: ahora, que con mis alas tenía que protegerla, he visto todas las cruelísimas peripecias, rudas noches, eminentes cerros, caudalosos ríos que, con razón sobrada, esquivan los viajeros. Carmen, extraordinaria; yo, feliz y triste ¡felicísimo!—Por el largo trecho, traspuesto del 26 al 5, con tres días intermedarios de descanso, cuadrillas de ladrones, felizmente ahuyentadas por la escolta. Si no por este correo, que

sale de aquí a unos momentos, dejaré para el próximo carta de gratitud para Macedo. Por Alfaro fui tan atendido como por Medina. Y por Emparan, si V. no hubiera nacido en Michoacán, diría yo: veracruzadamente.—

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, p. 40].

Martí se refiere a la publicación del folleto sobre Guatemala y le pide que le envíe sus libros viejos; le añade:

[...]

Siempre lo tendré para acordarme de que no son solamente hermanos los nacidos de iguales padre y madre.—Hay otros, y Carmen y yo los tenemos en mucho [...].

[Ibídem, p. 41].

De acuerdo con los estudios del doctor Alfonso Herrera Franyutti, Martí y Carmen permanecieron en Acapulco cuatro días. Partieron en barco el 9 de enero de 1878.

Para esa fecha ya Juan Ramón Uriarte había concluido el prólogo para el folleto sobre Guatemala donde, entre otras cosas, se pregunta: ¿Quién no conoce a José Martí? ¿Quién no le ha visto en la tribuna arrebatando al auditorio con el fuego de su palabra? ¿Quién ha dejado de leer esos brillantes artículos con que ha solido engalanar las columnas de más de un diario de esta capital? ¿Necesita acaso que un amigo suyo venga a poner su nombre al frente de un libro por él escrito? Y se responde ciertamente que no.

Señaló que recomendaba a todo el mundo la lectura de ese precioso folleto en que su autor, con mano maestra, se ocupaba de estudiar los actuales elementos de la prosperidad de Guatemala. Expuso que las repúblicas latinoamericanas, en general, eran poco

conocidas en Europa, pero por un lamentable error de la política internacional lo eran menos todavía entre ellas mismas, no era solo la política la que con tesón debía trabajar; también a la literatura le estaba reservado un papel muy importante.

Indicó que se necesitaban libros como el de Martí, escritos con imparcialidad y no por lo que se sabía de oídas, sino por el estudio filosófico de lo que se escribía y se había hecho, Guatemala debe estar agradecida por el servicio que positivamente le hace con la publicación de su trabajo y, como uno de sus hijos, se honraba en hacerle esa pública manifestación de reconocimiento.

Regreso a Guatemala

Martí y Carmen llegaron al puerto guatemalteco de San José y viajaron hacia la ciudad de Guatemala por la ruta de Masagua, Escuintla y Antigua. Él anotó que viniendo en cómoda diligencia o en humilde caballo, brotaban robustos montes, el pintoresco pueblo con sus limpias y amplias vías y los cañaverales que rodeaban a Escuintla. Al pasar por Antigua se veía la cúpula rota, el pobre muro caído, el triste alero quebrado, el ancho balcón desierto y las largas calles antes pobladas.

Añadió que aún había mucha vida en aquella muerte, y los pulmones roídos por la orgía; el corazón hinchado por el pesar; el cerebro fatigado por el pensamiento; los ojos enfermos por la labor y la sangre envenenada en la ciudad, hallaban igual alivio en aquellas corrientes de agua, en aquella paz amable y pintoresca. A Antigua se iba pisando flores y se venía brindando vida.

Afirmó que para el enfermo y el poeta, otro enfermo sin cura, para el artista y el literato, que es también otro artista, siempre habría vida nueva en aquella tierra virginal, corona fresca de aquella ciudad grandiosa y correcta, con sus enrejadas y altas ventanas; en cada flor azul que crecía por entre las grietas de las torres, en cada paloma que se posaba sobre los trozos de las naves, en cada mujer bella, aseada y fragante que cruzaba por aquellas calles limpias, simpáticas y rectas, tomaba el pincel múltiples tintes, hallaban las liras amorosos sonos y cantaban a la vieja ciudad. Tan amarillo era el musgo, tan rumorosa la alameda, que hallarían los bardos novísima poesía; para hacer poesía hermosa, no había como volver los ojos fuera, a la naturaleza, y dentro, al alma.

Al llegar a la ciudad de Guatemala, José Martí y Carmen habían recorrido quinientos doce kilómetros por agrestes caminos y navegado por el Pacífico desde Acapulco. El 15 de enero de 1878 el Apóstol recomenzó las clases en la Escuela Normal y escribió que era hermoso ver como el país volvía a la vida; y sus caminos antes solitarios estaban llenos de gentes y sus montañas oían restallar la fusta del mulero.

Describió los campanarios puntiagudos como lo primero que impresionaba la vista del forastero, lo mismo si llegaba montado en una mula por el lado del Atlántico y divisaba la ciudad al salir de una montaña, bordeando un río al fondo de un gran valle o si llegaba con el cuerpo magullado, cansado y cubierto de polvo en la ruidosa diligencia desde el lado del Pacífico, por el camino de Escuintla.

Por esos días recibió una carta de María García Granados publicada por Carlos Ripoll en Nueva York, donde le dice:

Hace seis días que llegaste a Guatemala, y no has venido a verme. ¿Por qué eludes tu visita? Yo no tengo resentimiento contigo, porque tú siempre me hablaste con sinceridad respecto a tu situación moral de compromiso de matrimonio con la señorita Zayas Bazán.

Te suplico que vengas pronto,

Tu niña

[Luis García Pascual: *Destinatario José Martí*, p. 47].

En Cuba, el 10 de febrero de 1878, algunos jefes de la Guerra de Independencia firmaban la paz con España, hecho conocido como el Pacto del Zanjón. Los periódicos de México destacaron la noticia.

El 25 de ese mes se publicó en *El Porvenir* el ensayo martiano «Poesía dramática americana», donde instaba a buscar en la historia de nuestra América la fuente de inspiración para nuevas obras

que se integraran en un teatro nacional. En una de sus partes planteó que un pueblo no debía ser excesivamente literario, sobre todo en los tiempos febriles y mercantiles que corrían, pero debía ser un poco literario. Recordó que su maestro Rafael Mendive había dicho que por el dolor se entraba a la vida y por la poesía se salía de ella; se olvidaban las culebras, se pensaba en las águilas y los leones, y suaves lágrimas se asomaban a los ojos después de haber leído buenos versos.

Aseveró que en la madre América la hermosura besaba en la mejilla a cada mujer que nacía; la poesía besaba en el corazón a cada hombre; el indómito gaucho cantaba su rencoroso cielito; el tapatío mexicano su pintoresco jarabe; su punto enamorado el guajiro de Cuba y más que las sombrías arboledas europeas que abrían a la caza el clásico día de San Huberto, hablaban al alma las selvas bravas, junto al río; los palmares tupidos, el monte y la fantasía, virgen desnuda, tenía en América el casto seno henchido.

En febrero se publicó su libro *Guatemala*, en forma de folleto encuadernable, en el periódico mexicano *El Siglo XIX*. José Martí explicó que a Guatemala llegó pobre, desconocido, fiero y triste, y sin perturbar su decoro, sin doblegar su fiereza, el pueblo aquel, sincero y generoso, le dio abrigo, lo hizo maestro, que era hacerlo creador, le tendió la mano y él se la estrechó, que Guatemala era tierra hospitalaria, rica y franca y debía decirlo, le había dado trabajo, que era fortaleza, casa para su esposa, cuna para sus hijos y campo vasto a su inmensa impaciencia americana.

Manifestó que se proponía estudiarla desde Antigua hasta la ribera de la laguna de Amatitlán, analizar las causas del estado mísero, los medios de renacer y de asombrar, derribaría el cacaxte de los indios, el huacal ominoso y pondría en sus manos el arado, y en su seno dormido la conciencia; en México diría, con su palabra agradecida, cuánto era bella, notable, fraternal y próspera la tierra guatemalteca, donde el trabajo era hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer y bueno el hombre.

Afirmó que no se sabía en una república lo que había de fértil, aprovechable y grandioso en la otra, y como decía el padre Juarros en 1810, después de tres siglos de descubierto este continente, se encontraban en él reinos y provincias tan poco conocidos como si se acabasen de conquistar.

Se lamenta de cómo el veneno de tres siglos, tres siglos tenía que tardar en desaparecer. Afirmó que así nos había dejado la dueña España: extraños y rivales, divididos, cuando las perlas del río Guayato eran iguales a las perlas del sur de Cuba; cuando unas eran las nieves del Tequendama y Orizaba; cuando uno mismo era el oro que corría por las aguas del río Bravo y del venturoso Polochic y continuó señalando que tierra nueva traía raza nueva, detenida en su estado de larva, larva de águila que se transformaría en soberbia mariposa; y plantea:

[...]

Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? ¿qué haremos para dar todos más color a las dormidas alas del insecto? ¡Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de mi América!

Pizarro conquistó al Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar; Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutujiles. Puesto que la desunión fue nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida? Idea que todos repiten, para lo que no se buscan soluciones prácticas. Vivir en la Tierra no es más que un deber de hacerle bien. Ella muere y uno la acaricia. Después, la conciencia paga. Cada uno haga su obra.

[José Martí: *Obras completas*, t. 7, p. 118].

El 8 de marzo de 1878 tal vez conoció la posibilidad de ser padre y le escribió a Manuel Mercado. Le confiesa estar tranquilo gracias a su Carmen, pero no sabía si al día siguiente estaría triste debido a las vueltas de la vida. Le informó la llegada del libro sobre Guatemala, y cómo le serviría a los que le tenían cariño contra aquellos para quienes, a pesar de su oscuro silencio, era una amenaza o un estorbo. Se refirió a un proyecto de establecer una finca de café y, si tuviera medios para cultivar la tierra, se encerraría a arar la soledad, acompañado de su mujer, de sus pensamientos, de libros y papeles. Además le expone:

[...] yo estoy ahora verdaderamente ahogado, pero pienso que me desahogaré de aquí a tres meses.—La verdad es que la fortuna, al echarme a la mar, puso a mi pobre barco velas negras.—Este carácter mío es un fiero enemigo; pero aunque para el diario vivir me traiga penas, yo quiero más vivir después que vivir ahora.—Carmen me perdona. En mi casa no me han querido perdonar.—

[...]

Carmen y yo recordábamos anoche nuestro perfumado almuerzo en el Tívoli de San Cosme: en nombre de aquel día y en el de todos los días, enviamos a Lola memorias muy cariñosas.

[Ibídem, t. 20, pp. 43 y 44].

El rector de la Universidad, doctor Manuel Herrera, lo dejó como catedrático de Historia de la Filosofía, sin sueldo y le anunció que lo nombraría catedrático de Ciencia de la Legislación.

La firma del Pacto del Zanjón en Cuba provocó confusión y algunos festejaron ese infame acontecimiento. Según el libro del doctor Alfonso Herrera Franyutti, Martí pudo leer los periódicos de México que llevaron esas noticias.

El Federalista del 12 de marzo de 1878, en un extenso artículo titulado «Banquete en celebración de la paz de Cuba», daba amplia información del convite organizado por Adolfo Llanos Alcaraz, director de la colonia española en México. Los festejos los organizó en el Tívoli del Eliseo, donde reunió a sus amigos para celebrar el Pacto y expresó que Cuba no sería libre, pero tendría libertad. Hubo gran animación, se brindó, se pronunciaron discursos, se dijeron versos, hablaron cubanos y españoles, y estaban varios de los amigos de José Martí. El Apóstol recibió esas noticias como un duro golpe. El 20 de abril le escribió a Mercado sobre esos festejos:

[...]

No es posible que México entero piense como los complacientes y olvidadizos que se disputaban los asientos en el banquete de Llanos Alcaraz.—El estaba en su puesto: los demás no estaban en el suyo.—Yo creía que a un banquete como ése no podía ir ningún americano.—No ha habido allí un cubano que flagele a los cubanos que fueron? Ni un mexicano que proteste contra esta fiesta fratricida? Afortunadamente, Ud. no fue.—Ud. es mi hermano.—Yo intento, cuando los días me hayan calmado el primer hervor, escribir algo sobre esto [...].

[Ibídem, p. 49].

El Pacto llenó de esperanzas de paz a muchas familias de cubanos emigrados, pues tendrían la posibilidad de que sus seres queridos regresaran al país, entre estos se encontraban la madre y demás familiares de José Martí.

Mientras en algunos países se festejaba el Pacto del Zanjón, el 15 de marzo, como respuesta de dignidad, se produjo la Protesta

de Baraguá, protagonizada por el mayor general Antonio Maceo, a quien se unieron otros jefes mambises y alzaron la voz por la independencia y la abolición de la esclavitud. Martí catalogó ese hecho como uno de los más gloriosos de la historia de Cuba. Aparentemente la guerra había cesado, los patriotas marchaban al exilio, había inconformidad y tristeza.

Martí asistió a un acto ofrecido por los amigos de Izaguirre en el salón principal del colegio que dirigía. El hecho fue tomado como pretexto para incrementar la campaña difamatoria contra el director de esa institución e incluyeron a varios de los profesores, entre ellos José Martí y José Joaquín Palma.

El 19 de marzo, día de San José, los alumnos de Martí le regalaron una leontina y en muestra de gratitud anunciaron que saldrían en masa del colegio donde los educaba el Gobierno para protestar por las arbitrariedades cometidas contra su profesor, hecho que molestó a las autoridades guatemaltecas.

El 30 de marzo Martí le escribió a Mercado y con referencia a unas críticas de su familia le dice que trabajaría para pagar sus deudas ese año, y una vez libre de ellas les ayudaría, que su madre tenía grandezas que estimaba y amaba, pero ella no le perdonaba su salvaje independencia, su brusca inflexibilidad, ni sus opiniones sobre Cuba. Lo que tenía de mejor era juzgado por más malo, esto le afligía, pero no torcería su camino.

Le expresa que va a publicar un periódico en el que tendrá que desfigurarse mucho para ponerse al nivel común, porque donde hay muchas cabezas salientes no llama la atención una más, pero donde hay pocas que sobresalgan, una cabeza saliente es un crimen.

Afirmó que los conservadores le hacían la cruz, y los liberales se resistían a estrecharse para dar sitio en el banquete al que no fuera a sus ojos sino un comensal más. Le señala que habían explotado sus vehemencias y ocultado sus prudencias, habían pintado su silencio como hostilidad, su reserva como orgullo, su pequeña

ciencia como soberbia fatuidad; era una guerra de zapa, pero luchaba cuanto decorosamente podía.

Sobre el libro señaló que, si escribía algo digno de ser publicado, se lo encargaría a Mercado y a su inimitable Carmen, pues ella escudriñaba lo que quería decir. Le confiesa verla amante y serena, frente a problemas graves, sin muy fácil solución, lo consolaba, y con su tranquilidad lo alentaba. Aunque tuviera que huir a pie por los bosques, ella lo acompañaría y no lloraría.

Le contó que por celos inexplicables del rector de la Universidad lo habían dejado como catedrático platónico de Historia de la Filosofía, sin sueldo, y añadió:

[...] con mi propósito de pagar aquí, esclavo de mis deudas un año, eirme; y con que Carmen cante a mi lado tan gozosamente como ahora canta, paso este año negro y espero otros años azules [...].

[Ibíd., p. 46].

En los primeros días de abril destituyeron a Izaguirre por orden del presidente, lo que motivó a Martí a presentar su renuncia a las cátedras que atendía en la Escuela Normal y partir para Perú. Los sectores conservadores lo veían como un adversario por sus ideas, pronunciamientos y enseñanzas, y aprovecharon las circunstancias para calumniarlo y atacarlo de nuevo. Algunos funcionarios guatemaltecos compartían los acuerdos de paz entre los cubanos y las autoridades españolas; esto repercutió en las relaciones y consideraciones contra ellos.

A pesar de la renuncia, que fue admitida el 6 de abril, el periódico *El Porvenir* informó sobre los propósitos del Apóstol de editar la *Revista Guatemalteca*, cuyos objetivos eran hablar de las riquezas de Guatemala, dar a conocer cuánto producía y podría producir, y de hacer generales las noticias de letras y ciencias, artes e industrias,

privilegio del escaso número de afortunados a quienes era fácil saborear las excelentes revistas europeas. Aquella tendría descripciones, estudio de sus frutos, su aplicación, remembranzas de personalidades ilustres ya fallecidas, de obras notables que enorgullecían al país, respondiendo a su ideal de hacer resaltar cuanto bueno y bello encierra.

Por carta de Martí a Manuel Mercado se conoce la disposición de establecerse en Honduras. Por esos días anuló su proyecto de la redacción de un libro sobre temas jurídicos.

El 20 de abril de 1878 Martí le escribió a su amigo refiriéndole la brusca variación que les esperaba. Le recuerda la buena voluntad con la que llegó a Guatemala, la humilde posición que le pedía, cuán importante era el servicio que con su pequeño libro le acababa de hacer y el premio de todo esto fue que por ser cubano, y ser quien era, se veía obligado a renunciar a las pocas cátedras que le quedaban e irse del país, hacerles sentir su desdén antes que ellos le hicieran sentir su injusticia. Reconoce que era verdad que había una disconformidad absoluta entre el brutal modo de ser y su alma libre, que los poetizaba para poder vivir entre ellos; pero esos secretos no habían salido nunca de su alma y se preguntaba si los habrían leído en sus ojos, además le expresa:

[...] ¡Pobre Carmen! A costa suya me han enseñado una gran verdad.—Con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos.—¿Qué mal les he hecho? Explicar Filosofía con sentido, a par que nuevo, mesurado; explicar Literatura; dar conferencias sobre el estado actual de las Ciencias Naturales; publicar un libro en que con amor y calor, para ellos nuevos, revelo sus riquezas desconocidas; escribir un drama sobre su independencia el día mismo en que me lo pidieron, y anunciar un periódico en que intentaba hablar aquí de Europa y hablar a Europa de ellos.—He ahí mi proceso—y

entiendo que el suyo.—Ni una imprudencia, ni una ambición mía han deslucido estos intentos.—Pero me han desfigurado de tal modo, me han presentado de tal modo, me han exagerado con tales proporciones, se han movido contra mí por resortes y causas para mí tan desconocidas, me han cerrado a principios de año con tales obstáculos el camino que a fines del año pasado me mostraron tan abierto, que, presintiendo que me despojarían de mis clases en la Escuela Normal como indirectamente y de hecho me habían ya despojado de las de la Universidad; airado contra la cobarde forma con que destituían de la Dirección de la Escuela a un cubano inteligente, honrado y amoroso, renuncié a mis cátedras allí, que con ser tres y ser serias, tenían por única retribución, y único medio para mi vida, sesenta pesos.—Y cuente que el año pasado di en la Universidad una clase de Literatura Europea gratis, y este año daba otra gratis de Filosofía en la Escuela Normal.—Molestaban mi voz, mis principios, mi entereza, mi convicción—revelada en sencillos hechos—de que puede vivirse en un país, enseñando y pensando, sin viciar el alma y pervertir el carácter en la innoble corte hecha a un hombre torpe y brusco.—Y todo esto sucede inmediatamente después de mi libro:—júzguelos U.—Me cimentan una posición; me comienzan a dar un sueldo fijo; me obligan a contraer deudas, a levantar casa, me allanan el camino; me alienta el Ministro de Instrucción Pública, me fía el Ministro de Gobernación:—¿cómo había yo de pensar que, sin causa nueva alguna, en el momento de volver a este país con mi pobre mujer, enseñando más, escribiendo bien de ellos, con mi libro amante en las manos, con los mismos hombres en el Gobierno, había de venir abajo todo esto? Antes de que me abandonen, yo los he abandonado.—

Mirando a mi pobre Carmen, se me llenan de lágrimas los ojos, y contengo difícilmente mi amargura.—

¿Qué se ha de ser en la tierra; si ser bueno, ser inteligente, ser prudente, ser infatigable y ser sincero no basta?—
¡Pobre criatura!

¿Qué haré yo ahora? Yo no sé cómo saldré de aquí, ni de qué medios me valdré; pero yo tengo que salir. Tal vez es un aviso que me salva; tal vez es un riesgo de que me libro. La enseñanza individual me es imposible, porque no es retribuida.—En los colegios, como en el Gobierno, hay una animosidad, hipócrita—y por tanto más vehemente—contra los extranjeros: ¡nosotros, extranjeros! Se buscan profesores guatemaltecos; se rebelan mis pobres discípulos; abandonan las clases que yo les daba; se niegan en algunas a aprender de otra voz que la mía; pero el Gobierno continúa en su obra:—¿qué he pues, de esperar?—Interrumpo mi libro de Derecho, que sabían ya que escribía y al cual me habían alentado; no publico ya mi periódico, recibido con ira por los más, y por los menos con amor;—hablaré al Ministro de Honduras, hombre civil, joven y de letras, que está ahora aquí;—si me ofrece, enseñando, un medio de vivir, iré a Honduras, por ser barata la tierra, y para mi heroica Carmen, más corto y más cómodo el viaje; si me lo ofrece, lograré de mis acreedores una tregua, y buscaré medio de ir al Perú.—Allí tengo fe, por quien soy, por quien son ellos, y por la clase de cartas y de informes con que seré allí presentado.—¡Pero es duro, es muy duro, vagar así de tierra en tierra, con tanta angustia en el alma, y tanto amor no entendido en el corazón!—

[...]

Estoy con impaciencia verdadera porque ni de mi casa sé hace mucho tiempo, ni de la de Carmen ni Uds. supi-

mos la semana pesada. Aunque U. hace algunas semanas nos tenía ya olvidados.

[...]

Aquí le digo adiós, no sin decirle que aumentan mi amor y mi tristeza las tiernas solicitudes de mi Carmen.—Las penas sólo lo son para ella en cuanto yo las sufro.—Y ¡pensar, como temo, que me iré de la vida sin poderle premiar tantos dolores!

[Ibídem, pp. 47- 49].

José Martí describió al ministro de Honduras como un hombre civil, joven y de letras, expuso que si le ofrecía trabajar como profesor iría a ese país. Por investigaciones realizadas en Tegucigalpa conocimos que en abril de 1878 visitó la ciudad de Guatemala el ministro Ramón Rosa, para llevar un mensaje personal a Justo Rufino Barrios de parte de Marco Aurelio Soto.

El abogado Rafael Leiva Vivas, director de la Academia del Ministerio de Relaciones Exteriores de Honduras, confirmó que la conversación de José Martí en Guatemala fue con el doctor Ramón Rosa. Relató cómo José Joaquín Palma conversó con este para, junto a Martí, marcharse hacia Honduras y trabajar en el proceso renovador que habían emprendido. Rosa prometió hablar con Marco Aurelio Soto y proporcionar toda la ayuda para recibir tanto a Palma, a Martí y a otros cubanos que lo desearan.

La amistad de Palma con Marco Aurelio Soto surgió en Guatemala, cuando se desempeñaba como ministro ante la legación de Honduras en ese país. El profesor Rafael Leiva Vivas manifestó que Palma y Martí aceptaron trabajar en Honduras como profesores, y Ramón Rosa y Marco Aurelio Soto prometieron toda la ayuda para recibirlos y nombrarlos en cargos educacionales. Consultó los documentos de los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores, pero la entrevista entre José Martí y Ramón Rosa no está

registrada porque la documentación está ordenada a partir de 1880. En su libro *Diplomacia y literatura en Honduras* se prueba que, entre los diplomáticos hondureños, el único que se corresponde con la forma descrita por Martí es Ramón Rosa.

José Martí y otros patriotas cubanos fueron víctimas de intrigas, calumnias y difamaciones estimuladas por funcionarios españoles en Guatemala y presiones sobre las autoridades de ese país para que tomaran medidas contra ellos. A esos funcionarios se unieron algunos adversarios ideológicos y otros acompañados de envidias, celos profesionales, discriminación, falsos conceptos de nacionalismo, provincianismo o regionalismo, temores, oposición y hasta campañas de desprestigio y persecuciones.

El profesor Israel Pérez Posadas refiere que Martí fue calificado de impertinente, fanático incurable, devastador, peligroso y Doctor Torrente, pero consideró que todo esto pudo deberse a celos, envidias por su voz encumbrada o sus discursos llenos de fecundidad y exuberancias en metáforas.

El historiador guatemalteco Miguel Álvarez Arévalo aclara que el calificativo de Doctor Torrente no debe interpretarse como ofensivo, tanto en la época de Martí como ahora, es un halago y si alguien lo tomó en tono de burla seguramente fue por envidia, de la cual también eran víctimas los más destacados intelectuales guatemaltecos. Un hecho muy significativo fue que la alta sociedad y la aristocracia, cerradas en muchas ocasiones, le abrieron las puertas y lo admitieron como uno más de ellos.

La intelectualidad guatemalteca lo respetó, admiró y aplaudió en todo momento. Se podría tomar, como uno de los tantos ejemplos, el testimonio de Domingo Estrada, publicado en *El Porvenir*:

Hace pocos meses llegó Martí a esta capital; era para nosotros un extranjero y un desconocido, pero como aquel filósofo griego podía haber dicho que todo su caudal lo llevaba consigo. Subió a nuestra tribuna, se exhibió

bió en nuestra prensa y pudimos calificarlo ya; lo encontramos rico de ideas y rico de palabras, dotado de generosos sentimientos y lleno de precoz erudición, activo y amable, inteligente y bueno. Entonces comenzamos por apreciarlo y concluimos por quererlo. Le tendimos efusivamente una mano que él estrechó con gratitud. Desde entonces es guatemalteco y guatemalteco de corazón; ninguno se entusiasma más por el progreso de nuestra patria, ninguno sueña más sobre su porvenir.

[David Vela: *Martí en Guatemala*, p. 427].

Palma y Martí sostuvieron una reunión el 29 de abril de 1878 para analizar los acontecimientos del país y la situación que sobre ellos se cernía, y tomaron la decisión de partir para Honduras y aceptar la ayuda de ese Gobierno. Carmen, a llantos, se opuso a esa posibilidad, sugería regresar a La Habana, no quería permanecer en Guatemala ni Honduras y mucho menos viajar al Perú, y alegaba que se debía tomar en cuenta la paz que se había alcanzado en el Zanjón.

Esa noche Palma le firmó el libro de bodas y le incluyó un largo poema titulado «A Carmen», donde dice que hay resplandores de poetas inspirados y perfumes delicados de extranjeras flores y le pregunta si prefería los rumores de los patrios lares, convertidos en cantares.

Le escribe sobre el perdido hogar, del tímido susurrar del escondido arroyuelo, del alba, de las tardes estivales, de verdes cañaverales, de ruiseñores, de la enamorada canción, del bosque en la primavera y de Cuba entera metida en el corazón.

Le habla de la estrella solitaria y continúa el poema pidiendo a Carmen perdón porque le confía recuerdos y memorias del corazón, pero que esa justa evocación serán las quejas posturas de un poeta entristecido, que llora su hogar perdido desde playas extranjeras. Le habla del sueño venturoso, de las hojas

fieles de hermosos laureles que en arras le dio Martí, y concluye aseverando:

Sé feliz! y que se agiten
En tu hogar las dichas todas
Que desde tu cendal de bodas
Las flores no se marchiten:
Que en tu corazón palpiten
Respeto y fé conyugal,
Qué un amor primaveral
Siempre te dé su fragancia,
Y el ángel de la constancia
Vele tu lecho nupcial

J.J. Palma. Guatemala 29 de abril 1878.

[*Álbum de bodas*, publicaciones de la
Oficina del Historiador de la Ciudad, p. 97].

Es probable que ese día Martí le entregara a su amigo la introducción al libro *Poesías*, que fue publicado en Tegucigalpa cuatro años después. En algunas de sus partes dice que le devuelve el libro de versos aunque no quisiera hacerlo, porque les gusta a los pobres peregrinos oír cerca de sí, en la larguísima jornada, rumor del árbol lejano, canción del propio mar, ruido del patrio río. Le recomienda metafóricamente que cuando le hieran cante, cuando lo desconozcan cante, cante cuando le llamen errante y vagabundo, que este vagar no es pereza, sino desdén, que cante siempre, y cuando muera, para seguir probablemente lejos de aquí cantando, le deje la lira a su hijo.

La relación entre Palma y Ramón Rosa quedó demostrada en el poema dedicado a Tegucigalpa, donde refiere que el ministro le preguntó, cediendo a una voz secreta, si no tenía patria, a lo que respondió que tenía patria para él.

El 10 de mayo murió, a los dieciocho años de edad, María García Granados Saborio, lo que provocó un hondo sentir en la sociedad guatemalteca. El duelo se extendió a los círculos intelectuales, políticos y gubernamentales. Sobre la enfermedad y muerte, Máximo Soto-Hall escribió que la compañera fina y frágil, como un ala de mariposa, había venido adelgazando como si un cincel invisible desgastara su figura estatuaría, faltó al colegio y corrió el rumor de que se encontraba gravísimamente enferma. Una mañana, el recinto siempre bullicioso y alegre como una pajarera al irradiar el día, se encontró frío y silencioso, las alumnas sollozaban, hablaban en voz baja, no recibieron clases y recogieron flores para la compañera que no regresaría más.

La prensa reseñó el sentimiento de dolor general, lo probaba la gran cantidad de personas que asistió a las honras fúnebres y que esperaban, con esas demostraciones, atenuar el dolor de sus padres, quienes amaban en esa preciosa y simpática joven la flor que embalsamaba los años de su edad y esparcía su aroma a las flores de sus hermanas.

Escritores y poetas dejaron constancia de sus condolencias. Alberto J. Galindo señaló que María era tan virtuosa como bella, apasionada, sensible, tierna y la suavidad de su carácter le granjeaba simpatías, su clara inteligencia le conquistaba admiradores y su modestia brillaba sobre su frente como una aureola de luz, la hacía parecer más bella todavía. Antonio Batres Jáuregui elogió sus ojos y su sensibilidad para el piano. Los poetas Guillermo F. Halla, Salvador Falla y Francisco Lainfiesta también le dedicaron poemas.

Mientras se le rendían homenajes, otros comenzaron a circular comentarios maliciosos de que los amores de la joven por su profesor José Martí habían sido la causa de la muerte, incluso se llegó a comentar que se había suicidado y su familia ocultaba el hecho.

Se dijo que, estando enferma de las vías respiratorias, fue con unas amigas al río y, cuando comenzó a llover en forma de diluvio, prefirió desafiar el agua y el frío y caminar por las calles inundadas. Al llegar a su casa tenía mucha fiebre y al día siguiente amaneció muerta. El periodista Guillermo Alvarado relató que se tejieron, y

aún se tejen, historias fantásticas y verdaderas calumnias; se dijo que esperaba un hijo y la pérdida del embarazo la llevó a la muerte.

Algunos de los comentarios venenosos y groseros contra la bella muchacha y su familia fueron recogidos por Máximo Soto-Hall, quien en forma de condena lo relató:

Es de una familia de tuberculosos. De esa misma enfermedad murió Pepe Batres, pariente cercano de los García Granados. A don Miguel parece que le falta un pulmón. Su hija mayor, Mercedes, fue presa de ese mismo mal⁹. Esto decían de María, las buenas señoras, amas excelentes de casa, enemigas de diversiones nocturnas, disciplinadas en los quehaceres del hogar, sumisas al sacerdote, ciegas y fieles cumplidoras de los rituales de la iglesia. La murmuración cáustica, en que tomaban parte los dos sexos, decía a su vez: muchachas que se desvelan todas las noches, que se acuestan con el alba y se levantan transpuesto el mediodía, que en vez de trabajar activamente en los oficios de la casa, gastan todo su tiempo en leer y cantar y recitar, tienen irremisiblemente que estar predestinadas a la tisis.

[Soto-Hall: *La niña de Guatemala*, p. 92].

Expresó Máximo que esa gente, esclava del deber mecánico y del credo fanático, no podía comprender a la sensitiva e ideal María:

Cerebros vacíos, corazones disecados, seres incapaces de elevarse sobre su nivel mediocre, no podían comprender que hay enfermedades del alma que matan más cierta y rápidamente que las del cuerpo; que hay insomnios por tormentos de amor que consumen antes que los alegres desvelos de los festines.

[Ibídem].

Máximo Soto escribió que uno o dos días después del fallecimiento, Martí llegó al colegio de Izaguirre y las muchachas mayores, como lo habían hecho otras veces, se agruparon en torno a él y cuando hacía ademán de marcharse le retenían; el maestro siempre se doblegaba galante a la demanda, pero aquella vez no cedió al ruego y se fue más pálido, con el gesto de angustia intensificado que reflejaba su semblante.

José Martí fue para la casa de su amigo Palma y el poeta cubano le leyó el poema que acababa de escribir para María. Es probable que conociera los comentarios inapropiados contra ella, especialmente el referido a su virginidad, pues en sus versos dice:

Feliz la virgen que inocente y pura
Nos dice “adiós” y las pupilas cierra,
Sin que manche su blanca vestidura
El fango de la tierra!

[...]

Semejaba tu rostro sosegado
Do amor vertió sus gracias una a una,
El pálido nenúfar coronado
Por un rayo de luna...

[Ibídem, p. 93].

La pérdida de María fue un duro golpe para toda la familia, su padre enfermó de gran tristeza. En *Versos sencillos* Martí hizo un recuento de su vida y entre sus recuerdos más queridos estaba María García Granados:

Quiero, a la sombra de un ala,
Contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
La que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
Y las orlas de reseda
Y de jazmín: la enterramos
En una caja de seda.

...Ella dio al desmemoriado
Una almohadilla de olor:
Él volvió, volvió casado:
Ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
Obispos y embajadores:
Detrás iba el pueblo en tandas,
Todo cargado de flores.

...Ella, por volverlo a ver,
Salió a verlo al mirador:
Él volvió con su mujer:
Ella se murió de amor.

Como de bronce candente
Al beso de despedida
Era su frente ¡la frente
Que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
La sacó muerta el doctor:
Dicen que murió de frío:
Yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
La pusieron en dos bancos:
Besé su mano afilada,
Besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
Me llamó el enterrador:
Nunca más he vuelto a ver
A la que murió de amor!

[José Martí: *Versos sencillos*, pp. 24 y 25].

En el libro *Páginas vividas* el escritor David Vela recoge una selección de ensayos, en uno de los cuales habla del poema y expone la opinión autorizada de varios estudiosos.

Ángel Augier lo catalogó como poesía de siempre y para siempre, cargada, en su época, de poderoso impulso innovador.

El poeta Torres Rioseco señala que la forma del romance adquiere más soltura y el uso continuo de la rima consonante da a la estrofa una absoluta firmeza, el poema constituye un nuevo modo de hacer poesía y puede señalarse como un antecedente seguro de nuestro modernismo.

Gabriela Mistral escribió que, a pesar de cuanto realizó el modernismo en poesía sensual, auditiva y visual, le parecía que sigue siendo «La niña de Guatemala» el poema más donoso, el más cimbreante que se haya escrito en la América Latina.

Agregó Vela que el poema era ampliamente conocido, de modo particular en Guatemala y también fue traducido al inglés con el título *The maid from Guatemala*.

El licenciado Guillermo Alvarado señaló que con el poema, además de la parte de romance amoroso, Martí quiso rendirle homenaje a María García y a la vez, desmentir las calumnias del suicidio. En algunos de sus versos aseveró: «Yo sé que murió de amor» y en otro dice: «Iban cargándola en andas / Obispos y embajadores». Como se sabe, la Iglesia católica es contraria al suicidio y no hubieran acudido los prelados a los funerales, ceremonias y ritos cristianos si esa hubiera sido la causa de la muerte.

Otra aclaración es que cuando dice: «Era su frente ¡la frente / Que más he amado en mi vida!», se estaba refiriendo a la nobleza,

sensibilidad, modestia e inteligencia. Martí señala en el poema, «Besé su mano afilada, / Besé sus zapatos blancos». No besa otra parte del cuerpo, son las manos y los zapatos.

Algunos han informado que es probable que Martí se enamorara de la joven, pero colocó una pared de contención dados sus compromisos de amor y de caballerosidad con Carmen Zayas-Bazán.

El 11 de junio de 1878 el cónsul de Perú en Guatemala ratificó la autenticidad de la firma del ministro de Instrucción de Guatemala en el certificado de estudios de Derecho de José Martí, solicitado para el proyectado viaje a Perú, mientras José Joaquín Palma viajaba a Honduras para gestionar la permanencia en ese país.

Revelaciones familiares

El encuentro con descendientes de la familia de José Martí en Cuba, México y España posibilitó la consulta y acceso a valiosos datos expuestos en la investigación histórica para nuestro libro sobre los padres de José Martí, titulado *Creciente agonía*. La familia aportó documentos, datos, informaciones, fotos y testimonios de gran valor.

Los entrevistados coincidieron en que los cubanos y el mundo lo conocen como José Martí, pero en el seno familiar se trataba de Pepe o del tío Pepe; esos recuerdos los guardaron muy claramente. Indicaron que algunos aspectos de la vida familiar permanecieron como un tesoro oculto y prefirieron siempre conservarlos de ese modo, pero ya habían pasado muchos años para continuar manteniéndolos en el anonimato. Las informaciones de la cubano-mexicana Caridad Proenza, conocida cariñosamente como Cachita, fue de inestimable valor.

Con relación a la estancia de Martí en Guatemala, en conversaciones familiares se expresó que, ante el estado de embarazo de Carmen Zayas-Bazán y la grave situación económica, incomprendiones políticas, sociales y ataques verbales, públicos y privados que atravesaba Martí, con muchas deudas incluidas, Carmen le escribió a su padre manifestándole esas preocupaciones, deseos y la necesidad de regresar a Cuba en lugar de viajar a Perú u Honduras, como deseaba su marido.

Con la firma del Pacto del Zanjón y los acuerdos de paz impuestos a los patriotas cubanos por España, el padre de Carmen había tomado la decisión de retornar a Cuba y no quería dejar a su

hija en Guatemala, por eso habló con Manuel Mercado, solicitándole convencer a Martí para que volvieran a la isla. Mercado informó a Martí de la conversación y le propuso que viajaran a México, donde tendrían casa segura y les ayudaría a pagar las deudas contraídas. Carmen quería regresar a La Habana; preocupada por el nacimiento del hijo, argumentaba que lo más importante era protegerlo y que no naciera en tierras extrañas.

Fernando Martí Gil, nieto de un primo-hermano del Apóstol, informó que, según su abuelo Hidelbrando, Francisco Zayas-Bazán envió una extensa carta a Martí ofreciéndole ayuda económica para el regreso y otra a un amigo radicado en Guatemala, donde le manifestaba su disposición de asumir los gastos del viaje y el pago de las deudas económicas, incluidos la casa y el mobiliario correspondiente.

Continuó relatando que Manuel Mercado, por fidelidad, lealtad, concepto de caballero, respeto y amor a José Martí, nunca dio publicidad a esas cartas. Mantuvo un hermetismo en sus asuntos íntimos, actuó con una gran ética, propia de un verdadero amigo, por eso Martí le confiaba todo, era una especie de confidente. La decisión de entregar las cartas de Martí a Cuba no fue de Manuel Mercado, sino de sus hijos, después de fallecidos el padre y la madre.

Fernando no sabe si Mercado las tenía separadas o si fueron sus hijos, responsablemente, por respeto, quienes decidieron retenerlas porque sabían que su padre no las hubiera entregado jamás. Solo llevaron a Cuba las que no podían ser utilizadas contra José Martí. Sugirió que era tiempo de buscar a los descendientes de la familia Mercado, pues estaba convencido de la existencia de estas entre los papeles del distinguido hombre de Estado. Consideró que podían estar en algún archivo, lo que contribuiría a proporcionar mayor claridad sobre el gran José Martí.

El escritor David Vela señaló que las cartas habían permanecido inéditas a pesar de reiteradas exigencias, porque la familia quiso siempre respetar los deseos de su destinatario, nacidos del carácter

íntimo de dichas misivas y porque en ellas se daban muchas opiniones, pensamientos y sentimientos en plano de absoluta confianza, sobre todo, inconformidades y quejas que Martí quería compartir con su amigo, aparecen también llenas de hondo pensamiento, de certera crítica en cuestiones políticas y literarias, y llevan el sello inconfundible de su firme y levantada personalidad.

Manuel Mercado falleció el 18 de junio 1909 y su esposa Lola en 1924. En 1946 la Universidad Autónoma de México publicó las cartas recibidas desde 1878 a 1891, representando una magnífica contribución para comprender el alma y el pensamiento de Martí, porque en muchas habla de sí mismo y en general revelan su sentido de la solidaridad americana y su afán patriótico, entrecorridos con su franca cordialidad y fácil ternura.

Sobre las epístolas, en un libro inédito de Caridad Proenza aparece lo que escribió Alfonso, uno de los hijos de Mercado que las cotejó:

Estas cartas de Martí a mi padre don Manuel A. Mercado han vivido largos años guardadas y cuidadas religiosamente.

Acaso algunos juicios expuestos en ellas o ciertas opiniones, ya sea sobre hombres o sobre países, fueron la causa de que mi padre conservara prudentemente en reserva esos escritos. Por otra parte, el hecho de que Martí desborde su corazón y su inteligencia en alabanzas y en altos conceptos para mi padre, es seguro que determinó en éste, que era esencialmente modesto, la resistencia a hacer públicas esas cartas.

¡Quién sabe qué otras consideraciones se habrá hecho para no juzgar conveniente en su tiempo la publicación! pero sin duda que fueron de mucho peso, puesto que se mantuvo en su actitud a pesar de las activas y frecuentes

gestiones que con él se hicieron para que proporcionara los documentos a fin de publicarlos. Don Gonzalo de Quesada y Aróstegui, persona a quien mi padre estimó mucho por sus propios valimientos y por haber sido predilecto discípulo y amigo de Martí, hizo un viaje a México y puede asegurarse que uno de sus principales objetivos fue visitar a don Manuel y obtener de él las cartas para darlas a conocer. Pero los empeños de don Gonzalo se frustraron ante la meditada y constante resolución de aquel.

Y nosotros, los herederos de las cartas, teníamos que respetar los escrúpulos de nuestro padre por cuanto a la época propicia de sacar a luz unos escritos en que el cubano escelso [sic], confidencialmente, en la más estrecha intimidad, expone un juicio franco acerca de algunos de los pueblos de América o pinta una situación dolorosa de familia; otras veces hace calificación, no favorable, de algún hombre de su propia patria o de otro país.

Hoy, las circunstancias han cambiado totalmente. Están publicadas tantas cosas íntimas de Martí, que ha desaparecido en realidad cualquier reparo en dar a conocer esta interesantísima correspondencia.

Hace ya, pues, algún tiempo, decidí de acuerdo con mis hermanos, publicar las cartas. Y mi pensamiento y mi mayor deseo fueron trasladarme a Cuba a fin de entregar los originales a la institución adecuada de aquel país, como un homenaje de los hijos de Manuel A. Mercado a la patria de Martí, y darlas a la imprenta allá mismo, para que ella fuera la primera en conocerlas. No me ha sido dable realizar en esa forma la idea.

Dos queridos amigos míos, el Lic. Juan Pérez Abreu, gran conocedor y devotísimo de Martí y el licenciado

Camilo Carranza Trujillo, hoy desaparecido, propagador infatigable de la obra del Apóstol, avivaron con su entusiasmo fervoroso y con su valiosa colaboración mi propósito de hacer la publicación.

He aquí, pues, los ansiados documentos, ¿cuál es la importancia de ellos? Esto va a juzgar quien los lea. Pero es indiscutible que siendo escritos de carácter absolutamente íntimo y que cuando en ellos puso la mano su autor jamás pensó en que serían conocidos públicamente, tienen grande valor histórico.

Contienen el alma entera y todo el corazón de quien acaso sin vacilar puede decirse que es el hombre más eminente que ha tenido América.

Estas cartas son la herencia de nuestro padre, y ha sido sagrada para nosotros. Como tal la dedicamos mis hermanos y yo a Cuba, la tierra por la que angustiosamente vivió, sangró y murió Martí.

Alfonso Mercado.³

[Archivo de los autores].

Caridad Proenza entrevistó a Nicolás Pizarro, nieto de Manuel Mercado, y este le confirmó que en 1946 fue a Cuba acompañando a su tío Alfonso y juntos entregaron las ciento cuarenta y una cartas de Martí, que ese mismo año se publicaron en México.

Caridad recogió de diferentes testimonios que Manuel Mercado no quería que se supiera lo que hacía ni a quienes ayudaba, todo lo realizaba en silencio, sin ostentación y no permitía divulgar sus acciones. Consideró que no todas las cartas de José Martí fueron llevadas a Cuba, algunas muy celosamente guardadas por Manuel Mercado quedaron resguardadas en algún lugar. Planteó como

3 Cotejado por los autores.

hipótesis que sus hijos no las encontraron o por respeto al padre o a José Martí decidieron reservarlas. Cachita entrevistó a Alicia, una de las hijas de Mercado, y esta le confesó que había un archivo perdido de su padre que la familia no había podido encontrar.

Proenza las buscó intensamente y no las encontró, tampoco los discursos de Mercado referidos a José Martí ni los pronunciados cuando era vicepresidente de la Academia Mexicana de Jurisprudencia, o al ser nominado secretario del Colegio Nacional de Abogados. Se lamentó de que tantos papeles no hubiesen aparecido.

Fernando Martí Gil se refirió a las serias preocupaciones del suegro de José Martí debido a la situación económica enfrentada por el matrimonio en Guatemala y el estado de gestación de su hija, huérfana de madre y muy consentida por el padre, por lo que era comprensible su disposición a entregar el dinero necesario para el regreso de ambos a La Habana.

Relató que Zayas-Bazán utilizó en sus propósitos la amistad con un compañero de la Universidad de La Habana cuando ambos estudiaban jurisprudencia. Era profesor en Guatemala; no recordaba su nombre, pero sabía que era maestro de música, nacido en Bayamo, pariente de José María Izaguirre y amigo de su abuelo Hidelbrando Martí.

Fernando Martí reiteró con marcada insistencia que el suegro del Apóstol estaba dispuesto, de forma generosa, a proporcionar esos recursos económicos en calidad de préstamo. Manifestó que su abuelo catalogaba a Zayas-Bazán como un hombre culto, aristócrata, de nobles sentimientos, generoso, pero ahorrativo, apegado al dinero y a la fortuna. La disposición de financiar el viaje y las deudas de José Martí en Guatemala, por parte de una persona como Francisco, debía tomarse en cuenta para un análisis completo de las relaciones entre ellos.

Ofrecer el dinero en calidad de préstamo no podía verse como una mezquindad, sino que lo hacía para evitar que el Apóstol se sintiera herido u ofendido, y no tuviera pretextos de viajar a Perú o establecerse en Honduras, como eran sus deseos. Eran ciertos

los comentarios de que Martí estaba loco al querer establecer una finca cafetalera en las montañas de Guatemala o quedarse a vivir en un valle de Honduras. Según referencias de Fernando Martí Gil, su amigo Pablo Macedo se comprometió a garantizar que la ayuda proporcionada por Francisco Zayas-Bazán para los gastos del viaje y las deudas pendientes llegaran a José Martí.

Ante la insistencia, ruegos y llanto de su esposa y la solicitud y presión permanente del padre de esta acusándolo de irresponsable y culpándolo ante cualquier riesgo que corriera la muchacha, Martí determinó aceptar la ayuda, con la condición de pagar el dinero ofrecido por su suegro. Se ha podido determinar que la suma ascendía a ochocientos pesos.

En una carta dirigida a Francisco, fechada el 1ro. de junio de 1878, Martí acepta la ayuda económica en aras del beneficio de Carmen, aclarando que significaba un sacrificio para él. Hizo referencia al tenaz y vehemente empeño de Zayas-Bazán en ese viaje. Probablemente aún Martí abrigaba la posibilidad de convencer a su esposa y trasladarse a Honduras.

Es significativa una carta de Martí a Manuel Mercado, donde catalogó la disposición del padre de Carmen como perspicaz y generosa. Había empeñado su palabra de regresar a Cuba y su suegro informaría a sus familiares en La Habana.

Los proyectos del recorrido para el regreso a la isla consistían en viajar al puerto de San José, en el Pacífico, y tomar un barco hasta Panamá, en tren hasta el puerto de Colón, en el mar Caribe, y embarcar para La Habana. Ese itinerario era el acostumbrado por muchas personas al trasladarse a Europa o a los puertos de México y Estados Unidos, Costa Rica, Jamaica o La Habana, que daban al Caribe.

La ruta era segura porque existían diligencias que salían de la capital del país hasta el puerto, desde donde las personas se trasladaban también a Acapulco en México, puertos de Estados Unidos y Panamá, Perú y Valparaíso, en Chile.

Palma era partidario de que se estableciera en Honduras y José María Izaguirre deseaba que Martí se quedara en Guatemala y trabajara con él en un colegio que fundó por su cuenta, llamado Colegio Cosmopolita. El periódico *El Porvenir* del 4 de julio de 1878 se refirió a ese establecimiento y el prestigio que había alcanzado. Poco tiempo después Izaguirre fue nombrado por el Gobierno como director de la Escuela Normal para Maestros de Chiquimula.

El 6 de julio de 1878 José Martí le escribió a Manuel Mercado:

Hermano mío.—

Llevo en el corazón su última carta: era tal como yo la necesitaba en los amargos días que estoy pasando. Problemas de conciencia, de esperanza, de porvenir,—todo contribuía a hacer de mi situación una de las más difíciles de mi vida.—Aquí, los que yo creía mis mayores derechos han sido mis graves sentencias.—Tuve que dejar lo que me habían dado, porque el pan no vale que se le amase con la propia vergüenza.—Hubo por mí un verdadero partido, y me complace que espontáneamente por mí hicieron mucho más de lo que en esta tierra, de pronto y para un ánimo puro incomprensible, se acostumbra hacer por nadie. [...] Los que creen como el Gobierno, aunque esto no es cuestión de creencia, son lacayos; los que quisieran morder la mano que los azota, más que la besan, la lamen.—Toda verdad común es una osadía; toda institución democrática elemental, propaganda demagógica.—Y no porque yo la haya intentado,—aunque se previó tal vez, conociéndome mal, que la intentaría. Pero entre estos hombres de extraordinaria pequeñez, cuanto revela vigor, personalidad, austeridad, energía, parece crimen.—He despertado injustificables temores, tenacísimas oposiciones, persecución increíble.

—No tuve el año pasado, lleno de Carmen, y de fe en mí y los demás, y de amor a la resolución de tanto problema esencial q. en estas infelices tierras asoma,—no tuve tiempo para conocer más que a los que me acariciaban y mentían.—Al volver hallé, en lo general, desatada la tiranía; en lo que a mí tocaba, visible la ira.—¿Provocada con qué? Con mis discursos generales; con mi cátedra de Historia de la Filosofía; con el libro que V. conoce, y que no vale, no de veras, el amoroso celo con que V. me lo cuidó.—Trocado esto, con más rapidez desde los asuntos de noviembre, en una gran hacienda, donde todo obedece al látigo de un caprichoso mayoral,—yo decidí irme.—¿A dónde?—A Cuba, me decían mis deberes de familia, mi hijo que me va a nacer, las lágrimas de Carmen, y la perspicacia de su noble padre.—A todas partes menos a Cuba, me decían la lógica histórica de los sucesos, mis aficiones libérrimas, el doloroso placer con que me he habituado a saborear mis amargas, mi absoluta creencia,—fundada en la naturaleza de los hombres—de que era imposible la extinción de la guerra en Cuba.—Y, sin embargo, la guerra se ha extinguido; la naturaleza ha sido mentira, y una incomprensible traición ha podido más que tanta vejación terrible, que tanta inolvidable injuria!—Transido de dolor, apenas sé lo que me digo.—¿He de decir a V. cuánto propósito soberbio, cuánto potente arranque hierve en mi alma? ¿que llevo mi infeliz pueblo en mi cabeza, y que me parece que de un soplo mío dependerá en un día su libertad?—No ha de llegar nunca para mí el momento de que yo me produzca en las circunstancias favorables,—árbitras caprichosas de la fama y suerte de los hombres?—No a ser mártir pueril;—a trabajar para los míos, y a fortificarme para la lucha voy a Cuba.—Me

ganará el más impaciente, no el más ardiente.—Y me ganará en tiempo: no en fuerza y en arrojo.

Ayer mismo, sobre los ruegos de Carmen que lloraba, sobre lo que mi madre llora sin decírmelo, sobre mi palabra misma empeñada al generoso Zayas, me resistía a todo intento de ir a Cuba, y tenía firmemente decidido ir al Perú.—Ya me esperaban, y preparaban acogida.—Ahora, amigo mío, los fundamentos de mi esperanza se han venido a tierra. Ahogo mi vehemencia; escucho a mi prudencia,—y me pliego nuevamente a las necesidades de los demás.—Las cartas que me escriba en adelante, envíelas a Fermín:—allá iré a leerlas.—

¡Crean que vuelvo a mi patria! ¡Mi patria está en tanta fosa abierta, en tanta gloria acabada, en tanto honor perdido y vendido! Ya yo no tengo patria:—hasta que la conquiste.—Voy a una tierra extraña, donde no me conocen; y donde, desde que me sospechen, me temerán.—Brillar allí me avergonzaría.—Pero ¿podré vivir del modo oscuro que, por largo tiempo, ansío? Tendré que ahogar en mí, para vivir en aparente calma, y matador sosiego, toda gran inspiración, toda amorosa exaltación, todo noble instinto.—Ud. conoce mi pasión por la justicia, mi ardor contra la infamia, y la violación más nimia del derecho; mi amor de enamorado por la gloria y el brillo de América:—¿cómo podré dar rienda a todos estos sentimientos naturales, en mí tan dominantes y tan vivos? ¿cómo podré vivir con todas estas águilas encerradas en el corazón?—Temo, amigo mío, que su aleteo me mate.—Temo perder mis fuerzas en este terrible combate silencioso.—¿Quién nació en un momento más difícil, rodeado de circunstancias más amargas?

Cuando yo era muy niño comencé a escribir un poema, en cuya introducción se disputaban a un hombre que

acaba de nacer el Bien y el Mal:—después lloré como un niño al ver que, poco más o menos, éste era el pensamiento engendrador del Fausto.—El Bien, seguro de su dominio en la conciencia, abandonaba al Mal al hombre recién nacido.—¿No parece, mi noble hermano, que el Mal ha apostado contra mí, y tiene empeño en ganar al Bien la partida?—Afortunadamente, por si desoyese a mi alma, que habla alto, tengo en México un vivo ejemplo de honradez acrisolada, y modelo de hombres.—

Consiste mi dolor en tener que entrar por el real camino de la vida; en tener que sacrificar a sus necesidades,—necesidades impetuosas mías, de género más alto; en tener que sofocar tanto atrevido pensamiento, que nunca mejor que ahora—que entre la debilidad general causaría asombro,—debiera estallar. Ya yo imagino qué errores se cometieron, qué fuerzas podrían explotarse, de qué simultáneo modo habrían de hacerse obrar; cuánto corazón americano podría enardecerse y empeñarse en nuestra lucha. Y no es locura, no.—Libre y sin hijo, yo hubiera ahora hecho hablar de mí.—Y de un modo que me hubiera dejado contento.—Y a V. también, que tanto me quiere.—Y, en vez de esto, ¡volveré ahora como una oveja mansa a su rebaño!—¡Ahora que tenía casi terminada, con el amor y ardor que V. me sabe, la historia de los primeros años de nuestra Revolución!—Había revelado a nuestros héroes, escrito con fuego sus campañas, intentado eternizar nuestros martirios. Con minucioso afán, había procurado enaltecer a los muertos y enseñar algo a los vivos. Ningún detalle me había parecido nimio. Todo lo hacía yo resplandecer con rayos de grandeza:—de su eterna grandeza.—¡Y esta obra noble y filial de un espíritu libre, irá ahora clavada como un crimen en el fondo de un baúl!—

Mucho he de padecer en una tierra donde no puede entrar semejante libro.

Mucho he de padecer y voy a ella:—esto quiere decir que entiendo mi deber, y lo cumplo, sin más quejas que estas del alma que a V. envió.—Sólo los capaces de exhalarlas pueden entenderlas.—Voy a ser abogado, cultivador, maestro; un zurcidor de fórmulas, un sembrador de viandas, un inspirador de ideas confusas,—perdido en las espumas de la mar.—Voy, sin embargo.

[...]

Pocas veces he sentido tan viva la bondad ajena como en su última carta a que respondo. No es mi amigo que me compadece: es mi hermano que se alarma y que me llama.—Este recuerdo, en mí siempre vivo, es bastante a templar en mi espíritu las agitaciones que ahora me lo aterran.—He comprendido todos sus temores, y lo he abrazado a cada frase.—Me enorgullezco de ser querido así.—Deseo que le venga a V. mal,—en momento en que yo pueda repararlo.—Tal vez muera yo como he vivido, oscura e inútilmente; pero sin tasa tiene V. en mi alma lo que sin tasa la suya me da.—

No vuelvo a México ahora, aunque sé bien el amante asilo que allí me acogería.—Pero si yo no amase a México como a una patria mía, como a patria lo amaría por ser V. su hijo y vivir V. en él—Pronto iré a verlo.—

[...]

Mi delicada y amorosa Carmen, leyendo su carta, hizo una vez más, justicia a aquel que ella cree que es mi mejor amigo. Es estéril la cosecha; pero sembrando bien, al menos se recogen corazones.—

Ya, sin paz en el alma, le digo adiós.—Queda en mí un hombre doble—el prudente que hace lo que debe;—el pensador rebelde que se irrita.—Satisfecho de esta victo-

ria que sobre mí mismo obtengo, la lloro con indecible amargura.—Deseo para mí mejores tiempos, que sí pueden venir; —pero no me desee mejor amigo que V. [...].

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, pp. 51-55].

En su carta Martí hacía referencia al poema «Yugo y estrella»:

Cuando nací, sin sol, mi madre dijo:
—Flor de mi seno, Homagno generoso
De mí y de la Creación suma y reflejo,
Pez que en ave y corcel y hombre se torna,
Mira estas dos, que con dolor te brindo,
Insignias de la vida: ve y escoge.
Este, es un yugo: quien lo acepta, goza:
Hace de manso buey, y como presta
Servicio a los señores, duerme en paja
Caliente, y tiene rica y ancha avena.
Esta, oh misterio que de mí naciste
Cual la cumbre nació de la montaña,
Esta, que alumbra y mata, es una estrella:
Como que riega luz, los pecadores
Huyen de quien la lleva, y en la vida,
Cual un monstruo de crímenes cargado,
Todo el que lleva luz, se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
Buey vuelve a ser, y en apagado bruto
La escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
Como que crea, crece!
Cuando al mundo
De su copa el licor vació ya el vivo:
Cuando, para manjar de la sangrienta

Fiesta humana, sacó contento y grave
Su propio corazón: cuando a los vientos
De Norte y Sur virtió su voz sagrada,
—La estrella como un manto, en luz lo
envuelve,
Se enciende, como a fiesta, el aire claro,
Y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
Se oye que un paso más sube en la sombra!
—Dame el yugo, oh mi madre, de manera
Que puesto en él de pie, luzca en mi frente
Mejor la estrella que ilumina y mata.

[José Martí: *En mi pecho bravo*,
compilación, introducción y notas de
Esteban Llorach, pp. 188 y 189].

Carmen Zayas-Bazán también le envió una misiva a la esposa de Mercado, fechada igualmente el 6 de julio, en la que decía:

Querida Lola:

Por Mercado sabrá que nos vamos a Cuba, pues Pepe se lo ha escrito ya en dos cartas seguidas. Pepe sufre mucho ahora, yo creo que más tarde vivirá mejor y más contento: ayudando a sus padres, y ayudado él por mi cariño, olvidará un poco este dolor de patria que tan grave es en las almas como la suya. Yo francamente me alegro de la paz de Cuba, que trae paz a muchos y que para nosotros también es un gran bien, pues nos evita más viajes a países extraños donde era temido y no ayudado mi Pepe, que se consumiría en una verdadera soledad. Sus padres gozarán y verán como son queridos y yo estaré tranquila cerca del mío.

Vaya pensando, amiga mía, desde ahora en ir a vernos cuando vaya nuestro querido amigo Mercado. Us. son

para nosotros muy queridos y nos darían una gran fiesta si los viéramos en nuestra casa.

Supongo que sus niños están buenos ya; mucho sufrimos cuando supimos su última pena que por fortuna ya ha pasado: béselos en mí nombre y salude muy cariñosamente a Ocaranza, para V. y Mercado un abrazo de su amiga sincera. Carmen.

(Con letra de Martí:) Por Zayas escribo a mamá.

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, p. 55].

José Martí recibió una inesperada carta de su suegro fechada el 14 de junio, que le provocó disgusto y asombro. En ella Zayas-Bazán se burlaba de algunas de sus expresiones, mostraba desconfianza, y cuestionaba la suma de dinero solicitada, que consideró muy elevada. Le preguntaba si pretendía arruinarlo, pues aseguraba que no tendría formas de pagarla, salvo utilizando la herencia materna de Carmen.

Al parecer Francisco no era tan generoso y desprendido como algunos han afirmado. Ante esa disyuntiva, José Martí pensó firmemente viajar a Perú o establecerse en Honduras y desestimar los ofrecimientos de su suegro.

Conmovido ante el desconuelo de Carmen debido a esta situación, Martí decidió responder la carta de su padre, pero dicha contestación se encuentra lamentablemente mutilada:

Guatemala, 13 de julio.

Me cuesta verdadero trabajo escribir a V. esta carta, en respuesta a la suya de 14 de junio.—¿Es un hombre extraño el que me la escribe?— Entonces, yo sé bien qué decirle.— ¿Es el padre de Carmen?—Entonces, ojala que no la tuviera que escribir.

Sentí, al leer su carta, cólera y asombro. Ahora, ni asombro ni cólera siento. Todo eso está dentro de la naturaleza humana; yo soy el que hago mal en salirme de ella.— Me ha tomado V. por un nuevo peligro para su fortuna: lleva V. demasiado lejos su pesimismo,—demasiado lejos su prudencia. Tal vez es V. tan desconfiado de los hombres, porque a la edad que yo tengo hoy recibió un golpe semejante a este que yo sufro ahora. ¿Carencia de dinero?—No; yo sabré hallarlo:—golpe en el corazón.— Me duele sí, que intente V. burlarse de frases mías que revelan muy vivos dolores, que tal vez no lo son ya para V., porque para V. pasó la edad de comprenderlos. Bien sabe V. que no son aptitudes literarias las que me faltan,—y que si sé hacer burlas, no he aprendido aún a sufrirlas. Pero es al padre de Carmen a quien escribo:— a aquel que me la dio tan noblemente que no he podido olvidarlo todavía.

Es un raro premio la carta de V. al filial afecto—porque yo se lo tenía—con q. escribí a V. la mía del 1^o de junio,—y al sacrificio que a mi juicio hacía yo a la felicidad de Carmen, yendo a Cuba en las circunstancias en que Cuba estaba cuando me decidí a ir.—Hoy, terminada la guerra, el sacrificio no es tan grande.—Las cosas sucedieron de este modo: Venía V. poniendo un tenaz empeño en que volviéramos a Cuba, y—como para atajar cualquiera decisión mía que no fuera la de volver—me escribió V. una carta verdaderamente noble, a la que entiendo que contesté con igual nobleza. En lo que parece que no había nobleza era en pedir a V. la cantidad necesaria para nuestro viaje, que—para que no me causara pena—me ofrecía V. de no sé qué herencia de Carmen.—Con lo que veo que uno es noble hasta que pide, para hacer lo que su mujer y el padre de su mujer desean, lo que el

padre de ella ofrece de lo que dice que es de ella:—bien hago yo en hacer consistir la nobleza en otras cosas.— Como la carta venía llena de vehementes premuras, y me acusaba V. en ella de loco, y la sobrecargaba de racionios abrumadores para mi conciencia, creí ver en ella un gemido del alma, y gimiendo la mía— aunque tal vez esta frase y sentimiento sean motivo de burlas nuevas,—accedí a lo que Carmen aquí, y Vd. de allí, con tanta insistencia me pedían.—Para hacer lo que Vds. querían, creí tener derecho a aceptar lo que diciéndome que era de ella, me ofrecía Vd.—Y envié a pedir a V. 800 \$.—¿En qué estuvo la culpa? ¿En aceptar? No debiera V. entonces habérmelo ofrecido. ¿En pedir tanto? Nos decía V. que pidiéramos lo necesario para nuestro viaje: veamos si necesitamos menos.— V. entra en el examen de las sumas: yo, con...⁴

[José Martí: *Epistolario*, t. 1, pp. 126 y 127].

Para utilizar lo menos posible el dinero proporcionado por su suegro, José Martí decidió partir para La Habana en uno de los barcos que transportaba ganado desde el puerto hondureño de Trujillo. A la comitiva se sumó Baltasar Muñoz, quien servía a su amigo Francisco Zayas-Bazán en el intento de convencer a Martí y a Carmen de la necesidad y conveniencia de regresar a La Habana.

El viaje era a lomo de mulas. José María Izaguirre y su amigo Miguel García Granados solicitaron ayuda al hondureño Fulgencio Mejía, amigo de ambos. El 31 de mayo de 1875 este había recibido un curso impartido por José María Izaguirre, del cual se graduó de maestro. En el informe que rindió el educador cubano se puede leer que los alumnos tenían un adelanto relativamente notable.

4 Falta la continuación de la carta.

Entre los estudiantes destacados se encontraban algunos originarios de las regiones o de los departamentos por donde debían transitar José Martí y su esposa. En Zacapa vivían o tenían familiares José de los Remedios Millán, Manuel García Salas y Felipe Solano, y en Chiquimula, Ignacio Jordán. Sobre esos alumnos José María Izaguirre afirmó que todos eran jóvenes de buena o regular inteligencia, aplicados, juiciosos y de conveniente edad.

Fulgencio Mejía, por su amistad con José María Izaguirre, matriculó a su sobrino Cándido Mejía en la Escuela Normal Central de Varones dirigida por aquel. Cándido conoció a varios profesores, entre ellos a José Martí, José Joaquín Palma, Lorenzo Montúfar, José Antonio Salazar, Manuel Cabral, Darío González y Francisco Castañeda, entre otros distinguidos y competentes.

Fulgencio se comprometió a garantizar el viaje de José Martí y Carmen Zayas-Bazán hasta Santa Rosa de Copán, donde vivían algunos de sus hermanos. Procuró asegurar el hospedaje, proporcionar las mulas y que su sobrino Cándido los acompañara hasta La Herradura en San Marcos de Ocotepeque, donde la familia tenía una próspera hacienda y les proporcionarían el traslado hasta el lugar de destino fijado.

El drama y las contradicciones vividos por José Martí debieron ser intensos, pues tenía pensado escribir un libro, para cuando se fuera sintiendo escaso de vida, que debía llamarse *El concepto de la vida*, donde examinaría esa falsedad que las convicciones humanas ponían frente a la verdadera naturaleza, torciéndola y afeándola. A ese cortejo de ansias y pasiones los catalogaba como vientos del alma.

Como despedida, el 26 de julio Martí y Carmen se reunieron con Izaguirre y Miguel García Granados, quienes le firmaron a Carmen el álbum de bodas. Miguel García Granados escribió:

A la señora Carmen Zayas de Martí.

Quisiera ser poeta con talento para decir algo digno de vos y de vuestro esposo, mi amigo, á quien nunca olvi-

daré. Pero mi pluma es seca y árida, y solo suele amenizarse cuando me siento mordido de alguna víbora. A un ángel como vos no sabré que decirle. Digna sois de volver a habitar el Edén, sin restricción alguna para que podáis cortar cuantas manzanas fueren de vuestro agrado. Más ya que esto no es posible, espero que lleguéis con toda felicidad a vuestra querida patria, Cuba, y que la felicidad que allá goceis, no os impida dirigir un recuerdo a vuestro sincero amigo y servidor, Miguel García Granados. Guatemala Julio 26/878.

[*Álbum de bodas*, publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, p. 95].

Por su parte, José María Izaguirre anotó:

Carmen querida:

Con la bondad que te caracteriza me has pedido que te consagre un pensamiento en este libro: lo haré gustoso, aunque siento que mi inspiración no sea digna de ti. Pasaron ya los años risueños en que las musas me halagaban, y hoy solo me quedan recuerdos de aquel tiempo. Empero, si murieron mis ilusiones no se apagó junto con ellas la sensibilidad de mi corazón. Aun hay en él dos fibras vivísimas: aun se agita con violencia al impulso de dos nobles sentimientos: la amistad y el patriotismo. Tú eres para mí la personificación de esos dos sentimientos, porque eres mi amiga y eres cubana. Como amiga, yo te tributo un afecto parecido á la fraternidad: como cubana, yo te rindo adoracion, porque cubana quiere decir hija de Cuba, es decir, un pedazo de esa tierra que bendigo, y cuyo nombre no puedo pronunciar sin que mi pecho se extremesca y sin que brote el llanto de mis ojos.

Pronto irás a verla: pronto irás a embriagarte en el perfume de sus brisa, y a extasiarte en la contemplación de su cielo. Cuando llegues a ella, cuando pises su suelo adorado, besa su polvo en recuerdo mío y dile que (yo) la amo con todo mi corazón—

Yo quedo entre tanto en esta tierra y rogaré por ti en cada lugar. Donde te ví te dedicaré un recuerdo, y a cada recuerdo pediré al cielo que te haga feliz en tu patria con tu esposo y con tu hijo—Adiós— J. M. Izaguirre. Guatemala julio 26/878.

[Ibíd., p. 99].

Cintio Vitier escribió que este álbum acompañó a Carmen por selvas, ríos y mares de Centroamérica, como un tesoro de memorias que llevaba oculto.

Algunas personas han afirmado que su salida fue en tren y dieron detalles del viaje, pero se verificó que el primer tramo del ferrocarril se inauguró el 19 de julio de 1884, seis años después de su partida.

Varios testimonios señalaron que el matrimonio salió acompañado por tres jóvenes como guías y protectores, el hondureño Cándido Mejía, José Macedo, que no se ha podido determinar su origen, y el guatemalteco José María López. Mejía se encontraba entre los que protestaron cuando las autoridades de Guatemala dejaron sin empleo a José Martí y despidieron como director de la Escuela Normal de Maestros a José María Izaguirre.

El escritor José Antonio Funes afirmó que José Joaquín Palma llegó a Tegucigalpa para preparar el viaje de José Martí el 3 de julio de 1878, y que fue recibido por el ministro de Gobierno, Ramón Rosa. En la *Gaceta Oficial* número 35 de la Hemeroteca Nacional de Honduras, de fecha 15 de julio de ese año, se publicó su nombramiento como catedrático de Licenciatura en el Colegio Nacional.

En Honduras esperaban el arribo de José Martí en el menor tiempo posible para dejar organizada La Sociedad de Amigos del País y acoger al poeta y escritor cubano en su seno, todo estaba preparado con esos propósitos; tenían garantizada la plaza como profesor y el respectivo nombramiento, pero en lugar de viajar a Tegucigalpa, el Apóstol decidió regresar a Cuba.

A través de documentos de la Hemeroteca Nacional de la capital hondureña conocimos que José Joaquín Palma habló con Marco Aurelio Soto y Ramón Rosa para garantizar el traslado de Martí y su esposa por ese territorio en su viaje rumbo a la isla, y ambos se comprometieron a darle todo el apoyo y las garantías necesarias, así como a asumir los gastos del viaje en su paso por Honduras. Soto y Rosa le prometieron que, desde la entrada a la frontera, se encargarían del traslado y protección.

Según esas fuentes Martí no confiaba en las seguridades de los dirigentes hondureños, pero aceptó la oferta a partir de Santa Rosa de Copán, porque hasta esa ciudad tenía asegurado el traslado a través de la familia Mejía.

La Sociedad de Amigos del País quedó organizada veinticinco días después de la llegada de Palma, en la casa de Ramón Rosa, donde este fue seleccionado como presidente y aquel como secretario.

En la hemeroteca consta una información en el periódico *La Paz* del 28 de julio, donde se refleja esa actividad:

Esta noche tiene lugar, en la casa de la Señora Isidora Rosa, la función que, con gran costo i esmero, se ha preparado para celebrar la inauguración de la Sociedad de Amigos del País, de Tegucigalpa. Si el tiempo es favorable, la celebración hará época en esta capital, por su variedad i lucimiento. En nuestro próximo número nos ocuparemos de ella con más detención.⁵

5 Cotejado por los autores.

El periódico insertó el programa cultural previsto para esa noche. Funes narró que el acto se realizó en la casa de Ramón Rosa y constituyó la primera velada literaria en la que Palma agradeció con un poema su acogida en tierras hondureñas.

José Joaquín Palma escribió la *Oda a Honduras*, estrenada el 15 de septiembre de 1878. En la noche del mismo día, pero del siguiente año, Marco Aurelio Soto, presidente de Honduras, propuso condecorarlo con una medalla de honor, por la Oda insigne, considerada como un monumento literario que honraba al país.

Rumbo a Honduras

El 27 de julio de 1878 José Martí y su esposa, ambos de veinticinco años de edad, acompañados por Baltasar Muñoz, de cuarenta y nueve, y los tres jóvenes guías, partieron desde la ciudad de Guatemala, rumbo a la frontera con Honduras. La ruta trazada comprendía los territorios de San José del Golfo, Sanarate, Guastatoya, Zacapa, Chiquimula y Quezaltepeque.

Según las informaciones del periodista Guillermo Alvarado, salieron por el camino real que comenzaba en la denominada calle del Guarda del Golfo, hoy Cuarta Calle de la zona 6, a un costado de la iglesia de la Parroquia, donde se organizaban las caravanas de viajeros y comerciantes con sus patachos o arrias de mulas cargados de mercancías. De ese lugar partieron rumbo a San José del Golfo.

Los libros y efectos personales fueron colocados en mulas de carga. Según diferentes reportes la salida fue a las tres de la madrugada, cuando aún las sombras de la noche cubrían la ciudad y el amanecer iba apareciendo por las montañas con figuras fantasmales.

El camino era amplio, muy transitado y arbolado a ambos lados. Tenía un ancho de tres a cinco metros, y en diversos tramos había espacio para el descanso de las caravanas de mulas. San José del Golfo era famoso por ser punto obligado de parada y descanso. También por sus depósitos de obsidiana, conocida como Piedra del Rayo o chaye, llamada así por los indígenas que la utilizaban desde hacía unos tres mil años. Atravesaba una pequeña cumbre rodeada de chozas y donde se divisaba el gran valle con su terreno fértil cubierto de verduras y vegetales.

Por ese camino se observaban hileras de mulas y, bajo la sombra de frondosos árboles, los muleros descansando. Los aperos y las cargas estaban protegidas con mantas y se avizoraban haciendas con ganado vacuno y equino. San José del Golfo se encontraba a unos dieciocho kilómetros de la ciudad de Guatemala. Según diferentes informaciones, los viajeros recorrían entre treinta y cuarenta kilómetros diarios.

El licenciado Jorge Ruiz de Morón, experimentado conocedor del transporte caballar, vacuno y mular, afirmó que estas últimas podían recorrer entre treinta y cuarenta kilómetros por día, pero había que tomar en cuenta la edad del animal, destreza, fortaleza, alimentación, salud, peso de la carga o de los viajeros, tipo de aperos, condiciones del camino, horario del día, el estado del tiempo y época del año. Todo influía en la velocidad del paso del animal.

A partir de San José del Golfo el paisaje se tornaba muy accidentado, y se producía un aumento paulatino de la temperatura. La vegetación seguía abundante pero se observaban formaciones rocosas. Las caravanas cruzaban el Puente de la Barranquilla,⁶ edificado en 1813, con dos arcos de aproximadamente tres metros de ancho por ochenta de largo y una altura de doce sobre el caudaloso y espumeante río Grande o Motagua.

El lugar estaba rodeado de montañas de gran vegetación, el camino era ondulado y en tramos escabroso, con un activo y constante tránsito de patachos. Con frecuencia los viajeros escuchaban el griterío de los muleros y el chasquido de los látigos mientras azotaban a los animales, unido a la mención de maldiciones.

El siguiente punto fue Sanarate, a unos cincuenta y seis kilómetros de la ciudad de Guatemala. Allí existían instalaciones para el

6 En la actualidad el paso del puente se mantiene empedrado y en su medianía existe una descripción con las fechas y nombres de sus constructores. En la parte lateral se localizan dos espacios similares a los de las iglesias católicas, con imágenes religiosas. La construcción es parte del patrimonio cultural guatemalteco.

reposo nocturno, así como comedores y amplios patios para la alimentación de las mulas. Desde este lugar el camino real se transformaba poco a poco en más ancho y cómodo para el paso de los animales, y en algunos tramos alcanzaba hasta ocho metros.

Seguidamente estaba Guastatoya, a unos setenta kilómetros. La ciudad, atravesada por el camino, poseía una iglesia y el cabildo ubicados en la plaza, donde los viajeros importantes podían pernoctar. Existía un salón amplio y ancho, con paredes desnudas y desprovisto de muebles donde se guardaban los equipajes y colgaban las hamacas o se alquilaban unas camas hechas de cuero o cintas de ese material de forma entrelazada.

Cada cierto tramo aparecían casas de madera y adobe, con piso de tierra aplanada, ubicadas en torno a una más grande construida del mismo material para el uso de los viajeros, llamadas posadas, estaciones o paraderos. Al entrar al valle del río Motagua el camino era amplio, con frondosos árboles a ambos lados y los terrenos muy cultivados, donde los viajeros encontraban para comer huevos duros, tortillas de maíz, frijoles, frutas y chocolate.

El camino real se tornaba plano y con abundantes cocoteros, cactus y tunas. Algunos reportes señalaron que desde Guastatoya hasta Zacapa se utilizaban carruajes de caballos y unas pequeñas carretas tiradas por yuntas de bueyes, con dos ruedas de madera de casi tres metros de diámetro y un eje grueso y sólido de hierro que permitía moverse hacia abajo o arriba, en dependencia de la carga. En épocas de lluvias se utilizaban dos yuntas de bueyes. También eran usadas las diligencias de caballos, por resultar mucho más rápidas.

Por el camino fácilmente transitable los caravaneros podían avanzar sin mayores dificultades. Se han recogido testimonios de viajeros que enviaban sus equipajes y pertenencias en esas carretas, mientras avanzaban y reponían fuerzas en Zacapa.

Durante el viaje se encontraban vendedores de azúcar morena y blanca, chocolate, pan, pollos, huevos duros, gallinas asadas, té,

café, frutas, pasteles, dulces y carne de buey salada para llevar en las largas caminatas.

La senda tenía espacios suficientes a ambos lados y en estos descansaban los mercaderes ambulantes con sus baúles de telas de algodón, cuentas, peines de tarros de bueyes, tijeras y, junto a ellos, las mulas amarradas con largas sogas para que pudieran pastar ampliamente. Los vendedores colocaban machetes afilados y un par de pistolas sobre una de las cajas para intimidar a los posibles asaltantes y ladrones. No vacilaban en disparar en caso de intento de robo.

Las caravanas de mulas entraban a los llanos de Zacapa hasta la ciudad por un camino plano y seco.⁷ A medida que se adentraban en esos terrenos la temperatura se hacía más agobiante; entre marzo y agosto podía alcanzar los treinta y siete grados. Las violentas ráfagas de aire cálido, el polvo y la falta de sombra para refrescarse atormentaban a los viajeros. Por el erosionado suelo se arrastraban diversos tipos de serpientes y escorpiones venenosos. En el horizonte se divisaban arbustos, matorrales, cactus y tunas. Al fondo se alzaba la Sierra de las Minas, rica en mármoles, jades, jaditas y otros minerales preciosos y por cuyas faldas serpenteaba el río Motagua.

Llegar a los Llanos de la Fragua, irrigados por dicho río, era un alivio para la caravana. Los muleros se distribuían por las rocas o bajo la sombra de los árboles, comiendo su frugal alimento de tortillas de maíz con frijoles, mientras las mulas pastaban a la orilla del río y en ambas riberas.

El camino real sigue paralelo al río Motagua hasta llegar a la ciudad de Zacapa, situada a ciento cincuenta y tres kilómetros de

7 Según los reportes de Alvarado, en esa zona serán cada vez más comunes los montes con árboles pequeños o arbustos y la presencia de jade y otras piedras preciosas.

la capital del país. En esa ciudad se dividía la ruta hacia Izabal y hacia la frontera con Honduras y El Salvador. Era un lugar de confluencias donde las caravanas se concentraban, pues desde allí podían dirigirse para Izabal, Chiquimula, Quezaltepeque y Esquipulas, con su visitado templo del Cristo Negro.

En ese lugar se cruzaban los muleros. En ocasiones se concentraban entre veinte y treinta con sus sirvientes, quienes dormían sobre unos cueros de buey sobre el piso, envueltos en mantas que les cubrían desde la cabeza hasta los pies.

En esa ciudad se podía comprar bridas y sillas de montar, incluso unas especiales para que las mujeres pudieran ir más cómodas, mientras bandadas de guacamayos, pericos y otras aves cruzaban el cielo emitiendo sonidos impresionantes.

Las investigaciones del profesor Israel Pérez han recogido anécdotas, historias, comentarios y leyendas sobre el paso del Apóstol por Zacapa. Martí escribió de la belleza de las mujeres, de la imponente iglesia, de las costumbres, comercio, artesanías, comió mangos maduros, las inconfundibles tunas, tomó café de Quezaltepeque, las riquísimas semitas, el delicioso marquesote y pidió la receta del pan de maíz, admiró el río Grande y se recreó con los chistes que nacieron de la gracia y el ingenio del simpático pueblo de Huité. Tal vez se estaba refiriendo a los pobladores de Zacapa cuando afirmó que los guatemaltecos hacían burlas penetrantes, ingeniosas, precisas e inolvidables.

En esa ciudad vivían los amigos de Fulgencio Mejía, José de los Remedios Millián, Manuel García Salas y Felipe Solano, quienes junto a él formaron parte del grupo de maestros destacados y graduados por José María Izaguirre. Si esos compañeros de aula ya no vivían en Zacapa, al menos estaban sus familiares y amigos, y no se puede descartar que prestaran ayuda a José Martí y su esposa.

Allí Martí se enfermó de los ojos, y seis años después de su paso por esa zona escribió sobre unos insectos que afectaban la vista, como consta en el tomo 8 de sus *Obras completas*, página 431, donde refiere que se parecen a los jejenes y entran sin piedad por la

nariz, ojos y orejas de los caminantes, se agrupan sobre cualquier rasgado o abertura de la piel donde, sin morder ni picar, causan irritación enorme.

Explicó que las secreciones del ojo son demasiado activas para que quede con vida el jején imprudente, pero no por eso deja de sentirse en el ojo por algunas horas un dolor muy agudo. En la estación en que abundan estos insectos se agravan las enfermedades de la vista y se produce con más frecuencia la terrible oftalmía, causante de dolores que estremecen y fiebres que adementan, a tal punto que no hay enfermo bravo que no se rinda, ni caminante que pueda soportar, mientras la sufre, la acción del más sutil rayo de sol.

De súbito el ojo se irrita; dolores tajantes y penetrantes lo traspasan, se siente como si se tuviera bajo los párpados arena encendida; la luz lo hiere como puñal de agudo filo. Y así sucede día tras día, hasta que la enfermedad va desapareciendo y los dolores disminuyen a merced de baños con yerbas benéficas que los naturales conocen y no enseñan.

Según Martí, por la vieja y arruinada ciudad de Zacapa, de melodiosos ríos, por aquellas comarcas calurosas donde venden plátanos y sirven las recias mestizas guatemaltecas almuerzos generosos y opulentos, por aquellos distritos olvidados, verdaderas minas del oro más durable y valioso, el «oro ambiente», por aquellas aldeas pobres y honradas, apenas cruza viajero que la peligrosa oftalmía no haga presa.

La enfermedad era contagiosa y se comunicaba con gran rapidez. Algunos perdían la vista de un ojo y de los dos los más infortunados; los que se curaban presentaban secuelas, pues la parte interior del párpado quedaba imperfecta y arenosa, la pupila un tanto velada y la córnea no volvía jamás a ser tan límpida como antes de la enfermedad.

Retomando la idea del viaje, hay escritores que sostienen que desde Zacapa José Martí y su esposa tomaron la ruta de San Pablo, El Roble, Gualán e Izabal, donde abordaron una embarca-

ción que los condujo por el río Dulce hasta Livingstone y desde allí en canoa hasta Belice, siguiendo la misma ruta que realizó cuando, procedente de México, llegó por primera vez a Guatemala.

Desde Belice tomaron una canoa hasta Omoa, viajaron a San Pedro Sula donde permanecieron dos días y tomaron el tren hasta Puerto Cortés, para dirigirse a La Ceiba y Trujillo. No hemos encontrado documentos, testimonios, ni recuerdos que permitan aseverar estas opiniones.

El camino seguido por Martí y sus acompañantes conducía al sureste, rumbo a la ciudad de Chiquimula. Este lugar ocupaba, desde los tiempos precolombinos, una posición privilegiada en las comunicaciones con la urbe maya de Copán. Durante el viaje se observaban chozas, grandes ceibas y abundantes árboles frutales, entre ellos limoneros, naranjos, de mangos y aguacates. El camino se tornaba quebrado y en algunos tramos impedía el uso de carretas, carruajes y diligencias. Esta ciudad se encuentra a unos veintitrés kilómetros de Zacapa y a ciento sesenta y nueve de la ciudad de Guatemala.

En el tomo 7 de las *Obras completas* Chiquimula aparece mencionada en tres ocasiones.⁸ Dice que eran ciudades importantes, por su comercio, las dormidas Zacapa y Chiquimula. Amplia y segura iba camino del norte la carretera que había de unir a la hermosa ciudad con el Atlántico y renacerían las angustiadas esperanzas de los habitantes de dichas metrópolis. Chiquimula estaba considerada como tierra de plátanos, piñas, mangos, grueso maíz, ricos quesos y excelso café. Señaló que entre unos informes leídos en la ciudad de Guatemala por los jefes políticos de los diferentes departamentos, en algunos como el de Chiquimula las descripciones eran concienzudas, amenas y correctas.

Diferentes testimonios informaron que en esta ciudad José Martí y Carmen Zayas-Bazán recibieron la ayuda de Fulgencio Mejía. Es

8 Ver páginas 125, 135 y 163.

probable que también les prestara sus servicios el maestro Ignacio Jordán, compañero de Fulgencio y alumno de José María Izaguirre.

Los datos recogidos en Chiquimula señalaron que Martí y Carmen llegaron a San Esteban, un pueblo antiguo con una iglesia en ruinas, ubicado a diez kilómetros de esa ciudad, donde él tomó agua de coco de forma directa del fruto y pidió para comer la pulpa o masa conocida en la región como carnaza.

Al país centroamericano que abandonaba José Martí lo describió como una de esas regiones benditas, hechas como para atenuar la ardiente sed de los hijos de los países viejos y para comprobar la perpetua frescura y la generosidad maternal de la naturaleza.

La pareja continuó viaje junto a Cándido Mejía, los jóvenes José Macedo y José María López, a quienes se les unió Fulgencio Mejía. Israel Pérez Posadas explicó que al salir de Chiquimula necesariamente se detuvieron en San Jacinto, a unos catorce kilómetros. Este era un pueblo chico y constituía paso obligado hacia Esquipulas. Los lugares para dormir, conocidos como champas, eran casas construidas con techos de hojas de palma, coco y otras plantas, pero sin paredes.

Llegaron a Quezaltepeque, situado a unos veintiocho kilómetros de Chiquimula y a ciento noventa y siete de la ciudad de Guatemala. El lugar estaba previsto para descansar y antes de llegar a él corría un río donde las mujeres lavaban las ropas y los arrieros bañaban a sus animales. El camino era fangoso, con zanjas y hoyos profundos. Al fondo aparecía una sierra con pinos, una iglesia y grandes extensiones de cafetos y frutales.

Martí escribió que tomaron el sabroso café de Quezaltepeque, el cual hacía bailar en la cabeza de los cristianos a las huríes de Mahoma. El nombre de este poblado quiere decir colina de los quetzales, pájaro arrogante de plumaje esmeralda y trinar ronco, que muere de inmediato cuando se le apresa o cuando la única pluma larga de su cola se rompe, porque no puede verse ni esclavo ni feo; figura en el escudo nacional de Guatemala.

En la revista *La Edad de Oro*, en el capítulo «Las ruinas indias», se refirió al quetzal y escribió que brillaba a la luz como la cabeza del colibrí y parecía tener piedras preciosas o joyas de tornasol, de un lado topacio y del otro ópalo y amatista.

Guillermo Alvarado señaló que el nombre del pueblo se debe a la existencia abundante del quetzal en esa región. El pájaro no es solo el ave nacional de Guatemala, sino un símbolo sagrado de la cosmovisión maya, debido a las ondulaciones de su larga cola. Se le denominó la serpiente emplumada y su trayectoria sinusoidal fue comparada con la órbita del planeta Venus que los sabios mayas habían descrito.

La existencia de quetzales sugiere, al mismo tiempo, bosques frondosos y húmedos, propios de las estribaciones de la Sierra del Merendón, donde coincide la triple frontera de Guatemala, Honduras y El Salvador, y cuyo lugar más conocido es Esquipulas. Antes de llegar a la ciudad-templo se encontraba una posada o paradero conocida como Belén, donde los peregrinos descansaban. El lugar era rico en fauna, con la existencia de venados, cerdos de monte, pavas, guacamayos, loros, pericos y muchas otras especies.

Guillermo Alvarado comentó que era innecesario y engorroso pasar por Esquipulas para llegar a la frontera con Honduras. El camino real, aún en uso, sigue su curso evadiéndola. En aquella época ese poblado estaba compuesto por un pequeño caserío muy pobre, una sola calle de tierra y un gran templo con el Cristo Negro. El camino pasaba a unos cuatro kilómetros más abajo, de manera que, si José Martí hubiera querido visitarlo, se veía obligado a desviarse, para después reincorporarse al mismo sendero y seguir para Agua Caliente, que era la zona fronteriza. Dicho lugar era un punto de concentración de los peregrinos llegados de diferentes lugares para acudir al templo.

Los profesores Balbino Chacón, residente en Chiquimula, y Noelia Blanco, en Esquipulas, relataron que a cuatro kilómetros

de este último poblado existe un campamento para peregrinos. Tiene dos grandes rocas, una sobre la otra, justo a un costado del camino real. Según los profesores existe una leyenda sobre dos compadres que hicieron el viaje desde la ciudad de Guatemala hasta el santuario, pero en el corazón de ellos no vibraba la pureza que el Señor de Esquipulas demandaba y cometieron el terrible pecado de sostener relaciones sexuales, violando el respetado vínculo sacramental. El Cristo, como castigo, los convirtió en esas dos piedras.

En San Marcos de Ocotepeque señalaron que José Martí y su esposa, antes de llegar a la frontera, se alojaron en la casa de dos señores amigos de Fulgencio Mejía. Era una hacienda grande, con una inmensa casa rodeada de cercas y potreros donde pastaba el ganado vacuno, mular, equino y otros animales domésticos. Sin embargo, no fue posible conocer el nombre de los propietarios.

A la entrada había un sendero de piedras cuadradas y a ambos lados un jardín bien cuidado con flores y árboles frutales. Un corredor rodeaba la casa. A un costado había un establo o potrero. Estos hacendados se comportaban como déspotas con los nativos y los peregrinos, pero amables con los viajeros distinguidos. Contaban con una servidumbre especializada para atender las mulas, sus aperos y guardar los equipajes de los señores, y otra para ocuparse de los visitantes ocasionales.

La hacienda era propiedad de dos solterones, esta mantenía las puertas siempre abiertas para las personas importantes. El salón de recepción ocupaba casi todo el frente, tenía grandes ventanales desde el piso y balcones de hierro.

La decoración era de exquisito gusto, pinturas traídas desde la ciudad de Guatemala, La Habana y Madrid, amueblada con mesas, un armario europeo, sillas elegantes, jaulas de aves artísticamente confeccionadas y con bellos pájaros cantores del país, dos preciosos canarios traídos desde La Habana, una imagen del Cristo Negro de Esquipulas y jarrones de porcelana japonesa.

Solo faltaban diez kilómetros hasta la demarcación fronteriza. La comitiva donde iban Martí y Carmen continuó el ancho y bien cuidado camino por donde vendedores de piñas, variadas frutas y caña de azúcar fresca se acompañaban de música de tambores y violines. Llegaron a la población de Agua Caliente para seguir a San Marcos de Ocotepeque; muy cerca del camino real estaba la hacienda La Herradura, propiedad de Manuel Mejía, padre de Cándido.

En territorio hondureño

José Martí, su esposa y la comitiva llegaban al país que vio nacer al general Francisco Morazán, de quien el Apóstol escribió:

[...] Un genio poderoso, un estratega, un orador, un verdadero estadista, el único quizás que haya producido la América Central, el general Morazán, quiso fortificar a esos débiles países, unir lo que los españoles habían desunido, hacer de esos cinco estados pequeños y enfermizos una República imponente y dichosa. Y lo hizo,—pero los pueblos, que están generalmente formados por gentes vulgares, tardan en comprender lo que los hombres geniales preven.—La política de las rivalidades venció a la política de la unión; la vanidad de los Estados fue más poderosa que la unión bienhechora. Morazán fue muerto y la unión se deshizo, demostrando una vez más que las ideas, aunque sean buenas, no se imponen ni por la fuerza de las armas, ni por la fuerza del genio. Hay que esperar que hayan penetrado en las muchedumbres [...].

[José Martí: *Obras completas*, t. 19, p. 96].

El profesor Josué Chévez Rocha y su esposa Gladys Rodríguez Funes recorrieron la ruta seguida por José Martí y Carmen Zayas-Bazán desde la frontera entre Honduras y Guatemala hasta San Pedro Sula. Señalaron que la distancia entre Agua Caliente y San Marcos de Ocotepeque era de unos cuarenta y cinco kilómetros y resultaba muy

difícil abarcarlos en una sola jornada; normalmente demoraba un día y medio y los viajeros se quedaban a dormir en un sitio habilitado precariamente a unos veintidós kilómetros de Esquipulas que se llama Vado Ancho, ubicado en territorio hondureño.

Lo describieron como un terreno situado cerca de un meandro del río Lempa, que en los meses de julio y agosto tiene un buen caudal, con corriente moderada y una anchura promedio de veinticinco metros. Precisamente por ese lugar se cruzaba para seguir el camino al interior de Honduras.

El paisaje estaba cubierto, en su mayor parte, de frondosos pinos, había muchas piedras calizas y arroyos de aguas grisáceas. La temperatura promedio en el mes de agosto era de unos treinta grados centígrados a las dos de la tarde. Vado Ancho está situado en el valle de Sesecapa, a ochocientos metros sobre el nivel del mar. Chévez narró que adentrándose en el valle, el paisaje se presentaba majestuoso porque se divisaban dos picos: El Cocal y El Pital. Desde ese lugar había que ascender más de mil novecientos metros para llegar a El Portillo, al pie del pico de El Cocal, subiendo mil metros en solo catorce kilómetros y cruzando grandes barrancos hasta Llano Largo y luego a El Cocal, para terminar en San Marcos de Ocotepeque.

En este trayecto la vegetación era exuberante y se cruzaban varios riachuelos o quebradas. San Marcos está situado en el valle de Sensenti, ubicado a novecientos metros de altura y rodeado del verdor de las montañas.

En San Marcos de Ocotepeque el profesor Sergio Mejía, nieto de Cándido, uno de los jóvenes que guio a Martí hasta la hacienda, aportó importantes elementos históricos y entregó copias de documentos donde se prueban los vínculos de José Martí con su abuelo. En una libreta de notas se puede leer: «Recibimos clases del maestro cubano José Martí». Su abuelo fue un reconocido educador y la más importante escuela de la ciudad lleva su nombre.

Las ruinas de la hacienda conservan los muros de piedra, portones y una fuente de agua que todavía funciona. Según los relatos

de la enfermera Yolanda Landaverde, la comitiva se hospedó durante dos días, para continuar viaje por el valle de Sensenti hasta Santa Rosa de Copán, distante unos setenta kilómetros.

Melecio Larrama Carvajal informó que en la hacienda del padre de Cándido estuvo José Martí con su esposa y el joven José Macedo. Su abuela, Josefina Larrama, contaba que en la caravana también venía José María López, quien fungía como médico cuando visitaba San Marcos de Ocotepeque y era propietario de una farmacia en la ciudad de Guatemala, donde vivía. Relató las conversaciones de Natalia Brizuela, quien trabajaba en la casa de los padres de Cándido cuando se produjo la visita y manifestó que las personas ancianas recordaban los testimonios de los vecinos del lugar, modo a través del cual fue pasando de padres a hijos.

Algunos de los testimoniantes señalaron que fueron muy bien acogidos, cambiaron las mulas y sus propietarios les prestaron unos muleros para acompañarlos hasta Santa Rosa de Copán; como la señora venía embarazada le adjudicaron una mula muy domesticada, gruesa, de ancas anchas, de patas fuertes y muy juiciosa, y le entregaron para llevar quesos, tortillas de maíz, huevos hervidos, tamales de viaje, totopoxtes,⁹ una gallina asada, dulces, frutas y un cumpo (recipiente para transportar líquidos) con leche fresca. Los Mejía tenían familiares en Santa Rosa de Copán y se comenta que José Martí se alojó con ellos. Se llamaban Anselma y Pedro Mejía, propietarios de una farmacia.

De acuerdo con las referencias de los pobladores de San Marcos de Ocotepeque, José Martí y sus acompañantes continuaron para Santa Rosa de Copán pasando por Corquín, donde existía una casa o posada construida ampliamente con grandes corredores para darles alojamiento a los viajeros, quienes debían llevar sus propias hamacas. Las mujeres distinguidas llevaban recipien-

9 Especie de bizcocho duro de maíz que debe ser consumido con café u otra bebida caliente para ablandarlo.

tes para el agua y bacinillas u orinales de plata, muy baratas y prácticas, porque las de porcelana o barro podían romperse con facilidad.

El estudio de Josué Chévez revela que José Martí y Carmen Zayas-Bazán, para continuar dicha ruta, debieron adquirir alimentos, porque resultaban escasos hasta Corquín y era común que los viajeros llevaran una pequeña despensa para las eventualidades. Los alimentos consistían en tamales de viaje, una masa de maíz cocido con frijoles molidos en su interior o con flor de loroco.¹⁰ También se llevaba atol chuco, bebida espesa no alcohólica, hecha de maíz tierno y guardado en un cántaro vegetal, huevos cocidos, tortillas de maíz gruesas y pequeñas, y totopoxtes.

El camino desde San Marcos a Corquín comprende cuarenta y siete kilómetros, atraviesa transversalmente el valle de Sensenti y avanza paralelo al río Grande. Para llegar a Sensenti hay que pasar por Cucuyagua y por el río Toxta.

Los relatos del profesor Josué Chévez indican que desde Corquín hasta Santa Rosa de Copán, ubicados a una distancia de unos treinta kilómetros, es común que la neblina cubra esos parajes durante las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde.

En este trayecto José Martí y su esposa habían cruzado la línea divisoria continental de aguas que parten la vertiente del Pacífico con la del Caribe. El camino recorre la Sierra de Gallinero, cubierta principalmente de pinos, caracterizada por peligrosos abismos y atravesada por el río Higuito, torrencioso y con vados seguros. La comitiva lo cruzó por una parte donde mide aproximadamente cincuenta y cinco metros de ancho, luego subieron una empinada cuesta hasta los mil cien metros, para llegar a Santa Rosa de Copán.

Informaciones recogidas en el Archivo Histórico de Tegucigalpa señalaron que el presidente Marco Aurelio Soto dictó una or-

10 Planta aromática con el nombre científico de *Fernaldia pandurata*.

denanza al alcalde de Santa Rosa de Copán, nombrado Carlos Madrid, y al comandante de armas Francisco Fiallos, para ofrecerles todo el apoyo a José Martí y su esposa, y que se encargaran del alojamiento, el suministro de mulas fuertes y la protección hasta la llegada a Puerto Cortés.

Santa Rosa de Copán está a ciento quince kilómetros desde Agua Caliente. Es una ciudad escondida entre las montañas, con arquitectura colonial, calles adoquinadas y casas con techos de tejas. Es la ciudad más grande e importante del occidente de Honduras y con conexión con varios destinos, entre ellos San Pedro Sula, Tegucigalpa, Comayagua y El Poy, en la frontera con El Salvador y Agua Caliente con Guatemala. Presenta una topografía rodeada de colinas y abundantes pinares. El clima predominante es subtropical templado.

Es un punto geográfico donde los viajeros que van o vienen desde Guatemala, El Salvador y los puertos hondureños se detienen a descansar. Allí se realizan varias fiestas religiosas, pero la más importante es la dedicada a su patrona, la virgen de Santa Rosa de Lima; la conmemoración dura catorce días de forma continua en el mes de agosto. Garantiza el paso de los peregrinos desde variados lugares de Costa Rica, Nicaragua, El Salvador y diferentes ciudades y pueblos hondureños.

La ciudad de Santa Rosa de Copán alcanzó la categoría de villa el 19 de diciembre de 1823, pero hubo oposición de sus pobladores porque las calles estaban en muy mal estado, la ciudad no tenía agua potable, no contaba con edificios públicos, las viviendas utilizaban palos de ocote para alumbrarse y la población hacía sus necesidades al aire libre. Según los vecinos, en la ciudad las noches eran oscuras, había ladridos de perros, lluvias constantes, frío, fuertes vientos y neblina por todas partes, pues estaba situada a unos mil doscientos metros sobre el nivel del mar.

En esa ciudad se elaboraban productos artesanales, puros y cigarrillos. La producción tabacalera estaba vinculada estrechamen-

te a Guatemala y el crecimiento de esa ciudad se debía a ese cultivo, de manera que se convirtió en un importante centro urbano y se establecieron algunas familias cubanas.

En el año 1866 se decretó la libre siembra de tabaco en todo el territorio, con la única condición de que las semillas procedieran de Cuba. Este elemento indica los contactos permanentes entre Guatemala y Honduras con La Habana a través de Santa Rosa de Copán. En 1874 el Gobierno estableció un impuesto sobre el cultivo. Desde esa época la presencia de cubanos allí fue constante.¹¹

En Santa Rosa de Copán los domingos se consideraban días de fiesta y de ferias comerciales donde se exhibían los surtidos de mercancías, generalmente de contrabando. Algunos comerciantes eran de La Habana. El intercambio se realizaba a través de los puertos de Omoa y Trujillo, y los productos se transportaban en las caravanas de mulas.

En Tegucigalpa informaron que las autoridades de Santa Rosa de Copán invitaron a José Martí para visitar las ruinas mayas, ubicadas a unos cien kilómetros, pero este declinó el ofrecimiento alegando la distancia, malos caminos, el estado de gestación de su esposa y la necesidad de trasladarse a Cuba. Sin embargo, se interesó por ellas, su descubrimiento, ubicación, formas, cultura y tesoros que guardaba. Hay tres referencias a Copán en sus escritos:

[...]

Allá andan, por valles y montañas, esos hombres sumisos e infelices, esas mujeres informes, en quienes las labores varoniles desfiguran las líneas de belleza;—ahí

11 En la década del ochenta del siglo xx vivían en Santa Rosa de Copán varios patriotas cubanos, entre ellos Marcos Maceo Grajales, Manuel Romero, Anselmo Valdés y Magín Rizo, dedicados al fomento y explotación de vegas de tabaco.

andan con el triste rostro oscuro, más que por natural triste de su tez, porque en él llevan la vergüenza de 400 años; ¡allá van con las espaldas dobladas! ¡allá van con los espíritus dormidos! Ellos son los herederos de caudillos valerosos, de propietarios opulentos. Ellos sabían la lengua de las estrellas, escribían su historia, pintaban sus hazañas, tejían sus vestidos, bajaban a los senos de la tierra, pulían el oro que les arrancaban, discutían sus leyes, elegían sus jefes, daban voto a los padres de familia, labraban la piedra, estrechaban area inmensa en el circo soberbio de Copan, y con las ruinas de su cueva, pudieran hacerse en los costados de la más ancha plaza Catedrales.—

[Ibídem, p. 444].

Existe otra referencia a Copán fechada en abril de 1884 cuando escribió también sobre Tetzcontinzingo, Quiriguá, Uxmal y Mitla. En otros de sus escritos halaga las instituciones de Tlaxcala y Mayapán, las escuelas de Teotitlán y el circo de Copán.

Se asegura que el alojamiento de la comitiva de José Martí fue en la casa de los familiares de Fulgencio y Cándido Mejía. Otros señalaron la amplia vivienda de las señoritas Sisonte, personas cultas, solteras y muy adineradas, residentes en el centro de la ciudad y acostumbradas a hospedar a viajeros distinguidos. También se señaló la de Melo Bueso, familia importante vinculada con los Bueso Arias, actuales dueños del Banco Occidente.

De resultar cierta la información de que el presidente Marco Aurelio Soto dictó una ordenanza al alcalde y al comandante de armas, ellos se encargaron del alojamiento, el suministro de mulas fuertes y la protección hasta la llegada a Puerto Cortés.

En las investigaciones se encontró el testimonio de que Martí y Carmen visitaron al doctor Henry Fasquelle, debido a que ella no se sentía bien de salud. El doctor la atendió y le recomendó, en

caso de necesidad, acudir a un médico noruego residente en San Pedro Sula y a dos colegas franceses en La Ceiba. Fasquelle era uno de los ascendientes del doctor Rodolfo Pastor Fasquelle, ministro de Cultura de Honduras, quien consultado al respecto dijo no tener referencias familiares de ese encuentro. Sin embargo, en los archivos de la Hemeroteca Nacional encontramos, en la *Gaceta Oficial* del 8 de marzo de 1878, que se reconocía a Henry Fasquelle como doctor en medicina y cirugía desde el 6 de febrero de 1878 y con residencia en Santa Rosa de Copán.

El profesor Rafael Leiva Vivas manifestó que en esa época llegaron desde Francia tres doctores que desembarcaron en La Ceiba y eran de apellidos Fasquelle, Thibou y Lefevbre. El primero se trasladó a Santa Rosa de Copán y los otros dos se quedaron a residir en ese lugar. El médico noruego de San Pedro Sula era Pedro Sturm.

Santa Rosa de Copán era un punto de la geografía hondureña donde se le presentaban a Martí y su comitiva cuatro posibles rutas hacia el puerto de Trujillo.

La primera era por Comayagua, a unos trescientos kilómetros, más los trescientos cuarenta y siete desde la ciudad de Guatemala y doscientos noventa a Trujillo, daban un total de novecientos treinta y siete. Si recorrían treinta kilómetros diarios necesitarían treinta días de viaje, lo que permitía descartar esa ruta.

A la distancia se añadía que, con frecuencia, las caravanas de mulas eran atacadas por animales salvajes, entre ellos los coyotes, una especie de perro-zorro que agredían en manada y acudían por el olor del tasajo que se llevaba como parte de la comida durante las largas travesías. También existían bandas de ladrones, asaltadores y falsos viajeros que, como acompañantes temporales, aprovechaban los descuidos de los muleros o se escondían durante las noches para realizar hurtos de mercancías y animales.

La segunda ruta era de Comayagua a San Pedro Sula, con una distancia de ciento cuarenta y nueve kilómetros, más los seiscien-

tos cuarenta y siete desde la ciudad de Guatemala a Comayagua, daba un total de setecientos noventa y seis, lo que representaba unos veintisiete días de viaje. Este elemento permitía descartar esa ruta.

Otra alternativa era desde Santa Rosa de Copán a San Pedro Sula, a ciento cuarenta y tres kilómetros. Si José Martí y su comitiva utilizaron esa vía, la distancia desde la ciudad de Guatemala hasta San Pedro Sula era de cuatrocientos noventa kilómetros, aproximadamente dieciocho días de viaje.

La otra posibilidad era un camino desde Santa Rosa de Copán a Omoa utilizado desde la época de los mayas, pero resultaba muy peligroso, poco transitado y lleno de asaltadores. Era una ruta prácticamente abandonada, de modo que también fue descartada. De acuerdo con este estudio, la ruta utilizada por José Martí y Carmen Zayas-Bazán fue la de Santa Rosa de Copán a San Pedro Sula.

Rumbo a San Pedro Sula

El camino de Santa Rosa de Copán a San Pedro Sula pasaba por Nueva Arcadia, Callejones, Sula, Quimistán, Naco y Cofradía. El profesor Josué Chévez señaló que descendiendo de la plaza central, José Martí, su esposa y los arrieros emprendieron el viaje para Nueva Arcadia, ubicada a una distancia de treinta y ocho kilómetros.

Este trayecto se caracterizaba por caminos montañosos, en medio de una vegetación casi virgen, a veces de pinos, donde todavía se encontraban algunos jaguares; los viajeros debían ir armados, tener cuidado al cruzar los riachuelos y vigilar los sitios escogidos para descansar, debido a la presencia de serpientes venenosas. En ese tramo se descendía unos quinientos metros.

La zona estaba habitada por muchos animales, entre ellos cerdos de monte, conejos, tacuacines, tepezcuintes, corzos, venados, osos hormigueros, zorros, armadillos, jabalíes, pecaríes, tapires, ciervos, monos e iguanas.

Desde Santa Rosa de Copán partían las grandes caravanas de mulas dirigidas por los pastores. José Martí escribió que Honduras era un pueblo generoso y simpático, en el que se debía tener fe y poseía pastores que hablaban como académicos.

El profesor Alduvín Díaz Bonilla explicó que en Honduras los mayordomos de las haciendas eran conocidos como pastores, quienes tenían amplios conocimientos administrativos, económicos, agrícolas y se encargaban de distribuir y controlar las labores para producir los granos, abrir abras o zanjas, cuidar a los animales, ordeñar a las vacas, producir el queso y la mantequilla, supervisar a los trabajadores, actualizar el inventario, informar periódicamente

el movimiento de la hacienda, comprar los instrumentos de trabajo, vender las vacas, alquilar bestias para el transporte de mercancías o viajeros y dirigir las caravanas de mulas para garantizar el transporte y las comunicaciones.

Esta ciudad era un cruce obligado de los patachos o caravanas de mulas. Al romper el día los muleros comenzaban a cargar sus animales y a las siete de la mañana se ponían en marcha. Las recuas estaban compuestas aproximadamente por cien mulas y entre veinte y treinta arrieros. Varios animales eran asignados para la correspondencia y otros para los equipajes.

El traslado de mercancías estaba bien organizado en orden jerárquico, encabezado por los pastores, cuya responsabilidad era asegurar que las bestias y los muleros estuvieran listos para las travesías y los arrieros en sus puestos de trabajo. Los pastores tenían que velar que los animales estuvieran con las herraduras, aperos, lazos, cabestros u orejeras. Esta protección era muy importante porque en algunas zonas los animales eran atacados por los tábanos y enloquecían, corriendo por todas partes, rozando y pateando los arbustos, con lo cual la carga podía destrozarse y en ocasiones hasta perderse el animal.

El pastor estaba obligado a llevar los papeles en regla, los certificados de impuestos pagados, las mercancías controladas y garantizar el destino final de los cargamentos, de modo que los viajeros no fueran molestados por las autoridades, también firmaban los contratos entre comerciantes y muleros. Eran responsables de propiciar el traslado de las cartas, documentos, dinero o efectos de valor.

Tenían potestad para exigir a las autoridades locales que mantuvieran los caminos en buen estado o denunciarlos en caso de no cumplir con ese aspecto, establecido en la Ley de Caminos emitida en el año 1860, donde se hacía constar que los hondureños de edades comprendidas entre dieciséis y sesenta años, con excepción de los militares en servicio y los impedidos físicos, estaban obligados a contribuir en las labores de reparación y mantenimiento

de los caminos, al menos por dos días al año si eran pobres y cuatro si tenían capital. Esta ley regulaba la integración de juntas itinerantes en las cabeceras departamentales y el nombramiento de directores en todos los distritos.

El profesor Alduvín afirmó que, indudablemente, era a esos pastores a los que se estaba refiriendo José Martí.

Después de ellos les seguían los arrieros principales que iban montados en mulas o caballos y llevaban pistolas, machetes, cuchillos, espadas y se hacían acompañar por otros dos que iban a pie con escopetas. El número de estos dependía de la cantidad de mulas y carretas tiradas por yuntas de bueyes que transitaban en algunos tramos de los caminos.

Le seguían los arrieros de avanzada para garantizar el hospedaje y la alimentación de los viajeros, preparar la protección de la carga y los animales, propiciar el pasto, agua y descanso. Cada cierto tramo estaban los lugares de posadas, estaciones o paradas, generalmente donde había ríos, arroyos, manantiales o pozos especiales preparados para tales efectos. En estos sitios se cambiaban las caravanas, unas continuaban viaje y otras regresaban al lugar de partida.

La ruta de Santa Rosa de Copán a San Pedro Sula era comercial y se empleaba para el traslado de mercancías desde los puertos de Omoa y Cortés hacia Guatemala y El Salvador. Se encontraba en buen estado la mayor parte del año y el tránsito de mulas era intenso.

El terreno era escabroso y ondulado, donde se extendía un hermoso y tupido valle rodeado de cerros y vegetación de un verde intenso. Era muy frecuente la presencia de palomas, chachalacas, papagayos, gavilanes, pavos, perdices, zopilotes y variados pájaros, entre ellos colibríes, muchas mariposas y escarabajos. Era un lugar de descanso y por la distancia recorrida constituía una parada obligada para los viajeros; seguramente lo fue también para la comitiva donde viajaba José Martí. En el testimonio de Fernando Martí

Gil se recogió el comentario familiar de que José Martí quería quedarse a vivir en un hermoso valle de Honduras.

En un fragmento del discurso pronunciado por el Apóstol en el Club del Comercio en Caracas, el 21 de marzo de 1881, se lee:

[...] Si por los valles echaba a andar, pensaba involuntariamente en los mansos rebaños y en los plácidos goces de Arcadia, si a los cerros vecinos miraba, cambiaban al sol alegre, como al sol cambia el plumaje variado de los colibríes; las nubes, como que venían cargadas de fantasías celestes a acariciar las sienes de las vírgenes,—y se iban, al venir el sol, señor del alma, perezosamente de los rubios techos; y si extendía mi humilde mano, parecíame, en cualquier dirección que la extendiese, que iba a acariciar con ella el dorso de los montes. No sé qué extraño orgullo,—ese hermoso orgullo que al hijo alienta por la beldad y glorias de su madre, inflamaba mi pecho en mis paseos, buscaba a quién enseñar tanta hermosura. Si preguntaba por un barranco, hallaba al vuelo puente. Si me acercaba a leer un rótulo, leía escuela; si me daba con una arrogantisíma fachada griega que más que invita, obliga, por su imponente forma a toda grandeza de la ley, decíame que eso era ha poco pared recia musgosa, donde andaban, como búhos dormidos, épocas muertas. Me abrió el hogar sus puertas y hallé—loada sea la ocasión que se me presenta al fin para decirlo—juno de los pueblos más sanos y de los hogares más honrados que he visto en mis peregrinaciones por la tierra!—Y me dije: No vayas adelante, cansado peregrino. Depón tu bordón roto al umbral de este pueblo de hidalgos y de damas;—reposa en estos valles; con agua de estos ríos restaña tus heridas: ayúdales en su trabajo, aflígete con sus dolores; echa a andar por estos cerros a tu

pequeñuelo; estrecha la mano de estos hombres, caminante: besa la mano de estas damas, peregrino.

[Ibídem, t. 7, p. 282].

Consultado el realizador cubano Otto Miguel Guzmán, expresó que la descripción que hace José Martí de Nueva Arcadia permite considerar que en algún momento de su vida la visitó, apreció personalmente sus colores, sus montañas, las nubes y hasta el vuelo del colibrí. Señaló que la prosa martiana está plena de símiles y comparaciones cuando de hacerse creíble y real se trata. En ella hay siempre una ética al describir, pues no menciona estar presente cuando no lo estuvo.

En la Nueva Arcadia descrita se presiente al hombre, compara y manifiesta sentimientos con imágenes, cual fotos donde vemos la realidad objetiva. Es un lugar donde José Martí estuvo y deseó dar descanso a sus adoloridos huesos.

Al aproximarse a esa región subieron una pequeña cuesta que los llevó hasta la plaza y la iglesia, construidas en un cerro desde el cual se divisaba todo el pueblo y el hermoso valle. Posiblemente en alguna casa alrededor de la plaza se quedaron a dormir, aunque también es probable que hayan pernoctado en la vivienda de algún dueño de hacienda.

En el índice geográfico de José Martí referido a Honduras, aparecen solamente ocho nombres, sin incluir el del país, ellos son Aguán, Colón, Copán, Olancho, Puerto Cortés, Trujillo, Yoro y Yuscarán. Incluso Nueva Arcadia no está registrada en Honduras y donde la mencionan, siempre aparece referida a Grecia.

En su novela *Amistad funesta*, el personaje Juan establece un diálogo con Pedro y este le dice que la lisonja en la conversación es ya como la Arcadia en la pintura, cosa de principiante. En la revista *La Edad de Oro*, en el capítulo titulado «Músicos, poetas y pintores», al referirse a Lope de Vega y a Calderón dice que a los dieciocho años publicó su poema de la Arcadia con pastores por héroes.

El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* refiere que Arcadia es una región de la antigua Grecia y la traducción poética clásica la convirtió en un país idílico. José Martí volvió a referirse a ella en la *Revista Venezolana*, el 15 de julio de 1881, donde dice que no se ha de pintar cielo de Egipto con brumas de Londres, ni el verdor juvenil de nuestros valles con aquel verde pálido de Arcadia. En octubre de 1883, en el prólogo del libro de Rafael de Castro Palomino *Cuentos de hoy y de mañana*, mencionó que se oyen los sonidos de las liras con que celebraran las cercanías del cielo los habitantes de esa formidable Arcadia.¹²

Los relatos del profesor Josué Chévez plantean que cerca de Nueva Arcadia se encuentra la aldea de La Entrada, punto divisorio entre las montañas y los valles. El nombre fue dado por los viajeros de la zona llana y caliente cuando entraban a aquellas altas y frías. Refiriéndose a que en Honduras tenían la costumbre de poner nombres a sus pueblos relacionados con las culturas de otras regiones, José Martí escribió:

[...]

Dotados al nacer de masas incultas por una parte, fuertes y tenaces como todo lo que arranca nativamente del suelo en que vive, y de minorías preocupadas por la otra, ahitas con nombre de ciencia, de culturas griegas y latinas que no nacen del suelo nativo, ni tienen acomodo, ni mercado, ni influjo posible en él; cerrados así, por esta educación universitaria, falsa y estéril, los caminos naturales y honrosos de la prosperidad en pueblos nuevos, donde la cultura no ha tenido todavía tiempo de distribuirse en la masa con la abundancia necesaria, para que consuma con una demanda legítima y firme esos pro-

12 Véase prólogo en José Martí: *Obras completas*, t. 5, pp. 101-108.

ductos de cultura acumulada que se llaman Artes y Letras [...].

[Ibídem, t. 8, pp. 19 y 20].

En el trayecto desde Nueva Arcadia hacia la costa norte de Honduras, como era el caso del recorrido por José Martí y su comitiva, el camino resultaba más suave y se podía avanzar en línea casi recta, porque no eran valles con una sola topografía, sino más bien una cadena de valles pequeños separados por terrenos quebrados con pendientes, subidas, bajadas y estrechos cañones.

Según Josué Chévez, la distancia desde Nueva Arcadia hasta el poblado de Sula, enclavado en un valle del mismo nombre, era de unos treinta y tres kilómetros. Este se encontraba casi paralelo al río Chamelecón y atravesaba la zona de Callejones, un paraje ideal para los asaltadores de caminos. Existen informaciones y leyendas sobre esos actos delincuenciales, narrados por habitantes de los pueblos circunvecinos.

Continuando el trayecto se cruzaba el mencionado río por un vado de unos treinta metros de ancho, la vegetación cambiaba de sabana tropical a casi selva y a orillas del río crecían frondosos bosques conocidos como de galería.

En la medida que se acercaban a caseríos o pueblos, el valle exhibía sus campos de maíz, propios de la cultura de los chortís, que hasta esa zona tenían sus límites.

A partir de Nueva Arcadia se sentía el fuerte calor tropical; desde ese lugar a Callejones el valle tenía unos cuatrocientos cincuenta metros de altura como promedio y luego bajaba unos doscientos cincuenta. Las caravanas de mulas avanzaban a buen ritmo.

Existían claros en el monte que utilizaban los arrieros para dormir cuando les tomaba la noche y para protegerse de las fie-

ras. Las fogatas que encendían en ocasiones provocaban incendios, por ello era común encontrar cenizas y pedazos de troncos quemados. También utilizaban faroles, lámparas de petróleo, candelabros, velas de cera o de sebo de animales y troncos de ocote (madera dura y resinosa) y candelabros de cuero de animales. Era frecuente encontrar en algún lugar una marimba para alegrar las noches.

Los relatos del profesor Chévez expresan que los habitantes de Sula eran antiquísimos. Al pueblo se entraba por una suave pendiente con acceso a la plaza principal, donde había una casa de descanso para los viajeros la cual, según testimonios de los vecinos, existió hasta los años cuarenta del siglo xx. Era de adobe y tejas, y estaba ubicada en la esquina sur oriental de la plaza.

De Sula a Quimistán hay unos veintitrés kilómetros de distancia. El terreno es prácticamente plano y la ruta sigue muy cerca el curso del río Chamelecón. Casi a la mitad del recorrido se encuentra el río Culupa, en un vado de unos veinte metros de ancho. El camino es prácticamente recto y con pocos accidentes geográficos.

Las investigaciones de Chévez reportaron que José Martí y Carmen Zayas-Bazán entraron temprano a Quimistán, un pueblo fundado por los indios precolombinos. En la plaza había una iglesia, una ceiba y un sitio donde se amarraban los caballos y las mulas, y se quedaban a descansar los viajeros. En este lugar pudieron alojarse en una casa, actualmente casi en ruinas. Los vecinos aseguran que por decenas de años sirvió como albergue. La vivienda es de unos cincuenta metros cuadrados con corredor y postes para amarrar a las bestias, de paredes de adobe y madera, y aún conserva su techo de viejas tejas.

Desde Quimistán hasta San Pedro Sula la ruta pasaba por Cofradía, poblado donde el camino, en su mayor parte, era llano, aunque con pequeñas colinas que alcanzaban los ciento treinta

metros de altura. La distancia a cubrir comprendía treinta y dos kilómetros. En época precolombina era un gran mercado indígena. Si se quedaron a pernoctar lo hicieron en alguna vivienda próxima a la plaza central que todavía existe.

Cabargar de Cofradía a San Pedro Sula era peligroso, pues el camino seguía un sendero muy inclinado y conocido por los habitantes como la sierra del Merendón; la pendiente finalizaba en el río Chamelecón, con un caudal de cierta fortaleza en esta zona.

El recorrido tenía que hacerse lento y con mucho cuidado, porque en algunas partes el abismo podía tener entre veinte y treinta metros de profundidad. Además se debían atravesar ríos corrientosos y sumamente peligrosos como el Manchaguala o la quebrada de San Lorenzo. El río que va desde Cofradía hasta el pueblo de Chamelecón corre en medio de un gran cañón. En la época de Martí se podía navegar en canoas de mediano calado. En los ríos se encontraban cocodrilos, jicoteas, tortugas y variedades de peces, mejillones, camarones, cangrejos y caracoles.

A San Pedro Sula se llegaba después de recorrer cuatrocientos noventa kilómetros desde la ciudad de Guatemala. A partir de 1801 se conoció como un lugar desde donde se exportaba madera con destino a La Habana.

La vegetación de la villa en aquel tiempo era abundante; se componía de árboles y arbustos frutales de limones, naranjas, mangos, tamarindos, acacias, mimosas (arbusto de hojas pequeñas y flores amarillas del mismo nombre y muy olorosas), guayabas, toronjas, zapotes, nísperos, aguacates, guanábanas, anones y mazapanes. En la década de 1840 a 1850 los habitantes producían tasajo de res o de venados, mantequilla, carne de cerdo y tortillas de maíz. En 1850 aún no tenía iglesia y solo dos años después se terminó un templo de madera, con techo de tejas y con un hermoso y empedrado patio.

La *Gaceta Oficial* de Honduras se quejaba, en junio de 1860, de que la instrucción pública estaba muy atrasada y a las escuelas solo asistía una veintena de alumnos, todos varones. En 1864, debido al incremento de la población, fue necesario ampliar y reedificar la iglesia; con esos propósitos se recogían cantidades de maíz, arroz, frijoles, azúcar de los cañaverales (cada uno de estos con un trapiche importado desde La Habana), algodón, malangas, boniatos, papas, piñas, papayas, plátanos y ñames para vender.

En 1869 se comenzó a construir la vía férrea desde Puerto Cortés hasta San Pedro Sula. En 1870 el tren llegó a la villa y la presencia de la primera locomotora provocó una gran fiesta. Con este arribaron los comerciantes, acompañados de madera y zinc para fabricar sus viviendas, así como ingenieros, artesanos y constructores ingleses que fundaron una pequeña colonia.

En los años siguientes llegaron nuevos emigrantes entre los que se encuentran más de cuarenta mexicanos y un número indeterminado de cubanos. En la terminal del tren comenzaron a aparecer vendedores ambulantes, se crearon barracones para los trabajadores de las líneas férreas y surgieron restaurantes, bares, cantinas y corrales para los patachos de mulas. Se implementaron ventas de animales, de productos y albergues para los muleros, aunque algunos dormían en el corral de las vacas, y por ello se hizo popular el término de «pesteavaca» para los que no cuidaban su higiene personal.

Algunas de las casas se alquilaban al personal técnico que trabajaba en los ferrocarriles. En la ciudad se estableció un importante aserradero y el comercio de la madera alcanzó gran auge.

En San Pedro Sula se comenzaron a construir los vagones de pasajeros que llegaban desde Inglaterra en piezas y se contrataron carpinteros, ebanistas y tapiceros, lo que permitió mayor desarrollo económico. Los ingenieros y principales constructores vivían en

casas particulares alquiladas a sus dueños. Según diferentes testimonios existían dos de alojamientos eventuales, la de doña Engracia y la de Francisca Ramos, conocida como Chicarramos. En la de esta última, según diversos testimonios, entre ellos el del director del Archivo Municipal, Eliseo Fajardo, se alojaron Martí y Carmen.

La casa de Francisca Ramos, ubicada en una plaza, fue la más famosa de la ciudad. Era de dos plantas, de madera, con piso de mosaicos rojos y pieza de losa. Se entraba por un enorme portón y contaba con un salón anexo para jugar billar, que gozaba de gran prosperidad desde que se comenzó a construir el ferrocarril y que también era alquilado para bailes.

A Francisca Ramos le decían Chica, de ahí el sobrenombre de Chicarramos. Tenía fama de mujer elegante, distinguida, buena administradora y de nivel económico acomodado, pues contaba con algunos empleados. La casa tenía un establo para los caballos o mulas de los huéspedes distinguidos. Junto a esta existían otras viviendas de familiares y trabajadores, y sembradíos de verduras que suministraban los productos a la pensión, donde también se ofrecían frutas frescas y en conserva, chocolate, leche, quesos, mantequilla, vinos ligeros, huevos, café, pan y plátanos. El patio, catalogado como hermoso, contaba con la presencia de papagayos, pavos reales, gallos, gallinas y otras aves de corral.

Francisca Ramos estaba considerada como una de las personas importantes de la ciudad; era muy amiga del doctor noruego Pedro Sturm y de varias personas que realizaban trabajos como abogados, algunos de ellos de mala fama, conocidos como tintilleros por la forma engañosa e hipócrita de actuar.

La información de Eliseo Fajardo se reafirma con lo escrito por el Generalísimo Máximo Gómez durante su estancia en Honduras, cuando reflejó en su diario de campaña que el 25 de octubre de 1880, en San Pedro Sula, se alojó en la casa de Francisca Ramos. En ese lugar permaneció tres días, porque el 28 determinó salir para Puerto Cortés en mulas, debido a la falta de tren.

En San Pedro Sula los viajeros generalmente tomaban el ferrocarril hasta Puerto Cortés, distante unos cincuenta y tres kilómetros. Los estudios del profesor Chévez señalan que el viaje duraba varias horas y se pasaba por el sitio donde termina el valle de Sula y comienza la montaña. Los poblados donde se detenía el tren eran Río Blanco, Choloma, Bijao, Baracoa y Puerto Cortés. La otra opción era continuar en mulas o caballos.

Desde la inauguración del tren entre San Pedro Sula y Puerto Cortés el camino entre ambos lugares se abandonó y se volvió muy peligroso debido a los asaltos continuos de ladrones y bandidos.

Los arrieros llegaban con sus mulos y la carga a la estación de San Pedro Sula u otra que ya funcionaba en un lugar conocido como Potrerillo y evadían llegar hasta Cortés. El servicio ferroviario no tenía horarios fijos e incluso podía pasar tres días o más sin dar servicios.

Estancia en Puerto Cortés

La historia de Puerto Cortés está íntimamente ligada a Omoa, no solo por la cercanía sino también por el desarrollo portuario. Rodolfo Pastor Fasquelle escribió que desde la época precolombina, la ciudad de Omoa les servía a los comerciantes que, bordeando la costa de Yucatán, traían sal, obsidiana, tejido de algodón y esclavos.

A partir de 1525, desde Omoa o de su vecino Puerto Cortés (llamado Nuestra Señora de la Natividad, Puerto Caballos y desde el 5 de marzo de 1869 Puerto Cortés), se remitían a España muchas de las riquezas de Centroamérica. El puerto de Omoa era el tercero en importancia después de Veracruz y Panamá, por su exportación de plata e importación de azogue. Era también por donde entraba una parte significativa de las mercancías llegadas a Honduras para distribuir en el interior de la región. Sufría ataques sorpresivos de corsarios franceses.

Desde 1604 se reporta tráfico de mercancías entre Omoa y su vecino Caballos con otros puertos americanos, y especialmente con el de La Habana.

Un informe asegura que a Omoa llegaban los navíos de registro y casi todos los comisionados y comerciantes procedían de Guatemala. Por este puerto se realizaba todo el intercambio de España y del mar del norte con Guatemala, ciudad de un comercio considerable debido al buen camino que poseía, el cual era transitado por grandes caravanas de mulas con sus arrieros.

Al iniciar la década de 1860 la aduana contaba con un tesorero, un contador y un capellán, además del comandante de puerto y varios aserraderos de caoba. Hasta la década de 1870 la exportación

de oro y plata se realizaba a través del mencionado puerto. Otros productos comercializados eran cuero de buey, pieles de jaguar, pumas y otros animales, conchas de tortugas, añil, zarzaparrilla, madera, ganado, tabaco, cacao y vainilla.

Desde que se construyó el ferrocarril de Puerto Cortés a San Pedro Sula comenzó el declive de Omoa. En Puerto Cortés estaban radicados los diferentes consulados. Según Eliseo Fajardo, Cuba contaba con una oficina de negocios y existió un control de los ciudadanos cubanos que comerciaban o tenían residencia en Honduras. Esa oficina comercial era atendida por Francisco Cisneros, quien estaba establecido en ese puerto y en San Pedro Sula, y mantenía vínculos estrechos con comerciantes en Panamá, Nicaragua y Cartagena de Indias. Sostenía buenas relaciones con los ingleses y alemanes radicados en Puerto Cortés. Se vinculaba a los cubanos que vivían en las ciudades de San Pedro Sula, Choloma, Omoa, Puerto Cortés, La Ceiba y Trujillo, como representante de algunos hacendados habaneros, camagüeyanos y orientales importadores de ganado vacuno desde Honduras y embarcados desde el puerto de Trujillo con destino a La Habana.

Algunos testimoniantes contaron que una viajera inglesa nombrada Mary Lester relató que Puerto Cortés no era más que un pantano arenoso, que solo estaba esperando la oportunidad de deslizarse al mar y hacer desaparecer así para siempre todo rastro de vida humana. Estaba considerado un lugar insalubre y las casas eran construidas sobre pilotes para protegerse de las inundaciones.

Parte de la población se dedicaba a la pesca, trabajaban en los aserraderos de caoba, en una alfarería a dos leguas del puerto, en una tejería india y en una casa de peaje de paredes de barro cubierta de hojas de palma.

En el peaje los muleros tocaban la marimba, los tambores, el órgano, la flauta y un instrumento musical conocido como caramba que el profesor Chévez describe como una jícara atada a una cuerda montada sobre una vara de madera, que produce un soni-

do parecido a la música china. Con frecuencia se realizaba una fiesta conocida como la ronda de los muleros.

La población blanca vivía en casas de madera ubicadas en la calle principal; los habitantes negros, indios y mestizos tenían sus hogares techados con hojas de palmas y sus hijos caminaban desnudos y descalzos entre perros, patos, mulas, pollos, caballos, ovejas, bueyes, vacas y muchos otros animales.

En algunas casas se ofrecían comidas, entre ellas pescado asado, platos preparados a base de tiburón y de otras especies marinas, huevos de tortugas, iguanas, pollos, plátanos asados, arroz, sopas, casabe, calabazas, carne de res, venado o de otros animales, bollos o bolas de pan, tortillas de maíz, tamal de viaje envuelto en hojas de plátanos y relleno con frijoles cocidos y unos gusanos grandes asados en pinchos de metal, totopoxtes, sebo de res y de cabra, leche, queso, mantequilla y uva caleta, conocida como de playa. Muchas familias se dedicaban a la actividad comercial preparando las tortillas de maíz en un comal, a la vista de los potenciales clientes, generalmente viajeros que se dirigían a distintos puertos de la costa hondureña o al interior del país.

José Martí y Carmen Zayas-Bazán llegaron a Puerto Cortés para continuar por mar hasta La Ceiba y Trujillo y desde allí a La Habana. Se alojaron en el hotel de una francesa conocida como Madame Biraul, quien vivía acompañada de un señor que hacía las veces de mayordomo y se presentaba como su hermano. Varios testimonios señalaron que en realidad era un amante oculto y misterioso.

En ese hotel el gusto era refinado, las comidas, bien elaboradas, se servían en vajilla de porcelana y de forma elegante; era el único lugar en Puerto Cortés donde existía un piano. Parecía una gota de agua o un grano de arena de París, frente a la rudeza de algunos norteamericanos y alemanes que frecuentaban el lugar.

El señor Benjamín Vindel Alvarado, conocido cariñosamente como don Mincho, conocía los detalles del paso de los patriotas cubanos por Puerto Cortés. Contó que en la época de José Martí, además de la casa de la francesa Madame Biraul, había otros luga-

res para hospedajes o alojamientos, pero algunos de mala fama, donde concurrían marineros, comerciantes, mujeres de malas costumbres y mal vivir, y los llamados «malagente». En esos sitios los huéspedes podían llegar borrachos a cualquier hora de la noche y se daban hechos de sangre y bajas pasiones.

Según Benjamín relató, la francesa comentaba que la esposa de José Martí estaba feliz de haber llegado a ese lugar y reencontrarse con el mar. Desde una roca permanecieron horas observando el paisaje, el ir y venir de las olas y el horizonte, mientras conversaban animadamente y de manera romántica, pero nunca escuchó comentarios del contenido de esas pláticas. Al regresar la esposa de Martí se lamentó de la nube de mosquitos que molestaba mucho y comentó cómo los reflejos de la luna se proyectaban en el mar de forma muy hermosa. Ese fue un punto de mutua simpatía de la francesa con Carmen, porque Madame Biraul amaba las olas del mar y la luna, y muchas noches, sobre todo durante los intensos calores, era sorprendida por los pescadores sentada a orillas del mar, muy pensativa, escuchando el rumor de las olas y contemplando el cielo y la luna, hasta altas horas e incluso por las madrugadas. Muchos se asustaban al pensar que podía tratarse de algún fantasma.

Don Mincho se refirió a los comentarios de los ancianos de Puerto Cortés cuando relataban cómo la francesa hablaba del encanto del matrimonio, y de no haber tenido nunca huéspedes de tanta cultura, caballerosidad, forma de hablar con tono francés, el dominio de ese idioma, catalogado por ella como propio de las personas cultas.

Madame Biraul estaba asombrada de la resistencia de la joven, demostrada en el largo viaje en mulas desde la ciudad de Guatemala, y contaba a sus amistades la travesía por ríos, quebradas, arroyos, empinados cerros, durmiendo en chozas y sorteando numerosos peligros. Comentó la afirmación de Martí de que su esposa era muy valiente y apreciaba los arroyos de aguas claras y el choque de estas con las piedras.

Relató don Mincho que el Apóstol tomó agua de coco desde la misma fruta, probó un vino hecho con la flor de la palmera y comió ensaladas del corazón de esa planta, condimentadas con aceite, vinagre, sal y pimienta; habló de la comida francesa, de la que tenía amplios conocimientos.

En el tomo 7, página 157 de las *Obras completas*, aparece lo que escribió al referirse a Honduras como un pueblo arrullado por mares, refrescado por brisas, sentado en el corazón del continente; era una nación seria, trabajadora y próspera; una comarca pacífica, encantadora y fértil, y una impaciente hermana que va rumbo a la grandeza, con el cayado en una mano y el libro en la otra; que aspira, aprende y llama, donde la sed es general y el agua abundante.

Sabemos que el hotel de Madame Biraul quedaba muy cerca de la estación del ferrocarril, sitio adonde llegaron José Martí y su esposa, situado a unos doscientos cincuenta metros del puente sobre la laguna de Alvarado, la cual era el punto de unión entre la tierra firme y la península desde donde, a partir del siglo xx, se expandió la ciudad.

Explicó Benjamín Vindel que Madame Biraul despreciaba la cultura española, por lo cual la catalogó como una señora racista, discriminadora y antipática. Esa fue la causa que la impulsó a construir el hotel con arquitectura francesa.

De modo confidencial algunos ancianos de Puerto Cortés comentaban que Madame Biraul tenía una historia oscura y poco limpia. Se decía que nació en una isla entre Italia y Francia, emigró al sur de ese país y desde allí a París. Más tarde se trasladó a Nueva Orleans, donde se casó con un señor que fue cruelmente asesinado, y ante el temor de ser culpada del crimen huyó para Honduras con un amigo íntimo.

Algunos afirmaron que se llamaba Elizabeth, otros Edith y también Luisa, pero exactamente ninguno pudo asegurarlo. Madame Biraul compró una casa, la modificó al estilo francés y la convirtió en hotel. La construcción era de madera sobre pilotes y en la parte baja tenía un amplio salón, con un piano y grandes candelabros

con gruesas velas traídas desde Europa, utilizadas para alumbrar el lugar. En esa parte de la casa estaban el comedor, la cocina y sus habitaciones privadas.

Según esos recuerdos, en la parte alta se encontraban catorce habitaciones para alquilar. La casa estaba rodeada de amplios corredores y desde allí se divisaba el mar y la laguna de Alvarado. En el tercer piso existían dos habitaciones. Aunque hay fundadas dudas en cuanto a ese tercer piso; el profesor Chévez sostiene que constituiría una rareza, pues en aquella época y aún en la primera década del siglo xx no existían casas de ese tipo.

Indicó Benjamín que alrededor de 1884 un huracán azotó Puerto Cortés y se produjeron intensas lluvias e inundaciones. Las fuertes olas de la laguna de Alvarado y del mar bloquearon las aguas de los ríos y estos invadieron todas las viviendas del puerto. Esto provocó que una turba de ratas, ratones y tucuacines se alojara en las casas de pisos altos, entre ellas la de Madame Biraul.

Los roedores hambrientos atacaron cortinas, muebles y hasta el piano, y algunos de ellos se refugiaron en unos baúles de la francesa donde se reprodujeron con asombrosa rapidez y devoraron papeles, cartas, fotos, ropas y hasta un zapato de la señora. Una noche, cuando Madame Biraul abrió uno de los baúles, los roedores saltaron y del susto salió a la calle espantada y emitiendo grandes gritos, alarmando a los huéspedes y vecinos. Desde entonces se dice que enloqueció y que esta fue la causa por la que vendió el lugar, pues se le conocía como la casa de los ratones y casi nadie quería alojarse.

Un año después del huracán la vendió y se marchó para Francia, no saben dónde murió, ni fue enterrada. Las investigaciones del profesor Chévez relataron que en 1894 el hotel lo compró el señor Lefevbre. Hay una fotografía de 1915 donde aparece el lugar junto a un fragmento de un puente de ferrocarril.

El arquitecto cubano Joel Díaz analizó las fotos y catalogó la arquitectura como perteneciente a lo que ha dado en llamarse vernácula, con diseño de otro país pero construida por carpinte-

ros y profesionales locales, con un aspecto propio y distinto a las originales. Sus principales características son europeas, cercanas a los países nórdicos, pues las cuatro bohardillas y el techo son para recibir grandes nevadas, a la vez que es a dos aguas, lo que constituye una adaptación a las diferencias de clima. Mientras en la zona europea cae nieve, en esa parte de Honduras se producen lluvias torrenciales.

Las fotos de 1894 y 1915 mantienen la forma original de la construcción, con columnas de maderas y los pies o soportes igualmente originales. No se observa ampliación o modificación significativa hasta esa fecha. Por la foto de 1894 el edificio puede tener una antigüedad mayor a veinticinco o treinta años y corresponde a una época anterior a la década de 1860, o dentro de ella.

El profesor Chévez añadió que tal vez fuera vendida por la francesa a la familia Lefebvre y esta la amplió hasta constituir un hotel bastante grande. Según la foto de 1915 quedaba en un área donde hoy existen casas particulares levantadas con postes de madera y en otro sector está la ampliación del bulevar de la entrada de Puerto Cortés.

La información proporcionada por el diplomático Rafael Leiva Vivas de la llegada a La Ceiba de tres doctores franceses y uno de ellos de apellido Lefebvre, indica que tal vez corresponda a la misma familia que adquirió el hotel de Madame Biraul.

Para determinar el posible huracán que afectó a Puerto Cortés y provocó las grandes inundaciones, acudimos a diferentes instituciones en República Dominicana, Honduras y el Instituto de Meteorología de Cuba.

Desde República Dominicana recibimos un informe donde se cita al ingeniero Miguel Campusano y su libro *Estudio de ciclones tropicales 1851 a 2008*, en el cual plantea que desde 1880 hasta 1886 no se reportaron ciclones ni tormentas tropicales en esa área. Esta información coincide con la de Cuba y Honduras, de modo que el año de 1884 no corresponde a esa catástrofe como se afirmó en Puerto Cortés.

De acuerdo con el estudio de Campusano, de Josué Chévez y de Maritza Vallesteros del Instituto de Meteorología de Cuba, se ha podido determinar que el huracán que afectó a Puerto Cortés fue el del 11 y 12 de octubre de 1892, con vientos de ciento sesenta kilómetros por hora. Se formó al este del grupo sur de las Antillas Menores y se trasladó muy cerca de las costas de Venezuela, para dirigirse al oeste noroeste, penetrando entre los límites de Nicaragua y Honduras el día 11 de octubre. Los reportes del mismo Instituto recogen que el 5 y 6 de julio de 1893 otro huracán afectó el noreste de Honduras con vientos entre ciento treinta y ciento cincuenta kilómetros por hora, alcanzando categoría dos. Hay reportes de algunas localidades de la costa atlántica hondureña donde se produjeron grandes inundaciones. De modo que las descritas en Puerto Cortés corresponden a los huracanes de 1892 o 1893, pues en su desplazamiento se acercaron al puerto y como su fuerza era de categoría dos, la trayectoria del viento al pasar el ojo del huracán al norte de la ciudad con rumbo este, entró por el noreste y levantó un oleaje fuerte, bloqueando las aguas de la laguna de Alvarado y dejando la ciudad inundada.

Tomando en cuenta estos datos se puede concluir que el hotel de la francesa fue vendido en 1894 y el huracán reportado por Benjamín Vindel es el del 11 de octubre de 1892 o en su lugar, el del 5 y 6 de julio de 1893, y no en el año 1884.

Un hecho probable es que las olas del mar y de la laguna de Alvarado sirvieran como muro de contención a las aguas y los dos huracanes pasaron por el mar, al frente de Puerto Cortés, a una distancia no determinada, pero formaron las grandes olas que evitaron la salida de las aguas represadas dejadas por las intensas lluvias.

Por otra parte, a don Mincho algunos ancianos le afirmaron que José Martí se entrevistó con el cubano Francisco Cisneros, quien le ofreció ayuda para trasladarlo a Trujillo desde donde partían barcos de forma sistemática para transportar ganado vacuno

a Cuba, e incluso prometió acompañarlo hasta La Habana, adonde por cuestiones de negocios tenía necesidad de viajar.

Algunas personas se refirieron a la presencia en Puerto Cortés de varios cubanos, a la existencia, en las cercanías, de un caserío llamado Baracoa, designado por estos, y un barrio nombrado Camagüey, ubicado en la parte del puerto donde vivía el cubano Francisco Cisneros. El historiador de Cortés, Rafael Paredes, confirmó esas informaciones.

El historiador camagüeyano Fernando Crespo Baró relató que Francisco Cisneros puede ser sobrino de Francisco Dionisio Cisneros y de la Parra, quien se casó el 25 de mayo de 1833 con Rufina Zayas-Bazán, hija de Rafael Zayas-Bazán, hermano de Francisco.

Se señala que al establecerse en Puerto Cortés comenzó el negocio de la importación de ganado vacuno hacia Cuba en complicidad con autoridades de La Ceiba y Trujillo, y el intenso contrabando hacia La Habana y puertos de la costa sur de Cuba, donde se encontraban implicadas autoridades españolas. En San Pedro Sula y Puerto Cortés, Francisco Cisneros prestó ayuda a los cubanos residentes en ese país.¹³

El 8 de julio de 1886 se publicó una carta de José Martí al director del periódico *La República*, donde habla de Puerto Cortés y critica el proceder del corresponsal del diario *The Engineering and Mining Journal* que, con el seudónimo de Clip, dice:

[...] No cabe desde aquí saber si en este o aquel detalle que denuncia, tiene el corresponsal razón; pero es obra triste, en que se debía mover despacio la mano, esa de presentar a un país en vergüenza como un pueblo famélico e indigno de confianza [...]. Mano hondureña no puede ser la que así pone en riesgo las cosas de Honduras.

13 En el libro de José Luciano Franco: *Ruta de Antonio Maceo en el Caribe*, aparece una referencia a Cisneros donde lo sitúan como subordinado del general Antonio Maceo en la Comandancia de Puerto Cortés y Omoa.

[...] Mal ayuda a un país el que lo presenta como una selva enmarañada, donde las mulas no tienen donde poner el pie, y las minas cuestan más de lo que dan, y no hay pan que comer. Mal lo ayuda quien, en vez de contribuir a la labor de hacer conocer sus entrañas de oro a los que pueden trabajarlas, se burla de ellos con acento irónico, enseñando por fortuna, desde las primeras palabras, un vivo encono contra los que creen mejor revelar a un país que denigrarlo. No es cosa grata en verdad, leer en un periódico influyente en el ramo de minas, que no es cierto lo que se dice de la riqueza minera de Honduras; que cuanto se hace no es más que ver cómo se aligeran los bolsillos de los caballeros de Chicago, etc.; que el país no tiene un camino por donde pueda andar una caballería, ni entrar maquinaria; que es pura pérdida de dinero vivo todo lo que se gasta en esas minas muertas; que se debe mirar mucho antes de dar un peso para ellas; que el trabajador y el que va en busca de fortuna deben volver grupas si van vía de Honduras, porque Honduras no tiene pan que darles, y otras cosas como éstas, calculadas todas para detener la mano de los que están dispuestos a tenderla al país.

[Ibídem, t. 8, pp. 28 y 29].

El profesor Josué Chévez plantea que para viajar desde Puerto Cortés a Trujillo era necesario tomar embarcaciones que se movieran a un promedio cercano a los quince kilómetros por hora. La distancia era de unos doscientos cuarenta kilómetros marítimos aproximadamente y la demora de dieciséis horas.

La llegada al puerto de La Ceiba era obligatoria porque las embarcaciones eran pequeñas, tenían que reabastecerse de agua, combustible, alimentos y cargar o dejar mercancías o pasajeros.

Navegaban de día por los peligros de la noche, las aguas no eran profundas, había bancos de arena, plaga de mosquitos, frecuentes tormentas y lluvias torrenciales acompañadas de truenos y relámpagos. Generalmente los viajeros que iban a Trujillo debían tomar otra goleta en La Ceiba.

Martí en La Ceiba

Algunos viajeros que iban rumbo a Trujillo procedentes de Puerto Cortés desembarcaban en La Ceiba para continuar dos o tres días después.

El historiador de este último poblado, Antonio Canelas Díaz, explicó que, por relatos de su abuelo Rafael Canelas Osorio y de la maestra Zoila de Santos Pinelas, una educadora muy respetada, pudo conocer que José Martí y su esposa llegaron procedentes de Puerto Cortés, en tránsito hacia Trujillo, y se alojaron en una pensión administrada por la madre de la famosa francesa conocida como Madame, ubicada frente a la iglesia de La Milagrosa.

Siguió explicando cómo algunas familias adineradas, residentes en el barrio francés de Juan López, conocido actualmente como El Porvenir, junto a cubanos establecidos en esa ciudad, querían darles una bienvenida a José Martí y a Carmen, pero esta se negó alegando alergia al polvo, su estado de embarazo y estar muy afectada por las picaduras de los mosquitos; comentarios que fueron pasando de una a otra generación. Esos relatos señalaron la visita de una representación de damas a la pensión donde se alojaban para insistirle en la invitación, pero Carmen se negó a salir de la habitación, hecho tomado como grave ofensa. José Martí, con mucha amabilidad y cortesía, regresó acompañado por ella, quien saludó a la comitiva, pero de manera rotunda rechazó la invitación y expresó como único interés el nacimiento de su hijo en Cuba y no en otra parte. Estas expresiones disgustaron a las señoras, quienes después harían comentarios negativos. Algunas la catalogaron de orgullosa, aristocrática y mal educada, no simpática, no amable,

no atenta, no, no, no, no, todo era negativo en ella. El hecho fue comentado durante muchos años en los círculos sociales de la ciudad.

La señora María Esperanza Vargas opinó que esos comentarios eran injustos. Si la esposa de José Martí pensó en su bebé, era necesario respetarla, porque ese era el primer deber de una madre. El Porvenir no quedaba tan cerca, el traslado se realizaba en carruajes tirados por caballos y levantando mucho polvo. También podían ir por mar, en un cayuco, por una costa pantanosa y llena de mosquitos. Ellas debieron tomar en cuenta su viaje de varios días, en mulos desde la ciudad de Guatemala y en barco desde Puerto Cortés, para después seguir hasta Trujillo y de ahí a La Habana.

Zenaida Gómez Taño, estudiosa de la vida de José Martí y Carmen Zayas-Bazán, consideró que esas expresiones habían sido formuladas por personas desconocedoras de la personalidad de la esposa del Apóstol. Quienes la conocieron la describieron como poseedora de trato gentil, bien educada, culta y con formación para el comportamiento social.

En esa época las decisiones las tomaba el esposo, era una norma y costumbre, y la mujer tenía que seguir al marido. En el álbum de bodas que llevó consigo como símbolo de amor y cuidado se percibe claramente la valoración sobre ella. También en las cartas de Manuel Mercado se aprecian esas consideraciones del amigo, dispuesto a tenerlos nuevamente en México y el propio Martí se refiere a que no hablará del valor romano, sino del valor de Carmen.

Zenaida consideró que seguramente el asunto, si en realidad pasó, fue tratado entre ellos y no tenía que llegar a otras personas, más bien parecen impresiones subjetivas de esas señoras, que pasado el tiempo se transformaron en comentarios. Estas opiniones coinciden con la valoración de Manuel Mercado, quien caracterizó a Carmen como una mujer de inefable ternura, sólidas virtudes, belleza ideal y talento distinguido.

José Martí dice que ella poseía un cariño ejemplar, nobilísima tranquilidad, forma serena para enfrentar los problemas graves, quien calmadamente lo alentaba, dispuesta a acompañarlo por los bosques, abnegada amante, delicada y excelsa. Estas eran raras excelencias de su alma, de su espíritu celeste, altísimo y perfecto.

El historiador Antonio Canelas Díaz señaló que su abuelo con mucha frecuencia le comentaba que en La Ceiba, en 1896, era común y corriente escuchar comentarios de personas que conocieron físicamente a José Martí, relatando sus impresiones al estrecharle la mano o al platicar personalmente con él.

La comida de bienvenida se realizó en el restaurante La Choza, número 21, propiedad del señor Manuel Hernández Cáliz.¹⁴ Acudieron algunos cubanos y personas notables; era el más famoso y lujoso de la ciudad; asistían los ricos y los interesados en conocer a personas importantes y hacer negocios, o sostener conversaciones interesantes. Fue fundado por su propietario en 1872 en un lugar cercano a la ceiba que dio origen al nombre de la ciudad y que en poco tiempo alcanzó gran popularidad, convirtiéndose en signo de distinción.

El historiador mencionó a varios cubanos participantes en el encuentro con José Martí, algunos descendientes de españoles, franceses y familias adineradas de Cuba. Entre esos residentes se encontraban Pedro, Belisario y Francisco Grave de Peralta, Carlos Juntosa, el poeta Pompeyo Bertot, Eduardo Viada Yberry, Benigno Diego Tamayo, Manuel Codina Polanco, Manuel Lechuga, Ramón Ignacio Arnao y Enrique Barquero. Calculó que la cifra de familias cubanas ubicadas allí era de unas noventa.

14 Manuel Hernández Cáliz nació en la ciudad de Catacamas, Olancho, en el año 1846, en 1863 se instaló en La Ceiba. En 1872 organizó su famoso centro, el cual se redujo a cenizas en el incendio de 1903 y posteriormente fue reconstruido. En 1913 Manuel falleció a la edad de sesenta y siete años, y sus hijos se hicieron cargo del negocio. En 1914 un nuevo incendio lo destruyó, sus propietarios lo abandonaron definitivamente y emigraron a Estados Unidos.

Cada uno de los cubanos mencionados en su libro *La Ceiba, sus raíces y su historia* fueron investigados y algunos no habían llegado a Honduras cuando estuvo José Martí, de modo que las fuentes orales utilizadas no precisaron bien ese dato y no las hemos tomado en cuenta.

En el caso de los tres hermanos Grave de Peralta, puede tratarse de hijos, sobrinos u otros parientes de los patriotas cubanos. Pedro Grave de Peralta aparece en 1877 entre los fundadores de La Ceiba junto al cubano Carlos Juntosa. José Martí hace una referencia a Eduardo Viada en una carta al director de *La República*, fechada en Nueva York, el 12 de agosto de 1886, con motivo de su fallecimiento.

Sobre Ramón Ignacio Arnao, pudiera tratarse del hijo mayor de Juan Arnao y Alfonso. José Martí lo conoció en Estados Unidos y le escribió varias cartas. Juan Arnao le dio pleno apoyo en la lucha por la independencia y es uno de los fundadores del Partido Revolucionario Cubano.

En el *Diario de campaña* de Máximo Gómez hay una referencia al coronel Manuel Lechuga.

Con referencia a Manuel Codina Polanco, puede tratarse del hijo mayor del matrimonio de Manuel Codina y Catalina Polanco. Algunas informaciones señalaban que Carlos Juntosa y Pompeyo Bertot eran originarios de Manzanillo. El historiador de esa ciudad, Delio Orozco González, junto a Rolando Estrada Milanés, archivero parroquial, no encontraron sus nombres en ninguno de los libros escrutados.

En los expedientes de la Universidad de La Habana aparece Diego Tamayo Barrero, natural de Bayamo. Tal vez sea su hijo quien estaba en La Ceiba cuando José Martí pasó por allí.

Después del Pacto del Zanjón llegaron nuevos cubanos, entre ellos el general de origen puertorriqueño Juan Rius Rivera, quien formó una importante familia de la cual su nieta Teresa Cuello y su esposo Antonio José Gallardo viven en San Pedro Sula y tuvimos la oportunidad de entrevistar.

Al llegar José Martí, el alcalde era Mariano Guiraud, perteneciente a una prominente familia de origen francés. Según algunos relatos, este se entrevistó con Martí y su esposa y tuvo frases halagadoras para ambos. Acudió hasta el embarcadero para despedirlos.

En un artículo del Apóstol sobre Honduras para el periódico *La República*, con fecha 8 de julio de 1886, expresó que era un pueblo generoso y simpático en el que se debía tener fe. Sus pastores hablaban como académicos y sus mujeres eran afectuosas y puras.

Rodolfo Pastor Fasquelle, ministro de Cultura de ese país, refirió que cuando José Martí estuvo en La Ceiba compartió con sus familiares. Su abuelo Sebastián Pastor contaba sobre esa visita y él creció escuchando cómo sus antepasados paternos lo conocieron; cuando este decía que en Honduras los pastores hablaban como académicos, se estaba refiriendo a su familia.

Sobre esa afirmación martiana, el doctor cubano Salvador Tamayo Muñiz, que presta servicio como médico internacionalista en ese país, manifestó que desde sus primeros contactos con los pobladores de la aldea lenca de Intibucá le impresionó el modo de hablar de la gente, sus discursos pausados pero largos, con tonos bajos de voz, reflexivos, usando palabras y expresiones poco comunes que recuerdan un castellano antiguo y pronto asoció esta observación a la frase de José Martí referida a que «los pastores hablan como académicos», ya que no había correspondencia entre el nivel de instrucción de los campesinos y el modo en que se expresaban y aún más la educación formal que exhibían.

Llegada a Trujillo

De La Ceiba, José Martí y Carmen Zayas-Bazán partieron por mar hacia el puerto de la ciudad de Trujillo. En busca de informaciones llegamos a ese sitio hondureño donde el profesor Edgardo Paredes Martínez nos condujo hasta el museo de la ciudad, propiedad del historiador Rufino Galán Cazere.

Este último relató que el matrimonio había llegado en una goleta que ancló en un islote situado a un kilómetro de la costa, cuya vegetación había sido barrida por un huracán y después, seguramente por los terremotos, la superficie se hundió para siempre. Vecinos de Trujillo contaron que al bajar la marea las personas adultas podían entrar al mar y recorrer largas distancias con el agua a mitad del pecho.

Desde ese islote José Martí y sus acompañantes tomaron una canoa para llegar a la ciudad. Esto lo hacían todos los viajeros. Las personas entrevistadas dieron varios nombres a esa isla.¹⁵

- 15 El profesor Chévez consultó mapas antiguos y señaló el del cartógrafo holandés Arnoldus Montanus publicado en 1672, donde aparece un cayo frente a la ciudad. El mapa se encuentra en el libro *Atlas de mapas históricos de Honduras*, de la colección del doctor William Davidson. En 1744 el ingeniero español Luis Díaz Navarro dibujó la bahía y colocó el cayo con el nombre de Isla Blanca. En 1765 George Robertson lo llamó San Lucas. En 1774 Joseph Smith lo denominó isla Lookout, y en 1822 W. H. Lizars la situó nuevamente con el nombre de San Lucas. En algunos mapas antiguos aparece al frente de Trujillo no solo Isla Blanca o San Lucas, sino también un cayo con el nombre de Taykea. Indicó que el 19 de agosto de 1882 se produjo un fuerte sismo que derribó las dos torres de la iglesia y es probable que ese cataclismo hundiera la isla.

Rufino informó que la pareja se hospedó en el hotel Lempira, el único en aquellos años para alojar a los pasajeros que llegaban o partían de Trujillo. Tenía ochenta habitaciones distribuidas en sus dos pisos; había sido construido de madera y a unas tres cuadras de la playa, en el barrio Río Negro, al frente de un almacén de cal y piedras que aún existe. El viejo hotel, propiedad de Manuel Cepeda, desapareció y en su lugar fue construido uno llamado El Imperial.

Cerca de este estaban ubicados los corrales de las vacas, listas para cuando llegaran los barcos a realizar la exportación. En esa época las ventas de los animales para su reproducción en Cuba no incluían el pago de aranceles ni impuestos, porque la Guerra de los Diez Años había disminuido de forma drástica el ganado vacuno y las autoridades de La Habana dictaron un decreto donde establecían las normas de libre importación de vacas, ventajas que eran aprovechadas por los hacendados.

Rufino nos mostró su museo, que conserva la fachada de hierro del edificio del consulado inglés en ese puerto y el rótulo indicativo, la caja fuerte de la compañía bananera norteamericana United Fruit Company, piezas precolombinas, armas utilizadas por los conquistadores españoles, corsarios, piratas y filibusteros, anclas de barcos que fueron hundidos o naufragaron en esas costas, bombas de la Segunda Guerra Mundial y el primer trapiche para fabricar azúcar llegado desde La Habana.

Entre la variedad de piezas se encuentran colecciones de espadas, sables, machetes, cuchillos, recipientes utilizados por los marineros para transportar líquidos, camas de hierro, planchas domésticas para carbón, mapas antiguos, lámparas de aceite del primer alumbrado público de la ciudad y el tren de aterrizaje de un Hércules norteamericano que cayó accidentado en la bahía en una de las tantas operaciones contra las guerrillas salvadoreñas.

Conserva una colección de máquinas de escribir desde 1700, monedas y billetes de varios países, entre ellos de Cuba, juegos de cubiertos y, en un lugar especialmente protegido, las cucharas

envenenadas que llegaron de contrabando a la ciudad y de las que fueron víctimas más de doscientas personas. Se encuentran algunos de los cañones que servían para alertar de la llegada de los piratas.

Rufino habló de los personajes de relevancia histórica que habían vivido o pasado por ese puerto desde la segunda mitad del siglo XIX, y narró las incursiones del filibustero William Walker.

José Martí se interesó por ese hecho histórico. Llama la atención que el 23 de junio de 1887 escribió al director del Partido Liberal en México, refiriéndose a la reunión efectuada entre los delegados de la Liga de Anexión Americana y menciona al coronel Cutting y al filibustero Walker. Había expresado que para conocer un pueblo se había de estudiar todos sus aspectos y expresiones, tomando en cuenta sus elementos, tendencias, apóstoles, poetas y bandidos.

Rufino Galán refirió las memorias de su abuelo acerca de cómo José Martí y su esposa visitaron al cónsul inglés W. Mellhado y cenaron en su residencia, ubicada en un edificio de cal y canto muy sólido, porque emplearon yemas de huevos para formar la argamasa para su construcción. El consulado se encontraba muy cerca de la iglesia católica.

Según esos recuerdos el cónsul Mellhado expresó que Carmen era una gran dama, con refinamiento y excelentes modales, que además se encontraba feliz de llegar a Trujillo y de embarcarse para La Habana. Ella se refirió a las hondureñas y hondureños con grandes elogios, dijo que eran muy corteses y amables, le ayudaban al subirse a las mulas, se preocupaban, le dieron facilidades para bañarse con abundante agua, le obsequiaron en una hacienda un cumpo de leche, le ofrecieron quesos y otras comidas delicadas y cuando conocieron su estado de embarazo los cuidados se extremaron.

En algún punto de la ruta ella observó una fiesta llamada la ronda de los muleros, habló con desagrado de algunos lugares

donde comían caracoles, lagartos, iguanas y unos gusanos grandes asados, y del impacto del canto desagradable y molesto de un ave llamada chachalaca, de nombre simpático y vistoso plumaje.

Carmen sabía cantar, pero no quiso complacerlos. El cónsul elogió la forma tierna en que trataba al marido y que al comentarle a este de la hermosura de la señora, de su piel blanca, contrastando con el pelo negro y ojos llamativos y oscuros, con mirada de soñadora, Martí le respondió que todas las mujeres de la tierra de su esposa eran así de hermosas.

Mellhado les recomendó tomar un vapor para Nueva Orleans y desde allí a La Habana. *Nuevo Barcelona* era un barco militar adaptado para transportar ganado, con olores insoportables, nidos de ratones y un buen número de tripulantes carentes de las más elementales normas de urbanidad, caballerosidad, educación y buenos modales, que utilizaban en su lenguaje palabras muy vulgares. Les advirtió que tenía informaciones ciertas de reyertas a bordo, con heridos y lesionados, y les relató el caso del lanzamiento al agua de uno de los tripulantes, quien desapareció en el mar. El navío era utilizado por contrabandistas para sus condenables acciones; la comida era mala y preparada sin higiene, pero al parecer Carmen quería llegar pronto a Cuba, porque expresó su voluntad de acompañar a su esposo en ese incómodo viaje.

El cónsul y José Martí conversaron de varios proyectos de desarrollo del río Aguán y la pareja fue invitada por aquel para dar un recorrido hasta sus márgenes. Martí aceptó, pero su esposa no quiso acompañarlos y de forma amable dijo que prefería esperarlo en el hotel, pues el polvo del camino le afectaba y tenía muchas picaduras de mosquitos.

La veracidad de la visita de Martí y Carmen al cónsul, como representante de los asuntos españoles en ese puerto, se puede comprobar a partir de que en la Cédula de Vecindad de José Martí habilitada en La Habana, aparece que el pasaporte fue confeccionado en Trujillo. El documento expresa que los pasapor-

tes de los deportados, y José Martí era uno de ellos, llevaban una nota que decía:

El presente documento será nulo cuando tuviere la fecha enmendada por estar dispuesto que lleve impresa la del corriente año. Podrá hacerse uso de este pasaporte en el término de un mes, debiendo renovarse transcurrido este tiempo. Para regresar a esta Isla de cualquier punto de los dominios españoles, se refrendará por la autoridad competente y si fuese de países extranjeros, por el representante de España o quien haga sus veces.¹⁶

[Archivo de los autores].

Para poder viajar a Cuba José Martí estaba obligado a refrendar su pasaporte o hacerse uno nuevo. Es probable que esto último fuera lo sucedido. En sus escritos hay una referencia al cónsul inglés y a las posibilidades de desarrollo económico del río Aguán. En una carta dirigida al director de *La República*, fechada en Nueva York el 12 de agosto de 1886, escribió:

[...] El Cónsul inglés W. Mellhado le asegura también la abundancia que hay en aquel suelo de buen clima en minerales y maderas. Y después de algunos telegramas del Gobierno hondureño que muestran la fe que le inspira la empresa del Aguán, y de las concesiones en que ésta descansa, cierra el cuaderno de la Compañía con la cabal y amena descripción de Honduras que el caballero Squier, autor distinguido de “Honduras” y “Notas sobre Centroamérica” escribió concisamente para ese li-

16 Cotejado por los autores.

bro que debe estar en todas las bibliotecas: la “Enciclopedia Británica”. Todavía tiene más el cuaderno: acaba con un mapa nuevo de las tierras que cubren el canal de “Aguán”.

[José Martí: *Obras completas*, t. 8, p. 31].

Los relatos de Rufino Galán señalaron que la estancia de José Martí en esa ciudad fue de una semana. Allí llegaban muchos comerciantes hondureños para intercambiar con los tripulantes cubanos y mantener un activo contrabando. Vendían productos de cualquier país llegados a La Habana.

La mercancía entraba por esta ciudad y era trasladada para La Ceiba, donde no existía vigilancia ni control de aduana; desde este lugar venían compradores de Izabal, Puerto Cortés, Omoa, Tela y San Pedro Sula y seguían el contrabando rumbo a la ciudad de Guatemala, Comayagua, Tegucigalpa, El Salvador y algunas ciudades de Nicaragua.

El *Nuevo Barcelona* se había convertido en el principal medio para garantizar el alijo y contaba con la complicidad de los altos jefes militares españoles en La Habana. La llegada del barco era una fiesta, pues los tripulantes traían bebidas en abundancia e instrumentos musicales de la capital cubana, y los hondureños organizaban grandes comidas. La embarcación traía azúcar y alimentos y llevaba cuero de res, zarparrillas, quesos y muchas reses; para fines de años pavos, conocidos como jolotes, arreados desde las haciendas como se hacía con el ganado vacuno y los cerdos. Según el abogado Carlos Castro, el agua potable para la travesía era traída de los ríos Capiro y Calentura, y utilizaban mulas para el acarreo del vital líquido; también compraban zacate para la alimentación del ganado durante el viaje.

El puerto de Trujillo sufrió ataques constantes de corsarios y piratas ingleses, holandeses y franceses, que robaron y quemaron hasta la iglesia. En 1604 fungía como puerto legítimo en Hondu-

ras y reportaba tráfico entre puertos americanos, y especialmente el de La Habana.

En 1850 se reportó un fuerte incremento en la producción ganadera destinada a la exportación y había estrechos vínculos mercantiles con La Habana y Belice.

En 1861 Trujillo era la segunda ciudad más poblada de Honduras y, después de Omoa, el puerto más importante. La vida era muy simple y el comercio y el puerto representaban las únicas actividades que tenían lugar durante el día.

Entre la oleada de inmigrantes que llegaban a la costa atlántica hondureña se encontraban los negros garífunas, imponiendo sus creencias, costumbres, bailes y comidas. Diversos testimonios recogidos en las ciudades de La Ceiba y Trujillo registran que José Martí se interesó por esa cultura y costumbres. Tal vez esto explique que en una carta desde Nueva York, fechada el 15 de abril de 1882, dirigida al director del periódico *La Opinión Nacional* se refiere, entre otros aspectos, a diferentes creencias religiosas y dice que los negros caribes de Honduras, muy bellos e inteligentes, habían hecho comercio con los sacerdotes del lugar, los cuales les permitían sus bailes misteriosos y sus fiestas bárbaras de África, a cambio de que acataran su señoría y llevaran velas y tributos a la iglesia.

A Honduras, Trujillo y el río Aguán, José Martí se refirió en una carta al director del periódico *La República*, con fecha 8 de julio de 1886, donde entre otras cosas dice:

Señor Director de La República:

Debo a la merced de algunos nobles amigos de Honduras el encargo, que estimo como valioso privilegio, de escribir periódicamente para “La República”, con mi juicio americano y libre, una revista ordenada, de cuanto pase en esta tierra, grande en sus maravillas como en sus defectos, que pueda ser de interés o utilidad en ese

gallardo país hondureño, del que no digo aquí cuanto me nace para él filialmente del alma, porque no vaya a parecer lisonja entrometida, la amorosa ternura con que le veo irse haciendo y levantando,—y porque tengo en tal respeto la palabra pública, que, ni aun para captarse la simpatía que ha menester en una tierra culta el cronista desconocido que llega a sus puertas, deben emplearse en expresiones meramente personales la atención y el espacio que han de darse enteros al mejoramiento de la patria, y al estudio leal de los problemas industriales y políticos, que puedan ayudar a extraer el oro de sus entrañas generosas, o a ir poniendo en su aire ese otro oro sutil y de más precio que viene con la práctica entendida y sincera de las libertades.

[*Ibíd.*, t. 8, p.19].

Partida para La Habana

El 28 de agosto de 1878 partió el barco *Nuevo Barcelona* donde viajaron José Martí y su señora. La salida fue demorada porque se produjo una gran discusión y trifulca entre algunos tripulantes y vendedores de cocos de agua, debido a que algún malvado colocó sacos de coco seco y esos tripulantes lo consideraron como engaño y estafa, y querían recuperar el dinero, pero no apareció el culpable y las autoridades aduaneras se vieron obligadas a intervenir.

Según los reportes del movimiento de barcos en el puerto de La Habana, el 22 de agosto partió hacia el de Trujillo el vapor *Nuevo Barcelona*, cuyo capitán era el señor Díaz, y regresó el 31 de agosto con setecientas sesenta y seis toneladas de mercancía y un lote de ganado para el señor Herrera. Se especificaba que poseía una dotación de cuarenta y cinco tripulantes y cinco pasajeros; estos últimos eran Baltasar Muñoz, Francisco Cisneros, Miguel Hernández, José Marty y señora.

El hecho de que el apellido Martí apareciera con una escritura diferente provocó varias interrogantes, entre ellas si había sido un error del consulado inglés en Trujillo, de los funcionarios del puerto de La Habana, de los archiveros de la aduana o de los documentos de viaje del Apóstol. En la ciudad de Camagüey existía un José Marty, encargado de llevar el control de los funcionarios españoles en esa villa. Tal vez, la existencia de esa persona era conocida por algún camagüeyano vinculado a los españoles y a la familia del suegro de José Martí. Entre los pasajeros se encontraba Francisco Cisneros, con probables vínculos familiares con el padre de Carmen Zayas-Bazán.

José Martí escribió sobre las barcas, dragas, maquinarias, buques, tierras y almacenes en las márgenes del río Aguán. También se refirió a las tierras de Colón, Yoro y Olancho, sus minas presentes y futuras, sus líneas de telégrafo y teléfono. Las canoas que solían traer a Trujillo productos de esa región afortunada confirmaban las leyendas conocidas sobre la existencia de esmeralda y de oro, y los cuentos de exuberancia y pasmo que movieron a Hernán Cortés al más rudo de sus viajes. El Apóstol escribió:

[...] Allí corre el río Aguán, nacido en aquellos campos de oro, plata y cobre que hacen de Honduras el primer país minero de Centroamérica, e igualarán a los de cualquier lugar del globo, luego que esta Compañía les proporcione en sus vapores útiles modernos y transporte fácil. Cruza el río bosques preciados de las más finas maderas de construcción y de tinte “que pondrá en el mercado la Compañía” y más luego en las ricas tierras de aluvión del valle de Aguán, que acaba hoy a unas treinta y dos millas de Trujillo, sobre el lecho mismo que tuvo en lo antiguo, e iba derechamente a morir en el puerto. El canal será todo él de unas veinticinco millas; pero va por lagunas; y sólo hay que abrir unas cinco millas de tierra [...].

[Ibídem, p. 30].

Se refiere al comercio que afluirá desde todo el valle de Aguán hasta el puerto de Trujillo, y comenta:

[...]

De tiempo atrás venía apenando a los observadores americanos la imprudente facilidad con que Honduras, por sinrazón visible más confiada en los extraños que en

los propios, se abrió a la gente rubia que con la fama de progreso le iba del Norte a obtener allí, a todo por nada, las empresas pingües que en su tierra les escasean o se les cierran. Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo; pero con el pretexto del trabajo, y la simpatía del americanismo, no han de venir a sentársenos sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, los buscavidas y los ladrones.

[Ibídem, p. 36].

El 31 de agosto de 1878 descendieron José Martí y Carmen del *Nuevo Barcelona*.

Nuevas angustias

Después de los encuentros familiares, José Martí y Carmen alquilaron una vivienda en la calle Tulipán, número 32. En octubre de 1878 él le escribió a Manuel Mercado:

[...] Quisiera yo arrancar súbitamente a mi familia de la situación—si no miserable—trabajosa en que hoy la veo;—y crearme pronto una pequeña fortuna para que mi mujer y mi hijo,—porque en Diciembre lo tendré, afrontasen las naturales consecuencias de mi rebelde y duro carácter. ¡Pero es terrible martirio este de ver necesaria una gran obra, sentirse con fuerzas para llevarla a cabo, y no poder llevarla!

[...]

Pasando ríos y durmiendo en chozas, en días tranquilos y en días azarosos,—en todo día y ocasión hablamos de Uds. Y como Carmen, si no fuera mi alma esposa, sería mi alma gemela,—la conversación no es más que un solo voto:—¡cuándo los volveremos a ver!—¡cuándo los veremos venturosos!

[...]

Carmen no escribe aquí, porque ella está en el Tulipán, delicioso lugar, como una Tacubaya suiza, donde vivimos, y yo escribo en la Habana, sobre una mesa que está esperando pleitos.—Tulipán 32 es su casa; pero Industria 122 es más seguro para la dirección de las cartas.

[...]

[...] De su hermana Carmen sepa muchas cosas Lola [...].

[Ibidem, t. 20, pp. 56 y 57].

En esa carta, la primera desde su salida de la ciudad de Guatemala y su paso por Honduras, escribió que atravesando ríos, durmiendo en chozas, en días tranquilos o azarosos, siempre hablaban de la familia Mercado; también de la solicitud de poner sobre y enviar una carta de Carmen a su hermana Rosa.

El 22 de noviembre de 1878 nació el hijo de Martí y Carmen, a quien nombraron José Francisco, en honor al padre y al abuelo materno. El parto fue complicado y requirió de una operación. Carmen quedó muy delicada de salud y la familia acudió a prestarle ayuda. Leonor, conocida cariñosamente como la Chata, fue a cuidarla. José Martí dejó constancia de ello cuando recordó cómo aquella desafió una prohibición de su marido para ser buena con Carmen e ir a cuidar a su hijo.

En esa etapa Martí trabajaba en el bufete de Nicolás Azcárate. El 17 de enero de 1879 le escribió a Manuel Mercado y le dio una explicación de la larga ausencia en la correspondencia; entre otras cosas le dice:

[...] —Cuanto predije, está cumplido.—Cuantas desdichas esperé, tantas me afligen.—Primera debilidad, y error grave de mi vida: la vuelta a Cuba.—Hoy, mi pobre Carmen, que tanto lloró por volver, se lamenta de haber llorado tanto.—Nadie quiere convencerse de que prever es ver antes que los demás.—Todo me lo compensan mi mujer heroica, y mi lindísimo hijo bastante bello y bastante precoz—¡mi nube humana de 2 meses!—para consolar todas mis penas.—Pero aquí me veo, sin alegría para el espíritu, queda la pluma y aherrajados los

labios, arrastrando difícilmente una vida que se me hace cada día más trabajosa [...].—So pretextos pueriles, me han negado el permiso para ejercer como abogado hasta que venga ratificado mi título de España.—Tengo clases, y ahora corre trámites, con peligro de tener la misma solución, mi petición de que me habiliten mi título de Filosofía y Letras.—A mí me falta la intrepidez donde no corre aire simpático.—Aquí las exigencias sociales aumentan, y mis medios de vida disminuyen [...].

[Ibídem, p. 58].

Le contó que Nicolás Azcárate le había propuesto una alcaldía mayor interina, cosa prominente, y que esto para quien la proponía era bondad pero, en sus condiciones, aceptarla sería una villanía, por lo que arrastraría esa vida hasta que pagara las pequeñas deudas que en esos meses había contraído. También le señaló:

[...]

U. habrá leído en mi carta anterior los dolores que, para dar vida a mi hijo, sufrió mi Carmen.—Con gran cuidado la operaron; pero temo que viva por algún tiempo enferma. Vivimos los tres en entrañable unión. Nada más que nosotros, y algún noble hogar de amigos, nos parece verdad en la tierra.

[Ibídem, p. 59].

Le informó su nueva dirección en Industria 115, le pidió que le diera un abrazo de Carmen a Lola, le besara la mano en su nombre, y las mejillas a sus hijos.

A mediados de febrero José Martí comenzó a trabajar como profesor de Retórica, Poética y Gramática Castellana en el co-

legio de segunda enseñanza y en marzo, en el bufete de Miguel Francisco Viondi. Debía seguir ayudando a sus padres, sufragar los gastos del hogar, ahorrar para pagar sus deudas y continuar sus proyectos políticos libertadores. Es significativo que Viondi estaba casado con una hija de Francisco Javier de Varona y Zayas-Bazán, primo del padre de Carmen y tal vez tío de Francisco Cisneros, quien ayudó a José Martí durante su paso por Honduras.

En La Habana continuó su trabajo revolucionario, conspirativo, tratando de reunir los recursos y voluntades para emprender de nuevo la guerra liberadora. En 1879 hubo un intento a través de un movimiento armado conocido como la Guerra Chiquita.

Martí vivía en una casita modesta, alegre y limpia, en la calle Amistad, número 42, entre Neptuno y Concordia. Carmen Zayas-Bazán tenía en alta estima y consideración a Juan Gualberto Gómez. En la mañana del 17 de septiembre Martí lo llevó a almorzar a su casa y, mientras estaban a la mesa, sonó la aldaba de la puerta. Era un policía para detenerlo. Carmen, presa de una gran angustia, le pidió a Juan hacer lo posible para ver adónde lo llevaban y que le avisara a Nicolás Azcárate. Juan Gualberto lo siguió discretamente hasta verlo entrar en la jefatura de policía instalada en Empedrado y Monserrate. Después de la detención, sin instrucción de causa ni juicio, le expidieron un pasaporte y ordenaron su deportación a España.

Antes de la partida de José Martí, Carmen decidió regresar a Camagüey para reunirse con su familia, tal vez esto explique una carta de él fechada el 18 de septiembre donde le dice:

¡Qué noche, Carmen, y qué horribles días! Ahora voy a saber lo que es morir.

Tú me dices que vienes muy pronto. Ven de veras, aunque te vuelvas a ir, para volver a comer.

Tengo muchos encargos que hacerte en cosas de casa para hoy.—¡Para hoy, Carmen mía, porque te vas mañana! Y mi hijo ahora más bello, como para que me duela más separarme de él.—¡Ay, si cupieran en mí—!

[...] Recógeme todos mis papeles y escritos. Los apuntes sobre Echegaray. Los de América. Todo puede venir. Que Antonia me haga notas de mis libros. Y ven tú, ¡aunque sea para volverte a ir!

Tu

Pepe.

[Ibídem, pp. 268 y 269].

José Martí partió a su segundo destierro en el vapor *Alfonso XII* el 25 de septiembre de 1879 y llegó a Santander el 11 de octubre, donde permaneció encarcelado. El 13 le escribió a Viondi una extensa carta donde refiere:

Mi ejemplar amigo.—

Llena tengo el alma todavía del hermoso dolor de aquel día último,—y los que allí me acompañaron, a todas partes me acompañan. Pero no quiero hablarle de esto. Ni escribir quiero mis memorias,—porque hasta las que escribo me hacen falta para calentarme el alma en tanta soledad:—¡mi mujer y mi hijo!, ¡Si viera V. qué tristemente me hablan desde mi corazón!—

[...]

Sombrías ideas tenía en la cárcel, por el dolor que mi prisión habría causado a Carmen. En lo que a ella le aliviará de pesadumbre, he estimado mi libertad.— [...].

[...]

Perdón por esta larga carta, en gracia de ser la primera que desde España escribo. Muy agitado para comenzar escribiendo a Carmen, he querido verter antes a quien tan buen derecho tiene a él, este exceso de íntima confianza en que rebose ahora mi alma [...].

[José Martí: *Epistolario*, t. 1, pp. 149-151].

El 22 de octubre el gobernador civil de Santander legalizó su documentación y se le permitió el traslado a Madrid; el 29 se presentó ante las autoridades y fijó su residencia en la calle Tetuán, número 20-21. Le escribió de nuevo a Viondi el 18 de noviembre y entre otras cosas le dice:

[...]

En esperar y en amar se me pasa el tiempo. Y en devorar impacencias que no quieren adormecerse [...].

[...] Con inquietud espero, ansioso de saber de Vd.,—y por Vd. de mi mujer y de mi hijo, carta suya. Y ahora, como me trae inquieto el pensamiento de dar una vuelta por Granada;—no sé si llegarán aquí sus cartas, de manera que las recibiese yo antes de emprender viaje. ¡Qué será de mí por esos yermos, sin noticias de mi mujer y de mi hijo! No hay, Viondi, a la par de los altos deberes, placer más dulce ni dolor más grande que el que causa estar cerca o estar lejos de esas criaturas, en las que, por transfusión maravillosa, está el calor de todos los amores. En vano se busca el alma, quedada en ellos. Perderlos es menester para mejor amarlos. Ni mujer bella, ni niño hermoso, cuando estamos lejos de nuestra mujer y nuestro hijo.

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, pp. 272 y 273].

En la carta le pide enviar a Francisco Zayas-Bazán las escrituras de cesión a su favor, que en una carpeta se quedaron guardadas. El 28 de noviembre le volvió a escribir:

[...] —Pero yo estaba en cama. Es cosa de huir de sí mismo ésta de no tener ni suelo propio en que vivir, ni cabeza de hijo que besar.—Con vivísima ansia espero la carta que, de Vd. a mí, debe hoy llegar.—De los suyos me hablará y de los míos.—Y ya, tomadas en cuanto a mí las naturales resoluciones, sólo en este inmenso goce pienso: en el de saber, por mi generoso amigo, qué será de los que con mi alma viven.

[Ibídem, p. 275].

Le envía una nueva carta el 8 de diciembre:

Amigo mío:

Las manos, entumidas de frío, en esta mañanita de diciembre, dicen mal lo que el espíritu, siempre amoroso, forja. Heme aquí que quiero mucho a los que merecen ser de mí queridos, y no sé cómo escribírselo. Déjeme decirle ante todo cuán triste me dejó la llegada del vapor Alfonso XII, que puesto que fue en el que yo vine, y salió a Cuba con noticias mías, y ha vuelto ya, debió volver con noticias de los que se acuerden de mí.—Y por Vd. ya que de ella aún no había tiempo de mi mujer y de mi hijo—mi Carmen se me queja, y ha de ser sin razón, de que ni mi madre ni Vd. hayan respondido en todo el mes de octubre a la carta que a cada uno escribió.

En espera estoy, entre otras cosas, de la primera carta de mi mujer que en respuesta a la mía reciba, y, de la que

me trae José Ramón. Sin esto, nada comprendo.—Luego de esto—todo.

[...]

De fiestas, digan los que tuvieran ánimo y protección oficial para gozarlas. Yo, esperando con gran inquietud cartas, he roído el triste tiempo. Ahora me trae muy pensativo,—aunque creo que ya tengo decisión hecha, porque ésta sobresale y queda después de todo otro pensamiento,—la suerte de mi mujer.—Si su padre fuera pobre, su mismo bien, porque mi mayor libertad es hoy su bien mayor, me hubiera exigido que la dejase al lado de su padre.—Pero, puesto que mis anhelos y angustias están en riña con mi real situación humana,—yo debo resolver todos mis problemas con todos sus datos, y sobre todo, con los que voluntariamente traje a ellos: mi mujer y mi hijo. Puesto que amontoné a mi paso dificultades,—para mí lo han de ser, y no para otro.—Puede haber gloria más brillante, aunque acá en lo interior acusadora, sacrificando a mi deber que place otro deber que estorba;—pero la gloria real, a los ojos del juez interior, que es el que más importa y más aflige, está en sacrificar con gran amargura silenciosa,—suavizada por la alegría que causa el deber cumplido—la obligación que place a aquella que impide cumplirla activamente.—Fuera cobarde, buscar para los hombros un gran peso, y en el momento de la lucha, echarlo sobre los hombros de otro. Así es fácil el triunfo: siendo injusto.—A mí, los que viven de mí.—¿Cómo?—Vengan ellos:—luego,—aquí tengo mis brazos, no cansados.

[...]

Ya no me queda tiempo más que para enviar un beso a su nuevo hijo,—poner a Julita sobre la mesa del comedor para que en ella dé sus gigantescos pasos;—dejarse-

la a Vd. en los brazos e irme yo a los de mi mujer y de mi hijo—en carta.

[Ibídem, pp. 275-278].

Desde la capital española José Martí viajó a París, de allí se dirigió al puerto El Havre y el 20 de diciembre de 1879 embarcó en el vapor *France* hacia Nueva York, adonde llegó el 2 de enero de 1880 para desembarcar al día siguiente. Se hospedó en la vivienda de su amigo, el coronel Miguel Fernández Ledesma y pocos días después se instaló en la casa de huéspedes de Carmen Miyares y Manuel Mantilla. El 7 de enero recibió la siguiente carta de su esposa:

Pepe:

Las aflicciones por que está pasando mi espíritu son demasiado tristes para que yo pueda ocuparme de contestar tu romance y tu última carta: yo no estimo sino lo que es absolutamente cierto, tus acusaciones no lo son, por lo tanto, no me angustian.

Deseo mucho que puedas al fin ir al pueblo que elijas, no tanto por mí como por mi hijo; se acerca el tiempo en que el niño note que la sombra del padre le falta; tiene tanta inteligencia y ya lo habla todo de manera que muy pronto me preguntará por ti.

Yo no sé qué sucederá, ni qué día dejaré de sufrir, pero cuenta con que iré donde quieras el día que tengas seguro lo necesario para vivir.

He sabido que escribiste una carta a Papá en la que le decías yo había venido porque no quería pasar pobreza a tu lado; mi contestación a eso está dada, todos saben que ya sólo la ropa teníamos que empeñar para vivir, y que tú no tenías donde trabajar.

Desde hoy espero tus órdenes para hacer cuanto me mandes. Créeme Pepe, yo no quiero sino que olvidemos el pasado, es necesario estar unidos por nuestro hijo, no se le da vida a un ser para sacrificarlo, sino para sacrificarse por él.

Dios te ponga pronto bueno, y haga tengas recursos para emprender tu viaje, acá rogamos mi hijo y yo para que seas feliz.

Carmen.

El niño está bueno del ojo ya.

[Luis García Pascual: *Destinatario José Martí*, p. 80].

El día 8 Martí le escribe a Viondi:

[...]

Nada más he de decirle para justificar una demanda que en esta carta le hago, sino que en estos instantes se juega la felicidad de toda mi existencia, y que Vd. ha de ayudarme con un pequeño servicio a ganar esta terrible partida. Yo creí poder llamar a mi lado a mi mujer para abril, luego de haber echado alguna raíz en esta tierra,—y me veo, con razón muy sobrada, obligado a hacerla venir sin demora alguna. Aquí vislumbro campo, y viviré. Intentaré todo lo honrado, y me ayudarán de buena voluntad. ¿Cuál no será mi pena, cuando aun antes de hallar trabajo, y en la lucha natural de no hallarlo conforme a mis necesidades,—envío a buscar a mi mujer?—y ni puedo ni quiero dejar de enviar a buscarla!—«Y ¿cómo ha podido Vd.—bolsa en ruinas—hacer esta maravilla?», me dirá Vd.—Allá le va el billete de pasaje de la Habana a Nueva York.—Y Vd., amigo mío, como favor único, a pedir el cual—después de tantos otros inolvidables, sólo

me creo autorizado por mi presente y honda angustia ¿podrá enviar a mi mujer por el primer vapor que luego de recibida esta carta, salga para Puerto Príncipe,—cuatro onzas en oro?—O, si fuese para Vd. sacrificio demasiado grande ¿podrá enviarle al menos el precio de su pasaje del Príncipe a la Habana,— y en la Habana recibirla,— y hacer que alguna persona que no sea Vd. me la acompañe en los instantes del embarque? Jamás tan pavorosa pena hizo tan gran estrago en mi agitada vida.— ¿A qué hablarle de mi amargura, al tener que quebrar mis hábitos,—y pedir a Vd. este servicio de dinero? ¿A qué encomiarle más la urgencia del caso, si se lo pido?— No hablo a Carmen de mi verdadera situación, ni deseo que le hable Vd. de ella en la Habana,—porque espero tenerla en parte conjurada, y porque deseo que nada estorbe el logro de la resolución que he tomado. ¿Bastará mi energía para abrirme un humilde hueco en esta tierra? En mi fortaleza y en mi voluntad espero. Pero los brazos se mueven mal, y caen perezosos a los lados, cuando no los dirige un espíritu tranquilo. Y el mío, bajo aparentes sonrisas. Anda ahora airado: ¡nubes de enero!

[...]

[...] De manera, que yo espero en Vd.—para reconquistar mi calma. Que Vd. me atenderá a Carmen. Que Vd. me guardará hasta que ella venga un abrigo y un sombrero que envió a mi hijo:—gasto en salvas de amor mis últimos cartuchos.—Y que, como mi regalo de año nuevo, me enviará Vd. una palabra por telégrafo, para apaciguar mi fiera inquietud, tan pronto como Vd. sepa que Carmen sale del Príncipe, con esta dirección, y con esta única palabra:—Va.—Sr. Manuel Mantilla.—51 East. 29 Street [...].

[Ibíd., pp. 281-283].

El 5 de febrero le volvió a escribir expresándole que como Carmen viajaría le enviaba el abrigo de su hijo y algunas chucherías para entregárselas; también mandaba una carta para su mujer y expresa:

[...] —Yo cumplo con mi deber: Dios me amparará.—
Aún no sé qué va a ser de mí—¡qué no haré yo porque
tengan ella y mi pequeñuelo, cuanto les sea necesario!
[Ibídem, p. 284].

Carmen Zayas-Bazán y su hijo llegaron a Nueva York el 3 de marzo de 1880 y el 24 de abril de ese año José Martí le escribió a Viondi:

Carmen me fue mensajera de cariños de Vd.—y de bondades suyas.—Estas vinieron a hacerme más llevaderas las amarguras de una existencia seriamente difícil, donde—llena la mente de fieras ideas que perturban; y el día de graves y generales quehaceres,—tengo, sin embargo, que distraer todas mis pobres fuerzas, y buscar modo de emplearlas para mi propia vida en un mundo, y contra un mundo, completamente nuevo.—No es esto lo que me debilita. La herida me viene de la soledad que sentí. No la siento ya ahora,—pero las raíces, aun luego de bien arrancadas, dejan largo tiempo su huella en la tierra.

Yo temo siempre que no me quieran bien. Por cariño le callé mi cariño en el mes que siguió a la llegada de Carmen.—Y cuando me creía ya olvidado, y me preparaba a enojarme, una linda criatura, América Goicuría, me dijo que Vd. se acordaba de mí.—No es detalle perdible, éste de recibir un recado de amistad de labios que de

seguro no han de expresarla mal.—Las frases quedan flojas cuando no son completas.

[Ibíd., pp. 284 y 285].

Le escribió el 6 de mayo a Manuel Mercado:

[...]

Carmen y mi hijo están a mi lado. Carmen no comparte, con estos juicios del presente que no siempre alcanzan a lo futuro, mi devoción a mis tareas de hoy. Pero compensa estas pequeñas injusticias con su cariño siempre tierno y con una exquisita consagración a esta delicada criatura que nuestra buena fortuna nos dio por hijo. Apenas entre el verano, le enviaremos su retrato. No tiene esas prematureces portentosas que hacen las delicias de los padres vulgares. Sabrá sufrir, sabrá pensar y sabrá amar. Saber sufrir es lo que más importa—aunque se muera de esto. Tiene ojos profundos y frente ancha. Pero es, blando y sencillo, como a sus meses toca. Regaño a Carmen porque ha dejado de ser mi mujer por ser su madre.—En cuanto a la mía, ella, como tantos otros, cree que obro impulsado por ciegos entusiasmos o por novelescos apetitos; se me reprocha que haga en prosa lo que se me tenía por bello cuando lo decía en verso.—Yo no entiendo estas diferencias entre las promesas de la imaginación y los actos del carácter.—Hago tristemente, sin gozo ni esperanza alguna, lo que creo que es honrado en mí y útil para los demás que yo haga. Fuerzas quiero,—que no premio, para acabar esta tarea. Sé de antemano que rara vez cobijan las ramas de un árbol la casa de aquel que lo siembra.

[Ibíd., pp. 60 y 61].

Le envía la dirección donde vive y le señala en la despedida que Carmen iba a escribirle a Lola, pero no le quedó tiempo y le enviaba un abrazo.

El periódico *Diario de la Marina* del 3 de agosto de 1880 informó que Francisco Zayas-Bazán había partido para Nueva York. Las relaciones entre Carmen y la familia de José Martí no eran buenas; el padre se parcializaba con su hija y seguramente esta le había contado las incomprensiones con la familia. El 29 de septiembre él regresó a La Habana y no fue a visitar a los padres de José Martí, ni les llevó cartas, ni noticias.

Esta actitud irritó y molestó a Leonor Pérez, quien dolida, le escribió a su hijo el 15 de octubre diciéndole lo mucho que había llorado en esos meses; se quejó de Francisco Zayas-Bazán y de Carmen, de quien manifiesta que se portaba mal con ella, pues le prometió escribirle a menudo y no lo había hecho desde julio, que era madre y no comprendía los sufrimientos de otra madre.

José Martí decidió salir de Estados Unidos, donde no encontraba trabajo y la situación económica era en extremo grave. Entre las opciones estaba Venezuela, aunque varios amigos le aconsejaron no hacerlo por considerarlo una pérdida de tiempo, dado el sistema de gobierno que allí imperaba. Carmen se opuso al viaje, consideraba que debían regresar a Cuba, pero Martí insistió en trasladarse a Caracas.

Testimonios familiares expresaron la disposición de la esposa de José Martí para acompañarlo a Venezuela, pero cuando estuviera establecido y con las condiciones necesarias garantizadas. Esto creó ciertas incomprensiones entre ambos. Contra los deseos de José Martí, pero de mutuo acuerdo, el 21 de octubre Carmen regresó a La Habana con su hijo y se hospedó en la casa de la Chata, hermana de José Martí.

La imprevista llegada disgustó a Leonor y a sus hijas, quienes le dirigieron frases duras e hirientes y la responsabilizaron de las incomprensiones y el abandono. La culpaban de no estar preparada

para la pobreza y las limitaciones económicas y consideraron que esa era la causa de la partida de Estados Unidos. La muchacha se sintió profundamente herida y ofendida, y decidió viajar a Camagüey contra la voluntad de la familia de José Martí. Debido a esto las contradicciones se agudizaron, incluso se hablaba de una posible separación.

Carmen acudió a Baltasar Muñoz, quien le ayudó con el pasaje para trasladarse al puerto de Nuevitas y desde allí a Camagüey. El compañero de viaje desde la ciudad de Guatemala hasta el puerto hondureño de Trujillo y La Habana estuvo presente y le proporcionó todo el apoyo material necesario.

Manuel García, esposo de la Chata, le escribió a Martí el 9 de agosto informándole sobre la partida de Carmen y que esa determinación solo se debía a su mala situación económica, lo difícil del viaje y a otras cosas calladas por ella. Le explicó como trataron de complacerla en todos sus pedidos y que creía que ella sabía conducirse, pues tenía talento para pensar; consultó con todo el que podía y quería a Martí, entre ellos Azcárate, quienes le aconsejaron que era una locura viajar con su hijo a un país desconocido sin contar con suficientes recursos. Le sugirieron esperar más tiempo, hasta que Martí pudiera crear una fortuna o mejorar económicamente, para entonces emigrar.

De Pepito le dice que estaba divino, aunque en la travesía a Nuevitas sufrió un fuerte mareo, al igual que Carmen, al extremo que cuando llegaron fue necesario ayudarla a vestirse. Expresa que el niño almorzaba con su abuelo, se bañaba en el río, se ponía muy contento y solo quería comer panetela con vino y mangos.

Desde Puerto Príncipe Carmen le escribió a Martí una carta fechada el 10 de agosto:

Pepe:

Al fin estoy en este pueblo tan desventurado como yo.
Mis fuerzas se han acabado con este último viaje, y natu-

raleza y espíritu están rendidos. Vivo como una anciana sin esperar; y como un guerrero antes del combate, sin fatiga, y pronta a luchar hasta que el espíritu me anime por mi hijo. Ninguna indiferencia para él, ningún deber sin cumplir, ningún amor dormido o muerto me pondrán fuera de combate, y si las fuerzas me faltaran renacerían con sólo oírle decir con sus bracitos apretados a mi cuello “Mucho te quiero Mamá”.

Cada día me afirmo más y más en mi dolorosa resolución de no ir por ahora a Venezuela. Esta determinación me amarga pero me fortalece.—Contraer nuevos compromisos para ir a buscar una miseria cierta no debe ser aceptado por mí, ya que un fanatismo incomprendible te impulsa en un camino que tiene muchos abismos.—Yo no quiero cerrar los ojos e ir adelante!—es necesario ir limpiando y no sembrando de espinas el camino que unos pies delicados han de recorrer—. Mucho más que tú tienen méritos estos hombres que lucharon y hoy se rinden no a un gobierno que combatieron, sino a las necesidades de sus hijos no satisfechas, y al porvenir tan sagrado como el presente. Vestidos andan de rusia y labran por sí mismos estas tierras que fueron antes productoras de sus riquezas, pero los hijos a quienes le dieron la existencia tienen satisfechas sus necesidades con el trabajo honrado de su padre y podrán ser hombres ilustrados. Sacrificar a todos y cantar purezas lejos del contagio, olvidando cuanto hay de más sagrado en la tierra y más serio en la vida; ni es valor ni así se cumple con el deber.

A qué hablarte de mi hijo si es un dolor mayor a todos los sufrimientos que me atormentan hasta el cariño que

me tiene me hace sufrir; la distinción natural de su espíritu es notabilísima, está sumamente delgado; pero altísimo y se parece cada día más a ti.

Adiós, Dios te ilumine y no me abandone,

Carmen.

[Ibídem, pp. 88 y 89].

Martí viaja a Venezuela

Con la partida de su esposa e hijo, José Martí quedó en la tristeza y soledad. El 6 de enero de 1881 fungió como padrino de María Mantilla en la iglesia de St. Patrick's, en Brooklyn, y el día 8 salió para Venezuela.

Según diferentes estudios viajó en el vapor *Felicia* rumbo a La Guaira, con escala en Curazao y Puerto Cabello. Sobre la fecha exacta del desembarco, la escritora e investigadora venezolana Mirla Alcibiades, en su libro *Venezuela en José Martí*, precisó los datos.

La partida de Curazao se verificó el 18 de enero y la llegada a Puerto Cabello el 19, siendo esta la primera población venezolana que observó. Martí la describió como una pequeña ciudad pobre y casi arruinada, donde la desigualdad de las calles y el abandono de los pobladores daba pena, pero que era animada y llena de gente trabajadora, con su alegre jardín cargado de platanales, limoneros, naranjos, guanábanas, frutas dulces del trópico y que, rodeada por su reja de hierro, parecía como una cesta de flores que iba en busca de los forasteros. Se tropezaba con la gente del país, gritona y feliz, tomó agua de coco de la propia nuez y podía comprar una botella de ron de Maracaibo, acostarse en el barco al atardecer y levantarse al amanecer en La Guaira, el puerto del mar de Caracas.

La investigadora venezolana apunta que lo habitual en los viajeros era permanecer un día en Puerto Cabello y desde allí, en la misma embarcación, continuar viaje para La Guaira, donde arribó Martí el viernes 21 de enero. Según sus estudios, en el barco *Felicia* solo llegó un pasajero procedente de Nueva York que respondía al nombre de señor Mantilla, lo que hace presuponer que con ese apellido viajó a Venezuela.

Martí refirió que la ciudad estaba construida de forma irregular a los pies de una gran montaña; era accidentada, tortuosa, alegre, replegada en sí misma, y vista de lejos parecía una multitud de bonitos cachorros de perros echados bajo un inmenso vientre.

Desde La Guaira solo había dos horarios de salida para Caracas, uno por la mañana y otro a las tres de la tarde. El viaje demoraba tres horas para ascender los mil metros donde se encuentra situada la capital venezolana. De acuerdo con los relatos de José Martí, para ir a Caracas había que penetrar en el seno de esos colosos, costear abismos, cabalgar sobre sus cuestas, trepar los picos y saludar de cerca a las nubes; la carretera era una pista sobre precipicios, pero se respiraba aire bueno durante el trayecto.

Martí llegó al anochecer, lo que indica que tomó la diligencia de las tres de la tarde con arribo a las seis. Al llegar a Caracas fue a rendirle homenaje a Simón Bolívar. Sobre ese hecho escribió en *La Edad de Oro*:

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar [...].

[José Martí: *Obras completas*, t. 18, p. 304].

En la capital venezolana residió en la casa número 26 ½, perteneciente a Carmen Smith, situada en la intersección de las calles Santa Capilla y Mijares. Sobre el viaje y la ciudad refirió:

[...]

Venezuela vale bien el viaje que hay que hacer para llegar a ella, tras una travesía de doce días, bajo un cielo siempre azul y sobre un mar siempre azul, cielo y mar implacablemente bellos que son capaces de

hacer desear la borrasca. Después de habernos despedido de nuestra maravillosa bahía, no se extraña la grandeza del mar, ni sus ruidos, ni su majestad, ni su belleza: se sale de Nueva York. Allí, en medio del Océano, está el mar vacío: aquí, en medio de la ciudad está el mar lleno de hombres.

[...]

Venezuela es un país rico más allá de los límites naturales. Las montañas tienen vetas de oro, y de plata, y de hierro. La tierra, cual si fuera una doncella, despierta a la menor mirada de amor. La Sociedad Agrícola de Francia acaba de publicar un libro en el que se demuestra que no hay en la tierra un país tan bien dotado para establecer en él toda clase de cultivos. Se pueden allí sembrar patatas y tabaco:—té, cacao, y café; la encina crece junto a la palmera. Hasta se ve en la misma pucha el jasmín del Malabar y la rosa Malmaison, y en la misma cesta la pera y el banano. Hay todos los climas, todas las alturas, todas las especies de agua; orillas de mar, orillas de río, llanuras, montañas; la zona fría, la zona templada, la zona tórrida. Los ríos son grandes como el Mississippi; el suelo, fértil como las laderas de un volcán.

[...]

[...] —El hogar caraqueño es encantador: todo es enter necedor, pleno de amor, de espíritu de mujer, de puros goces, de tiernos encantos. Tienen algo de ala de mariposa y rayos de sol. Es un placer vivir en él. No es como en nuestras grandes ciudades—donde la faena agota al hombre y el hogar agota a la mujer. Es un bello rincón de yerba fresca donde un seno trémulo siempre espera la cabeza cansada del señor de la casa.—¡Oh! ¡qué hueca, peligrosa, fría y brutal es la vida sin esos amores!

[Ibídem, t. 19, pp. 156, 158 y 165].

Desde Puerto Príncipe su esposa le escribió el 13 enero:

Pepe:

Ignoro por qué no has podido enviarme a decir adiós, por consideración siquiera a quien ha tenido la desgracia de ver morir tantos afectos y tan grandes en un día. Ha amanecido uno en que he creído morir, tanta soledad y desconsuelo tenía en el alma.

Ayer recibí carta de Manuel con la letra para que fuera a vivir con ellos. Arrojada otra vez de mi casa por mi padre con pretextos de que era yo quien sostenía los disgustos y sólo por darle ese placer a Barrios. Viendo yo desde hacía tiempo por los insultos de mis hermanos que todo el motivo que tenían contra mí era que yo estaba en la casa sin deber, haciendo gastos, consulté a Azcárate sobre si podía pedir a papá, sin estar tú aquí, mi haber materno pues no tenía ni para zapatos del niño, me contestó que sí y yo guardé la consulta para cuando se ofreciera. Vino el día en que Barrios deseo verme fuera de la casa (Isabelita y Ángela estaban indignadas de ver la conducta de Barrios, Amalia y los muchachos y en detalles que quiero callarte.)

Fui a hablar con Papá que ha cedido a todo lo que Barrios ha querido en contra mía, me dijo que me viniera a vivir con mis tías porque yo no tenía derecho a estar en casa; entonces le dije si no lo tengo a estar sí lo tengo a mi haber materno pues no tengo con qué vivir y hace tres años que V. debió dármelo y nunca lo he molestado. Gritó, dijo que no tenía un medio, que acabara con su fortuna, que lo quemara todo, que nunca debí hablarle de esto, que me cogiera una casa; acepté y entonces retrocedió y me dijo que sólo podía darme 40\$ papel ¡para vivir y to-

das mis necesidades como rédito de mi haber materno! Vivo en la calle Mayor 16 comiendo escasamente con tal de salvarle la leche a mi hijo. El pueblo esta escandalizado, pues se sabe Barrios impedirá tu venida con cualquier infamia. Aquí no se habla de otra cosa, todos saben que Barrios quiere alejarme para pedir dinero. Isabelita y Ángela han sido muy dignas y me sostienen, no las sacan a ninguna parte y le tiran a muerte. Mis tías hermanas de papá hasta fueron a hablar con éste y están en su contra viendo la iniquidad que ha cometido; los escándalos que se han dado en casa hoy son origen de todas las conversaciones. Escribo [a] Azcárate dándole poderes para que escriba a papá, pues quiero que se me dé...¹⁷

[Luis García Pascual: *Destinatario José Martí*, pp. 81 y 82].

Francisco Zayas-Bazán y algunos de sus hijos se oponían al viaje de Carmen a Camagüey, al considerar que debía acompañar a su esposo. Esa llegada y sus propósitos de invitar a José Martí para establecerse en la ciudad, disgustaron a Leopoldo Barrios Carrión y provocó agudas contradicciones. Finalmente la muchacha decidió abandonar la casa paterna y trasladarse para la de unas tías con su hijo. Desde Puerto Príncipe, el 15 de enero de 1881, Isabel, una de sus hermanas, le escribió a José Martí:

Pepe:

con abatimiento indecible, empiezo una carta que te ha de comunicar tristezas grandes, a las que parece está destinada tu vida que ilusiones de tu espíritu no dejan ser dichosa.

17 Falta la continuación de esta carta.

Nadie como tu tienes condiciones, tantas, para ser feliz, te dotó Dios de una grandísima inteligencia, que te conquistó la buena voluntad de los hombres, que te hacen lado para dejarte pasar y te aprisionan en el corazón, unió a tu vida ejemplar compañera adornada de todos los encantos de la inteligencia, la gracia y la juventud, y para poner sello a unión tan grande de alma y cuerpo te dio ángel hermoso en nuestro Pepito: pero la ambición de los hombres es grande, y les hace buscar la dicha donde no existe y abandonan los verdaderos goces que Dios sin pena les concedió (perdóname este reproche de mi alma oprimida de tanta pena). Informada como estoy de todo lo que pasa en mi casa, desde antes de venir Carmita, te diré que grandes prevenciones en contra suya amargaron su vida aquí desde su llegada, y oferta hecha a ti, despertó celo por creerse venías a conquistar puesto de dominio que se ejerce sin pena, en nuestra familia, quitándolo de las manos a quien ya lo tiene; todos cuantos esfuerzos hice antes, y después de la llegada de mi hermana para remediar estos males fueron vanos, no habla la razón lenguaje que entienda la ambición.

Mi hermana está fuera hoy de su casa donde legítimamente le corresponde estar, y hay aflicción tanta en nuestros corazones como si con ella se hubiese ido toda nuestra alegría, nuestro niño nos hace falta a toda hora, y paréceme que he de ver su linda, rubia, y maliciosa cabecita asomarse por donde quiera, para reírnos con su linda boca: grande muy grande es hoy nuestra pena. Pepe; pero tú no la empeorarás cometiendo una violencia bien disculpable en tu corazón indignado pero que traería una separación más cruel y dolorosa, que la que hoy sufrimos, te suplico pues, como hermana que te quiere y aprecia sobre todo, pienses mucho lo que vas

a hacer, y no ciegue el orgullo tus ojos y nos hagas más desgraciadas.

Carmita, si bien con pobreza, vive bien con mis tías que la quieren mucho, y miman [a] su hijo, y si enferma, tiene el consuelo de estar en el seno de su familia que tanto la quiere; yo sé bien que la tuya es muy buena, pero hablo con el natural egoísmo de una hermana que tanto la quiere.

No te precipites, trabaja con sosiego la posición de tu pequeña familia a quien tienes la obligación de hacer feliz por ti, y por ellos, y no expongas en extranjera tierra, con poca reflexión [a] tu mujer y tu hijo; yo no te doy pretenciosos consejos, alivio mi corazón comunicando mis pensamientos a ti, que si no tienes mala voluntad entenderás. Carmita puede esperar muy bien algunos meses, a que tú busques trabajo seguro, en el seno de una reducida familia, pero tierna y segura.

Perdóname todavía un reproche que con solo exponértelo demostraría tu crueldad: no abandonó Carmita el hogar del marido pobre, dejó con prudencia de mujer de juicio la libertad, necesaria en la pobreza, a su marido, imponiéndose la pena de una separación que ella creía sería compensada, cuando tú la llamas a un hogar estable, futura casa de alegría de su hijo que, sólo por ser producto del trabajo de su padre, había de ser alegre, donde unidos y sin más pena de errante vida habían de hallarse los planes de educación de un ser tan querido y que por natural herencia ha de ser inteligente, no merece mi hermana ejemplar en todo tratamiento que por venir de ti es doblemente odioso, no puso la naturaleza fuerza tanta de inteligencia para que obraras como un hombre cualquiera.

Tú sabes, mi querido hermano, que en mí has tenido siempre dulce y cariñosa hermana, te quiero mucho,

mucho más cuando pienso depende de ti esta hermana tan buena y digna de ser dichosa por un hombre como tú, no te olvides de mis tiernos y no altivos consejos.

Yo entiendo tu pena hoy, pero la realidad se hizo para herir a los nobles y a los pequeños.

Piensa mucho tu decisión y no olvides en ella [a] tu hermana de corazón.

Isabel.

[Ibídem, pp. 82-84].

El periódico venezolano *La Opinión Nacional* registró la visita del Apóstol a ese órgano de prensa y el 28 de enero publicó:

Don José Martí. Este ilustrado cubano, que en años pasados redactaba en México la *Revista Universal*, se halla en Caracas, donde se propone fijar su residencia. Hemos tenido el gusto de tratarle en la visita que se ha dignado hacernos, y se ha granjeado nuestras sinceras simpatías. Deseamos cordialmente que sea feliz entre nosotros para que adopte a Venezuela como su segunda Patria tan generosa y providente como la que le dio el ser.¹⁸

En febrero José Martí trabajaba en Caracas como profesor de Gramática Francesa y de Literatura en el Colegio Santa María. Según los relatos de Graciela Aveledo, bisnieta del director fundador de esa escuela, entre Martí y su bisabuelo existió correspondencia y gran amistad, pues ambos eran masones.

Agustín Aveledo nació en Caracas en enero de 1837 y se graduó de ingeniero y doctor en Filosofía. Desde los veintidós años de

18 Cotejado por los autores.

edad se consagró a la docencia y fundó, el 2 de octubre de 1859, el mencionado colegio donde ejercieron destacados profesores, entre ellos José Martí.

Entre enero y abril de 1862 Aveledo formó parte de la comisión redactora de la *Revista Científica*, fue colaborador de la revista *Vargasia* y de los diarios *La Opinión Nacional*, *El Tiempo* y *La Religión*. En 1868 fundó la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas y, como miembro de esta, participó en excursiones de interés científico. Preparó un proyecto de ley sobre instrucción pública, prevista en el programa de reforma educacional, y el 5 de diciembre de 1869 fue designado ministro de Fomento, pero renunció en los primeros días de enero de 1870. Participó en la instalación del Colegio de Ingenieros de Venezuela, cuya presidencia ocupó durante varios períodos y le correspondió fundar el laboratorio meteorológico que funcionaba en la mencionada institución, e iniciar en el país y llevar por varios años el registro de temperatura, humedad y lluvias. En 1878 fue fundador del Asilo de Huérfanos de Caracas y presidente de la Junta de Instrucción Pública del Distrito Federal.

En marzo de 1881 José Martí impartió clases de Literatura en el Colegio Villegas, donde estableció una cátedra de Oratoria, pronunció un discurso en la velada artística convocada por el Club del Comercio para su presentación pública y alcanzó gran éxito como orador y poeta.

Según el importante estudio de Mirla Alcibiades, José Martí produjo un favorable impacto en la intelectualidad caraqueña y venezolana y afirma que existen numerosos registros y publicaciones al respecto. Entre los testigos de esas impresiones, la destacada investigadora cita la remembranza de Gonzalo Picón Febres, quien lo describió como un trabajador infatigable por la independencia política de Cuba, con su figura simpática, su prestigio como orador, el número copioso de sus escritos sobre diversos e interesantes temas, el excelente elogio que hizo de Cecilio Acosta y la grandilocuencia de su estilo, extrañamente arcaico. Era audaz como nin-

guro en las imágenes, pletórico de fantasía deslumbradora, como una vasta selva americana bañada a torrentes por la luz, en ocasiones lleno de extravagantes metáforas y en otras interminable en los períodos. Estas características le granjearon la más ciega y entusiasta admiración entre algunos de los jóvenes de aquella época.

Mirla destaca que otro factor que influyó en la pronta aceptación que tuvo Martí, guardó relación con su estilo oratorio fuerte, intenso, vivaz, de verbo rápido e inusitado.

José Martí comenzó a escribir para *La Opinión Nacional* y en julio publicó el primer número de la *Revista Venezolana* y un artículo elogioso dedicado a Cecilio Acosta, quien falleció el día 8 de ese mes.

Acosta era un importante escritor, periodista y exponente del humanismo durante la segunda mitad del siglo XIX, e influía de manera notable en la juventud de su país. Nació en el seno de una familia pobre en San Diego de los Altos, en el estado de Miranda en 1818 y formó parte de la generación intelectual de la Independencia y la República. En 1831 inició la carrera sacerdotal, la cual abandonó en 1840 para estudiar Filosofía y Derecho en la Universidad Central de Venezuela.

Escribió en los periódicos *La Época* y *El Federal* sobre la tensa situación del país. Fue secretario de la facultad de humanidades de la Universidad. En 1856 publicó uno de sus más importantes ensayos sobre la educación titulado «Cosas sabidas y cosas por saberse», y se convirtió en un referente moral para las nuevas generaciones.

El escrito martiano sobre Acosta provocó la ira del dictador venezolano Antonio Guzmán Blanco, y el 27 de julio su edecán le comunicó al Apóstol que debía abandonar el país. Sobre esa partida escribió:

[...] De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente

me consagro, ésta es la cuna [...]. Deme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.

[José Martí: *Obras completas*, t. 7, p. 267].

Esa promesa la cumplió. Siempre tuvo a Bolívar y a Venezuela en su pensamiento y en reiteradas ocasiones se refirió al respecto:

[...] ¡pero a Venezuela, como a toda nuestra América, a nuestra América desinteresada, la hemos de querer y de admirar sin límites, porque la sangre que dio por conquistar la libertad ha continuado dándola por conservarla [...].

[Ibídem, p. 291].

[...]

Los aromas de las flores, el olor penetrante de las selvas, el ruido majestuoso de los ríos, el calor cargado de gérmenes del Sol, los efluvios embriagadores y poderosos, como de regazo de la india joven; de la suntuosa tierra, las mansas y dolorosísimas quejumbres que emanan de las almas invisibles de las razas muertas, perdidas por los aires, errabundas, cargando espíritus blancos;—los siglos y la Naturaleza Americana se condensaron y dieron a Bolívar.

[...]

[...] cuando los tiempos o los pueblos tienen por hábito o necesidad que hacer hombres, la Naturaleza tiene por costumbre sacarse del seno maternal quien los haga. Y la Naturaleza Americana puso su espada nueva en manos de Bolívar.—

[Ibídem, t. 22, pp. 205 y 206].

[...] ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

[Ibídem, t. 8, p. 243].

Regreso a Estados Unidos

El 28 de julio de 1881 José Martí partió del puerto venezolano de La Guaira con destino a Nueva York, a bordo del vapor alemán *Claudius*; llegó el 10 de agosto, después de una escala en Puerto Cabello y Curazao, y se estableció en 459 Kent Avenue, Brooklyn.

En una carta sin fecha, pero probablemente de julio de 1881, Carmen Zayas-Bazán le decía a su esposo:

[...] el puritanismo casi salvaje de mi alma está casi muerto, las relaciones con las maldades y mezquinas pasiones de los demás arranca una inocencia del pensamiento que no se vuelve nunca a poseer.

A mí me han querido, me han injuriado, me han ofendido todos, todos; a ninguno devolveré mal por mal, a todos los perdono; algo pierden con perder mi estimación. Ellos me han herido por la ambición y yo los perdono por mi interés. Azcárate me ha dicho “V. es madre y no debe olvidar la cuestión de intereses” y yo me he dicho vamos allá y veamos y estemos presentes. Además cómo atarte de pies y manos con una carga cuyo peso no es posible que soportes hoy.

Más imprudencias no es posible soportar ni hacerlas perdonables.

Tu decoro, tu orgullo, y cuanto has dicho queda en salvo, ellos saben que voy a pesar tuyo.

Dale a tu alma y más que a ésta a tu cabeza el tiempo necesario y el que tú acostumbras darle ahora para escribirme. Escríbeme a Pto. Pre. Mayor 16 [...].

Me llevo la triste convicción de que tu familia no me querrá jamás, al niño sí lo quieren, de lo que sufro dicen que yo no he sufrido nada pues he vivido siempre como una marquesa y veo cómo el delito no lo pagaré nunca a sus ojos de haberme casado contigo. Tengo sed de cariño, de ver solícitas esas gentes que me quieren todavía sintiendo y llorando contigo. ¡Qué buenos son los Izaguirre! Baltasar es uno de los que más han contribuido a que me vaya. José María Izaguirre viene también a fines de año.

¡Qué te diré del niño! ¡Si no podrás nunca imaginarlo! ¡Qué lengüita, no para!, todo lo dice, te conoce y no te equivoca, se llama Martí José, es muy valiente y lindo, no te quisiera decir que creo será un talento, todos se asombran y yo lo adoro. ¡Cuándo lo verás!

[...] llo, que he evitado escollos, que he hecho cuanto una mujer digna puede hacer y que, siendo tan joven como soy, he tenido el peso y sufrimiento de las almas más templadas en la adversidad, sólo no he hecho una cosa, ni la haré: aplaudir tu conducta, porque mi hijo es olvidado y tus viajes y tu imposibilidad de vivir bajo ningún gobierno me tienen llena el alma no sé de qué dolor tristísimo.

Mi dirección es Mayor 16 Manuela Z. B.

[Luis García Pascual: *Destinatario José Martí*, pp. 84 y 85].

Ante la ausencia de Carmen y su pequeño hijo, José Martí sintió una profunda añoranza y escribió para el pequeño el poemario *Ismaelillo*, en cuya introducción se lee:

Hijo:

Espantado de todo, me refugio en ti.

Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte.—Esos riachuelos han pasado por mi corazón.

¡Lleguen al tuyo!

[José Martí: *Ismaelillo*, p. 13].

A partir de julio de 1881 Leonor Pérez le escribió varias cartas donde le contaba detalles de los acontecimientos familiares. Le manifestó que con relación a la separación del hijo debía servirle de consuelo saber su naturaleza sana y hermosa; no debía temer porque en el Príncipe había buen temperamento, y estaría bien, pues las cosas de familia pasaban pronto.

Carmen le escribió nuevamente el 12 de septiembre de 1881:

Pepe:

Todavía débil, y no tranquilo mi corazón, te escribo; he tenido mi hijo atacado de una fiebre maligna que lo ha tenido privado de sentido días enteros, por fortuna hoy se ha levantado hecho una sombrita, pero alegre, aunque con la impertinencia natural que deja toda enfermedad. Lo que pensé y lo que sufrí junto a su cama lo lleva mi

corazón todavía muy impreso. Sólo una cosa pedía a Dios, ¡que no sólo él se fuera de esta vida, bastante falta le hace a mi alma el reposo de la eternidad! No quiero ocuparme mucho tiempo de lo que sufrí porque me siento presa de todas estas angustias por fortuna pasadas.

Recibí tu carta y Revista Venezolana nada he podido leer. Te escribo aprovechando un momento en que duerme el niño. Ojalá que allí hallaras lo que buscas, pero óyelo bien: nada estable conseguirás. Te estás matando por un ideal fantástico y estás descuidando sagrados deberes. Nunca se manchó ningún hombre por volver a su tierra esclava ante la necesidad urgentísima de vestir a su mujer y a su hijo, saber con qué curar sus enfermedades y enterrarlos si se mueren. Si es bueno lo que haces sea por Dios, si es malo no olvides tu conciencia. Adiós.

Carmen

[**Luis García Pascual:** *Destinatario José Martí*, pp. 96 y 97].

Manuela de Zayas-Bazán, una de las tías de Carmen, le escribió el 10 de agosto:

Apreciable Martí:

Tengo el gusto de participarle que mi hermana y yo tenemos a Carmita y el niño en nuestra casa; ella y él vinieron muy delgados parece no les asentaba el temperamento de La Habana así es que yo creo están mejor acá, ambos están más convalecidos y como todos tenemos mucho interés en que Carmita engorde pa. cuando Vd. venga la encuentre linda, pr. que a mí me parece Vd. debe venir a darles calor; ella es desgraciada mientras no esté con su marido y en eso tiene sobrada razón porque tan poco tiempo haber estado gozando del cariño de su marido es de estar como está medio loca.

Yo espero la contesta de esta carta me la traiga Vd. a mi casa, pues lo espera con el mayor deseo su afma. tía,
Manuela de Zayas-Bazán.

[Ibídem, p. 89].

Manuel García también le escribe el 17 de agosto:

Pepe:

[...] me alegró mucho el que te hayas tomado esa resolución que habla mucho en favor tuyo. Todos tus amigos al saber que estabas en Venezuela se disgustaban y se decían que era una lástima que el hombre de tanto valer fuera a perder su tiempo en un lugar tan miserable y de un porvenir poco feliz, esto lo has visto ya y eso mismo dio lugar para que Carmen hiciera lo que te diré.

A los dos meses de llegar Carmen a mi casa, enseguida tomó noticias de Venezuela de todo lo que a Vds. les convenía y obtuvo malas noticias, al extremo de que desistió del viaje y tan es así que tomó parecer conmigo para su vuelta al Ppe., [...].

Ella siempre en la manía que la Habana no le asentaba, siempre enferma, por otro lado la tardanza de la correspondencia, y por otro que nadie le aprobaba el viaje por la falta de recurso con que de momento contabas, dio lugar a que desistiera por completo de su penoso viaje y el 9 de julio nos abandonara para irse al Príncipe donde llegó el 11 con un penoso viaje por el mucho mareo con que llegó; tómalo con calma y resignación. Yo siento todo lo sucedido [...].

[Ibídem, pp. 91 y 92].

El 19 de agosto Leonor Pérez le envió una carta donde critica a Carmen por irse para Camagüey sin conocer la voluntad de Martí y manifiesta sus expresiones de que no necesitaba consejos de nadie, pues tenía bastante talento para saber lo que debía hacer.

Le recomendaba a su hijo no precipitar el regreso hasta estar enteramente tranquilo y tuviera trabajo seguro, pues Carmen no era mujer para pasar por penalidades ni vivir con pocos recursos; en La Habana era raro el día que no necesitara médico a quien echarle en cara su naturaleza débil. Leonor creía que haría bien en dejarla descansar algunos meses, para evitarle la fatiga de tantos viajes, y de ese modo el niño estaría más grandecito cuando se fueran.

El 30 de septiembre de 1881 Manuel García le escribió a Martí diciéndole que el buen amigo Baltasar estaba de pésame por el fallecimiento de la hermana de Matica, a quien quería bastante, y como Baltasar lo distinguía mucho y se interesaba por él, se lo informaba por si deseaba escribirles. Nuevamente el vínculo familiar de Baltasar Muñoz con los Izaguirre quedaba demostrado.

Durante octubre y noviembre hay varias cartas de la madre de José Martí y de su cuñado Manuel donde, entre otras cosas, informan de Carmen y Pepito, este último había estado enfermo.

El 1ro. de diciembre Martí le escribió a Viondi y le expresó que todos los días le había escrito una carta amorosa en pago de aquella gentilísima que recibió en Caracas y de la fraternal bondad con su esposa.

En una carta a Carmen, sin fecha exacta pero de 1881, José Martí escribió:

A Carmen:

Nada por mi placer—todo por mi deber: todo lo que mi deber permita, en beneficio de los míos.

[José Martí: *Obras completas*, t. 21, p. 180].

En el mes de enero de 1882 Leonor le escribió dos misivas, en la primera le informó que no habían tenido más cartas de Carmen y en la segunda, que no decía el día que saldría.

Desde Camagüey, Carmen Zayas-Bazán le escribió a José Martí el 21 de enero de 1882:

Pepe:

Te escrito triste y contrariada en extremo: porque todo lo esperaba menos lo que ha sucedido: ya yo te había dicho que estaba muy delicada de la cintura pero no me había extendido nunca sobre esta triste y penosa enfermedad porque creí me curaría pronto, para mi viaje pensé en ella por los dolores que me causaría pero nunca creí que fuera obstáculo y tan grande como es, menos. Busqué una máquina para hacerle unos vestidos al niño para allá, pues todos los suyos son de hilo y muy cortos, y me preparaba para hacerle su saco muy elegante: ya que como de viaje hablé al médico de mi ida pensando que estaría bien para fines de febrero se quedó asombrado de mi proyecto pues dice lo juzga una locura imposible de llevar a cabo, pues ni debo ir a tu lado en el estado en que me encuentro ni puedo soportar las fatigas del viaje con el niño. “Se expone V. a quedarse en la Habana, me dijo; aparte de serle imposible subir ni bajar una sola escalera sin grave daño para su enfermedad, espere a estar buena o mejor, esto es más cuerdo”. ¿Qué debo hacer? Quieren mis tías que espere y después de hablar muy seriamente con mi médico juzgo que es lo más acertado tal vez esté buena para marzo o para más pronto enseguida iré a tu lado y te llevaré el niño pues creo que si lo quieres debe serte una grave pesadumbre esta enfermedad mía, que te priva de verlo tan pronto como pensabas.

Si yo pudiera contestaría a tu larga carta pero hoy es imposible, sólo te diré que una vez que acepté esta pobreza tuya fui conforme con los riesgos que traía consigo, y Guatemala es testigo de lo que en ella sufrí, contenta de lo que después vino no lo he sido jamás porque creo, sin duda equivocada a tu juicio, que no era ni hora de sacrificios sin frutos, ni justo ante ninguna conciencia prescindir de deberes que no podían cumplirse al mismo tiempo que ese otro ideal tuyo.

Harto hemos hablado de esto, los acontecimientos me han dado razón.

Ni amor a riquezas que renuncié ni soñados esplendores para lo futuro me han hecho entablar esta durísima campaña contigo, es el deber y el amor de mi hijo. Sé que en tu sentir jamás he tenido razón y que has condenado mi vuelta aquí, pero yo creo he hecho lo que debía.

Estoy tranquila y espero, los años son consejeros y amigos seguros de la verdad.

Todos creen que debes volver y me hablan para ello, aunque lo crea también, pues sé que no hay momento más oportuno que hoy, no te diré nada que te mortifique por justo que a mis ojos sea. Escíbeme hasta que podamos hablar.

Carmen

Le envió el tamaño del niño.

[Luis García Pascual: *Destinatario José Martí*, pp. 114 y 115].

El 9 de febrero Leonor Pérez le planteó a su hijo que era hora de regresar a Cuba; esta solicitud estaba basada en unas reflexiones de Carmen, donde le hablaba al respecto y creía que tenía razón. La insistencia de Carmen para que viniera, unido a los de-

seos de su madre, hicieron que Martí escribiera una carta para su esposa. Es un borrador incompleto y roto en varios lugares. Tal vez nunca llegó a enviarla. Los primeros editores colocaron puntos suspensivos en las partes donde no puede leerse:

... si estallan las persecuciones que el partido español, asustado en la Habana de los... de los autonomistas inicia sin esbozos; y, ¿quién devolverá a mí... vida o la libertad que puedo perder? ¿quién amparará a mi hijo y a mis padres... ¿quién, si salgo en salvo, me reparará de los años empleados en una tarea sin fruto, quebrada al comenzar? ¿quién habrá de negarme que esas cosas pueden suceder? ¿quién librarne de los males que me vengán a suceder? ¿quién podrá garantizarme que no sucederá? No hay garantía posible, y yo no debo sin ella emprender viaje semejante. ¿No es más probable que suceda eso, que dejé de suceder?

Pues siendo mayor, o siendo igual, o siendo simplemente alguna la posibilidad de que suceda, yo no debo exponerme a males que no tienen remedio, contra la posibilidad de que no sucedan, dejando una situación cuyos males son todos remediabiles.—No hay en mí una duda, un solo instante de vacilación. Amo a mi tierra intensamente. Si fuera dueño de mi fortuna, lo intentaría todo por su beneficio: lo intentaría todo. Mas, no soy dueño, y apago todo sol, y quiebro el ala a toda águila. Cuando te miro y me miro, y veo qué terribles penas ahogo, y qué vivas penas sufres, me das tristeza. Hoy, sobre el dolor de ver perdida para siempre la almohada en que pensé que podría reclinar mi cabeza, tengo el dolor inmenso de amar con locura a una tierra a la que no puedo ya volver. Me dices que vaya; ¡si por morir al llegar, daría alegre la vida! No tengo, pues, que violentarme para ir;

sino para no ir. Si lo entiendes, está bien. Si no ¿qué he de hacer yo?—Que no lo estimas, ya lo sé.—Pero no he de cometer la injusticia de pedirte que estimes una grandeza meramente espiritual, secreta e improductiva.

[**José Martí:** *Obras completas*, t. 20, pp. 487 y 488].

José Martí trabajaba intensamente en el periodismo, entre marzo y abril publicó el libro dedicado a su hijo. Su madre le escribió el 5 de mayo de 1882 informándole sobre la salud de su esposa, y le aclara que realmente estuvo grave; al principio no creyó que fuera cosa de peligro, porque su carácter natural era algo delicado, pues cuando estaba en La Habana y tenía cualquier ligera indisposición, escribía a su familia que se estaba muriendo.

Le dice que sería un gran disparate realizar el viaje a La Habana bajo esas condiciones, y de no poder venir con entera libertad y sin riesgo de ninguna clase, prefería pasar por el dolor de no verlo. Le cuenta que los tres hijos de la Chata estaban en el colegio cercano a la casa que tenían Baltasar Muñoz y su señora, y que los muchachos se esmeraban y habían adelantado en poco tiempo. De nuevo aparece el vínculo entre la familia de José Martí con el profesor Baltasar Muñoz, quien acompañó a este y a Carmen desde la ciudad de Guatemala hasta La Habana, pasando por el puerto hondureño de Trujillo.

En mayo José Martí se encontraba vinculado al movimiento de los revolucionarios cubanos en Estados Unidos y a otros centros de emigrados con ramificaciones en Cuba.

Leonor escribía regularmente a su hijo preocupada por la familia de este. El 21 de julio le dice:

[...] A Carmen contesté ya su carta, desmintiendo lo del viaje a España; estas noticias parecen son Leopoldinas, pues ahora vive aquí Amalia con su marido que ha pasa-

do a esta Capitanía General, yo no los he visto, pero él visita mucho en casa de su abuela, la que está enferma, y se hace el necesario; un día que fui a verla, allí fue también la noticia del viaje a México; no sé que misterio encierran estas noticias falsas, tú dirás si ha habido algún motivo para ellas; pues con respecto al viaje a México, muchas veces he pensado que si es verdad lo que me dicen que Rosita se interesa tanto por la suerte de su hermana, bien podía su marido, hoy con tantas empresas allí, proporcionarte un destino allí, que pudieran Uds. reunirse ya que ese clima sería bueno para Carmen; y que allí no se necesita mucho para vivir con decencia: pero yo no comprendo estas protecciones, de apariencia nada más; yo estoy segura que el día que tú tengas ocupación seria y productiva se acabarían algo las tristezas y más teniendo a tu hijo a tu lado.

[Luis García Pascual: *José Martí: Documentos familiares*, p. 127].

Leonor se refería a Amelia, la hermana de Carmen, a su esposo Leopoldo Barrios Carrión y a Rosa, la otra hermana, casada con el mexicano Ramón Guzmán y radicada en México. Es decir, que Leopoldo Barrios Carrión seguramente confabulaba contra José Martí.

A mediados de 1882 Martí le escribió a su hermana Amelia y le habló de la importancia de no confundir el ansia de amor con ese amor soberano, hondo y dominador que no florece en el alma sino después del largo examen, detenidísimo conocimiento y fiel y prolongada compañía de la criatura en quien el amor ha de ponerse. Se refiere a la desastrosa costumbre de confundir la simpatía amorosa con el cariño decisivo e incambiable, que lleva a un matrimonio que no se deshace ni en las tierras donde esto se puede, sino rompiendo el corazón de los amantes desunidos. Expresó

que era un excelente médico de almas y le juró por la cabecita de su hijo, que lo que le decía era un código de ventura, y quien olvidara su código no sería venturoso, había visto mucho en lo hondo de los demás, y mucho en lo hondo de él mismo y le aconsejaba aprovechar sus lecciones.

José Martí escribió su primera crónica para el periódico argentino *La Nación* el 15 de julio de 1882, y trabajaba intensamente para unir a los patriotas cubanos.

Le escribió a Miguel Viondi el 28 de julio y se refiere a una carta de Carmen:

[...] Le hacía en ella un pequeño encargo que no fue, —por fortuna y desgracia—necesario, puesto que Carmen no vino [...].

Ante todo, he aquí lo que me dice Carmen acerca de Vd.— y sin demora le envió.—Me dice en carta de 1^o de julio: “Deseo que le escribas a Viondi, pues creo se ha disgustado conmigo. Le mandé pedir aquellas escrituras que Papá te traspasó para ver si aquí se podía cobrar algo, y no recibí respuesta suya. En vista de eso le envié una carta con Manuel y le recomendé a éste se la llevara, y me enviara las escrituras que le suplicaba a Viondi le entregara. Parece que Manuel lo molestó mucho, y le escribió una carta algo incómodo enviándole las escrituras. Dice que tú le recomendaste que a nadie le entregara esos papeles; pero que vista mi insistencia, y para que no se interpretara mal su resistencia, las enviaba.— Te advierto que yo sólo creyendo que no había recibido la primera carta, le envié la segunda, y porque ignoraba que tú le hubieras dado esa orden; escríbele, pues, y dile que yo en nada he querido ofenderlo”.

Como yo no sé más del caso, por lo que Vd. ve, que lo que ahora Carmen me dice, copiar su carta es el mejor

modo de satisfacer a Vd. Perdone a mi cuñado, que el hostigaría sólo porque él sabe el empeño extremo que pongo en no tener plática ni roce en cosa alguna de dinero con el padre de Carmen.—Y perdóneme a mí, que aun ausente no sé más que darle enojos. Yo no tengo más que agradecerle su solicitud—aunque Vd. sabe que esos papeles se quedaron siempre como vinieron, y se hubieran estado sin cobrar, por su pecado de origen, años muy luengos.

Acaso sea parte a que Vd. me perdone, este librito que le mando, fruto de una hora de paz, extraña en mi vida. Si le parece bien, nada me diga; mas sí, si le parece mal, para enmendarlo, o ayudarme a olvidarme de mi yerro. Han dicho en la Habana que es colección de mis versos: Vd. sabe que no es mi espíritu muy dado a estos pacíficos y secundarios quehaceres. Eso sí, la imprimí—por ser una mariposilla, que eché a volar, para que se posase en el hombro de mi hijo.

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, pp. 299 y 300].

José Martí le escribió a Manuel Mercado el 11 de agosto y le plantea que llevaba años sin hacerlo:

[...] Es que sé que U. consolaría mis tristezas, si las viera de cerca, y aún siento que las consuela con su afecto lejano: y es debilidad humana, o acaso fortaleza, pensar en lo que redime del dolor al punto en que el dolor se sufre. Por eso estoy pensando constantemente en Ud.,—como viajero fatigado en puerto, y desterrado en patria, y amante de dama que le engaña en aquella que no le engañó cuando él la amaba. Alguna vez he de decir en verso todas estas cosas, porque en verso están

bien, y son verso ellas mismas. Ahora no,—porque estoy lleno de penas, y todo iría empapado de lágrimas.—Y yo tengo odio a las obras que entristecen y acobardan. Fortalecer y agrandar vías es la faena del que escribe, Jeremías se quejó tan bien que no valen quejas después de la suyas.—Por eso no escribo.—ni a mi madre, ni a Ud., ni para mí mismo,—porque pensar en las penas quita fuerza para sufrirlas, y ni podría escribirle sin contárselas, porque me parecería deslealtad, ni escribirle para contárselas, por aborrecimiento a que-rellas femeniles, o por miedo de que mis pesares creciesen, con hablarle de ellos [...].

[Ibídem, p. 63].

En la despedida le envía saludos a Lola y le dice que todavía le acaricia el perfume de aquellas florecitas de San Juan que le enviaba su mano piadosa a su cuarto de enfermo. Le volvió a escribir el 14 de septiembre y entre otras cosas le plantea:

[...] No sé si he dicho ya a U. que vivo ahora de trabajos de comercio, y que, como me faltan dineros, aunque no me faltaría modos, para hacerlo propio,—sirvo en el ajeno, lo que equivale en N. York a trocarse, de corcel de llano, en bestia de pesebre: ¡pero qué alegre vuelo a mi casa cada día,—guardando sigilo, porque nadie los vea, los terrores del alma,—cargada la espalda de los granos que han de abastecer el exiguo granero de la casa! Aunque esta casa de cuyo bien cuidado, y en cuyo beneficio me doy a esta labor que me absorbe todo mi tiempo, y deja en moho mi mente, no está ahora conmigo sino en Puerto Príncipe, donde Carmen se detiene, por ver si con su alejamiento me fuerza a ir a Cuba, y donde detiene a mi

hijo.—De esto no quiero hablarle, porque no quiero hablarme a mí mismo.

Con Guasp le mando mi “Ismaelillo”, y unos diez ejemplares, para que U. los ponga en manos delicadas. Sí quiero que lo conozcan, por mi hijo. Gozo en verlo famoso, y en que le hagan versos, y en que luzca como caballero de importancia, y príncipe de veras, en diarios y revistas [...]. Por Guasp sé que es U. ahora Ministro de Gobernación, lo cual no me extraña, porque U. es Ministro nato, y será Ministro siempre, y Presidente aun cuando no lo sea. Jamás vi unido tan dichoso carácter a alma tan hermosa, y tan perspicaz y serena inteligencia.—U. será feliz y yo sé por qué.—Ya yo no lo seré, porque al comenzar a rodar, se me quebró el eje de la vida.

[*Ibidem*, pp. 66 y 67].

Intenso trabajo

En noviembre de 1882 José Martí trabajaba activamente en unión de otros revolucionarios para crear comités de solidaridad con los cubanos. En diciembre de 1882 llegaron a Nueva York Carmen Zayas-Bazán y su hijo, a quienes no veía hacía dos años.

El 26 de febrero de 1883 terminó la traducción del libro *Nociones de Lógica*, de William Stanley Jovens, para la editorial Appleton. En marzo inició sus colaboraciones con la revista *La América*, de Nueva York, y el 24 de abril participó en una reunión con el Comité Patriótico Cubano. Invitó a su padre a visitarlo y en junio de ese año, en compañía de Carmen, fue a recibirlo a los muelles.

El 30 de agosto le envió otra carta a Mercado:

[...]

Carmen no está ahora enteramente bien, aunque no enferma de cosa mayor. Papá alegra mi vida, de verlo sano de alma, y puro, y al fin en reposo. Mi hijo, turbulento y brillante, es una criatura principal.—Ya le enseño a que lo quiera, y ayer me dijo: “Esa es carta de tu Mercado?” —Mida U. por eso lo que oye, y entre firma y firma de altos negocios deje correr la pluma para mí, que bálsamos mejores, no los tiene mi alma.

[Ibídem, p. 68].

El 10 de octubre participó en el mitin organizado por los cubanos para conmemorar la fecha patriótica. En su discurso se refirió

a la necesidad de la unión para lograr la independencia. En ese mes la editorial Appleton editó su traducción de *Antigüedades romanas*, del autor A. S. Wilkins.

En enero de 1884 José Martí aparece registrado como director de la revista *La América*. Con infinita tristeza despidió a su padre, quien al amanecer del 19 de junio de 1884 desembarcó en La Habana.

En el mes de octubre fue designado presidente de la Asociación Cubana de Socorro con la finalidad de recaudar fondos para la insurrección armada en Cuba. El 13 de noviembre le escribió a Manuel Mercado diciéndole que Carmen y su hijo estaban bien, y sus padres se encontraban en La Habana.

Las relaciones matrimoniales entre Martí y su esposa estaban llegando al final. En marzo de 1885 Carmen abandonó Nueva York junto a su hijo y un sobrino de José Martí. Desembarcaron en La Habana el día 24 y poco después ella continuó para Nuevitas, sin saludar a Leonor Pérez y sin que esta pudiera ver al Ismaelillo.

En una carta a Mercado, Martí le expresa que vive solo porque Carmen y el niño estarán por unos meses en Cuba, en una casa pacífica. Le dice que tal vez encuentre reposo para contarle las cosas que le habían ido sucediendo, eran tristes, pero en él no cabían flojedad ni abatimiento mientras le quedara un átomo de vida; llevaba al costado izquierdo una rosa de fuego, lo quemaba, pero con ella vivía y trabajaba, en espera de que alguna labor heroica, o por lo menos difícil, lo redimiera.

En junio de 1885 colaboraba con *El Avisador Cubano*, de Nueva York. El 11 de septiembre de 1885 Carmen dirige una carta a su esposo desde Puerto Príncipe donde le dice:

Pepe:

No tienes más noticias del niño porque no me parece natural que dejes meses enteros sin escribir. De pesares los conozco tan hondos y fieros como los peores que

puedan sufrirse, pero el afecto de mi hijo me hace tomar la pluma aunque a veces me parezca un hierro encendido, así podías hacer tú. No haces referencia sino a una carta suya, él te ha escrito varias. Con Joséito Rodríguez que está aquí y se va muy pronto te había pensado enviar el retrato del niño irá con él seguro. Verás está muy grande. Ni una sola noche se duerme sin que ruegue por tu ventura. Pronto cumplirá siete años de modo que quiero sepa bien leer, escribir y contar para ponerlo en el colegio de los Escolapios que es donde aquí se educan los niños decentes; quiero que muy distinguido. Nada le dices de que sabe tan bien montar a caballo esto lo ha sentido mucho porque está orgulloso de su destreza. Di si llegan bien las cartas.

El cólera está en Cádiz, Dios haga no venga aquí.

No sé qué quieres decir en tu carta cuando te refieres a que yo no quisiera que fueses como eres. Es que por ventura hoy o hace dos años he combatido en ti ni una sola vez tus gustos y deseos. Hubiera sido vergonzoso exigir yo nada, y tú sabes que no es dignidad ni ese santo orgullo que protege de debilidades lo que a mí me falta. Ya tendrás una dolorosa y amarga carta que te escribí, tú tuviste la culpa porque me decías que tenías ya fijo lo necesario tu silencio me pareció abandono; si como dices fue que no tenías, perdóname.

He sabido que habrá vapor y el niño no está aquí, si viene a tiempo te escribirá.

Dios te proteja y goces días tranquilos,

Carmen

Un beso de Pepe.

[Luis García Pascual: *Destinatario José Martí*, pp. 167 y 168].

En noviembre José Martí publicó en *El Latino Americano* de Nueva York, en forma de folleto por entregas, su novela *Amistad funesta*. A principios de 1886 le escribió a Manuel Mercado y le contó cómo su hijo montaba a caballo y reinaba en sus campos, en el Príncipe, mientras él se quedaba comiéndose el cerebro, sin un ápice de exageración.

En enero de 1887 fue publicada por la editorial Appleton su traducción al español de la novela *Called back* de Hugh Conway, titulada *Misterio*. El 22 de marzo le volvió a escribir a Manuel Mercado diciéndole que el alma le había quedado coccada y desmenuzada en su choque incesante con las gentes, que en esa tierra se endurecían y corrompían, de modo que todo pudor y entereza, como ya no los tenían, les parecían un crimen. Le escribió nuevamente el 22 de abril para informarle que le había enviado una carta y el portador la remitiría con Zayas-Bazán, entregada en Veracruz; en otra de la misma fecha le dice:

[...] —Todo me ata a New York, por lo menos durante algunos años de mi vida: todo me ata a esta copa de veneno:—Vd. no lo sabe bien, porque no ha batallado aquí como yo he batallado; pero la verdad es que todos los días, al llegar la tarde, me siento como comido en lo interior de un tósigo que me echa a andar, me pone el alma en vuelcos, y me invita a salir de mí. Todo yo estallo. De adentro me viene un fuego que me quema, como un fuego de fiebre, ávido y seco. Es la muerte a retazos [...].

[...] Nada más, pues, que el respeto a mi familia me obliga a una ausencia que todos ellos creen que prolongo en daño suyo.

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, pp. 90 y 91].

Ese mismo día le escribió a Nicolás Domínguez Cowan y le informa que le envió el *Ismaelillo*; en una parte de la carta expresa:

[...] Carmen y el niño recibirán sus cariñosos recuerdos en Cuba, a donde está ahora, de temporada de patria: no me pareció justo privarles por algunos meses de ella [...].
[Ibídem, p. 313].

En una carta fechada el 13 de mayo de 1886, Carmen Zayas-Bazán le afirma:

Pepe:

Ante todo deseo desde el mes que viene no recibir mesada ninguna. Cuando le pedí treinta pesos no sabía que V. no trabajaba en casa de Appleton y si quiere ver las fechas de mis cartas verá son anteriores a su aviso.

Si V. y yo vivimos alejados no es sin duda por faltas mías pues en haber sido intachable tengo todo mi orgullo. En nada y de nada tengo que culparme pues cuando me casé con V. hasta de mis más pequeños gustos prescindí, y anulé de tal manera mi personalidad que cualquiera hubiera sospechado no era yo capaz de un pensamiento propio: lo que hice al principio con placer llena del amor inmenso que le tenía, mi abnegación de madre me dio fuerzas para llevarlo a cabo después; y como al casarme con V, sólo busqué en el matrimonio la felicidad en un hogar modesto que según mi pensamiento debía haber bastado siempre a V., como sin duda me bastó a mí, no es natural que cuando V. cambió tan presto y me abandonó a mis lágrimas y me dio una muerte civil espantosa dejándome sin posición fija en [la] sociedad, quisiera yo

para consuelo en una desventura tan grande poder gastar unos cuantos pesos que recibirlos en esta extraña situación cuesta violencia suma. O V. nunca ha sabido quién soy yo, u obra con mala fe manifiesta suponiéndome mezquindades que cuesta rubor hablar de ellas. No sé si es por mi padre o por mí que dice V. debía avergonzarnos admitir lo que V. envía con esfuerzo, a mí ni a V. nos han exigido nada aunque yo desde que llegué comencé a hacer los gastos del niño. Si heredaré poco o mucho no lo sé, pero confieso que deseo sufrir muchas agonías y poder dar a mi hijo ese dinero.—Ninguna ilusión me he hecho de lo que V. gane pues aunque fueran miles de pesos, yo no recibiría nunca dinero de un hombre que no es mi esposo sino por el lazo de mi hijo; sería mengua que yo aceptase su trabajo ofrecido a un lazo indisoluble por punto de honor y no por cariño: si he aceptado ha sido en nombre de mi hijo. Para nada necesito ese su horrendo sacrificio de vida que me ofrece ni [que] se juzgue esclavo mío: desde que supe que su alma no entendía la mía no me creo en derecho de pedir nada y muy ofuscado debe andar su espíritu cuando me ha escrito esto. Si recibí y pedí cuando me faltó la mesada es porque yo tengo mi mo[do] de apreciar los deberes distinto del suyo, pero eso no hace pues de ello no hablaré más. No tema que piense volver; repito que sí quise venir, pues eran muchos los tormentos que en un país extraño sin amigos sin conocer el idioma y enferma sufría, a más de lo que V. de diario me preparaba. Cualquiera que supusiese que este anhelo mío por venir a mi tierra al lado de mi padre para vivir en el encierro en que corre mi vida era mirado como una [deteriorado el original, posiblemente decía «grave»] falta que me echa V. en cara [deteriorado el original, posiblemente decía

«tiene»] que suponer por fuerzas que no [deteriorado el original, posiblemente decía «es sin»] duda en mí donde está la culpa. Mi vida siempre será aquí así, enteramente dedicada a mi hijo; no amo ni [deteriorado el original, posiblemente decía «ambiciono el»] lujo ni la sociedad de que tan apasionada fui antes de casarme con V. y en cuanto a amores, no soy yo de las mujeres que son engañadas dos veces. Seré orgullo de mi hijo, así puede V. siempre tenerme no respeto, pues de V. más que nadie merezco admiración.

De mi hijo esté tranquilo, en mi alma no caben miserias lo enseñaré a que lo ame siempre. A Dios le pido que le dé una mujer muy semejante a su madre y que nunca permita que sea tan ciego y tan loco como su padre.

Será desde hoy el niño quien siempre le escriba sólo caso extraordinario lo haré yo, le ruego conteste a él con más frecuencia.

Carmen

[Luis García Pascual: *Destinatario José Martí*, pp. 177 y 178].

José Martí recibió una carta de su hijo fechada el 7 de agosto de 1886, donde le dice:

Papá, yo te quiero mucho. Cualquiera cosa que tu me mandes me gustará mucho. Mamá sabe que nunca pasa un día sin acordarme de ti. Dicen que soy tu retrato y estoy contento. Muchos besos de tu hijito,

Pepe.

[Ibídem, p. 178].

Leonor le escribió a su hijo el 23 de noviembre de 1886, le habló de un juguete que había enviado para Pepito y que lo remitieron ese mismo día a Carmen. También le informó que Mariano se encontraba muy enfermo. El 2 de febrero de 1887 su padre falleció a la edad de setenta años. José Martí recibió varias cartas de condolencias.

El 16 de abril de 1887 fue nombrado cónsul general de la República Oriental del Uruguay en Nueva York. El 30 de ese mes Carmen le escribió:

Pepe:

Al fin recibimos carta, fue tanto lo que padecí en espera de ella que cuando vino a mis manos no pudo quitarme las muchas tristezas que tenía en el alma. Sólo te diré que en los últimos diez días perdí 12 libras, de modo que todo lo que adelanto a fuerzas de cuidados lo pierdo por un olvido que no tiene nombre tratándose de una situación como esta; pues desde enero no preguntas por el niño. Una carta diciendo lo que pasaba era natural y hasta un deber. Gracias por la mesada. Ahora lo que más me apura es el colegio de Pepe: crece mucho y está atrasado pero tengo fe en que aprenderá pronto; los exámenes los tenemos encima, con esto los niños no quieren jugar, sino estudiar esto lo estimula mucho. Nos levantamos temprano y nos pegamos a los libros hasta que es hora del colegio. Le envió la calificación del mes pasado. En el colegio está muy recomendado y tan cerca que lo veo entrar y salir. El otro día vino muy angustiado porque el maestro no quiso creer que tenía ocho años y le quería poner doce esto te dirá lo grande que está. El retrato irá pronto uno sólo se sacará para ti porque no puedo más.

Cheché nos hace vivir tan afligidos que ni puertas ni ventanas se abren. Siempre imagina que la insultan y es

tanta su desventura que a veces dice que son sus propias manos quien[es] le dicen cosas y se las quiere arrancar arrancándose la piel hasta que le corre sangre; noche y día corre por la casa gritando espantosamente; es un espectáculo verdaderamente desgarrador; a veces los cuchillos los palos cualquier cosa coge y se la arroja a uno encima, a nuestro hijo le ha tirado mucho aunque cuando se calma lo besa, pero desgraciadamente sus horas de calma van desapareciendo por completo. Los médicos me aconsejan que haga huir a mi hijo de este espectáculo porque es peligroso dicen que a veces los niños se impresio[an] funestamente de esto; las niñas de Amalia no vienen por nada porque a ella también se lo dijeron así es que yo siempre desearía tener a Pepito fuera. Nada te puede pintar nuestra vida con este espectáculo que no tiene igual. El niño te escribirá pronto. Deseo que escribas más a menudo pues mi hijo sabe bien cada vez que lo haces y todo lo nota.

Le desea todo bien,

Carmen

[Luis García Pascual: *Destinatario José Martí*, pp. 188 y 189].

En septiembre José Martí terminó el prólogo de su traducción de la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson. El 10 de octubre pronunció un discurso para conmemorar la fecha patria, actividad que realizaría cada año y se reincorporó activamente a la vida política de los emigrados. El 20 de octubre de 1887 le escribió a Mercado:

[...]

Ahora, aunque empieza el invierno, estoy como en primavera, porque aprovechando unos ahorritos, pienso

que mi madre venga a pasar conmigo dos o tres meses. No sé si es la madurez que viene o la poesía que se va; pero cuando todos me alaban la viveza y frescura, siento en mí como que se me mueren las flores, y con la poca imaginación que me queda, me parece verme el cerebro cubierto de alas caídas, acaso porque a mi alrededor se están ahora quedando sin hojas los árboles. Y fío en que la visita de mi madre hará renacer las mariposas.

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, p. 116].

Ese mismo día le escribió a su amigo Enrique Estrázulas y Carvalho, médico y diputado uruguayo, cónsul general de su país en Nueva York, quien al ausentarse lo dejó como cónsul general interino. Martí le manifestó que pensaba traer a su mamá por dos o tres meses, para ver si se alegraba y a él le volvía la salud y la fantasía. Le comenta que se sentía desnudo y escurrido, como un monte deshelado o un árbol sin hojas.

Leonor partió hacia Nueva York el 17 de noviembre de 1887 y el 22 José Martí le hizo una carta a Mercado comentándole que estaba feliz, pues su mamá lo acompañaba.

El 30 de ese mismo mes José Martí fue designado presidente de la Comisión Ejecutiva para establecer las bases y los fines estratégicos de la organización de los trabajos revolucionarios, y el 3 de diciembre fue elegido Segundo Vocal de la Junta Directiva de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York. El 27 de enero de 1888, en vísperas del cumpleaños de su hijo, Leonor Pérez partió para Cuba.

Martí fue uno de los fundadores del club Los Independientes de Nueva York, creado con el fin de reunir fondos para auxiliar a la Revolución cuando se reiniciara la guerra en Cuba.

En carta a Enrique Estrázulas, de fecha junio o julio de 1888, expresó:

[...] yo no tengo más que mi conciencia, las cartas de usted y otro amigo de México a quien quiero, la de mi madre, y los garabatos que una vez al mes me manda mi hijo: Quise hacerlo y pudo venir; pero Carmen no lo deseó; para arrancarme así como mandato la orden de que venga, que no le he de dar, porque el hacerlo por voluntad propia es la condición natural de lo que se estima sacrificio. Nunca me regañe porque le escriba poco. Llevo en mí un león preso que me hace pedazos las plumas [...].

[Ibídem, p. 199].

José Martí le escribió el 29 de marzo de 1889 a Mercado y le expone el ansia que sentía por la llegada del hijo, que Carmen había retenido en Cuba más de lo justo, deseosa acaso de obligarlo a imponerle su vuelta a Nueva York; pero él lo dejaba a su voluntad, pues legalmente no podía forzarla. Vivía con el corazón clavado de puñales desde hacía muchos años y había veces en que parecía que no podría levantarse de la pena.

Escribía para *La Nación* de Buenos Aires y el periódico uruguayo *La Opinión Pública*. Publicó en *The Evening Post* de Nueva York, «Vindicación de Cuba». En el mes de marzo realiza varias traducciones, en abril publicó el folleto *Cuba y los Estados Unidos*, en julio aparece el primer número de *La Edad de Oro* y en octubre de ese año, el cuarto y último número.

Cada 10 de octubre hablaba de la significación de esa fecha, y ese año se dirigió a los cubanos congregados en Hardman Hall para conmemorarla. El 19 de diciembre pronunció un discurso conocido como «Madre América», en la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York.

Un hecho llamativo en José Martí es que aunque solo vivió en Cuba hasta los diecisiete años, no había perdido la identidad en la forma de hablar y sus expresiones. Salvador Massip en un libro titulado *Martí, viajero*, publicado en La Habana en 1942, expresó que el Apóstol había adquirido el hábito de la dicción correcta y precisa, y los viajes, en vez de producir la adopción de un tono y de una pronunciación de un país determinado, de España, México, Guatemala o Venezuela, le permitieron la depuración de su lenguaje; sin dejar de ser cubano, se hubiera podido tomar como modelo de un país hispanoamericano cualquiera. Su modo de hablar sencillo y sin afectaciones se oía con agrado lo mismo en Cuba que en las demás naciones de la región. El vocabulario, el tono cubano y la propiedad en el uso del lenguaje lo mostraban inmediatamente como un hispanoamericano culto.

El 22 de enero de 1890 Martí habló a los participantes en la velada inaugural de la sociedad protectora de la instrucción La Liga, y en abril formó parte del claustro de maestros de esa sociedad, donde impartió clases a los cubanos y puertorriqueños negros humildes, sin recibir remuneración.

Por decreto presidencial fue nombrado el 24 de julio cónsul de la República Argentina en Nueva York y el día 30 de ese mes, el presidente de Paraguay lo designó cónsul en esa ciudad.

En una carta del 1.º de septiembre de 1890, Carmen Zayas-Bazán le dice:

Martí:

Desde que escribí diciéndonos que estaba enfermo no hemos vuelto a tener noticias de V. Retraté a Pepito y salió tan horrible que parecía un negro; ni la más leve idea puede tener del niño por eso no le mando la prueba, volveremos a ver otra vez.

El día 15 se abren de nuevo las clases, pero hay que pagar las nuevas matriculas desde antes, y esta vez son tres,

costando cada una un centén; es preciso que este año Vd. me mande el dinero, porque esta vez sí es imposible que lo haga yo, el curso pasado me costó abrir una brecha grande en mis gastos, debes considerar que es ya muy grande el niño y que cuesta educarlo, y eso que quedo con los gastos de los libros que es fuertecito.

El niño bien, jugando mucho y muy divertido con las niñas de Amalia mi hermana, que acaban de llegar de España, viene su marido de gobernador civil de esta ciudad y las chiquitas vienen hablando como castellanas y a Pepe le hace una gracia grandísima y se pasa el día imitándolas. Creía que lo que enviaba al niño era un trajecito que le dijo que tenía para él, pero nada se ha recibido. Con besos del niño y deseos de que esté bien le digo adiós.

Carmen

[Luis García Pascual: *Destinatario José Martí*, pp. 237 y 238].

El 10 de octubre de 1890 José Martí pronunció un discurso ante los cubanos concentrados en el Masonic Temple, con motivo de la fecha patria, y dos días después fue designado socio corresponsal de la Asociación de la Prensa de Argentina, con atribuciones de representarla en Estados Unidos y Canadá. El día 27 le comunicaron que también la Academia de Ciencias y Bellas Letras de San Salvador lo había nombrado socio corresponsal.

En octubre escribió el contenido de *El Economista Americano* correspondiente a ese mes, y el 6 de diciembre de 1890 resultó electo presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York. El 23 fue nombrado por el Gobierno de Uruguay como su representante en la Comisión Monetaria Internacional que sesionaría en Washington.

El 1ro. de enero de 1891 apareció publicado su ensayo «Nuestra América» en la *Revista Ilustrada de Nueva York*. El 3 de febrero viajó a la capital de Estados Unidos para participar en la Conferencia Monetaria Internacional y formó parte de varias comisiones de trabajo. El 4 de abril, en Nueva York, disertó sobre la poesía gaucha ante los miembros de la Sociedad Literaria y el 23 pronunció un discurso en homenaje a México en esa sociedad.

Su artículo «La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América» de la *Revista Ilustrada de Nueva York* fue publicado el 1ro. de mayo; en este denunció los objetivos ocultos del encuentro y alertó del peligro del vínculo que trataba de imponer Estados Unidos.

A principios de junio de 1891 recibió la noticia de la llegada de su esposa e hijo de trece años, a quienes no veía desde hacía casi seis. El 30 de junio llegaron a Nueva York y se alojaron en el hotel Fénix, situado en la calle 14, número 211 y 213 Oeste. Después visitaron Bath Beach, donde permanecieron varios días.

José Martí continuaba en la lucha revolucionaria, asistiendo a reuniones y encuentros políticos. Carmen, sin informarle, tomó la decisión de regresar a Cuba y el 27 de agosto, en su ausencia, le solicitó al amigo de ambos, Enrique Trujillo, gestionar ante el cónsul español el despacho de sus pasaportes con la mayor urgencia posible.

Sobre las razones de la partida hay varias valoraciones, entre estas, los comentarios sobre las relaciones amorosas de José Martí y Carmen Miyares, que alcanzaron nivel público. Incluso, él se vio en la necesidad de responder a las habladurías. Entre los factores que disgustaron a Carmen Zayas-Bazán estuvo la lectura de los *Versos sencillos*, dados a conocer en la casa de Carmen Miyares, con la asistencia de unos treinta invitados, casi todos conocidos por su esposa. Esos versos están considerados como una autobiografía sentimental, y algunas confesiones y alusiones ofendieron a Carmen. Seleccionamos algunos de ellos:

He visto vivir a un hombre
Con el puñal al costado,
Sin decir jamás el nombre
De aquella que lo ha matado.

[José Martí: *Obras completas*, t. 16, p. 64].

Qué importa que tu puñal
Se me clave en el riñón?
¡Tengo mis versos, que son
Más fuertes que tu puñal!

[Ibídem, p. 113].

Aquí está el pecho, mujer,
Que ya sé que lo herirás;
¡Más grande debiera ser,
Para que lo hirieses más!
Porque noto, alma torcida,
Que en mi pecho milagroso,
Mientras más honda la herida,
Es mi canto más hermoso.

[Ibídem, p. 115].

El escritor cubano Carlos Ripoll señaló que, posiblemente, arrojó furiosa contra la pared los originales del libro *Versos sencillos*, recogió con apuro sus ropas y las del hijo, y salió indignada a buscar a Enrique Trujillo para ir al consulado español y preparar sus papeles, sin el permiso del marido, elemento requerido para regresar a La Habana.

En el libro *La patriota del silencio*, de la historiadora Nydia Sarabia, se relata que Carmen Zayas-Bazán encargó a Clara Pujol comunicar a Martí su partida con el hijo, y cuando Clara lo hizo, este palideció y, subiendo las escaleras, se viró para decirle que había

habido un hombre al que crucificaron una vez, pero que a él lo habían crucificado todos los días. Recordaba Clara que esa noche Martí no durmió, pues ella y su esposo lo sintieron caminar de un lado a otro de la habitación. Desde aquel día él rompió su amistad con Trujillo.

En septiembre José Martí tomó parte en la celebración del aniversario por la independencia de México y ese mes se reportaron informes de los servicios de espionaje español contra él. El 10 de octubre habló a los cubanos congregados en Hardman Hall para conmemorar la fecha de inicio de la lucha independentista. El cónsul español protestó ante el Gobierno de Uruguay por sus palabras y el embajador de España en Washington hizo lo mismo ante el de Argentina. El 11 de octubre Martí renunció a esos cargos. En ese mes apareció publicado su libro *Versos sencillos*.

El 23 de noviembre viajó a Tampa por tareas revolucionarias. Se reunió con los representantes de los diferentes clubes de la Liga Patriótica Cubana de la ciudad de Ibor City, pronunció su discurso «Con todos y para el bien de todos» y otro conocido como «Los Pinos Nuevos». El 30 de noviembre llegó a Nueva York, donde fue reelegido presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana. En diciembre viajó a la Florida y Cayo Hueso; el 2 de enero de 1892 habló sobre la necesaria unidad y participó en diferentes actividades políticas.

El 11 de febrero de 1892 le escribió a Manuel Mercado diciéndole que su alma estaba llena de tristeza y que lo vería en el libro, impreso desde el mismo mes en que su hijo lo había dejado solo. Afirmó que en esos seis meses su corazón no había podido mover la pluma ni el cuerpo.

Participó en la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York en un acto en homenaje a Venezuela, celebrado el 5 de marzo. El 11 de ese mes fue aclamado como uno de los presidentes honorarios del club Borinquen, integrado por cubanos y puertorriqueños. El día 14 apareció el primer número del periódico *Patria*, del cual fue fundador y director.

José Martí fue elegido delegado del Partido Revolucionario Cubano por los clubes de Cayo Hueso, Tampa y Nueva York. Desde el 18 de julio de 1892 realizó una intensa actividad política, visitando varias ciudades. El 30 de agosto regresó a Nueva York para, al día siguiente, iniciar un viaje por las Antillas.

En planes revolucionarios viajó a Haití, República Dominicana y Jamaica. El día 12 se publicó una entrevista suya ofrecida al periódico local *The Colonial Standard and Jamaica Dispatch*.

El 13 de octubre partió para Nueva York y el 7 de noviembre para la Florida, donde comenzó un intenso trabajo revolucionario. El 7 de diciembre se despidió de sus amigos y en su discurso se refirió a la imposible anexión de Cuba a Estados Unidos y a la necesidad de lograr la independencia absoluta. Desde el 10 de diciembre visitó Tampa y Ocala; el día 16 elementos al servicio del enemigo trataron de envenenarlo. El 24 de diciembre llegó de vuelta a Nueva York.

Desde los primeros días de enero de 1893, a pesar de los problemas de salud por el intento de envenenamiento, trabajó intensamente participando en reuniones y explicando los resultados de su viaje por Haití y Jamaica. Durante enero y febrero trabajó en función de preparar la guerra por la independencia y desarrollar actividades conspirativas, entre ellas una reunión en Tampa a la que asistieron cubanos, españoles, italianos y estadounidenses. El fervor revolucionario era alto.

El 25 de mayo inició un nuevo viaje a las Antillas y dos días después el periódico *Patria* publicó un manifiesto que dejó escrito, titulado «El Partido Revolucionario Cubano a Cuba».

Llegó a Montecristi y se reunió con el general Máximo Gómez. A fines de junio viajó a Panamá y Costa Rica, se entrevistó varias veces con el general Antonio Maceo y realizó diferentes actividades revolucionarias. El 8 de julio emprendió el viaje de regreso a Estados Unidos; el 19 de agosto publicó en el periódico *Patria* «La crisis y el Partido Revolucionario Cubano».

Francisco Zayas-Bazán falleció en Camagüey el 23 de agosto de 1893. El acontecimiento fue publicado por el periódico *El Pueblo*, diario autonomista, órgano de la Junta Directiva del Partido Liberal en la provincia. El historiador Francisco Crespo Baró localizó la información donde, entre otras cosas, expresa que al mediodía había dejado de existir el respetable caballero y distinguido amigo.

Según el historiador, la escritura testamentaria fue realizada el 10 de febrero del año 1892. En el documento figura su dirección, nombre de sus difuntos padres y se mencionan a sus nueve descendientes. La casa fue adjudicada a sus hijas Carmen, Isabel, Ángela y Merced, esta última incapacitada, dejando como tutores a Javier, Ángela, Carmen e Isabel.

En septiembre de 1893 José Martí visitó la Florida, Cayo Hueso, Filadelfia y el 24 estaba en Nueva York participando en reuniones revolucionarias, realizadas con el propósito de organizar el acto por el 10 de octubre, donde habló a los cubanos congregados en Hardman Hall. En esa etapa adquirió armas y equipos para la lucha; el 28 discursó en la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York en homenaje a Simón Bolívar, donde expresó que los cubanos lo verían siempre arreglando con Sucre la expedición para liberar a Cuba.

A partir del 13 de noviembre de 1893 realizó múltiples actividades. El 8 de abril de 1894 se entrevistó con el general Máximo Gómez, y dos días después fue reelegido por unanimidad como delegado del Partido Revolucionario Cubano. Desde el 12 de mayo trabajó intensamente y el 21 de ese mes partió para Costa Rica, donde fue recibido por el general Antonio Maceo y permaneció hasta el 18 de junio, cuando viajó a Panamá; el día 22 partió para Jamaica, adonde llegó, dos días después. El 26 regresó para Nueva York.

Viaje a México

A mediados de julio de 1894 José Martí se encontraba en Nueva Orleans, desde donde partió en tren hacia México. El 18 de julio llegó a la capital mexicana, se alojó en el cuarto 51 del hotel Iturbide, situado en la calle Plateros, donde se inscribió como J. M. Pérez. Al amanecer salió a caminar por las calles de la ciudad y se sentó en un banco del Zócalo, seguramente a recordar. Ya no era el joven de veinticuatro años, ahora tenía cuarenta y uno. ¡Cuántos sentimientos agolpados!

Entre esos recuerdos podrían estar sus trabajos periodísticos, los amigos Manuel Mercado, su esposa Lola y los hijos de estos. Es probable que por su mente pasara el estreno de su drama *Amor con amor se paga*, el noviazgo con Carmen Zayas-Bazán, las incomprendiones de ambas familias, la partida para La Habana, el beso de su padre antes de la salida para Guatemala, la estancia en ese país, el tierno amor de María García Granados, el regreso por Acapulco para contraer matrimonio en el Sagrario de la Catedral.

Seguramente rememoró la boda, sus invitados, el álbum que su esposa siempre llevó consigo, el regreso a Guatemala con su heroica Carmen, durmiendo entre salvajes y bajo la luz de las estrellas, las incomprendiones con las autoridades guatemaltecas, la muerte de María García Granados, la partida en mulas hasta Honduras, el horrendo viaje en un barco ganadero, el nacimiento del fruto de aquel gran amor, la ruptura del matrimonio y su poema:

”Corazón que lleva rota
”El ancla fiel del hogar,
”Va como barca perdida
”Que no sabe a dónde va”.

[José Martí: *Ibídem*, t. 16, p. 77].

Según los estudios del doctor Alfonso Herrera Franyutti, desde el Zócalo José Martí se dirigió a la calle Idelfonso, número 7, donde vivía Manuel Mercado. El encuentro fue de gran emotividad. Poco a poco fueron llegando sus viejos conocidos. Los Mercado le ofrecieron su casa y no querían que volviera al hotel. José Martí prometió hospedarse con ellos al día siguiente.

Por las mañanas recorría la ciudad y visitaba lugares queridos con los hijos de Mercado. Por las tardes acostumbraba a hablar con su entrañable amigo, con quien recorrió el Bosque de Chapultepec. Visitó a Nicolás Domínguez Cowan, representante de la emigración cubana en México. Pedro Santacilia lo invitó a comer en su casa de campo y, como una forma de obtener ayuda para la lucha independentista de Cuba, le propuso solicitarle una entrevista a Porfirio Díaz, consejo que José Martí aceptó.

Se reunió con periodistas, escritores, poetas, políticos, intelectuales y cubanos emigrados. Dejó fundado dos clubes revolucionarios, uno de damas, presidido por Margarita Mendoza de Rodríguez, nombrado Josefa Ortiz, y uno de hombres, presidido por Félix Ramos, denominado Miguel Hidalgo.

El 25 de julio viajó a Veracruz. Lo recibió en el andén el poeta Peón Contreras, quien dejó plasmado el encuentro en un poema, cuya primera estrofa dice:

Lo vi llegar en la ferrada vía;
De incógnito venía
a la dudosa luz de las estrellas;
Yo le miré llegar proscrito, errante,
trayendo en el semblante
de su marchita juventud las huellas.

[**Alfonso Herrera Franyutti**: *Martí en México*.
Recuerdos de una época, p. 350].

Se entrevistó con varios patriotas y amigos. El 27 de julio de ese año regresó a la Ciudad de México y el domingo 29 Mercado y su familia le ofrecieron una fiesta, junto a muchos amigos y una orquesta con once músicos. Las hijas de Mercado tocaron en el piano unas rapsodias y la orquesta ejecutó cuatro temas de danza y un vals.

Caridad Proenza recogió la declaración del ingeniero Carlos Rojas Hernández, y en su libro inédito incluyó las palabras del escritor Pascasio Díaz de Gallego, que junto a los testimonios recogidos por Franyutti, permiten reconstruir el desarrollo de esa fiesta.

José Martí preguntó cómo se llamaban las piezas musicales y el compositor Juan B. Fuentes le respondió: *Luisa, Lola, Alicia y Victoria*, los nombres de las tres hijas de Manuel Mercado y el de su hermana política. El Apóstol se interesó por el nombre del vals, el compositor le expresó que no tenía y le pidió bautizarlo. Según los testimoniantes Martí se quedó pensativo y luego propuso: “Póngale usted... *Luz de luna*”.

¿En qué momento de su vida sentimental estaría pensando? Podría imaginar el puerto de Izabal adonde llegó una noche de luna y, según sus notas de viaje, pensó en su novia, escribió cómo arrancaba los más ardientes arrebatos y centellantes cantos a su espíritu, y apretando en su corazón a la que amaba y con sus labios junto a los suyos, durmió de amores.

Fueron varios los momentos en los que Martí asociaba a Carmen con la luna. En Guatemala la catalogó más bella que los rayos del astro; cuando en la madrugada dejaron la ciudad y la luna descendía de las montañas, la consideró como una de las cosas más bellas que había visto; o los reflejos de esta en el mar hondureño de Puerto Cortés, que juntos contemplaron mirando al horizonte, mientras las olas del mar iban y venían; o en su poema «Luz de luna», donde al final dice: No es nueva / Para el que sabe amar, la luz de luna.

Las actividades desarrolladas en México y el probable encuentro con Porfirio Díaz están recogidos en el libro del doctor Herrera Franyutti, *Martí en México. Recuerdos de una época*.

En la despedida la tristeza se apoderó de los presentes. A la hora de la partida muchos lloraban y Manuel Mercado se volvió de espaldas para que nadie viera como también lo hacía. Los hijos de este y otros amigos llevaron a Martí a la estación del ferrocarril y lo acompañaron hasta que, en horas de la noche, el tren partió rumbo a Estados Unidos. Era el 10 de agosto de 1894.

Rumbo a Cuba

El 15 de agosto de 1894 José Martí se encontraba en Nueva York, donde visitó varias ciudades preparando la Guerra Necesaria. El 6 de febrero de 1895 arribó a Cabo Haitiano y embarcó para Montecristi. Al día siguiente se reunió con el general Máximo Gómez y participó en actividades con diferentes patriotas. Continuó organizando a los cubanos para luchar por la independencia de su tierra.

El 25 de marzo de 1895, en Montecristi, José Martí y Máximo Gómez firmaron el llamamiento a la lucha por la independencia del país, que incluyó a todas las fuerzas. Ese mismo día le escribió a su madre la carta de despedida y el 1.º de abril dedicó una a su hijo, quien ya había cumplido diecisiete años, pidiéndole que fuera justo; a él le dejó la leontina que usó en vida, que tal vez fuera la que le regalaron sus alumnos de la ciudad de Guatemala.

El 11 de abril de 1895 Martí y Gómez desembarcaban en la playita de Cajobabo, en la costa sur de Oriente. El 18 de mayo comenzó a escribir una carta a su entrañable y fiel amigo mexicano, que dejaría inconclusa:

Campamento de Dos Ríos, 18 de Mayo de 1895.

Señor Manuel Mercado

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirte con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo

ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos—como ese de Vd. y mío,—más vitalmente interesado en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia,—les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas;—y mi honda es la David.

[...]

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, [...] ha venido a su hora en América, para evitar, [...] la anexión de Cuba a los Estados Unidos, [...].

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará, o yo se lo hallaré.—Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene [...].

[José Martí: *Obras completas*, t. 20, pp. 161 y 162].

El 19 de mayo de 1895 cayó en combate en un lugar conocido como Dos Ríos, cercano adonde se juntan las aguas del Contra-maestre con el Cauto. El 21 se publicó la terrible noticia en los medios informativos e impactó a toda la familia.

Carmen Zayas-Bazán solicitó una audiencia privada al gobernador general español, con el fin de reclamar el cadáver. Inmediatamente el periódico habanero *La Lucha*, con fecha 22 de mayo, dio publicidad al hecho, bajo el subtítulo «Audiencia».

Al día siguiente Carmen hizo pública una carta dirigida al director del mencionado periódico, donde le dice:

Muy señor mío: ya que aparece publicada en este periódico la solicitud de una conferencia que pretendía con el Gobernador General Arderius, acto que suponía esencialmente privado, ruego a usted publique también que lo que me proponía obtener de aquella autoridad era que nos facilitara a mi hijo y a mí el modo de conseguir el cadáver de mi marido, para hacerlo enterrar en el panteón de mi familia. Y quedo a sus órdenes. s.s.q.b.s.m.
Carmen Z. de Martí.

[*La Lucha*, 22 de mayo de 1895].¹⁹

Las autoridades no atendieron a la petición. Carmen y su hijo decidieron abandonar el país. A mediados de junio de 1895 llegaron a Nueva York. Según los reportes del periódico *Patria*, ella descendió del barco bañada en lágrimas. Volvía a la populosa y fría ciudad que un día abandonó con su hijo, dejando en ella a su incomprendido y amado Martí. Recorrió en silencio las calles, siempre repletas de personas.

19 Cotejado por los autores.

El periódico *Patria* del 25 de junio de 1895 informó que se encontraban en esa ciudad, donde permanecerían algún tiempo; les daba cordial bienvenida y lloraba con ellos al mártir.

Desde que Carmen Zayas-Bazán y su hijo José Francisco llegaron a Estados Unidos, el joven se vinculó a la lucha por la independencia de Cuba, y se enroló en una expedición con ese propósito. El 21 de marzo de 1897 desembarcó en la isla para continuar las acciones.

Carmen estuvo al lado de su hijo hasta su partida hacia el campo de batalla. Ellos fueron fieles a los sueños de José Martí. A Leonor Pérez le conmovieron profundamente el gesto de su nieto y los desvelos y sufrimientos de su nuera. Se sintió unida a Carmen en el dolor y en el orgullo de tener una familia que daba hijos útiles a la patria. José Francisco tuvo una actitud distinguida en varios combates.

La muerte del Apóstol marcó el tiempo y la vida de toda la familia. Se vivía para la patria de Martí. Su sobrino Raúl García Martí consideró un error creer que sus familiares no lo secundaron en la campaña por la independencia de Cuba.

Terminada la guerra Carmen Zayas-Bazán regresó a La Habana y Leonor Pérez solicitó colocar una tarja en la casa donde nació y aprendió a caminar su hijo. La petición se cumplió el 28 de enero de 1899, de acuerdo con los reportes periodísticos, se puede reconstruir el acto. Desde temprano comenzaron a reunirse grupos de personas en los alrededores del Parque Central de La Habana y en todo el trayecto hasta el costado del Arsenal, frente a cuyos muros desemboca la calle de Paula. A lo largo del Paseo del Prado se fueron situando las comisiones de los clubes, comités, juntas patrióticas de la capital y de los pueblos próximos, luciendo sus insignias y estandartes.

Las casas estaban adornadas con banderas y colgaduras, y los balcones desbordados de espectadores. A las doce del día la impo-

nente muchedumbre llenó el largo trayecto. Una gran emoción produjo el acto, que fue calificado como el más grande realizado en Cuba. A la una y quince la manifestación se puso en marcha, presidida por Juan Gualberto Gómez.

Los cronistas reseñaron que al pasar el coche que llevaba a Leonor Pérez, Carmen Zayas-Bazán y José Francisco —con su uniforme del Ejército Libertador—, el pueblo se mostró respetuoso; luego todos se conmovieron al ver cómo Leonor lloraba ante la tarja. A su lado se encontraban muchos amigos de Martí, entre ellos Fermín Valdés Domínguez y Juan Gualberto Gómez.

El acto y la manifestación tuvieron una connotación patriótica. Durante la ceremonia Leonor entró a la casa y llegó hasta el balcón, donde permaneció pensativa. Los sentimientos de Carmen y de Pepito no fueron reflejados por la prensa, tampoco era necesario.

Las flores frescas de Carmen

El 9 de febrero de 1907 el coronel de la Guerra de Independencia de Cuba, Federico Pérez Carbó, gobernador de la provincia de Oriente, le escribió a Gonzalo de Quesada y le expresó que, con motivo del acuerdo del Ayuntamiento de Santiago de Cuba para demoler los nichos del cementerio de Santa Ifigenia, en uno de los cuales había sido enterrado José Martí, tuvo la idea de respetar ese, decorarlo, enrejarlo y rodearlo de escalinatas para permitir el acceso de los visitantes.

Le expuso que, de acuerdo con la viuda e hijo de José Martí, procedería el día 24 de ese mes, con las solemnidades del caso, a recoger los restos y depositarlos en una urna, donde permanecerían mientras se terminaran las obras del modesto monumento.

El 14 de febrero el alcalde municipal de Santiago de Cuba, Enrique de Messa y Martínez, certificó que según constaba en las actas capitulares en el archivo de la secretaría de ese Ayuntamiento, por acuerdo de 27 de mayo de 1895, se concedió gratis por cinco años la ocupación del nicho número 134 de la galería sur del cementerio general de esa ciudad, para depositar en él el cadáver del egregio patriota. Certifica que fue sepultado en el nicho de referencia el 28 de mayo de 1895. A la ceremonia de exhumación fue invitado el hijo de José Martí.

Vedado Febrero 19 de 1907

Sr. Federico Pérez.

Distinguido amigo: habiendo Pepe concluido un trabajo serio que tenía que hacer; saldrá de aquí pasado ma-

ñana viernes 21 y llegará a esa sábado: Resultaba para él doloroso no asistir a tan triste ceremonia que viene a ser un nuevo entierro de los restos de su padre. Espero de V. que sabe tan bien desempeñar su puesto lo ayude en todo y que con él se guarden las atenciones que en tan tristes horas le serán necesarias. Irán las flores naturales como las pide y como fue siempre mi pensamiento pues las de biscuit no me gustan, son muy tristes esas pobres flores de imitación; acá se envasarán lo mejor posible; y allí cuando lleguen Vs. verán como se conservan frescas.

Pepe le agradecerá mucho lo vaya a recibir y que le tenga cogido en su nombre un cuarto en buen hotel.

Cuente siempre con nuestra amistad sincera, con nuestra casa, y el afecto de los que saben agradecer profunda y verdaderamente y sea Carbó el 24 para mi hijo más que el Gobernador un hermano para mi hijo y esté con él y represente siempre su puesto y el de un amigo.

No puedo decirle más y créame su afma. amiga

Carmen Z. Bazán. Vda de Martí.²⁰

Los restos de José Martí fueron situados en una caja de plomo donde también se depositó una copia del acta levantada al efecto, escrita en pergamino y ubicada en un tubo de cristal que llevaba su nombre (Martí), y se procedió a cerrarla herméticamente.

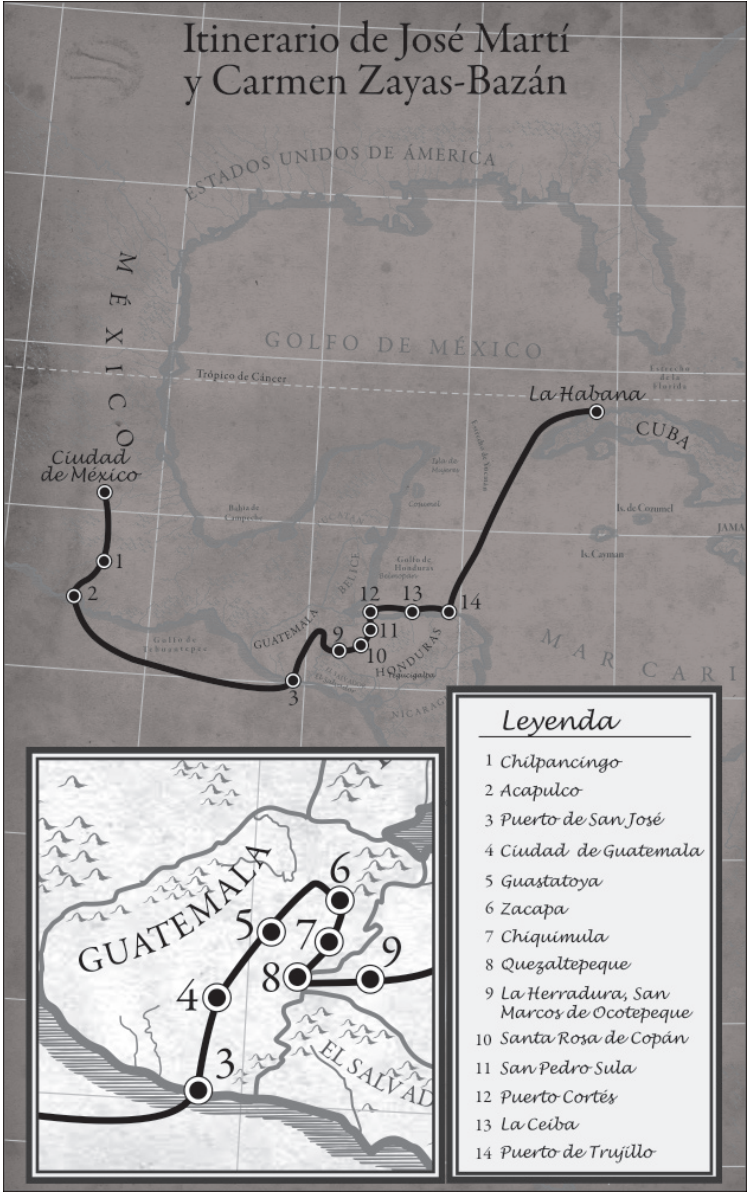
Soldada la urna, fue colocada dentro de otra de caoba, con una inscripción que decía Martí, y que se depositó en el mismo nicho número 134.

Entre las muchas coronas fueron colocadas las flores frescas enviadas desde La Habana por su viuda Carmen Zayas-Bazán.

20 Cotejado por los autores.

Anexo

Itinerario de José Martí y Carmen Zayas-Bazán



Síntesis biográficas

García Granados, Miguel: Nació en 1809, se distinguió como militar y político. Junto a Justo Rufino Barrios encabezó la revolución reformista y liberal de 1871. Fue nombrado presidente de la República. Durante su Gobierno abolió los monopolios, realizó obras públicas y estableció la bandera y el escudo nacionales. En 1872 renunció a su condición de primer mandatario. Martí lo catalogó de profundo pensador, estratégico consumado, ajedrecista notabilísimo y gran curioso en cosas de ciencias. El 8 de septiembre de 1878 falleció. Cuando se produjo el doloroso suceso, ya Martí había partido de la ciudad de Guatemala hacía dos meses.

Guzmán G., Ramón: Hijo de un antiguo coronel del Ejército mexicano, tenía ideas conservadoras, trabajó como tenedor de libros en la ciudad de Puebla y luego se trasladó a la Ciudad de México. Poseía varios negocios y acumuló un importante capital. Tomó parte como accionista en grandes empresas, entre ellas, la del Ferrocarril Central y la de los Ferrocarriles Urbanos del Distrito Federal. Figuró en la política y fue diputado al Congreso de la Unión. Su personalidad fue objeto de violentos ataques. Estaba considerado como uno de los hombres más acaudalado de México en aquella época.

Izaguirre, José María: Nació en Bayamo en 1828. Estudió Pedagogía y fue profesor de escuelas públicas. Al estallar la Guerra de Independencia fue representante a la Asamblea de la República en Armas y viajó al exterior en misión patriótica. Se estableció en Guatemala donde, en 1874, fue designado director de la Escuela Normal para Maestros.

Macedo, Pablo: Nació en México en 1851. Se graduó de licenciado en Derecho y trabajó en la dirección del periódico *El Faro*. Fue profesor de Derecho y secretario de gobierno del Distrito Federal.

Martí Atalay, Hidelbrando: Sobrino del padre de José Martí. Se estableció en la ciudad de Matanzas, donde contrajo matrimonio con Ana María Atalay Díaz del Villar.

Mejía, Cándido: Nació en la ciudad hondureña de San Marcos de Ocotepeque, el 27 de junio de 1859. Hijo de Manuel Mejía y Marina Chapeta. A la edad de diez años ayudó como escribiente al alcalde y subcomandante local doctor Cosme Ardón. En 1870 estuvo bajo la protección del presbítero Leandro Segurado como copista de los libros bautismales de esa Parroquia, y un año después se trasladó a Esquipulas para ingresar en la escuela de esa población, bajo las órdenes de su tío Fulgencio Mejía. Regresó a su ciudad natal y estudió música en una escuela organizada por su padre y bajo la dirección de su tío, David Mejía, el único clarinetista de la región. Se estableció en Chiquimula para estudiar en la escuela que dirigía su tío Fulgencio en 1874, y en febrero del siguiente año ingresó en la Escuela Normal Central de Varones, bajo la dirección de José María Izaguirre. Recibió clases de música por el profesor Baltasar Muñoz y tenía especial talento para la flauta y la guitarra. Cuando llegó José Martí, se identificó rápidamente con el nuevo maestro. En el año 1877, a la edad de dieciocho años, obtuvo su diploma de Maestro de Enseñanza Primaria, entregado por Francisca Aparicio Mérida, esposa del presidente Barrios. Las autoridades, reconociendo las excepcionales capacidades del recién graduado, lo nombraron profesor en la Escuela Práctica Anexa a la Normal Central, también de la Escuela Nocturna San José Calazans y enseñó caligrafía en varios centros educacionales. Falleció de cáncer en 1916 a la edad de sesenta años.

Mejía, Fulgencio: Nació en Honduras. En 1871 fue director de la Escuela de Varones de Esquipulas; estaba considerado como

un talentoso músico y, por sus méritos, en 1874 lo nombraron director de la Escuela de Varones de Chiquimula y catedrático de algunas asignaturas en el Colegio Oriente. En febrero de 1875 lo designaron prefecto, con jefatura sobre varios cuerpos militares.

Mercado, Manuel: Nació en La Piedad de Cabadas, Michoacán, el 30 de enero de 1838. En 1861 terminó la carrera de licenciado en Leyes en la capital mexicana y retornó a su ciudad natal, donde le confirieron el cargo de oficial mayor de la secretaría de gobierno del Estado y fue elegido diputado al Congreso de la Unión. Desempeñó diversos cargos en los tribunales de justicia y en el Gobierno. Contrajo matrimonio con Dolores García Parra, con la que tuvo ocho hijos. Durante la intervención francesa uno de sus tíos murió en una acción combativa y dos fueron asesinados por no rendirse al invasor. Era amigo de Benito Juárez y del poeta cubano Pedro Santacilia.

Morazán, Francisco: Nació el 3 de octubre de 1792 en Tegucigalpa. Suscribió la primera Constitución. En marzo de 1829 fue electo presidente de Honduras y declarado Benemérito de la Patria. El 28 de julio de 1830 fue designado presidente de la República Federal de Centroamérica con sede en la ciudad de Guatemala. El 14 de febrero de 1835 fue reelecto para un segundo mandato. Las repúblicas centroamericanas proclamaron cada una su independencia y el proceso de unidad se destruyó. Morazán se trasladó a El Salvador hasta el 1.º de febrero de 1839 y el 8 de abril de 1840 tomó el camino del exilio. En 1842 comenzó a luchar en defensa del pueblo de Costa Rica y por la unión de las naciones centroamericanas. El 14 de septiembre de 1842, después de cruentos combates, fue hecho prisionero y el 15 de septiembre de ese año fue fusilado sin juicio previo.

Muñoz, Baltasar: Nació el 14 de junio de 1829 en la ciudad de Manzanillo, hijo del cadete de las milicias españolas Ramón Muñoz. Se graduó de Jurisprudencia y Derecho en la Universidad de La

Habana. Participó en la Guerra de Independencia, donde alcanzó los grados de coronel y en 1875 partió para el exilio. Su abuela paterna fue Leonor Izaguirre y su madrina de bautizo María del Rosario Izaguirre, vinculadas familiarmente con José María Izaguirre. El padrino de bautizo fue José Bueno de Jesús Fornaris, padre del autor de la patriótica canción *La Bayamesa*.

Palma, José Joaquín: Nació en Bayamo el 11 de septiembre de 1844. Recibió educación en el colegio San José, dirigido por José María Izaguirre. Fue cofundador del periódico *La Regeneración* de Bayamo. Cuando estalló la guerra del 10 de octubre de 1868 se incorporó a la lucha y llegó a convertirse en ayudante de Carlos Manuel de Céspedes, presidente del movimiento independentista. Trabajó como redactor del periódico *El Cubano Libre*. Se estableció en Guatemala

Uriarte, Juan Ramón: Nació en Guatemala en 1846, donde ocupó cargos honoríficos en el Gobierno del general Miguel García Granados, con quien sostuvo una estrecha amistad. Martí lo catalogó como hábil ministro, estudioso hombre de letras y elegante poeta.

Zayas-Bazán, Francisco: Nació en Puerto Príncipe, actual Camagüey, el 4 de octubre de 1818. Se graduó de abogado en la Universidad de La Habana en 1843. Durante la Guerra de Independencia se puso al servicio del Gobierno colonial español para intentar que los cubanos depusieran las armas y abogaba por el autonomismo. Participó en dos comisiones como intermediario para conversaciones de paz. Se vanagloriaba por ser de gran alcurnia, por tener entre sus ascendientes a don Ignacio Zayas-Bazán, quien fuera presidente de la Audiencia de Santo Domingo. Constan documentos que certifican que Francisco compró una casa de dos plantas por un valor de 9655 pesos oro con 72 reales. Ese documento demostraba su elevada posición económica, tomando en cuenta el valor de las casas de la alta sociedad en esa ciudad, con un costo entre los 800 y 1000 pesos oro. En esa residencia vivía con sus nueve hijos. Tenía otras propiedades y casas, entre ellas la que fue Comandancia Militar Española.

Fuentes testimoniales

Aldama Muciño, Edna: Ha colaborado en la búsqueda de información sobre personalidades de la historia de Cuba y sus relaciones con México, específicamente acerca de Julio Antonio Mella y José Martí. Ha realizado investigaciones en archivos, registros civiles, bibliotecas y museos, aportando datos que han contribuido a precisar, verificar y aclarar hechos importantes de la historia. Es colaboradora del proyecto cultural de homenaje a México en la ciudad cubana de Guanajay.

Alvarado, Guillermo: Es graduado de Pedagogía en la Universidad Rafael Landívar de Guatemala. Estudió Filosofía en la antigua República Democrática Alemana y fue corresponsal itinerante de la Agencia Latinoamericana de Noticias Prensa Latina, en Centroamérica.

Álvarez Arévalo, Miguel Alfredo: Licenciado en Historia por la Universidad de San Carlos, graduado de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía de México, director del Museo Nacional de Historia, coordinador del Consejo Nacional de Investigación Sociocultural, cronista de la ciudad y miembro del Consejo Consultivo del Centro Histórico.

Chévez Rocha, Josué: Profesor de Ciencias Sociales, graduado de la Universidad Pedagógica Nacional de Honduras, de la cual es docente, máster en Ciencias en Geografía en Western Kentucky University de Estados Unidos, cuenta con publicaciones en periódicos, revistas, radio y televisión.

De Méndez, Ana: Funcionaria del Gobierno de Guatemala, responsable de las relaciones con la Cooperación Internacional y asesora del presidente de la República. Investigadora histórica de José Joaquín Palma. Es hija de Patricia Palma González, una de las descendientes del gran poeta bayamés.

Díaz Bonilla, Alduvín: Profesor universitario en Tegucigalpa. Su abuelo paterno fue coronel del Ejército hondureño. El padre, Martín Díaz, nació el 10 de noviembre del 1900, trabajó como arriero durante veinte años y conocía muy bien casi todos los caminos y las diferentes rutas.

Díaz Gutiérrez, Joel: Reconocido y laureado arquitecto cubano, graduado de Ciencias Sociales por la Universidad de La Habana. Fue presidente del Colegio Nacional de Arquitectos de Cuba. Ha impartido conferencias de su especialidad en universidades de varios países. Entre los numerosos reconocimientos recibió el Premio Nacional de Arquitectura y el del Trabajo de Cultura Comunitaria.

Funes, José Antonio: Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad española de Salamanca, ex viceministro de Cultura, y exdirector de la Biblioteca Nacional. Fue premio de estudios históricos Rey Juan Carlos I, del año 2004.

Galán Cazere, Rufino: Propietario de la casa museo de la ciudad hondureña de Trujillo, tiene ochenta y un años de edad y es toda una autoridad en la ciudad. Su padre murió con ciento seis años, nació en 1889 y por sus relatos y los del abuelo, tíos y amigos puede reconstruir los hechos. Su abuelo se nombraba Medardo Galán, propietario de los potreros que alquilaba a los muleros para alojar las arrias de mulas.

Herrera Franyutti, Alfonso: Estudió Medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la cual es profesor. Pertenece a la Sociedad de Medicina Legal. Es autor de artículos sobre cues-

tiones científicas e históricas, y de varios libros, entre ellos *Martí en México. Recuerdos de una época*.

Larrama Carvajal, Melecio: Tapicero y talabartero, de ochenta y dos años de edad, nació el 20 de septiembre de 1927. Sus padres se nombraban Julia Carvajal y Rafael Antonio Larrama, hijo biológico de Josefina Larrama.

Leiva Vivas, Rafael: Egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. En el servicio exterior de su país ocupó diferentes responsabilidades y se ha desempeñado como embajador en numerosas naciones. Autor de diecisiete libros sobre derecho, política, historia y relaciones internacionales. Es miembro de número de la Academia Hondureña de la Lengua y del Instituto de Ciencias del Hombre.

Mejía Castro, Sergio: Es un prestigioso profesor y al triunfo de la Revolución Cubana fundó una Asociación de Amistad con el pueblo cubano. Fue alcalde de San Marcos de Ocotepeque en los períodos de 1986 a 1989 y de 2002 a 2006. Su abuelo Cándido lo fue en 1890, 1899 y 1910.

Paredes Martínez, Edgardo: Profesor de la Escuela Normal de la ciudad de Trujillo y exgobernador político del departamento de Colón, del cual Trujillo es su capital.

Pérez Posadas, Israel: Profesor del Centro Universitario de la ciudad de Chiquimula. Es historiador, periodista, escritor, promotor y creador de proyectos educativos y culturales, y autor de varios libros, entre ellos, *José Martí en Zacapa*. Según las palabras del licenciado Mario Álvarez Vázquez, el profesor goza de mucha estimación en el medio nacional debido a sus obras escritas, y por transitar por los caminos del bien.

Proenza, Caridad: Cubano-mexicana, vivió en Guatemala en los años treinta como asilada política y desde esa época comenzó sus estudios sobre José Martí en ese país. Refugiada en México continuó

con sus investigaciones y escribió un libro que permanece inédito. Fallecida Cachita, su entrañable amiga mexicana Lourdes Patiño conservó el original del libro y pudimos tener acceso a la información documentada y testimonios de mexicanos, cuyos familiares conocieron a José Martí y a sus entrañables amigos.

Ramos Víctor, Manuel: Dirigió el Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Nacional. Es médico y profesor en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Honduras. Reconocido autor de importantes obras literarias, ha obtenido numerosos premios, entre ellos, el Rey Juan Carlos I, de investigaciones históricas.

Rodríguez Funes, Gladys: Graduada en la Universidad Autónoma de Honduras, donde trabaja como docente, es máster en Salud Pública en Western Kentucky University de Estados Unidos. Cuenta con publicaciones en revistas nacionales e internacionales y en periódicos de Honduras.

Rosales Román, Ricardo: Graduado de Derecho en la Universidad de San Carlos, escritor y periodista con una larga historia de lucha, secretario general del Partido Guatemalteco del Trabajo, miembro de la Comandancia General de la Unidad Revolucionaria Nacional de Guatemala, signatario de los acuerdos de Paz y miembro del Congreso de la República.

Ortiz Muñiz, René: Estudió licenciatura en Derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde ejerce como profesor. Ha fungido como asesor parlamentario del Senado de la República Mexicana en el Área Internacional con la senadora Yeidckol Polevnsky. Ha contribuido de manera destacada en las investigaciones históricas realizadas sobre figuras importantes que unen a los pueblos de Cuba y México.

Pastor Fasquelle, Rodolfo: Ministro de Cultura de Honduras, realizó estudios en Estados Unidos, España y México. Autor de

varios libros y ensayos periodísticos, comentarios y editoriales en los principales periódicos de su país. Miembro de la Academia Hondureña de Geografía e Historia y consejero del Centro de Estudios Históricos y Precolombinos de Honduras.

Vindel Alvarado, Benjamín: Trabajó en la Tela Railroad Company. Fue directivo de ligas de baloncesto, béisbol y fútbol, presidente de la Federación Nacional de Softball y de la Asociación Regional Deportiva del Norte. Fundador y miembro vitalicio del Instituto Municipal de Deportes y de la Liga de Softball. Propietario del equipo de softball Caimanes. La amistad con el pueblo cubano, su Revolución y admiración por el Comandante Fidel Castro, se remontaba desde la etapa de la Sierra Maestra y era públicamente conocida. Fue candidato para alcalde de Puerto Cortés por el Partido Liberal, y a diputado por el Partido Democracia Cristiana, elecciones que perdió por un gran fraude electoral. Está considerado como un hombre muy culto, beligerante y valiente, que se distinguió en la lucha por obtener el cuatro por ciento del ingreso de las aduanas del puerto para la municipalidad, lo cual generó un movimiento popular muy fuerte y produjo un enfrentamiento sangriento entre los militares y la población. Se puede afirmar que es un historiador y un cronista consumado; de carácter fuerte, enérgico, simpático, carismático, conversador y contador de miles de anécdotas.

Zapata Vela, Berta: Antropóloga social, con maestría en esa especialidad en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de su país. Ha impartido conferencias y clases en diversas universidades. Es autora de varios libros, entre ellos *El pensamiento político de Amilcral Cabral* y *Pensamientos de José Martí en español y náhuatl*. Es estudiosa del proceso de la Revolución Cubana y ha mantenido una constante solidaridad con este pueblo y con otros movimientos revolucionarios de América Latina y África. Es fundadora del premio internacional Benito Juárez.

Agradecimientos

En México al personal del Archivo General de la República, al del Acervo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, a la hemeroteca de la Universidad Autónoma de México, a Yeidckol Polevnsky, Alberto Híjar, Berta Zapata Vela, René Ortiz, Edna Aldama, Lourdes Patiño, Alfonso Herrera Franyutti y Nicolás Alvarado Morales.

A Eduardo Rodríguez Dávalos, Claudia Isabel Obregón Pérez, Laura Obregón, María Cristina Pérez Catzín, descendientes de la familia de Manuela, la hija mayor de Benito Juárez y del cubano Pedro Santacilia Palacios. A la familia de Edmundo Valdés y en especial a Caridad, Edmundo y Erendira, de igual forma a la familia Covarrubias Albuerne.

Al embajador cubano Manuel Aguilera y los funcionarios Margarita Ruiz, Mercedes Vicente, Chairó González Cupull, Olga Angulo Valdés y Darío Ibáñez.

En Guatemala a Guillermo Alvarado, Ricardo Rosales, Ana María Arroyo, Ana de Méndez, Israel Pérez Posadas, Miguel Álvarez Arévalo, Julio Cañas, Elena Supall y Miguel Ángel Samayoa.

Al embajador cubano en ese país, Omar Morales y los funcionarios Jorge Pollo, Nancy González, Eliseo Zamora, Dalia Miranda, Santiago Feliú y Carmen Esquivel, corresponsal de Prensa Latina.

En Honduras a la Academia del Ministerio de Relaciones Exteriores, la Biblioteca Nacional, el Archivo Nacional, la Hemeroteca y el Archivo Municipal de San Pedro Sula y a la señora María Rossana Fajardo Ayala, propietaria de la Hemeroteca y Biblioteca de Santa Rosa de Copán.

Al ministro de Cultura, doctor Rodolfo Pastor Fasquelle, Natalie Roque Sandoval, directora de la Hemeroteca y de los archivos nacionales, a la abogada Ada María Mejía, a los historiadores Rafael Paredes y Eliseo Fajardo, director del Archivo Municipal de San Pedro Sula y la disposición de ayuda de los jefes militares de los lugares visitados.

Al doctor Víctor Manuel Ramos, Yisenia Martínez, Eduardo Bähr, Rafael Leiva Vivas. Al Poeta Nacional Roberto Sosa, Lidia Ortiz Luna, José Antonio Funes, Roberto Aguilar, Antonio Canelas, Edgardo Paredes Martínez, José Lucas Acosta, Wilson Ramón de La Paz, María Esperanza Vargas y Rufino Galán Cazere.

Un agradecimiento especial al profesor de Geografía de la Universidad Pedagógica de San Pedro Sula, Josué Chévez Rocha y a su esposa Gladys Rodríguez Funes, que de manera muy profesional obtuvieron informaciones de indudable valor.

A los profesores Oscar Rolando Ramos, Maribel Hernández, Jorge Arriaga, Arduvín Díaz Bonilla, Pablo Caría, Vilma Díaz Bonilla, Miriam Mercado, Yolanda Landaverde, Céleo Álvarez Casimiro, Carlos Castro, Benjamín Vindel y Doris Altamirano.

A Azucena Barahona, nieta de Dominga Maceo, hermana del general Antonio Maceo Grajales. A Antonio José Cuello y su esposa Teresa Gallardo, nieta del general cubano-puertorriqueño Juan Rius Rivera.

A los embajadores cubanos Alberto González Polanco y Juan Carlos Hernández; y los funcionarios Iliana Fonseca, Santiago Castillo y Yuri Alexis Oliver.

A los familiares de José Martí en la ciudad española de Valencia, a Francisco Martí, nieto de un primo hermano, a Margarita Valls Martínez, descendiente de un hermano del padre de José Martí, al arquitecto Vicente Lanz, nieto de Rita Amelia, una de las hermanas y su esposa, la también arquitecta Margot del Pozo, a Jorge Martí, María Piedad Oliveiro, María del Carmen Cuervo Fortún y Juan Felipe Centeno, familiares de Antonia Bruna, la hermana

menor, residentes en México y muy especialmente la de Fernando Martí Gil, descendiente de un primo hermano.

Al personal médico, maestros y otros colaboradores cubanos en Honduras y Guatemala, que prestaron ayuda para rescatar la memoria histórica.

En España a Antonio Ares, Antonio Gimeno, Gloria Marcos Martí, Ismael Torrijos y al personal de los archivos militares, civiles y eclesiásticos de Madrid, Zaragoza, Segovia y Valencia.

En Venezuela a Graciela Avelo, Mirla Alcibíades, Jerónimo Carrera, Angelina Figueroa, Alexis Frutos, Maira Mena y al embajador Rogelio Polanco.

En Cuba al personal del Archivo Nacional, de la Biblioteca Nacional, del Instituto de Literatura y Lingüística, la Fragua Martiana, el Centro de Estudios Martianos, la Universidad de La Habana y de los ministerios de Relaciones Exteriores y del Interior.

Al personal de la Casa Natal de José Martí, Zenaida Gómez Taño, Ramón Guerra, Belkis Hernández, Estela Bueno y Diolis Delgado Machado. A Carlos y Francisca Ulloa Romero, José Antonio Maceo Fonts, descendientes de la familia Maceo Grajales. A Liván y Leandro González Cupull.

A los historiadores Joel Fonseca Ramírez, Víctor Marrero Zaldívar, Carmen Almodóvar, Ernesto Carralero Bosh, Sara Inés Fernández, Ludín Fonseca García, Delio Orozco González, Fernando Crespo Baró, Ramón Caballero, Eduardo Álvarez, José Luis de la Tejera, Martha Fuentes y Otto Miguel Guzmán.

A la argentina Lucía Álvarez Toledo, a Alejandro Simancas, Mirtha Hormilla y al embajador cubano en Londres, René Mújica.

A los responsables de preservar los lugares y sitios históricos vinculados a José Martí, visitados casi todos por nosotros, tanto en Cuba, como en España, Francia, México, Venezuela, Guatemala y Honduras.

A los estudiosos de José Martí y en especial a Mercedes Córdoba, Carlos Manuel Marchante, Lázaro Díaz Fariñas, Zenaida Gómez, Ramón Guerra, Diana Abad, Aracelis García Carranza, René González Barrios, Raúl Rodríguez La O, María Ruane, Esteban Llorach Ramos e Imeldo Álvarez.

Bibliografía

Abreu Cardet, José, Elia Sintis Gómez y Julio Grave de Peralta: *Documentos de la guerra en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.

Alcibíades, Mirla: *Venezuela en José Martí*, Bicentenario 200, Ministerio del Poder Popular, Venezuela, 2010.

Álbum de bodas, Carmen Zayas-Bazán y José Martí Pérez, Ediciones Boloña, 2000, Oficina del Historiador de la Ciudad.

Álvarez Álvarez, Luis y Gustavo Sed Nieves: *El Camagüey en Martí*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, Editorial José Martí, La Habana, 1997.

Argueta, Mario R.: *Historia de los sin historia*, Editorial Guaymurás, Tegucigalpa, 1992.

Biblioteca Nacional de Cuba: *Anuario martiano*, La Habana, 1969.

Bran Azmitia, Rigoberto: *La historia del himno nacional*, Tipografía Nacional de Guatemala, ciudad de Guatemala, 1997.

Calix Zuazo, Miguel: *Autenticidad de la estatua de Morazán del parque central de Tegucigalpa*, Ediciones Guardabanco, Tegucigalpa, 2005.

Canelas Díaz, Antonio: *La Ceiba, sus raíces y su historia*, tercera edición, Edición Banco Central de Honduras, La Ceiba, Honduras, 2008.

Castro Palomino, Rafael de: *Cuentos de hoy y de mañana*, La América, Nueva York, 1883.

Centro de Estudios Martianos: *Anuario no. 1*, La Habana, 1979.

_____ : *Anuario*, La Habana, 1988.

Colectivo de autores: *El mercado de tierras en Honduras*, Centro de documentación de Honduras, Tegucigalpa, 1994.

Cupull, Adys y Froilán González: *Creciente agonía*, Editorial José Martí, La Habana, 2007.

Euraque, Darío A.: *Historiografía de Honduras*, Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 2008.

Franco, José Luciano: *Ruta de Antonio Maceo en el Caribe*, Editorial Nuevo Mundo, La Habana, 1961.

_____: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, t. 3, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

_____: *Froylán Turcios y el modernismo en Honduras*, Edición Banco Central de Honduras, Tegucigalpa, 2006.

García Buchard, Ethel: *Política y Estado en la sociedad hondureña del siglo XIX (1838-1872)*, Instituto Hondureño de Antropología e Historia, Tegucigalpa, 2008.

García Guatas, Manuel: *La Zaragoza de José Martí*, segunda edición, Institución Fernando El Católico, Zaragoza, 2004.

García Martí, Raúl: *Biografía familiar*, (s.n.), Imprenta de Cárdenas, 1938.

García Pascual, Luis: *Entorno martiano*, Casa Editora Abril, La Habana, 2003.

_____: *Documentos familiares*, Casa Editora Abril, La Habana, 2008.

Quesada y Miranda, Gonzalo de: *Papeles de Martí*, Archivo de Gonzalo de Quesada, III Miscelánea, Imprenta El Siglo xx, 1935.

González Barrio, René: *Almas sin fronteras*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1996.

Gómez, Máximo: *Diario de campaña*, Instituto del Libro, La Habana, 1968.

Hernández Castellanos, Serapio: *Trujillo con X*, Editorial del Instituto Hondureño de Antropología e Historia, Tegucigalpa, 1979.

Herrera Franyutti, Alfonso: *Martí en México. Recuerdos de una época*, Editorial México D. F., 1969.

_____ : *Manuel Mercado: El caballero del silencio*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1996.

Hidalgo Paz, Ibrahím: *José Martí. Cronología 1853-1895*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía y Centro de Estudios Martianos: *Atlas histórico-biográfico de José Martí*, La Habana, 1983.

Leiva Vivas, Rafael: *Diplomacia y literatura en Honduras*, Secretaría de Relaciones Exteriores, Tegucigalpa, 2005.

López García, Víctor Virgilio: *Clamor garífuna*, Editorial del Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 2004.

_____ : *La bahía del puerto del sol y la masacre de los garífunas de San Juan*, Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 2007.

Macías Mayora, Julio César: *La guerrilla fue mi camino*, colección Afluentes de Modernidad, Editorial Piedra Santa Arandí, Guatemala, 1998.

Mañach, Jorge: *Martí, el Apóstol*, Editorial Espasa-Calpe, México, 1952.

Marrero, Víctor Manuel: *Vicente García, leyenda y realidad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

Martí Pérez, José: *Obras completas*, t. 1, 7, 8, 15, 16, 18, 19, 20-22, 28, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963.

_____ : *En mi pecho bravo*, selección, introducción y notas de Esteban Llorach Ramos, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1986.

_____ : *Epistolario*, t. 1-5, 7-9, 15, 18-20, 23, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993.

_____ : *Diario de campaña*, Casa Editora Abril, La Habana, 1996.

_____ : *Correspondencia a Manuel Mercado*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2001.

_____ : *Poesía completa*, Edición Crítica, t. 1 y 2, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2001.

_____ : *Versos sencillos*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009.

Martínez, José Antonio: *José Martí y Manuel Antonio Mercado: Dos presencias de nuestra América*, Ayuntamiento Constitucional La Piedad, Michoacán, 2003.

Mejía, Marco Vinicio: Conferencia sobre José Martí, [s.n.], [s.a.].

Pastor Fasquelle, Rodolfo: *Biografía de San Pedro Sula 1536-1954*, Editorial del Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 1990.

_____ : *Historia de Omoa*, Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 2008.

Pérez Posadas, Israel: *José Martí en Zacapa*, Casa Editorial Ruedas, Guatemala, 2001.

Rendón Madrid, Arturo: *Santa Rosa de Copán. La sultana de occidente*, [s.n.], [s.a.].

Ripoll, Carlos: *José Martí. Letras y huellas desconocidas*, Eliseo Torres and Sons, New York, 1976.

Robledo Castro, Agapito: *40 años después. La verdad de la huelga de 1954 y de la fundación del Sitratenco*, Ediciones del Sedal, Tegucigalpa, 1995.

Santana, Alberto: *El pensamiento de Francisco Morazán*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

Sarabia, Nydia: *Noticias confidenciales sobre Cuba 1870-1895*, Editora Política, La Habana, 1985.

_____ : *La patriota del silencio: Carmen Miyares*, [s.n.] Bogotá, 2001.

Serrano, Baldomero: *El caballero de la Revolución. Morazán para principiantes*, Editorial Cultura de la Dirección General del Libro y el Documento, Tegucigalpa, 2004.

Soto-Hall, Máximo: *La niña de Guatemala*, primera edición, Clásicos de la Literatura Guatemalteca, vol. 8, Tipografía Nacional, Guatemala, 1942.

Valdés Galárraga, Ramiro: *Diccionario del pensamiento martiano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.

Vela Salvatierra, David: *Martí en Guatemala, 28 de enero de 1953*, Publicaciones de la Comisión Nacional organizadora de los actos y ediciones del Centenario y del monumento de Martí, La Habana, 1953.

_____ : *Páginas vividas*, Editorial Cultural de Guatemala, Edición del Centenario, Guatemala, 2001.

Vitier, Cintio y Fina García Marruz: *Temas martianos*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1969.

Publicaciones periódicas y revistas

Diario de La Paz, Honduras, 1878.

Gaceta Oficial de Honduras, 1878.

Diario de la Marina, La Habana, 1895.

El Imparcial, La Habana, 1895.

La Discusión, La Habana, 1895.

La Lucha, La Habana, 1895.

El Mundo, La Habana, 1901.

Juventud Rebelde, La Habana, 2002.

Yaxkein, (Revista del Instituto Hondureño de Antropología e Historia), No. XXIV, 2008.

Índice

1.....	<i>Nota al lector</i>
9.....	<i>Cuba-España-México</i>
29.....	<i>Llegada a Guatemala</i>
50.....	<i>Partida para México</i>
65.....	<i>Regreso a Guatemala</i>
86.....	<i>Revelaciones familiares</i>
108.....	<i>Rumbo a Honduras</i>
119.....	<i>En territorio hondureño</i>
128.....	<i>Rumbo a San Pedro Sula</i>
140.....	<i>Estancia en Puerto Cortés</i>
151.....	<i>Martí en La Ceiba</i>
156.....	<i>Llegada a Trujillo</i>
164.....	<i>Partida para La Habana</i>
167.....	<i>Nuevas angustias</i>
184.....	<i>Martí viaja a Venezuela</i>
196.....	<i>Regreso a Estados Unidos</i>
211.....	<i>Intenso trabajo</i>
229.....	<i>Viaje a México</i>
233.....	<i>Rumbo a Cuba</i>
238.....	<i>Las flores frescas de Carmen</i>
240.....	<i>Anexo</i>
241.....	<i>Síntesis biográficas</i>
245.....	<i>Fuentes testimoniales</i>
250.....	<i>Agradecimientos</i>
254.....	<i>Bibliografía</i>

